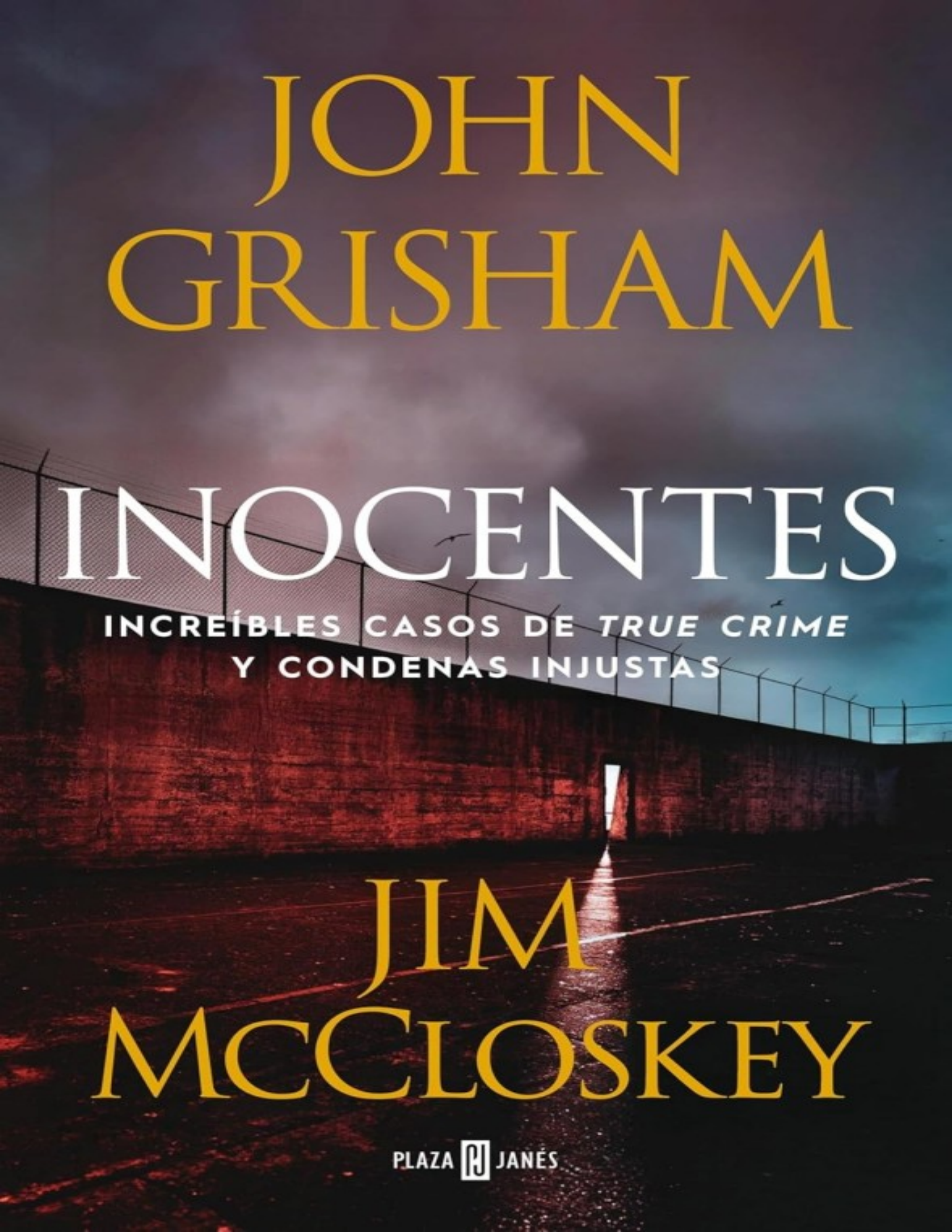

JOHN
GRISHAM
INOCENTES
INCREÍBLES CASOS DE TRUE CRIME
Y CONDENAS INJUSTAS
JIM
McCLOSKEY
PLAZA JANÉS

JOHN GRISHAM
JIM McCLOSKEY

INOCENTES

Increíbles casos de *true crime*
y condenas injustas

Traducción de
Efrén del Valle

PLAZA JANÉS

A KATE GERMOND Y PAUL CASTELEIRO:
Desde hace más de cuarenta años,
vuestra inquebrantable devoción a
Centurion y a la gente que tratamos de
liberar no tiene parangón en cuanto a
persistencia y logros. Centurion debe su
vida a vuestro incomparable servicio a
quienes han sido condenados
injustamente

JIM MCCLOSKEY

A PETER NEUFELD Y BARRY SCHECK,
cofundadores del Innocence Project, y a
los guerreros que trabajan allí

JOHN GRISHAM

Prólogo

JOHN GRISHAM

En 2006 publiqué *El proyecto Williamson*, una historia real sobre la condena injusta de Ron Williamson y lo que estuvo a punto de ser su ejecución. Hasta entonces, nunca me había planteado escribir no ficción —me divertía demasiado con las novelas—, pero la historia de Ron me cautivó. Desde el punto de vista puramente narrativo, era irresistible. Llena de tragedia, sufrimiento, corrupción, pérdida, cercanía de la muerte, una pizca de redención y un final que no puede considerarse feliz pero podría haber sido mucho peor, aquella historia estaba esperando a un escritor. No tardé en tomar conciencia de que cada condena injusta merece su propio libro.

Desde entonces he conocido a muchos exonerados, además de sus familias, defensores, abogados y antiguos compañeros de celda. Como grupo son increíbles, porque de alguna manera sobrevivieron a pesadillas que el resto de nosotros no podemos ni imaginar. La mayoría disfruta contando sus historias y todos están decididos a cambiar un sistema judicial ineficaz y a evitar más condenas injustas. Docenas de ellos han escrito acerca de sus calvarios y varios me han pedido que lo haga yo.

Durante mucho tiempo me he planteado recopilar algunas de las mejores historias, pero la investigación se interpuso en mi camino. Es desalentador. Miles de páginas de transcripciones de juicios,

informes policiales, declaraciones de testigos que siempre parecen variar de una fase a otra, expedientes penitenciarios, pruebas forenses y peticiones, mociones, alegatos y autos redactados por abogados y jueces y aparentemente archivados a montones. Los novelistas podemos ser perezosos porque simplemente nos inventamos las cosas. La no ficción es despiadada, ya que el proceso de documentación debe ser meticuloso. Uno no puede permitirse cometer errores.

Conocí a Jim McCloskey hace unos quince años, cuando me pidió que hablara en una gala anual de Centurion Ministries celebrada en Princeton. A los diez minutos de estrecharnos la mano estábamos contando historias de personas condenadas injustamente. Las de Jim siempre son mejores, porque él las vivió y forma parte de ellas. Hizo posible las exculpaciones recorriendo las calles de costa a costa en busca de la verdad. Centurion ha participado en unas setenta exoneraciones y Jim normalmente se encontraba frente a las prisiones cuando los inocentes salían corriendo a abrazar a sus seres queridos. Estaba allí cuando saboreaban la libertad, y él era la razón de que la hubieran conseguido.

Hace unos años empezamos a hablar de esta colección. La idea era sencilla: yo seleccionaría algunas de mis historias favoritas y Jim haría lo propio. El primer reto era elegir solo diez, ya que hay muchas. El segundo reto era limitar cada historia a unas diez mil palabras. Dado que cada una de ellas podría ocupar una biblioteca, sabíamos que la tarea sería formidable. Acordamos que cada uno escribiría por su cuenta, con aportaciones limitadas del otro.

Y nos pusimos manos a la obra.

Nuestro propósito con este libro es concienciar sobre las condenas injustas y, de alguna manera, ayudar a evitar que se produzcan más. Es un esfuerzo por sacar a relucir algunas tácticas terribles y abusivas que utilizan las autoridades para condenar a personas inocentes.

Si como sociedad tuviéramos el coraje político de cambiar las leyes, prácticas y procedimientos injustos, evitaríamos buena parte de las condenas erróneas.

JIM McCLOSKEY

Como señala John, nuestra asociación y amistad se remontan a hace quince años. Nos unió nuestra preocupación y compasión por los hombres y mujeres de todo Estados Unidos que eran víctimas de un sistema de justicia penal sumamente fallido y que fueron condenados falsamente a cadena perpetua o a muerte. John se ofreció generosamente a escribir el prólogo de mis memorias, *When Truth Is All You Have* [Cuando la verdad es lo único que tienes], publicadas por Doubleday en 2020. Ese libro relata cuarenta años de encuentros de Centurion Ministries con el sistema judicial estadounidense en nombre de los inocentes condenados, así como el viaje personal que me llevó a ese trabajo.

Naturalmente, me sentí honrado cuando John me invitó a escribir *Inocentes* con él. Al poco tiempo acordamos que cada uno escribiría cinco historias de casos reales en los que gente inocente, para su sorpresa e incredulidad, fue declarada culpable de delitos con los que no tenía absolutamente nada que ver. Las cinco que escribí yo

son casos en los que trabajé como gestor e investigador principal. Elegir a esas víctimas de entre las cerca de setenta personas que Centurion ha conseguido liberar fue un reto digno de Salomón. Al escribir, tuve la suerte de poder consultar los voluminosos archivos internos de Centurion, recopilados durante muchos años de trabajo invertidos en cada caso. Esas fuentes incluyen, entre otras, transcripciones de juicios, informes policiales, escritos jurídicos, opiniones judiciales, actas de tribunales y partes de investigación de Centurion.

El subtítulo de *Inocentes* es *Increíbles casos de* true crime *y condenas injustas*. Puedo asegurar a los lectores que, sea cual sea su experiencia, su reacción al leer cada una de estas historias será: «¿Eso ocurrió de verdad?», a lo que nosotros, los autores, diremos: «Sí, ocurrió, y sucede mucho más a menudo de lo que imaginas». Nuestra intención y esperanza es que estos relatos no solo sean una lectura cautivadora, sino que al mismo tiempo representen un microcosmos de lo que está sucediendo en las salas de justicia de Estados Unidos. Es nuestro intento por sacar a la luz los fallos sistémicos del sistema judicial que provocan que decenas de miles de almas inocentes languidezcan interminablemente en prisión.

Los veintitrés acusados que se vieron atrapados en la red de estas diez condenas erróneas pasaron innecesariamente varias décadas en prisión hasta que por fin se descubrió la verdad de su inocencia y quedaron en libertad. Cuatro fueron condenados a muerte: dos se salvaron por unos pocos días, mientras que uno fue trágicamente ejecutado. Tal vez sorprenda a los lectores que la composición racial de los veintitrés condenados esté dividida casi a partes iguales, diez

blancos y trece negros, lo que demuestra que este tipo de injusticia trasciende fácilmente las fronteras raciales.

A menudo, la policía tenía delante de sus narices a los verdaderos asesinos desde el principio, y en dos casos fueron los testigos estrella de la acusación. El ADN desempeñó un papel importante en varios casos, pero no en la mayoría. El perjurio por parte de la policía y los testigos civiles es omnipresente en estas historias. Las condenas no obedecieron a errores involuntarios de las fuerzas de seguridad locales, a la mala interpretación de testigos oculares bienintencionados o a análisis forenses honestos pero equivocados.

No, tuvieron su origen en la mala praxis y el chantaje de las fuerzas del orden, hombres y mujeres empeñados en esclarecer casos u obtener una condena a través de una amplia variedad de medios ilícitos: instigación a cometer perjurio, tratos secretos con delincuentes a cambio de su falso testimonio, coacción a los testigos para que prestaran declaraciones ficticias o a los sospechosos para que confesaran falsamente, uso de analistas forenses desacreditados o ineptos, eliminación de pruebas exculpatorias de la defensa u otros actos que obstruyeron a la justicia y arruinaron vidas inocentes en beneficio de los verdaderos autores.

Cada una de estas historias es una montaña rusa para el lector y, en la mayoría, la verdad y la justicia acaban imponiéndose, aunque con un coste personal inimaginable para los exonerados y sus seres queridos. Una vez puestos en libertad, los excarcelados se enfrentan al formidable reto de empezar de cero. Un testimonio del espíritu humano es que tantos tengan la voluntad y la capacidad de hacerlo, despojados de la ira y el odio de años pasados y ahora provistos de un corazón generoso, un mayor aprecio por las cosas cotidianas de

la vida que la mayoría de nosotros damos por sentadas y el deseo de una existencia pacífica y tranquila.

Esperamos que este libro te resulte interesante e informativo y te ofrezca una nueva perspectiva sobre la falibilidad del sistema de justicia penal estadounidense, una perspectiva que tal vez no tenías antes de leer *Inocentes*.

Los cuatro de Norfolk

JOHN GRISHAM

La madre de Omar Ballard era una prostituta negra y drogadicta que trabajaba en las peligrosas calles de Newark, New Jersey. Omar nunca conoció a su padre, que era blanco. Su madre mostraba escaso interés por la maternidad y casi ninguno por el niño. Fue de un hogar de acogida a otro y, naturalmente, acabó en las calles de las que provenía. Era un niño enfadado que culpaba a su madre de sus problemas y tenía un temperamento explosivo, a menudo dirigido a las mujeres. La vida de matón callejero le resultaba atractiva y no tardó en participar en la delincuencia y la violencia de su barrio. Le encantaba todo: las drogas y el tráfico, la bebida, las armas, el sexo, los robos, los tiroteos, las palizas, los asesinatos, las peleas entre bandas y la emoción de huir de la policía. Lo detuvieron varias veces por posesión de drogas y embriaguez, pero nada grave.

Ballard dejó los estudios y, a los diecinueve años, se fue de New Jersey. Estaba arruinado, en paro y, como siempre, buscando problemas. Acabó juntándose con su vieja amiga Tamika Taylor, de dieciocho años y madre soltera de dos hijos, que vivía en un barrio humilde de Norfolk, Virginia. El vecindario era frecuentado por miles de jóvenes marineros destinados en la cercana base naval y no se consideraba excesivamente peligroso, pero todo cambió radicalmente con la llegada de Omar Ballard.

Su primera víctima conocida en Norfolk fue una joven blanca llamada Melissa Morse. La agredió, la golpeó con un bate de béisbol y, cuando sus gritos llamaron la atención de otras personas, se formó una turba que salió tras él. Ballard se refugió en el cercano apartamento de Billy y Michelle Bosko, una pareja joven oriunda de Pittsburgh; él trabajaba en la Armada. Los Bosko llevaban seis semanas casados y acababan de conocer a Omar a través de unos amigos. Dejaron entrar a Omar, le ofrecieron algo de beber y estaban disfrutando de una visita agradable cuando apareció la muchedumbre delante de su casa. Los Bosko no podían creerse que su nuevo amigo Omar hubiera agredido a nadie y, en un gesto de valentía, Billy se negó a entregar a su invitado. El grupo se dispersó y Billy declaró posteriormente a la policía que Omar no era culpable.

Dos semanas después de atacar a Melissa Morse, y mientras Billy pasaba una semana a bordo del USS Simpson, Omar Ballard hizo otra visita al piso de los Bosko. Era alrededor de la medianoche del 7 de julio de 1997. Según reconoció, iba borracho y colocado y buscaba sexo. Llamó a la puerta y dijo que necesitaba utilizar el teléfono. Michelle, que solo llevaba una camiseta y ropa interior, lo invitó a entrar, le ofreció el aparato y le dijo que había cerveza en la nevera. Era tarde y ella se iba a la cama. Omar la siguió, la atacó, la estranguló y, cuando estuvo sometida, la violó. Eyaculó y se limpió el pene con una manta. En ese momento, Omar se dio cuenta de que estaba en graves apuros. Para impedir que hablara, decidió matarla. Encontró un cuchillo de carne en la cocina y, cuando regresaba al dormitorio, Michelle estaba recobrando el conocimiento. Le asestó tres puñaladas en el pecho y la dejó morir en el suelo. Después se lavó las manos en el baño, limpió los pomos de las puertas con la

camisa para borrar las huellas, dejó el cuchillo junto al cuerpo de la víctima y, al salir, rebuscó en el bolso que había sobre la mesa de la cocina y cogió el dinero en efectivo.

Buena parte del pequeño apartamento, de sesenta y cinco metros cuadrados, no sufrió desperfectos durante el ataque. Michelle, que trabajaba en un McDonald's, era una ama de casa meticulosa. Billy iba a llegar al día siguiente y todo estaba en orden. Cuando él halló su cuerpo sobre las cinco de la tarde, el piso se encontraba tan limpio y ordenado como siempre.

Se llevó a cabo un análisis completo de la escena del crimen y todas las pruebas, incluidas las lesiones vaginales de la víctima, apuntaban a un único agresor, que había entrado en el apartamento sin forzar la puerta. No había huellas aparte de unas cuantas de Billy y Michelle. Los investigadores pasaron más de nueve horas en el apartamento de los Bosko antes de que el cadáver fuese retirado. Inspeccionaron cada centímetro, tomaron vídeos y docenas de fotografías, recogieron todas las pruebas posibles e incluso llegaron a levantar una tienda de campaña sobre el cadáver para realizar una prueba de humo y polvo con cianoacrilato (superglue) a fin de identificar huellas latentes en su piel. La investigación fue exhaustiva y no cabía duda de que el asesino de Michelle había actuado solo.

Casi dos años después de la violación y el asesinato, el laboratorio estatal de criminalística analizó finalmente el ADN de Omar Ballard. El semen encontrado en la manta tenía 21.000 millones de probabilidades más de proceder de Ballard que de cualquier hombre blanco y 4.600 millones de veces más que de cualquier hombre negro. El semen recogido de la vagina de la víctima tenía veintitrés millones de probabilidades más de pertenecer a Ballard que a

cualquier hombre blanco, y veinte millones de veces más que a cualquier otro hombre negro. La sangre hallada bajo las uñas de Michelle coincidía con el ADN de Ballard.

Las únicas muestras de ADN recuperadas en el lugar del crimen eran de Michelle y su asesino, Omar Ballard.

Su tercera agresión sexual conocida se produjo diez días después de que asesinara a Michelle. La tercera víctima fue capaz de identificar a Ballard, que fue condenado y enviado a prisión. Sin embargo, no era sospechoso de la violación y asesinato de Michelle Bosko. Su sucesión de crímenes —al menos otras dos agresiones sexuales contra mujeres blancas en menos de un mes y en la misma zona de la ciudad— no levantó sospechas entre los policías de Norfolk que trabajaban en el caso Bosko.

Transcurrirían casi dos años hasta que los agentes descubrieran que Ballard estaba implicado, y solo porque él mismo confesó desde la cárcel. Solo entonces analizaron su ADN.

Pasar por alto a un sospechoso tan obvio era imperdonable, pero la policía de Norfolk estaba demasiado ocupada para entretenerse con Omar Ballard. Trabajaban frenéticamente para culpar del asesinato de Bosko a todo un grupo de hombres inocentes. Lo que debería haber sido un caso claro de ADN se convirtió rápidamente en una investigación precipitada y tan plagada de incompetencia que a veces parece increíble. El caso Bosko es uno de los mayores desastres en la historia de la justicia penal estadounidense. Aunque resulta impresionante por su arrogancia e incompetencia, es mucho más desgarrador por su desenlace.

Cuando el laboratorio estatal de criminalística encontró una coincidencia con el ADN de Omar Ballard el 3 de marzo de 1999,

veinte meses después del asesinato, la policía y la fiscalía de Norfolk tenían en la cárcel a un total de siete marineros estadounidenses en activo o retirados, todos ellos acusados de la violación y asesinato de Michelle Bosko. Los siete habían sido excluidos por las pruebas de ADN. Los siete habían sido excluidos por las pruebas físicas. Y, con la excepción de una condena por conducir en estado de ebriedad, ninguno de los marineros tenía antecedentes penales.

Como muchas investigaciones policiales que salen mal, esta empezó con una corazonada. A menudo, un agente de homicidios examina la escena del crimen y se forma una opinión basada en una reacción visceral y enturbiada por la tensión del momento. Puede que incluso elija a un sospechoso y, al poco tiempo, la policía está siguiendo el rumbo equivocado.

En el caso de Michelle Bosko, la corazonada errónea surgió cuando estaban fotografiando el cadáver. Una agente llamada Judy Gray fue la primera investigadora de homicidios en llegar al lugar. Al poco determinó que, dado que obviamente no había habido allanamiento de morada, el asesino era un conocido de Michelle. Ella y su compañero aseguraron la zona. Cuando se presentaron los agentes de la policía científica, los vecinos se agolparon en las inmediaciones y observaron con incredulidad. Gray salió y empezó la rutina habitual de recabar pistas. Habló largo y tendido con Tamika Taylor, amiga de Ballard, y le preguntó si tenía idea de quién podía haber asesinado a Michelle. Tamika se mostró reacia a aventurar una conjetura, pero Gray la presionó.

—¿Ve a ese hombre de ahí? —dijo Tamika, señalando con la cabeza a un marinero llamado Dan Williams (n.º 1), también vecino —. Creo que fue él.

—¿Por qué? —preguntó Gray.

—Bueno, está un poco obsesionado con ella.

Y con eso, Dan Williams se convirtió en el principal sospechoso del asesinato de Michelle Bosko. Tamika se retractó y dijo que no estaba segura, que había muchos locos por ahí, y también mencionó a Omar Ballard como alguien a quien la policía debía investigar. Por alguna razón, decidieron no hacerlo.

Dan Williams y su mujer, Nicole, vivían en un pequeño apartamento al lado de los Bosko. Tras descubrir el cadáver de su esposa, Billy echó a correr y, entre gritos, aporreó la puerta de los Williams. Dan llamó a emergencias y fue a buscar a Michelle. Las dos parejas eran amigas, trabajaban en la Armada y no tenían hijos. Nicole estaba muriendo de cáncer de ovarios. Cuando Michelle fue asesinada, Dan estaba durmiendo en la cama con su esposa.

La agente Gray se acercó a Dan y le preguntó si le importaría ir a la comisaría y responder a algunas preguntas rutinarias. Gray tenía el pálpito de que él era el asesino, independientemente de pruebas, motivos o cualquier otra cosa que no fuera el recelo de Tamika hacia él. Como accedió a ser interrogado, Gray sospechó aún más. Cuando Dan Williams llegó a la comisaría, la policía estaba convencida de haber encontrado a su hombre.

Dentro del apartamento, los investigadores estaban recabando meticulosamente unas pruebas que, esperaban, los conducirían al asesino. Fuera, el equipo de homicidios puso en marcha una desastrosa cadena de acontecimientos que los alejaría del amplio rastro que había dejado Omar Ballard.

El siguiente error garrafal en una condena equivocada a menudo es la visión túnel, que suele producirse justo después de la

corazonada. La policía elige a un sospechoso, se convence de que tiene al hombre correcto, se felicita por ser tan inteligente y acto seguido ignora las pruebas contradictorias y acepta cualquier cosa que sustente su corazonada. Si consiguen arrancar una confesión verbal al sospechoso, la acusación será mucho más sólida y podrán evitar una investigación larga. Con frecuencia, el interrogatorio es la forma que tiene el policía perezoso de resolver un caso. Si aparecen pruebas que socaven su teoría, simplemente las descarta. Si se presentan pruebas claras de inocencia (ADN) una vez que su hombre ha sido condenado, se niega a creerlas y se obstina en mantener su culpabilidad.

Dan Williams entró en la comisaría de Norfolk hacia las seis y media de la tarde del 7 de julio, menos de dos horas después de que se descubriera el cadáver y mucho antes de que concluyera el trabajo en la escena del crimen. No tenía ni idea de que era sospechoso. Tenía veinticinco años, había estudiado hasta secundaria y era un antiguo *boy scout* criado por unos padres estrictos que le enseñaron a obedecer y respetar a la autoridad. Era tranquilo, dócil y el último chico de la clase en meterse en líos. No tenía antecedentes penales y nunca había sido sometido a un interrogatorio policial. Con su personalidad pasiva y discreta, no estaba preparado para la emboscada que acechaba a la vuelta de la esquina.

El interrogatorio comenzó a las ocho de la tarde y, como era de esperar, no se grabó ni en audio ni en vídeo. Había cámaras y grabadoras cerca, como en todas las comisarías, y se utilizarían cuando llegara el momento. Pero todavía no; algunas partes del interrogatorio no debían ser vistas. Williams renunció a sus derechos

Miranda, un error descuidado que cometen entre el 80 y el 90 por ciento de los inocentes. Los delincuentes culpables son mucho más propensos a callar o exigir un abogado.

Williams empezó a responder a las preguntas preliminares de la agente Gray mientras su compañero, Jack Horton, tomaba notas. No había nadie más en la sala. Al poco tiempo, Williams se dio cuenta de que la policía sospechaba de él y no podía creérselo. Los agentes le preguntaron si aportaría voluntariamente muestras de sangre, vello púbico y cuero cabelludo y si entregaría su ropa interior. Williams aceptó de buen grado. No tenía nada que ocultar. Asimismo, accedió a someterse a la prueba del polígrafo, lo cual fue otro error. Las personas inocentes a menudo dicen que sí a esa prueba porque están ansiosas por demostrar su inocencia. Confían en la policía. Sorprendentemente, la ley permite a la policía mentir sobre los resultados de la prueba del polígrafo, cosa que sucede con frecuencia. De hecho, la ley permite a la policía mentir a voluntad durante los interrogatorios a sospechosos. El ardid del polígrafo es uno de sus favoritos.

A las 21.45 conectaron a Williams al polígrafo y respondió a las preguntas del examinador. Estas se centraron en sus actividades del día anterior y en si había estado en el piso de Bosko recientemente. Williams respondió con sinceridad y pasó la prueba. Sin embargo, como de costumbre, le dijeron que no era así y que ahora tenían pruebas de que mentía. A medianoche, los dos agentes estaban lanzando acusaciones que Williams apenas tenía tiempo de negar. Los ánimos se caldearon. Williams insistió en que no sabía nada del asesinato y en que estaba en la cama con su mujer cuando ocurrió. Gray mintió y dijo que tenían un testigo que lo había visto en el

apartamento de Bosko. La policía insistió en que estaba obsesionado con Michelle y en que contaba con testigos que así lo demostraban. Los padres de Williams le habían enseñado a respetar a la policía y se quedó atónito cuando lo acusaron. Estaba confuso y le costaba pensar con claridad.

A medida que avanzaba la noche, Nicole, la esposa de Williams, estaba cada vez más preocupada. Llamó a la comisaría e intentó averiguar qué estaba ocurriendo. Al no obtener respuesta, decidió ir. Al principio del interrogatorio, la agente Gray salió a hablar con Nicole. Le preguntó qué había hecho la pareja la noche anterior. La policía pensaba que tal vez Dan se había escabullido y había cometido el asesinato, pero Nicole aseguró a Gray que su marido había dormido toda la noche y que no había salido. En ese momento, la policía supo que Dan tenía una coartada firme, pero no importaba.

A las 00.30, la agente Gray entró en la sala y Horton, que estaba hablando con Williams de hombre a hombre, trató de convencerlo de que confesara: «Cuéntalo todo ahora. Saldrás mejor parado que si esperas seis semanas a que lleguen los resultados de ADN». Williams se mantuvo firme y repuso que estaba cansado y quería irse a casa. A las 00.55, según las notas de Horton, Williams reconoció que Michelle le parecía atractiva, lo cual dio lugar a un incesante aluvión de insinuaciones de que estaba encaprichado y quería acostarse con ella.

Por fin, el interrogatorio estaba llegando a alguna parte. Gray volvió a la sala y ambos agentes insistieron en la «obsesión» de Williams con la víctima. Aseguraron poder demostrar que había estado en el apartamento de Bosko la víspera del asesinato de

Michelle. Williams estaba confuso y agotado y necesitaba dormir. Apoyaba continuamente la cabeza en la mesa y los agentes le ordenaban que volviera a levantarla. Williams, aturdido y contra las cuerdas, se aferró a la verdad y negó saber nada del asesinato. Los policías empezaron a cuestionar su memoria y mencionaron una posible amnesia y desmayos. Tal vez estaba sonámbulo cuando cometió el crimen.

Esta táctica no es inusual en interrogatorios prolongados. La policía a menudo esgrime amnesia, desmayos o sonambulismo, una estratagema concebida para sembrar dudas en la mente del sospechoso. Después, los agentes se presentan como los buenos que están ahí para ayudar a aclarar las cosas.

Al final surtió efecto. A las tres de la mañana, mientras los agentes seguían machacándolo, Williams empezó a cuestionar su propia memoria. A lo mejor se había desmayado. A lo mejor había sufrido un episodio de sonambulismo. Los agentes siguieron presionando con más hipótesis y acusaciones.

A las 4.35, Horton abandonó la sala y Gray echó mano de otra táctica, apelando a la conciencia de Williams. ¿Sentía algún remordimiento? «Michelle ya no está con nosotros», «Piensa en su familia» y demás. Esto también funcionó, porque Williams rompió a llorar súbitamente.

A las 4.51, la situación cambió de manera drástica cuando el agente Glenn Ford entró en la sala. Ford era un policía veterano, un personaje duro, un interrogador curtido que dominaba todos los trucos. Sus tácticas eran brutales e implacables, y estaban diseñadas para doblegar la voluntad de cualquier sospechoso. Tenía un historial de obtención de confesiones falsas.

Ya era hora de que Dan Williams confesara y Glenn Ford estaba allí para conseguirlo. Con Horton observando y tomando notas, Ford colocó su silla frente a Williams y dijo que estaba listo para oír la verdad. Sabía que Williams mentía y podía demostrarlo. Había testigos. Acosó a Williams sin cesar durante una hora. Lo amenazó con una larga pena de prisión, pero le prometió clemencia si confesaba. (Más tarde, Ford y Horton lo negaron bajo juramento). Le golpeó repetidamente en el pecho y lo insultó. (Esto también lo negó posteriormente).

Williams estaba aterrorizado y su capacidad de pensar con claridad había desaparecido hacía tiempo. Tras nueve horas de calvario, estaba a punto de derrumbarse. La policía no dudaba de su culpabilidad y la única manera de salir de aquella sala era darles lo que querían. Tenía que cooperar para salvarse.

Ford olió la victoria y, cuando hicieron un descanso a las 5.41, le dijo a Horton: «Está listo para confesar». Williams había sido interrogado durante casi diez horas, pero aquello no había terminado ni de lejos.

Años después, en la cárcel, intentó explicar por qué había confesado: «Estaba confuso, disgustado. En aquel momento no distinguía el bien del mal. Estaba cansado. No me encontraba bien. Me sentía impotente y no podía soportarlo más, así que les dije lo que querían oír. Me inventé detalles. Sabía que lo que estaba contándole al agente Ford no era la verdad, pero yo solo quería que terminara el interrogatorio».

A las siete de la mañana, tras once horas de interrogatorio, los agentes encendieron finalmente las grabadoras. Williams, asustado, exhausto y sumamente confuso, les dio lo que querían y, al hacerlo,

incluyó muchos detalles que le habían sugerido a lo largo de la noche. Su embrollada versión del ataque también incluía elementos que obviamente no eran ciertos.

La (primera) confesión contemplaba estos detalles: había cruzado el pasillo hasta la puerta de Michelle. Quizá estaba sufriendo un episodio de sonambulismo. Iba descalzo, aunque no se encontraron huellas. Ella lo dejó entrar. Él la atacó. Ella se puso a gritar, aunque nadie la oyó. No eyaculó, aunque se encontró semen en la víctima y en la manta. Cuando se fue, ella seguía gritando. No la estranguló, aunque la autopsia revelaría marcas de estrangulamiento. No la apuñaló, aunque la autopsia revelaría cuatro heridas de arma blanca, todas ellas mortales. No había sangre. Estaba solo, nadie le ayudó. Al principio no sabía cómo la había matado, pero luego recordó que quizá la había golpeado en la cabeza con un zapato, aunque la autopsia no reveló tales heridas. No acertó a describir el zapato.

El uso del zapato fue un buen detalle. Esa arma homicida había sido propuesta horas antes por la agente Gray, que más tarde reconoció: «Le metimos muchas de esas ideas en la cabeza. Admitió cosas que Jack (el agente Horton) y yo nos inventamos».

A las 7.15, los agentes apagaron las grabadoras y salieron. A Williams no le permitieron irse, así que se tumbó en el suelo a dormir. Más tarde, Gray fue a echar un vistazo. Williams yacía en el suelo, riendo como un histérico y ajeno a la realidad.

El interrogatorio no había concluido. La policía se había precipitado y tendría que modificar un poco la reciente confesión. Mientras Williams seguía en la sala de interrogatorios, la agente Gray fue a comprobar la autopsia de Michelle Bosko. Observó algunas

discrepancias sorprendentes entre los resultados del forense y la confesión de Williams, sobre todo las heridas de arma blanca y el estrangulamiento. No se apreciaban heridas en la cabeza. Incluso un policía medianamente observador se habría percatado enseguida de que Williams no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

El médico forense declararía más tarde que los resultados de la autopsia encajaban con la teoría inicial de que el crimen era obra de un solo agresor.

A las 9.25, Gray y Horton volvieron a la sala de interrogatorios, despertaron a Williams, que seguía en el suelo, y le pidieron que firmara su confesión escrita. Cuando lo hizo, se fueron.

A las once, la agente Gray irrumpió en la sala hecha una furia y empezó a exigir la verdad una vez más. Informó a Williams de que acababa de leer la autopsia y describió las heridas de arma blanca y el estrangulamiento, una estratagema conocida como «contaminar al testigo», la cual está muy mal vista. ¿Por qué Williams no le había contado lo de la asfixia y el apuñalamiento? Porque Williams no estaba en la escena del crimen, pero a Gray no podría negárselo. Empezó de nuevo con las acusaciones y Williams finalmente se rindió. Para conseguir que se callara y lo dejara en paz, empezó a hablar. En su segunda confesión declaró que no había utilizado un zapato para matar a Michelle, sino que en realidad la había estrangulado y apuñalado en el pecho, precisamente donde Gray había descrito las heridas.

Quince horas después de su llegada a la sala de interrogatorios, Dan Williams salió por fin y fue trasladado a prisión y acusado de violación y asesinato. La policía había resuelto el caso con rapidez. Sabían que tenían a su hombre y todos podían irse a dormir. Puesto

que la investigación se basó en interrogatorios y no en pruebas, la policía no se dio cuenta de que Williams no tenía arañazos en el cuerpo, a pesar de que había ofrecido voluntariamente muestras de sangre y cabello y se había sometido a un frotis en el pene. Unos agentes más astutos habrían determinado que la sangre y la piel encontradas bajo las uñas de Michelle eran indicios claros de una pelea y que su agresor presentaría marcas de algún tipo.

La noticia del asesinato recorrió toda Norfolk, especialmente los pisos cercanos a la base naval. Al poco tiempo llegó la noticia de que Dan Williams había confesado. A Omar Ballard le sorprendió que la policía no estuviera buscándolo y se mostró un tanto perplejo por la noticia, pero también aliviado de que los sabuesos de la policía de Norfolk hubieran seguido el rastro equivocado. Pero Omar no adoptó precisamente un perfil bajo. Ya estaba buscando a su tercera víctima.

Después de su primera noche entre rejas, Dan Williams se despertó confuso y no sabía a ciencia cierta qué había hecho. Cuando se impuso la realidad, se retractó de la confesión y empezó a repudiarla. Sin embargo, sus protestas no fueron atendidas.

Cuando sus abogados de oficio leyeron la confesión, supieron que estaba en un grave aprieto. Independientemente de cómo se obtuviera o de cómo concordara con las pruebas físicas, probablemente sería presentada ante un jurado. Los jueces rara vez descartan confesiones y los miembros del jurado suelen creérselas. Los métodos de interrogatorio brutales y abrumadores utilizados por la policía nunca llegan a los tribunales. La policía simplemente los

niega y los jurados no creen que nadie, bajo ninguna circunstancia, confiese un delito que no ha cometido.

Sin embargo, la realidad es bastante diferente. En casi el 25 por ciento de las exoneraciones por ADN que se han producido hasta la fecha, las autoridades obtuvieron confesiones falsas. En 1997, solo seis estados exigían a la policía que grabara el interrogatorio completo, ya fuese en audio o en vídeo. Virginia no era uno de esos seis estados, aunque, después del caso Bosko, el Departamento de Policía de Norfolk exige la grabación de los interrogatorios.

Los abogados de Williams sabían que la confesión se mantendría. También sabían que era probable que le impusieran la pena de muerte. Inmediatamente empezaron a barajar la posibilidad de llegar a un acuerdo para salvarle la vida a su cliente, pero Williams no aceptó. Dijo en repetidas ocasiones a sus abogados, a sus padres y a cualquiera que quisiera escucharle que él no había matado a Michelle. La policía lo había insultado, golpeado y coaccionado para que firmara una confesión falsa.

El asesino volvió a atacar diez días después del asesinato de Bosko. Omar Ballard golpeó y violó a una niña de catorce años, que más tarde lo identificó. Fue detenido y acabó declarándose culpable, pero eso interesaba poco a los agentes de homicidios. Tenían al asesino de Michelle y su investigación estaba prácticamente cerrada. La policía mostró tal indiferencia que no llevó a cabo un registro rutinario del apartamento de Williams. Los resultados de las pruebas de ADN tardarían semanas en llegar, o tal vez meses, pero no tenían ninguna duda de que su exhaustiva labor policial era acertada.

En noviembre, cuatro meses después del crimen, los fiscales ofrecieron un trato a Williams: si se declaraba culpable de violación y

asesinato, el estado de Virginia no solicitaría la pena de muerte. Williams sería condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Sus abogados le presionaron, pero él mantuvo su inocencia.

También en noviembre, Nicole Williams murió de cáncer de ovarios y a Dan no le permitieron asistir al funeral de su esposa. No había sido entrevistada por los abogados de Dan.

En diciembre, transcurridos cinco meses desde el asesinato, el laboratorio de criminalística dio a conocer los resultados de las pruebas de ADN realizados con las muestras de sangre, esperma y otros materiales genéticos de Williams. Para la policía y la fiscalía fue una conmoción: no había coincidencias. Williams quedaba exculpado, aunque ni él ni su abogado estuvieron al corriente de los resultados de dichas pruebas hasta abril. Sin embargo, en enero, con esa información crucial en su haber, la fiscalía ofreció a Williams un acuerdo de culpabilidad a cambio de la cadena perpetua. Williams lo rechazó.

En la mayoría de las jurisdicciones, la policía y los fiscales habrían reconocido lo obvio: tenían al hombre equivocado. Pero en Norfolk no estaban dispuestos a admitir su error. De repente, salieron al paso con nuevas teorías. Los resultados de ADN podían explicarse porque: (1) Williams estaba implicado pero utilizó preservativo, o (2) estaba implicado pero no eyaculó, y (3) Williams había violado y apuñalado a Michelle, pero el esperma pertenecía a un cómplice, etcétera. Se descartó la posibilidad de que Williams no estuviera presente durante el asesinato.

La inútil búsqueda se reanudó cuando la policía urdió una nueva teoría que giraba en torno a un cómplice. El sospechoso más obvio

era un marinero llamado Joe Dick (n.º 2). Dick alquilaba una habitación extra a Dan y Nicole Williams, y, como se hallaba tan cerca del asesino y de la escena del crimen, tenía que estar implicado. El 12 de enero de 1998, cuando desembarcó del USS Saipan, la policía se encontraba allí. Dick no tenía ni idea de que era sospechoso ni de que iría a la cárcel.

El agente Ford estaba esperando y Joe Dick no tenía ninguna posibilidad.

Dick era introvertido, retraído, fácilmente manipulable y socialmente torpe, y se dejaba intimidar por las figuras de autoridad. Era un joven extraño con pocos amigos y no estaba preparado para la confrontación que le esperaba.

Alrededor de las 10.10, Dick fue conducido a una sala de interrogatorios. Al igual que Williams, no tenía antecedentes penales y nunca había sido interrogado. Estaba extremadamente nervioso. Poco después de entrar, Ford y el agente Don Brenner convencieron a Dick de que renunciara a sus derechos Miranda, un terrible error que supondría su condena.

Al cabo de unos minutos, Ford estaba haciendo preguntas sobre Michelle Bosko, Dan Williams y el asesinato, y Dick dijo que solo sabía lo que había leído en el periódico u oído en la calle. Afirmó que estaba en el barco la noche del asesinato. Ford repuso que tenía pruebas de que Dick no estaba navegando y, por tanto, sabía que Dick mentía. Momentos después, Ford se puso a gritar y acusó a Dick de estar implicado en el asesinato. Dick mantuvo su inocencia y se sucedieron las acusaciones y las negaciones. Ford dijo que tenían una confesión de Dan Williams en la cual, según dio a entender, implicaba a Dick, lo que no era cierto. La declaración de Williams no

mencionaba a ningún cómplice. Ford dijo que la policía tenía pruebas de ADN que demostraban su culpabilidad. (El agente Brenner reconocería más tarde que era falso). Pero, de nuevo, a la policía le está permitido mentir durante un interrogatorio.

Ford llegó por fin al polígrafo. Dick no dudó, aunque se mostró inquieto, ya que estaba muy nervioso y no pensaba con claridad. Pasó la prueba, pero todo estaba amañado. Con semblante serio, Ford informó a Dick de que no la había superado, pero se negó a mostrarle los resultados. Dick, tan ingenuo como para seguir confiando en la policía, se quedó estupefacto y empezó a cuestionarse a sí mismo.

Ford siguió el guion habitual: inventar y luego exagerar las supuestas pruebas; expresar absoluta certeza en la culpabilidad del sospechoso; negarse a aceptar un no por respuesta; dar la clara impresión de que el sospechoso no saldrá de allí hasta que confiese, tarde lo que tarde; descartar de plano cualquier coartada; recordar continuamente al sospechoso que está en serios problemas; y sugerir amnesia, desmayos, sonambulismo, sueños o cualquier cosa que ponga en duda el estado mental del sospechoso.

Después adoptaron el papel del policía bueno y el policía malo. Hacia las 14.30, Ford abandonó la sala y el agente Brenner empezó a mostrarse afable e imploró a Dick que dijera la verdad, que se desahogara, que se quedara con la conciencia tranquila, que pensara en la familia de Michelle, etcétera. Le aseguró que tenían las pruebas que necesitaban y ahora le tocaba a él reconocerlo todo.

Dick resultó más fácil de doblegar que Dan Williams, dado que no era tan fuerte ni mental ni emocionalmente. Tras cuatro horas de interrogatorio incesante, un abrumado Dick se rindió y empezó a

admitir tortuosamente un crimen del que no sabía nada. Años después, intentaría explicar por qué: «Supuse que [Ford] se callaría si le decía algo que quisiera oír. Estaba cansado y frustrado, y solo quería que me dejara en paz. Cedí porque sabía que el ADN me exculparía».

Como no conocía los hechos que rodeaban el crimen, Dick empezó a contar una historia tan absurda que los agentes no se la creyeron, pero eso no era problema: sugirieron hechos aquí y allá, e incluso mostraron a Dick una foto de Michelle en la escena del crimen. Durante tres dolorosas horas, urdieron la historia y convencieron a Dick para que adoptara su versión. A pesar de tan hábil manipulación, la confesión de Dick era un relato extraño que distaba enormemente de las pruebas de la escena del crimen y de las declaraciones de Dan Williams, su ahora compañero de violación y asesinato.

Pero Glenn Ford estaba satisfecho. Una vez más había desenmascarado al sospechoso y resuelto el crimen. Solo necesitó seis horas de tácticas de interrogatorio abusivas para doblegar al segundo. Joe Dick fue encarcelado, acusado de violación y asesinato y retenido sin fianza.

Después de la detención, el supervisor de Dick en el USS Saipan, el suboficial Michael Ziegler, sospechaba que la policía lo había engañado. Conocía bien a Dick y sabía que no sería difícil obligarlo a confesar un delito que no había cometido. Ziegler comprobó los registros del barco y determinó que, en efecto, Dick estaba a bordo en el momento en que Michelle fue asesinada. Ziegler habló con su comandante, el cual le indicó que cooperara plenamente con las autoridades civiles, los fiscales y los abogados defensores. Esperó y

esperó, pero nadie se puso en contacto con él para verificar la coartada de Dick. Más tarde declaró a *The New York Times* que no tenía «ninguna duda» de que Dick estaba de servicio la noche del asesinato. La policía nunca revisó los diarios de a bordo ni los registros de asistencia.

Los padres de Joe Dick contrataron a Mike Fasanaro, un abogado de Norfolk, que obtuvo una copia de la confesión y concluyó rápidamente que su nuevo cliente era culpable. Dijo a los padres que, «sin duda, Joe estaba implicado en todos los aspectos del caso». Meses antes, Fasanaro había pasado por la espantosa experiencia de que ejecutaran mediante inyección letal a un cliente suyo, algo que no se le iba de la cabeza, y empezó a trabajar en un acuerdo de culpabilidad que mantuviera a Joe Dick alejado del corredor de la muerte.

Dos meses después de la confesión de Dick, el laboratorio estatal de criminalística tenía más malas noticias para la policía y los fiscales. El ADN de Joe Dick no coincidía con el de la sangre, el esperma y demás material genético hallado en la escena del crimen.

De repente, la policía y los fiscales tenían una nueva teoría: ¡había tres hombres implicados, y el tercero seguía suelto!

Para entonces, Omar Ballard estaba en prisión por su segunda violación conocida. Someter su sangre a una prueba de ADN habría resuelto el crimen, pero el agente Ford y su equipo estaban demasiado ocupados para eso. En lugar de buscar sospechosos creíbles, se empeñaron en encontrar al n.º 3, pero no sabían por dónde empezar. Las pruebas de la escena del crimen no sirvieron de nada porque decidieron ignorarlas. Impertérrito, Ford recurrió a otra

artimaña: pagar a un soplón encarcelado para que delatara a Joe Dick.

Los soplones mentirosos aún asolan el sistema penal estadounidense porque la policía y los fiscales siguen utilizándolos. En el 25 por ciento de las exoneraciones por ADN conseguidas hasta la fecha, en el juicio se utilizaron soplones encarcelados para obtener la condena errónea.

El soplón, al que habían encerrado con Dick, charló con él el tiempo suficiente para que mencionara a un conocido cuyo nombre era Eric (aún no tenía apellido). Nada apuntaba a que ese tal Eric estuviese involucrado de algún modo en el asesinato de Michelle Bosko, pero a la policía no le interesaban esos asuntos triviales. Tenían que encontrar al tercer asesino. El soplón le dio el nombre y Glenn Ford volvió a la carga. Localizó a un marinero llamado Eric Wilson (n.º 3) y le pidió que pasara por comisaría para responder a algunas preguntas. Eric conocía a Dan Williams y había oído rumores sobre el caso, así que imaginó que era su turno de contar lo que sabía, lo cual no incluía ninguna novedad.

Eric Wilson nunca había sido interrogado por la policía y no tenía un solo antecedente, ni siquiera una multa por exceso de velocidad. Se crio en una pequeña ciudad del Texas meridional, en un estricto hogar bautista del sur, y sus padres estaban muy unidos. Era un estudiante mediocre, se había alistado en la Armada al acabar el instituto y se tomaba muy en serio el servicio militar.

A las 10.10 fue conducido a una sala de interrogatorios, donde permanecería las siguientes nueve horas. El interrogatorio del agente Ford fue el habitual: una rápida exposición de los derechos Miranda; preguntas rutinarias cada vez más incisivas y cargadas de

sospecha; una prueba del polígrafo, evidentemente «fallida», aunque en el caso de Wilson los resultados no fueron concluyentes; y luego la artillería pesada. Eric se quedó atónito cuando le dijeron que no había superado la prueba, y luego se sorprendió por el comportamiento de Ford. Declararía más tarde que Ford estaba «muy agresivo, amenazador y enfadado, y que gritaba mucho». Ford le daba golpecitos en la frente con los dedos y solo paraba cuando se los metía accidentalmente en el ojo. Ford lo niega. Su compinche, el agente Jason Trezevant, lo recuerda como «probablemente uno de los interrogatorios más relajados en los que he participado en dieciocho años».

Y es posible que así fuera.

Ford aumentó la presión, pero Eric logró resistir y negó cualquier implicación. Ford dijo que tenía muchas pruebas, su afirmación habitual. Sin embargo, no dio a conocer ninguna de esas pruebas al sospechoso. Desde luego, no había pruebas físicas, y el nombre de Eric Wilson no había trascendido en las absurdas confesiones de Dan Williams y Joe Dick. Un soplón a sueldo solo había proporcionado el nombre de «Eric». El agente Ford había atado cabos y ahora estaba acusando al joven Eric Wilson de haber violado y asesinado a una hermosa joven a la que no conocía de nada. Ford le enseñó fotos de Michelle viva y muerta.

Los interrogatorios policiales se basan en la presunción de culpabilidad y Ford no estaba dispuesto a aceptar una sola negativa. Después de cuatro horas, salió hecho una furia. El agente Trezevant asumió el papel de poli bueno y ambos charlaron de cosas que no tenían nada que ver con el motivo de su presencia allí. La conversación fue de un tema a otro y Eric cometió el error de

mencionar un sueño que había tenido. En él, una mujer joven estaba en apuros, algo malo le ocurría, aunque no podía asegurar qué era. Eric no logró identificar a la mujer, así que Trezevant cogió una foto de Michelle comiendo un *pretzel* y comentó que podía ser la mujer del sueño. Eric respondió que cabía esa posibilidad.

Se había abierto la veda. Ford estaba de nuevo en la sala y quería detalles: quién aparecía en el sueño, qué le ocurría a Michelle, dónde tenía lugar, etcétera. Eric trató de llenar los huecos y, cuando no fue capaz, contó con abundante ayuda de los agentes. Tras varias horas, el sueño fue cobrando forma poco a poco. Eric, Dan Williams y Joe Dick atacaban a Michelle en su apartamento, la sujetaban y la violaban. En un momento dado, Ford se cansó de tanto sueño y exigió a Eric que se dejara de tonterías y les contara lo que había sucedido de verdad. Eric se horrorizó al pensar que tal vez no lo había soñado. A lo mejor había estado allí de verdad y, de ser así, todo cobraba sentido: el resultado del polígrafo, las pruebas que la policía aseguraba tener, las constantes afirmaciones de Ford y la certeza de la implicación de Eric. Confuso, asustado y sin capacidad alguna de resistencia, confesó la violación, pero no el asesinato.

Más tarde, Eric declararía: «Al final acaba crispándote y dices: "Se supone que estos tíos son los buenos. A lo mejor están en lo cierto. A lo mejor sí que lo hice. A lo mejor tengo un problema y no recuerdo haberlo hecho". Y en ese momento empiezas a decirles lo que quieren oír. Habría hecho cualquier cosa, cualquiera, para quitarme al agente Ford de encima».

Lo metieron en una pequeña celda de la comisaría y allí, solo y asustado, empezó a asimilar la realidad de lo que acababa de hacer.

Dos meses después, el laboratorio estatal de criminalística anunció que el ADN de Eric no coincidía con la sangre, el esperma y el resto de material genético encontrado en la escena del crimen.

De repente, la policía tenía una nueva teoría: ¡había cuatro hombres en la banda! Sin dudarlo, los agentes se apresuraron a buscar al cuarto sospechoso. Una vez más, en lugar de basarse en las pruebas físicas, optaron por interrogar a uno de los tres primeros. Como Joe Dick era el más vulnerable y su abogado el más ansioso por llegar a un acuerdo, Glenn Ford se decantó por él. Bajo una intensa presión para salvar su «trato» y, por tanto, su vida, Dick reconoció finalmente que otros tres hombres habían participado en el ataque, lo cual arrojaba un total de seis. No conocía los nombres de los otros tres, pero estaba seguro de que uno de ellos era George. El hecho de que Dick no supiera los nombres de los miembros de una banda lo suficientemente organizada como para violar y matar a una joven debería haber sido una señal de alarma, pero la policía estaba demasiado desesperada como para echar el freno. Para entonces, el joven marinero se había convencido a sí mismo de que era culpable y estaba dispuesto a decir cualquier cosa.

De algún modo, en el frenético mundo de la investigación de Glenn Ford, George se convirtió en un exmarinero llamado Derek Tice (n.º 4). Tice se había licenciado con honores en la Armada, se había ido de Norfolk y vivía en Florida. Su único vínculo con el caso Bosko estaba en la confusa mente de Joe Dick. Fue capturado por otro heroico equipo SWAT, acusado de violación y asesinato y extraditado a Virginia. Cuando llegó a Norfolk para hablar con el agente Ford, era un manojo de nervios.

Su interrogatorio comenzó a las 14.15, según las notas que tomó el agente Don Brenner. Glenn Ford se ocupó de los preliminares y consiguió que Tice renunciara a sus derechos Miranda como si fueran de escasa importancia. Tras algunas preguntas más, Ford pidió a Tice que les contara todo lo que sabía sobre la violación y el asesinato de Michelle Bosko. Tice repuso que solo sabía lo que había oído y que le había sorprendido la detención de Dan Williams (n.º 1). Ford se puso en pie repentinamente, derribó la silla y empezó a gritar a Tice que dejara de mentir. Tice, aturdido y temeroso de que fuera a golpearlo, repitió su historia. Ford lo acusó de mentir. Luego fue el propio Ford quien mintió cuando dijo (1) que los otros tres acusados planeaban testificar contra Tice e incluso afirmar que el ataque había sido idea suya, (2) que la policía tenía pruebas que vinculaban a Tice con el crimen, y (3) que había un testigo secreto que situaría a Tice en el lugar de los hechos.

Años más tarde, Ford reconoció que tal vez había levantado la voz. También negó haber amenazado a Tice de muerte por inyección letal, pero este recordaba las cosas de otra manera. Más tarde afirmaría: «Cada vez que decía que no estaba allí, me llamaba mentiroso y me decía que sí estaba, que él lo sabía, y que si seguía contando mentiras iría a juicio y me caería la pena de muerte. Ford me dijo: "Vas a morir. Nos aseguraremos de que te pongan la inyección"».

Iban pasando las horas y el agotador interrogatorio no cesaba. Derek Tice empezó a preguntarse si todos estaban conspirando contra él: Dan Williams, Joe Dick, Eric Wilson, la policía y los testigos secretos. Empezó a dudar de sí mismo y a perder la noción de la realidad. Ya nada estaba claro y Ford seguía machacándolo.

Transcurrieron cinco horas y Tice seguía negando cualquier implicación. Aunque estaba agotado, no tenía forma de saber que Ford estaba dispuesto a aguantar mucho más, hasta que obtuviera una confesión.

A las cuatro de la tarde, Tice fue llevado a la fatídica sala del polígrafo, conectado a la máquina e interrogado por el agente Will Sayre, el «experto» de la policía de Norfolk que también había examinado a Williams, Dick y Wilson. Sin que Ford y Brenner estuvieran presentes, Sayre realizó la prueba y a las 17.30 informó a Tice de que no la había superado. El polígrafo demostraba claramente que había estado en el apartamento de Bosko y que había participado en la violación y el asesinato.

Según Tice, Sayre le aseguró que le impondrían la pena de muerte y que él mismo asistiría a la ejecución. (Más tarde, el agente lo negó).

A continuación, Sayre dijo que sabía que Ford podía ser «un poco autoritario» y que, si Tice quería confesar, estaría más que dispuesto a tomarle declaración.

En ese momento, Tice se acogió a su derecho a no declarar. Le dijo a Sayre que quería llamar a un abogado y este respondió que tal vez sería aconsejable. Según las notas de Sayre, Tice se negó a decir nada más hasta hablar con un abogado.

Por alguna razón, el asunto del abogado fue ignorado. A las 19.30, Tice fue llevado de nuevo a la sala de interrogatorios. Cuando entraron Ford y Brenner, la intimidación comenzó de nuevo. Acusaciones, negaciones y amenazas. Muchos gritos e insultos. Ford sacó una foto de Michelle, se la puso en la cara a Tice y le preguntó cómo se sentiría si fuera su hija (Tice tenía una niña de cuatro

años). El sospechoso pensó en ella y en lo traumático que sería que ejecutaran a su padre y se echó a llorar. Después de diez horas, acabó por derrumbarse.

Años más tarde lo recordaba así: «Estaba asustado, solo y con ganas de vomitar. Me dolía la cabeza y pensaba que Ford decía la verdad cuando aseguró que los tres testificarían contra mí y que podría utilizarse el polígrafo como prueba. Temía que Ford me pegara si no declaraba. Quería salir de allí como fuera. Me sentía atrapado y creía que mi única escapatoria era dar una declaración falsa [...] Ahora me siento idiota».

La confesión de Tice empezó con los hechos básicos, tal y como se los transmitió Ford durante las primeras horas del interrogatorio. Ford insistió en que había otros implicados, más de cuatro, y pidió nombres. Tice mencionó a su amigo Geoffrey Farris (n.º 5), pero Ford respondió que la policía ya estaba al corriente. ¿Quién más? Sacando nombres de la nada, igual que estaba haciendo con los datos, Tice mencionó a otro amigo, Rick Pauley (n.º 6).

Como las otras tres confesiones falsas, la de Tice estaba plagada de incoherencias. Una de las más flagrantes fue que habían usado un martillo para entrar en el apartamento de Bosko. No se habían encontrado marcas que así lo demostraran, y Ford lo sabía. Tice también dijo que había eyaculado durante la violación.

A la 1.30, quince horas después del inicio del interrogatorio, Derek Tice firmó su confesión y fue trasladado a la cárcel. Al cabo de tres días, el periódico local publicó que Williams, Dick, Wilson y Tice habían llamado a la puerta de Michelle y luego la habían apuñalado y estrangulado tras una violación grupal. Los fiscales dijeron que era uno de los casos más tristes que habían visto jamás.

Ford negaría posteriormente haber «condicionado» a Tice durante la confesión.

En la cárcel de Norfolk, Tice fue encerrado en la misma unidad que Omar Ballard, un hombre al que no conocía de nada. En los meses siguientes, las teorías de culpabilidad siempre cambiantes incluirían otra nueva: Tice y Ballard, junto con otras seis personas, habían formado una banda improvisada, integrada principalmente por desconocidos, que se organizó solo el tiempo suficiente para cometer la violación y el asesinato.

Rick Pauley era un exmarinero que vivía con sus padres en Norfolk. Fue arrestado poco después de la confesión de Tice y conducido a una sala de interrogatorios. Allí, los agentes Bobby Backman y Don Brenner lo acusaron reiteradamente de los delitos, hicieron caso omiso de sus negativas, mintieron sobre las pruebas que lo relacionaban con la escena del crimen, lo amenazaron con que moriría si no cooperaba, le prometieron clemencia si lo hacía, anunciaron que no había superado la prueba del polígrafo e ignoraron su derecho a guardar silencio después de que exigiera un abogado. Tras cinco horas, Pauley estuvo a punto de venirse abajo y declarar cualquier cosa con tal de poner fin al interrogatorio. Más tarde le dijo a su madre que habían estado a punto de convencerlo de que era culpable.

Pero Pauley se negó a confesar y la policía acabó dándose por vencida. Tuvo suerte, porque Glenn Ford estaba de vacaciones. Su abogado conjeturó que, si Ford hubiera estado de servicio, Pauley habría confesado.

Aunque no lo hizo y no había pruebas que lo situaran en el lugar de los hechos, Pauley fue acusado de asesinato y violación y

encerrado en la cárcel de Norfolk, donde pasaría los diez meses siguientes.

A continuación, la policía detuvo a Geoffrey Farris, otro exmarinero que vivía en la zona. Farris no estaba bajo arresto cuando entró en la sala de interrogatorios, pero eso cambiaría pronto. Glenn Ford, que ya había regresado de sus vacaciones, se encargó de los preliminares, lo que, por supuesto, significaba pasar de puntillas por los derechos Miranda. Tras dos horas de acusaciones y la obligada prueba fallida del polígrafo, Farris exigió un abogado y dejó de hablar. Ford le dijo que quedaba detenido por violación y asesinato, y Farris ingresó en prisión, donde permanecería diez meses.

A finales de agosto de 1998, el laboratorio estatal de criminalística tenía más malas noticias para la policía y los fiscales. El ADN recuperado en la escena del crimen no coincidía con el de Derek Tice, Rick Pauley y Geoffrey Farris. Seis hombres en la cárcel y todos exculpados por el ADN.

De repente, la policía de Norfolk elaboró una nueva teoría: ¡la banda estaba formada por siete hombres y el séptimo asesino andaba suelto!

Dado que Derek Tice había sido la fuente de los dos últimos nombres aleatorios —Rick Pauley y Geoffrey Farris—, parecía lógico que pudiera tener otro bajo la manga. Las buenas prácticas policiales dictaban que Tice debía ser interrogado una vez más.

Y funcionó. El 27 de octubre, durante otro maratón con Glenn Ford, Tice dio el nombre de John Danser (n.º 7) y los Keystone Kops[1] salieron nuevamente en busca de su escurridizo proveedor de esperma.

John Danser era un exmarinero que conocía a Williams (n.º 1) y a Tice (n.º 4), pero a ninguno de los demás. Había servido en la policía militar y no se dejaba intimidar fácilmente. Fue detenido en su casa, situada al norte de Filadelfia, y extraditado a Norfolk. El interrogatorio estuvo a cargo de Ford, que siguió su rutina habitual. Danser accedió a someterse al polígrafo y, cuando le dijeron que no lo había superado, solicitó un abogado, pero el interrogatorio continuó. En un momento dado, Ford mostró a Danser una foto de Michelle en la escena del crimen y le preguntó si era así como la recordaba después de haberla violado y apuñalado. Danser se mantuvo en sus trece. Tenía una coartada irrefutable —en el momento del asesinato se encontraba en su casa de Pennsylvania— y se negó a ceder ni un ápice. Ford afirmó tener pruebas de que Danser estaba en Norfolk en el momento del crimen, pero, como siempre, no desveló la naturaleza de esas pruebas. Finalmente, Ford se rindió y Danser fue encarcelado y acusado de violación y asesinato.

Dos meses después, fue descartado como fuente del ADN hallado en la escena del crimen.

En febrero de 1999, las autoridades de Norfolk tenían a los siete marineros en la cárcel y ni una sola prueba física con la que condenarlos. No obstante, eso no disuadió a los fiscales. Contaban con siete confesiones espurias y estaban decididos a utilizarlas.

Un mes antes, Dan Williams (n.º 1) había sucumbido finalmente a la presión y había aceptado declararse culpable a cambio de dos cadenas perpetuas sin libertad condicional. Había rechazado repetidamente ofertas similares, pero acabó cediendo la víspera del juicio, en el que solicitarían la pena de muerte para él. Nicole, su

coartada, había fallecido. Sus abogados no habían llevado a cabo ninguna investigación y estaban convencidos de que lo condenarían a muerte porque ningún jurado creería que su confesión era falsa. El acuerdo le salvaría la vida y pensó que no tenía elección.

Joe Dick (n.º 2) también había aceptado un acuerdo similar. Eric Wilson (n.º 3) se negó y siguió retractándose de su confesión. Insistió en ir a juicio. Derek Tice (n.º 4) también tuvo dudas, pero finalmente se negó a declararse culpable.

Antes de que la policía pudiera urdir una nueva teoría y empezar a buscar al número 8, Omar Ballard entró en escena y las cosas cambiaron un poco. Desde la cárcel, escribió una carta a un amigo y confesó haber matado a Michelle. La carta fue entregada a la policía, que a su vez se la hizo llegar a la fiscalía, la cual intentó mantenerla en secreto. Finalmente se la facilitaron a los abogados de la defensa, pero solo después de que un tribunal se lo ordenara.

Una prueba rápida de ADN sirvió para identificar a Ballard. ¡La policía por fin tenía una coincidencia! Glenn Ford fue corriendo a la cárcel para interrogar a su último sospechoso. Para tratarse de Ford, fue una conversación breve. No hubo amenazas, ni pruebas fallidas del polígrafo ni ninguna de las tácticas habituales. Ballard lo reconoció todo en cuestión de minutos. Cometió el crimen, lo hizo solo y sentía remordimientos. Describió la escena del crimen y el apartamento con todo lujo de detalles, y fue el primer y único sospechoso que describió con precisión el cuchillo de sierra que se utilizó en el crimen. Ford sugirió que había otras personas implicadas, pero Ballard dijo que no. Ford volvió a insistir en ello y Ballard se mostró enojado con sus tácticas. Reiteró que había actuado solo, pero Ford no le creyó. Al final de la declaración

grabada, Ford preguntó a Ballard si quería añadir algo, y el preso dijo: «No, las cuatro personas que abrieron la boca son imbéciles».

En una declaración firmada más tarde, Ballard aseguraba: «Ford me hizo una serie de preguntas capciosas para intentar obtener la versión del crimen que él quería. Por ejemplo, me contaba algún detalle sobre el asesinato de Michelle y luego me hacía una pregunta, animándome a utilizar en mi respuesta el detalle que acababa de darme. En repetidas ocasiones le dije a Ford que había cometido el crimen yo solo, pero él quería que dijera que los otros acusados habían estado implicados». Ballard declaró más adelante a un productor de televisión: «El inspector Ford es escoria. Pone palabras en la boca de la gente y no para hasta que estés de acuerdo. Y de eso son culpables esos cuatro blancos: de "estar de acuerdo"».

En lugar de retractarse y admitir lo obvio, en lugar de examinar de nuevo el caso y valorar la posibilidad de que tal vez se habían equivocado, la policía y los fiscales siguieron adelante. Habían invertido demasiado en su investigación fraudulenta.

Tenían una nueva teoría. Ahora había ocho hombres implicados en el crimen y Omar era su líder. No importaba que ninguna de las cuatro primeras confesiones mencionara una banda de ocho integrantes o la presencia de un hombre negro, ni que la quinta confesión, la de Omar, negara expresamente la participación de otras personas.

La teoría de la Banda de los Ocho decía algo así: siete marineros blancos estaban de fiesta en el apartamento de Dan, aunque su mujer, Nicole, acababa de volver del hospital tras una operación de cáncer. Decidieron ir a la casa de al lado y violar a Michelle, ya que

Billy estaba en el mar. La vecina no abrió la puerta. Estaban en el aparcamiento cuando apareció Omar Ballard, al que no conocían, pero al que contaron su plan de violar en grupo a Michelle. Omar dijo que podía conseguir que Michelle abriera la puerta porque la conocía. Cuando lo hizo, todos siguieron a Omar y se turnaron para violarla, aunque no está claro en qué orden. Ballard fue el único que eyaculó. También se turnaron para apuñalarla, aunque no está claro quién fue el primero o el último. El ataque pudo producirse en la sala de estar, o tal vez en el dormitorio. Una escena tan salvaje en el pequeño apartamento habría sembrado el caos, pero la banda fue lo bastante cuidadosa como para dejarlo todo ordenado y, por supuesto, limpiar hasta la última huella dactilar.

Para aceptar esa ridícula hipótesis también hay que creerse una larga lista de ideas descabelladas, por ejemplo, que Joe Dick (n.º 2) se las arregló para esquivar la seguridad del USS Saipan, fue corriendo al apartamento, se reunió con los otros, a algunos de los cuales no conocía, cometió el crimen y volvió a toda prisa al barco eludiendo de nuevo la seguridad; que John Danser (n.º 7) recorrió el trayecto de siete horas desde su casa en Pennsylvania en cinco horas, se unió a la banda, de la cual solo conocía a dos miembros, cometió el crimen y volvió a casa; que Geoffrey Farris (n.º 5), que tenía grabaciones que demostraban que estaba hablando por teléfono con su novia de Australia cuando se produjo el asesinato, colgó el teléfono, salió de su casa en Norfolk, se unió a la banda y volvió corriendo para terminar la conversación con su novia; y que los distintos atacantes que apuñalaron a Michelle lograron infligir heridas casi idénticas y de la misma profundidad. Quizá lo más fantástico de esta historia es que un matón callejero tan experto

como Omar Ballard perpetrara un crimen tan atroz con un grupo de chicos blancos a los que no conocía de nada.

Obviamente, la teoría de la Banda de los Ocho se derrumbó bajo el peso de su propia locura. Derek Tice (n.º 4) se retractó y no quiso testificar contra los tres hombres a los que había nombrado, por lo que los fiscales se vieron obligados a retirar los cargos contra Geoffrey Farris (n.º 5), Rick Pauley (n.º 6) y John Danser (n.º 7). Salieron en libertad tras pasar varios meses en una cárcel muy dura. No hubo disculpas, ni indemnizaciones, ni explicaciones, nada. Y ellos fueron los afortunados.

Dan Williams (n.º 1) intentó retirar su declaración de culpabilidad a la luz de las confesiones de Ballard, pero el juez lo rechazó. Joe Dick (n.º 2) se había convencido a sí mismo de que era culpable e incluso escribió una carta de disculpa a la familia de Michelle. Eric Wilson (n.º 3) fue declarado culpable de violación en el juicio. Su confesión fue leída al jurado y quedó hundido. Cumplió siete años y medio de prisión y salió en libertad en 2005. Derek Tice (n.º 4) fue declarado culpable en dos juicios distintos y condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. En los juicios de Wilson y Tice, Joe Dick testificó para la acusación, pero no resultó creíble. Sin embargo, los jurados quedaron fascinados por las confesiones grabadas.

Williams, Dick y Tice fueron condenados a cadena perpetua sin libertad condicional. Sorprendentemente, en una jurisdicción en la que la pena de muerte se aplica con frecuencia, Omar Ballard consiguió un acuerdo que lo mantuvo alejado del corredor de la muerte. Un delincuente habitual con antecedentes violentos y asesino confeso de Michelle Bosko. En cualquier otro contexto, las

autoridades habrían estado deseando celebrar un juicio sensacionalista. ¿Por qué le dieron una oportunidad a Ballard? La única explicación plausible es que la policía y los fiscales temían un juicio por asesinato en el que los abogados de Ballard pudieran formular la pregunta obvia a los miembros del jurado: ¿cómo pueden condenar a este hombre cuando otros cuatro han confesado el crimen? Un juicio así era demasiado arriesgado para la policía y los fiscales, que llegaron rápidamente a un acuerdo con Ballard y lo enviaron a prisión de por vida.

El resultado final del caso Bosko no lo dirimió la verdad, sino la mentira. Tanta gente contó tantas mentiras, a tantos niveles, de tantas maneras y por tantas razones, que la verdad se volvió irrelevante. Pero los hechos recabados en la escena del crimen nunca cambiaron, aunque fueron ignorados deliberadamente por la policía y los fiscales. Había un agresor y una coincidencia de ADN, y el propio Omar Ballard reconoció que había actuado solo.

En 2004, Peter Neufeld, cofundador del Innocence Project en Nueva York, recibió el encargo de analizar las condenas injustas de los Cuatro de Norfolk. Neufeld conocía el caso, pues era legendario en los crecientes círculos de trabajos sobre la inocencia. No conocía ningún otro caso en el país en el que el ADN hubiera excluido a tantos acusados que aun así fueron condenados. En la inmensa mayoría de los casos en los que el ADN exonera a un acusado, los fiscales hacen lo que hay que hacer: reconocer que tienen al sospechoso equivocado. «El ADN está por encima de la confesión —aseguraba Neufeld—. La actuación de los fiscales y la policía en el

caso Bosko es tan extraña, inadmisible e incomprensible que no existe precedente».

Pero el caso era demasiado grande para el Innocence Project, así que Neufeld pidió ayuda a un conocido abogado defensor llamado George Kendall. Al principio, este se mostró escéptico por las confesiones, pero tras investigar un poco empezó a interesarse por el caso. Finalmente aceptó y convenció a tres grandes bufetes para que aunaran fuerzas. El suyo, Holland & Knight, asumió la representación de Joe Dick. Skadden Arps, con mil abogados y un compromiso con el trabajo *pro bono*, aceptó representar a Dan Williams. Don Salzman, un apasionado del trabajo *pro bono* en casos de inocencia, también aceptó. En Hogan & Hartson, Des Hogan asumió la representación de Derek Tice. Greg McCormack, el abogado de Eric Wilson, había presentado una petición de clemencia y siguió representándolo adecuadamente.

Los bufetes decidieron trabajar conjuntamente para conseguir el indulto absoluto por parte del gobernador de Virginia. Buscaron a los mejores expertos del país y les pidieron que actuaran de manera exhaustiva e independiente. Hicieron consultas a autoridades altamente cualificadas y objetivas en análisis de escenas del crimen, pruebas de ADN, interrogatorios, falsas confesiones y delitos violentos. Los tres bufetes se pusieron manos a la obra y aportaron al proyecto sus considerables talento y recursos.

Todos los expertos opinaban lo mismo: Omar Ballard actuó solo y las confesiones de los Cuatro de Norfolk eran forzadas y poco fiables. Ninguno de los cuatro marineros tuvo nada que ver con el crimen.

Los abogados reunieron un increíble elenco de simpatizantes. Cuatro exfiscales generales de Virginia, tres demócratas y un republicano, además de quince exjueces y fiscales, instaron al gobernador a indultar plenamente a los cuatro marineros. Trece miembros del jurado que intervinieron en los juicios de Wilson y Tice firmaron declaraciones en las que admitían que se habían equivocado. Creían haber sido engañados durante el juicio, ya que nadie les informó de las agresiones sexuales previas de Ballard ni del historial del agente Ford obteniendo confesiones falsas. El 6 de enero de 2006, *The Virginian-Pilot*, el periódico más importante de la zona de Norfolk, manifestó: «Si los fiscales o la policía pueden aportar una sola prueba firme que implique a cualquiera de los cuatro condenados, aparte de sus confesiones, las condenas deben mantenerse. Si no, [el gobernador] debería liberarlos».

Editoriales publicados por *The New York Times* y *The Washington Post* solicitaban el indulto.

A petición de los abogados de los Cuatro de Norfolk, veintiséis exagentes especiales del FBI revisaron el caso a fondo y llegaron a la misma conclusión: Ballard actuó solo y las cuatro confesiones eran falsas. Los agentes del FBI rara vez comentan este tipo de casos, y es aún más inusual que coincidan en que alguien ha sido condenado injustamente. En esta ocasión, los agentes estaban tan convencidos que lo hicieron público. El 10 de noviembre de 2008, en una rueda de prensa celebrada en Richmond, Jay Cochran, antiguo subdirector de la agencia, dijo: «Tras una cuidadosa revisión de las pruebas, hemos llegado a una conclusión inequívoca: los Cuatro de Norfolk son inocentes. Creemos que ha habido un trágico error en el caso de

estos cuatro miembros de la Armada y pedimos al gobernador Tim Kaine que les conceda el indulto inmediato».

El 6 de agosto de 2009, el gobernador Kaine otorgó el indulto condicional a Dan Williams, Joe Dick y Derek Tice. Dado que Eric Wilson había sido puesto en libertad cuatro años antes, no era necesario el indulto, al menos en opinión de Kaine. Básicamente les conmutó las condenas por tiempo cumplido. Tras más de una década en prisión, los hombres salieron en libertad, aunque seguían siendo considerados delincuentes y agresores sexuales.

Los indultos a medias fueron agridulces para ellos y sus simpatizantes. Un indulto total habría repudiado los procesos, habría anulado las condenas y habría supuesto una inusual muestra de valor al reconocer que los sistemas legal y judicial de Virginia les habían fallado a los marineros. Un indulto total los habría declarado inocentes y les habría permitido empezar de cero.

Poco a poco afloró la justicia en lugares inesperados. En 2010, el agente Glenn Ford fue declarado culpable de extorsión federal y condenado a doce años de prisión. El ardid de Ford era tan burdo como brillante. Se aprovechaba de traficantes de drogas que se enfrentaban a condenas largas prometiéndoles que tenía una influencia considerable en el gobierno. Por unos 1.000 dólares en efectivo, aseguraba que presionaría a los fiscales y les diría que debían ser indulgentes porque el traficante había prestado una ayuda valiosa a Ford en otros casos. Pero, si el acusado se negaba a pagar el soborno, Ford prometía empeorar las cosas. Era nada más y nada menos que una extorsión despiadada.

Durante el juicio, el fiscal demostró que el chanchullo de Ford había funcionado durante más de quince años. De ese modo, mientras ejercía como principal agente de homicidios de Norfolk y era responsable de numerosas confesiones falsas y condenas erróneas, se embolsó al menos 80.000 dólares.

Ford tuvo otros problemas. A lo largo de los años, cuando el caso de los Cuatro de Norfolk se dio a conocer, otras víctimas y sus abogados decidieron hablar.

Los abogados defensores se sentían frustrados por los indultos condicionales, pero estaban decididos a exculpar a sus clientes.

En 2016, el juez del Tribunal de Distrito de Estados Unidos John A. Gibney anuló las condenas de Dan Williams y Joe Dick y los absolvió. En un dictamen bastante mordaz, el juez Gibney afirmó: «Se mire por donde se mire, las pruebas demuestran que Danial Williams y Joseph Dick no cometieron la violación ni el asesinato de los que se declararon culpables, y ningún ser humano en su sano juicio podría condenarlos con las pruebas disponibles».

En febrero de 2017, los abogados de los cuatro solicitaron el indulto absoluto. Un mes después, el gobernador Terry McAuliffe concedió los indultos. Al hacerlo, un portavoz suyo declaró: «Estos indultos son el capítulo final de una grave injusticia que ha asolado a estos cuatro hombres inocentes durante casi veinte años».

Sus antecedentes penales cayeron en el olvido y sus nombres fueron eliminados de los registros de delincuentes y agresores sexuales. ¡Fueron declarados inocentes!

Sin embargo, los Cuatro tenían un capítulo más en mente. Con sus impresionantes equipos jurídicos, amenazaron con demandas civiles contra la ciudad de Norfolk y la Mancomunidad de Virginia. Ninguna de las dos entidades tenía ganas de acercarse a un juzgado y, en diciembre de 2018, ambas llegaron a un acuerdo por una suma total de 8,4 millones de dólares.

Han pasado veinte años desde el asesinato.

Danial Williams vive en el centro de Michigan, cerca de su ciudad natal. Cuando falleció su mujer, Nicole, estaba en una cárcel de Norfolk acusado de violación y asesinato. Nunca ha vuelto a casarse, no tiene hijos y está construyendo un nuevo hogar. Doce años de su vida se desperdiciaron en varias prisiones de Virginia. Buena parte de su ira va dirigida contra la policía y el vergonzoso trato que dio a los Cuatro.

«Eran gente a la que me habían enseñado a respetar», asegura.

Odia oír el nombre de Glenn Ford y se limita a decir: «Ojalá hubiera pasado mucho más tiempo en la cárcel».

Joe Dick vive cerca de sus padres en Maryland. Ha probado varios trabajos, pero tiene dificultades para conservarlos. Está marcado por lo sucedido y padece estrés traumático. A lo largo de los años ha recibido tratamiento de varios terapeutas, aunque con una mejoría limitada. De los cuatro, él es el que más ha sufrido. Fue al que Glenn Ford le resultó más fácil doblegar, el primero en declararse culpable y el primero en testificar contra los demás. Joe era un blanco fácil en la cárcel y aún lo atormentan sus recuerdos.

Eric Wilson vive en un pequeño pueblo de Texas con su mujer y su familia. Cumplió siete años y medio de cárcel e intenta vivir cada día sin pensar en lo ocurrido, aunque es imposible. La pesadilla se desencadena de muchas maneras: un coche patrulla, un programa de televisión en el que la policía derriba una puerta o un fiscal arenga a un testigo, o la mirada de desconfianza de un vecino al que conoce desde hace años. Piensa en los años perdidos en prisión y en la carrera naval con la que una vez soñó. Se alegra de la condena y la pena de prisión que le fueron impuestas a Glenn Ford, pero el mero hecho de pensar en su nombre evoca la misma emoción: odio.

Derek Tice vive en un pequeño pueblo de Carolina del Norte con su mujer y su familia. Cumplió once años, dos meses y un día sin motivo. Tiene un buen trabajo y está en paz con el mundo, pero ha aceptado que nunca podrá olvidar lo que sucedió en Norfolk. «Sé que dentro de veinte años seguiré pensando en ello», dice.

Y Omar Ballard lleva veinticinco años en la cárcel sin posibilidad de libertad condicional, aunque ni sueña con salir. En varias entrevistas concedidas a lo largo de los años ha asumido en repetidas ocasiones la plena responsabilidad por la violación y el asesinato de Michelle Bosko. Actuó solo y ha declarado muchas veces que los Cuatro de Norfolk son inocentes.

Culpable hasta que se demuestre lo contrario

JIM McCLOSKEY

Clarence Lee Brandley se había quedado sin opciones.

A pesar de contar con los mejores letrados, entre ellos Percy Foreman, el célebre abogado penalista de Houston, había agotado todas sus apelaciones, denegadas en todas las instancias judiciales del estado de Texas. No había donde ir. Durante los últimos seis años y medio, él y sus abnegados defensores habían pasado por dos juicios capitales y una vista probatoria de dos días en el tribunal de Conroe. Habían esgrimido lo que creían que era una prueba fehaciente, no solo de su inocencia, sino también del racismo, la corrupción y las artimañas del juzgado que lo habían llevado al corredor de la muerte en Texas.

Pero ahora se había agotado el tiempo. El 6 de febrero de 1987, el juez Lynn Coker fijaría una fecha para la ejecución de Clarence.

Cuando el juez ocupó su puesto, Clarence se hallaba esposado en la mesa de la defensa junto a su abogado principal, el socio de Foreman, Mike DeGeurin, y su joven asociado Paul Nugent. Como siempre, Clarence se mantuvo aparentemente estoico. Su actitud no dejaba entrever la agitación y el miedo que bullían en su interior. Se negaba a dar a sus adversarios la satisfacción de verlo asustado, pero sabía que era el final del camino. Su anciana madre, Minnie Ola, estaba sentada detrás de él, sollozando. Entre los observadores

de la sala se encontraban el hijo adolescente del juez Coker, que había acudido para ver a su padre en acción, y los pocos negros a los que el sheriff había permitido entrar. A la mayoría de los negros les habían denegado el acceso.

El juez Coker preguntó a Clarence si tenía algo que decir antes de fijar la fecha. Clarence se quedó mirando al juez, hizo una pausa que pareció una eternidad y contestó con voz clara y pausada: «Señoría, soy inocente». En respuesta, Coker anunció en un tono impasible, como si estuviera leyendo un parte meteorológico, que Clarence sería ejecutado el 26 de marzo de 1987.

La vista había durado dos minutos. Al momento, se llevaron a Clarence, todavía esposado, de la sala del tribunal y fue trasladado al corredor de la muerte de la Penitenciaría Estatal de Texas en Huntsville, cincuenta kilómetros al norte por la interestatal 45. Era una estructura imponente de ladrillo con forma de fuerte que fue terminada en 1849 como la primera cárcel de Texas. Allí aguardaría su destino, para el que solo faltaban seis semanas.

La ciudad de Conroe es la capital del condado de Montgomery, en el sur de Texas. En la década de 1980 era una ciudad pequeña de unos 18.000 habitantes, y un microcosmos del peor racismo del Sur. Los negros estaban confinados en una parcela de tierra abandonada, una comunidad mayoritariamente pobre formada por casitas anodinas y chabolas endebles en una zona llamada Dugan, colonizada originalmente por esclavos liberados. La comunidad era pequeña y mostraba una actitud sumisa. No tenía más opción. Los hombres blancos mandaban en Conroe, una ciudad con una horrible historia de brutalidad hacia los hombres negros falsamente acusados de cometer agresiones sexuales contra mujeres blancas.

En Dugan todos conocían el caso de Bob White, un hombre negro acusado injustamente de violar a una mujer blanca en su casa cuando su marido estaba ausente. El 11 de junio de 1941, mientras White estaba sentado a la mesa de la defensa en un abarrotado tribunal de Conroe, el marido se acercó tranquilamente y le disparó con una pistola del calibre 38 en la nuca. Una semana después, el marido fue juzgado por el asesinato de White. A instancias del fiscal, el jurado lo absolvió en menos de dos minutos. Los habitantes de Dugan también sabían lo que le ocurrió a Joe Winters frente al antiguo juzgado de Conroe el 20 de mayo de 1922. Winters había sido acusado falsamente de violar a una niña blanca de catorce años que gritó «violación» cuando un transeúnte la vio junto a Winters. Encadenado a un poste de hierro y empapado de queroseno, lo quemaron vivo delante de la gente del pueblo y ante la mirada de los ayudantes del sheriff. El propio abuelo de Brandley, Dennis «Putt» Brandley, fue tiroteado a plena luz del día sin motivo alguno por el matón del pueblo. Mientras Putt yacía en el suelo gimiendo tras el primer disparo, los habitantes del pueblo vieron cómo el hombre le metía dos balas más en el cuerpo para acabar con él. El tirador ni siquiera fue detenido.

Clarence se crio en Conroe en los años cincuenta y sesenta y experimentó la vida en el Sur segregado. En el cine Crighton, situado en el centro de la ciudad, todos los negros debían sentarse en el anfiteatro para ver una película. En las raras ocasiones en que el padre de Clarence podía darse un capricho y comprar comida para su familia en un restaurante «solo para blancos», tenía que hacer el pedido en la puerta de la cocina, detrás del restaurante, y esperar fuera hasta que estuviera listo.

La pesadilla de Brandley empezó el sábado 23 de agosto de 1980 por la mañana, cuando se celebró un torneo regional de voleibol femenino en el instituto de Conroe, donde él trabajaba como conserje. Poco después de las nueve llegó el equipo femenino de Bellville, localidad a una hora de distancia en coche. Cheryl Dee Fergeson, una hermosa chica de dieciséis años, rubia y de ojos azules, era la entrenadora del equipo. Su madre había muerto de cáncer un año antes, así que vivía sola con su padre en un rancho a las afueras de Bellville. Ella y su novio, Frank Rodriguez, planeaban casarse cuando se graduaran. Alrededor de las 9.15, Fergeson fue a buscar un cuarto de baño. Según los relatos iniciales de tres conserjes blancos de la escuela, la vieron por última vez subiendo una escalera y entrando en un baño de chicas. En ese momento, aseguraron, ellos se encontraban al pie de la escalera, esperando a que llegara su supervisor, Clarence Brandley, que debía darles nuevas instrucciones. Acababan de colocar las mesas y las sillas en la cafetería cercana.

Al ver que Fergeson no regresaba al gimnasio, el equipo se preocupó y empezó a buscarla. El torneo se suspendió a las 10.40 y todos se unieron a la búsqueda. Una hora después, Brandley y otro conserje, Henry «Icky» Peace, encontraron su cuerpo en un desván que había sobre el escenario del auditorio, oculto bajo unas tablas de contrachapado. Estaba tumbada boca arriba en una colchoneta de gimnasia amarilla, completamente desnuda salvo por unos calcetines blancos. Las puertas dobles que daban acceso al escenario estaban a solo unos pasos de los aseos. Alguien la había transportado desde el baño hasta el escenario a través de esas puertas y, a continuación, por una escalera hasta el desván, donde

su cuerpo fue depositado. La policía encontró su ropa dos días después en una bolsa de basura en el contenedor del colegio.

Al día siguiente le practicaron la autopsia. El forense del condado de Harris, Joseph Jachimczyk, determinó que Cheryl había sido violada y asesinada por estrangulamiento con ligaduras. En la parte delantera del cuello se apreciaba una marca de once centímetros de largo por tres de ancho. Tenía las uñas limpias e intactas y los tríceps presentaban hematomas, lo cual indicaba que un atacante la había sujetado con fuerza mientras otro le arrancaba la ropa. Los frotis vaginales revelaron la presencia de semen, pero Jachimczyk no analizó el grupo sanguíneo. Según su testimonio, cuando, treinta días después, nadie de Conroe había solicitado las muestras, se deshizo de ellas. En aquella época, la tecnología del ADN aún no se había desarrollado, pero era posible determinar científicamente el grupo sanguíneo, no solo a partir de la sangre, sino también de fluidos corporales como el sudor y el semen. Por lo tanto, cualquier laboratorio fiable podría haber analizado los hisopos para determinar el grupo sanguíneo y comparar el resultado con el de cualquier sospechoso. Si los hisopos no se hubieran tirado, claro está.

De inmediato, la policía consideró sospechosos a Clarence e Icky, ya que habían encontrado el cadáver, lo cual planteaba la pregunta: ¿por qué iban a llevar a la policía hasta el cuerpo después de haberse esforzado por ocultarlo? Además, habría sido casi imposible que Icky sometiera físicamente a Fergeson. Medía un metro y medio, estaba muy gordo y llevaba gafas gruesas. Pese a ello, ese mismo día ambos fueron trasladados a la comisaría de policía para prestar declaración y más tarde al hospital para que les tomaran muestras

de sangre y cabello. Cuando un agente de policía de Conroe los llevó de nuevo al instituto, dijo: «A uno de vosotros lo colgarán por esto».

Luego se volvió hacia Clarence y añadió: «Siendo el negro, tú eres el elegido».

Clarence Brandley se había criado en Dugan con sus nueve hermanos y se había graduado en el instituto Booker T. Washington antes de alistarse en el ejército. Tras licenciarse se casó dos veces y tuvo cinco hijos. Por primera vez desde su paso por el ejército, había conseguido un trabajo fijo como conserje en el instituto de Conroe, donde a los pocos meses fue ascendido a supervisor de conserjería. Las cosas empezaban a mejorar y estaba echando raíces.

Pero todo iba a cambiar pronto. Clarence intuyó de inmediato que iba a convertirse en el centro de aquella investigación. A ninguno de los tres conserjes que vieron a Cheryl entrar en el baño les pidieron muestras de pelo y sangre. Solo le tomaron huellas a Clarence. El lunes, él e Icky fueron sometidos a la prueba del polígrafo en Houston y ambos la superaron, pero Clarence sabía que las cosas no iban bien. Tenía veintiocho años, edad suficiente para conocer el racismo que animaba a la policía local y a los civiles blancos, prejuiciosos e ignorantes, a perseguir a hombres negros inocentes. Y era obvio que los investigadores tenían que encontrar a un asesino, y rápido. Las clases empezaban dentro de una semana. Padres histéricos que temían por la seguridad de sus hijos inundaron la escuela y a la policía con llamadas en las que amenazaban con no llevar a sus hijos hasta que el asesino fuese arrestado.

Jim Keeshan, el fiscal del condado, no estaba contento con el ritmo de la investigación. No podía creer que el jefe de agentes, Monty Koerner, hubiera dado a sus hombres el domingo libre cuando el asesinato se había producido el día anterior. Keeshan tenía cuarenta años y llevaba cinco como fiscal del distrito. Era el hombre a cargo de la ley y el orden en el condado y decidió que era hora de que los Rangers de Texas tomaran las riendas de la investigación. El jueves 28 de agosto por la noche, John Wesley Styles, un ranger de cincuenta y cinco años, llegó a Conroe. Como su trabajo consistía en ayudar a las fuerzas de seguridad de tres condados, incluido Montgomery, no era un desconocido para la policía y los fiscales de Conroe, que se alegraron de tenerlo a bordo. El viejo lema de los Rangers de Texas es: «Un altercado, un ranger». Un ranger podía hacer que sucedieran cosas cuando otros no lo lograban.

Styles se había incorporado a los Rangers once años antes, en 1969, tras dieciocho años como sheriff del condado de Baylor, en el norte de Texas y cerca de la frontera con Oklahoma. El viernes por la mañana se presentó ante Keeshan, ataviado como siempre con un gran sombrero Stetson blanco, unas botas de cuero y un Colt 45. Era un hombre blanco y corpulento de más de un metro ochenta de estatura, y la barriga le colgaba por encima del cinturón de ranger. Además de su tamaño, su voz grave y autoritaria lo convertía en una presencia intimidatoria cuando interrogaba a los testigos.

Styles pasó el día hablando con Keeshan y sus compañeros. Hacia las cuatro de la tarde, salió de la oficina y se dirigió al instituto con varios agentes de Conroe. Una vez allí, antes incluso de iniciar la

investigación, llamó a Clarence al despacho del director y lo detuvo por el asesinato de Fergeson. Al día siguiente, la portada del *Conroe Courier* lo anunciaba en grandes letras negras: CONSERJE DE INSTITUTO ACUSADO DE ASESINATO. El titular iba acompañado de una foto de Clarence, con las manos esposadas a la espalda y una mirada triste, siendo escoltado al juzgado por un agente de policía. Sin duda, esto apaciguó a los ciudadanos de Conroe, especialmente los padres de los alumnos.

Ahora Styles necesitaba encontrar pruebas que respaldaran su detención. El sábado 30 de agosto por la mañana, una semana después del asesinato, convocó una reunión del equipo de investigación con los conserjes John Sessum, Gary Acreman y Sam Martinez en el instituto de Conroe para hacer un «repaso» de lo ocurrido el día que murió Fergeson. Intimidados y confusos, los tres conserjes recibieron ayuda de Styles y los demás agentes de la ley para elaborar un relato de los acontecimientos que acabaría llevando a Clarence Brandley al corredor de la muerte. Una vez finalizado el repaso, los tres aceptaron las declaraciones preparadas por la policía, mecanografiadas días después para que las firmaran. Las declaraciones de los testigos eran idénticas y se convirtieron en la base de su testimonio en el juicio, celebrado tres meses después. La historia que presentaron decía así:

Los tres empezaron la jornada poco antes de las ocho. Siguiendo las instrucciones de Clarence, su primer cometido era colocar las sillas y las mesas de la cafetería. Esto les llevó aproximadamente una hora y media y terminaron a las 9.30. Minutos después, mientras esperaban a que Clarence volviera y les diera su siguiente tarea, una joven blanca de pelo rubio subió unas escaleras y entró

en el baño de mujeres. Los conserjes se encontraban muy cerca de esas escaleras. Martinez dijo que la chica llevaba unos vaqueros azules y un cinturón ancho de cuero con algún tipo de grabado, tal vez un nombre.

Nada más entrar en el servicio de señoras, según dijeron, Clarence apareció justo detrás de ella, cargado con varios rollos de papel higiénico. Mientras Clarence subía las escaleras hacia el rellano, Acreman le dijo que había una chica en el aseo. Clarence respondió que no tenía intención de entrar en el baño de mujeres. Luego les dijo a los hombres que cruzaran la calle hasta el edificio de formación profesional para realizar su siguiente tarea y que esperaran allí. Por el camino se encontraron con Icky Peace, que se unió a ellos delante del edificio, esperando a que Clarence abriera la puerta para poder colocar sillas y mesas.

Según sus declaraciones, unos cuarenta y cinco minutos más tarde, cerca de las 10.30, Clarence salió del edificio principal e indicó a Icky que fuera a por las llaves para que los hombres pudieran terminar su trabajo e irse a casa. Una hora después, a las 11.30 aproximadamente, Clarence llegó al edificio de formación profesional, inspeccionó el trabajo que habían realizado y dijo a Acreman, Sessum y Martinez que podían irse, cosa que hicieron. Icky y él volvieron al edificio principal. Tanto Acreman como Sessum mencionaron en sus declaraciones juradas que, cuando Clarence acudió al edificio de formación profesional para comprobar su trabajo, actuaba de forma distinta. Parecía nervioso y quería que se fueran rápido a casa.

Esa historia implicaba que Clarence no tenía coartada. Una vez que dio instrucciones a los tres conserjes para que lo esperaran en el edificio de formación profesional, se encontraba solo en el descansillo de los aseos y sabía que había una chica en el servicio de señoras. Por su parte, los conserjes podían ofrecerse una coartada mutua, ya que siempre habían estado juntos en los momentos críticos de la desaparición de la chica.

En su declaración ante el gran jurado y en su primer juicio, Clarence dijo que, cuando llegó al rellano, Acreman estaba allí, junto al baño. Martinez estaba al final de la escalera. Sessum e Icky se encontraban en algún lugar intermedio. Cuando Clarence subió los escalones, Acreman le dijo que no entrara en el baño porque había una chica allí. Clarence respondió que no tenía intención de hacerlo. Nunca entraba en el baño de chicas y siempre le pedía a una mujer que comprobara si estaba bien abastecido, cosa que había hecho esa misma mañana. Clarence no había visto a la chica desaparecida hasta que él e Icky descubrieron su cadáver.

Después de indicar a los conserjes que fueran al edificio de formación profesional y lo esperaran allí, Clarence testificó que había colocado dos rollos de papel higiénico en el baño de hombres. Después fue a su despacho, escuchó la radio y fumó un cigarrillo. Esperó unos veinte minutos antes de salir a dar las llaves a Icky para que abriera el edificio de formación profesional a los tres conserjes blancos. Para entonces, eran alrededor de las diez. La razón por la que los hizo esperar era alargar su jornada hasta mediodía de manera que recibieran el salario de un día completo.

Cuando le hubo entregado las llaves a Icky, volvió a entrar en su despacho y esperó cerca de una hora antes de ir a comprobar el

trabajo que habían realizado. Satisfecho, dio el día libre a Martinez, Acreman y Sessum. Alrededor de las once, él e Icky volvieron al edificio principal para cerrar la cafetería. Mientras estaban allí, llegaron tres chicas y les dijeron que una de sus amigas había desaparecido. Icky y él se unieron a la búsqueda. Veinticinco minutos más tarde encontraron su cuerpo sin vida.

Don Brown y George Morris eran socios y abogados expertos en defensa penal. Trabajaban en un despacho con vistas a la plaza del juzgado de Conroe y habían seguido de cerca el caso en los periódicos. Ambos eran liberales acérrimos que creían fervientemente en los derechos constitucionales de sus clientes y luchaban por que se hiciera justicia. Cuando la familia Brandley acudió a ellos en busca de ayuda, aceptaron el caso sin pedir remuneración. Conocían bien el racismo que impregnaba el sistema judicial de la zona y sospechaban que se trataba de un caso típico de Conroe: culpar muy oportunamente a un hombre negro de la violación y asesinato de una niña blanca. Después de hablar largo y tendido con Clarence, quedaron convencidos de su inocencia.

Su sospecha de que el racismo estaba detrás del caso no tardó en confirmarse. Utilizando sus propios bienes como garantía, los abogados reunieron la fianza de 30.000 dólares que se había fijado el 5 de septiembre. Pero cuando se la presentaron al sheriff, este se negó en redondo a dejar salir a Clarence, lo cual desembocó en una reunión con el juez Lee Alworth a la que asistieron el fiscal Keeshan, el sheriff Gene Reaves y el abogado Don Brown. Reaves admitió que la fianza era correcta. «Entonces ¿por qué se ha negado a liberar a

Brandley?», preguntó el juez, a lo que el sheriff respondió: «Porque ese negrito no debe estar en la calle». El fiscal Keeshan estaba de acuerdo y repitió casi exactamente las mismas palabras que el sheriff: «Ese negrito no debe estar en la calle». Para sorpresa y satisfacción de Brown, el juez ordenó la puesta en libertad de Clarence, prevista para la mañana siguiente, pero resultó ser una treta.

A espaldas de la defensa y antes de que Clarence saliera en libertad, Keeshan y el juez Alworth conspiraron para aumentar la fianza a 75.000 dólares. A la mañana siguiente, Keeshan presentó una moción solicitando dicho incremento, con una orden de autorización firmada por el juez Alworth. Sin celebrar una audiencia, esto era ilegal. Sorprendido y enfurecido, Brown presentó inmediatamente una moción exigiendo la recusación del juez. Para evitar una vista sobre su recusación, el juez Alworth dimitió por voluntad propia y describió públicamente a Don Brown como «el hombre más odioso» que había conocido y afirmó que «ni siquiera a Will Rogers[2] le gustaría Don Brown». Más tarde, Alworth se vengó de Brown nombrando al juez Sam Robertson Jr. de Houston como sustituto. Robertson, que había sido fiscal durante diecinueve años, era famoso por su fervorosa defensa de las condenas. Una de las primeras medidas del juez Robertson fue mantener la fianza de 75.000 dólares, una cantidad demasiado elevada para los abogados, asegurándose así de que Clarence permaneciera encarcelado durante los largos meses que faltaban hasta el juicio.

Se tardó una semana en elegir un jurado compuesto exclusivamente por blancos, nueve hombres y tres mujeres, y el juicio comenzó el lunes 8 de diciembre de 1980. Acreman relató al

jurado lo mismo que en su declaración, salvo dos cambios. Ahora aseguraba que Clarence iba solo tres metros por detrás de la chica cuando subió las escaleras hacia el baño. Según su testimonio, en ese momento él se encontraba a quince metros del pie de la escalera. Martinez y Sessum repitieron la historia que habían contado en sus declaraciones juradas. Lo que realmente perjudicó a Clarence fue el testimonio de Icky Peace, quien afirmó que, durante la búsqueda, Clarence le había dicho en tres ocasiones que subiera al desván hasta que finalmente encontró a la chica, dando a entender que Clarence sabía dónde estaba el cuerpo porque era su asesino.

Entonces, expertos forenses tanto de la defensa como de la acusación expusieron al jurado la información sobre los cabellos y el semen encontrados en la víctima. Todos coincidieron en que el análisis del pelo y la comparación con sospechosos concretos podían no ser concluyentes, y así ocurrió al examinar los cabellos encontrados en Fergeson. En la parte interna del muslo se habían hallado dos pelos de una persona de raza blanca no identificada, uno de ellos marrón y el otro marrón rojizo. Asimismo, mencionaron que se habían tomado muestras de pelo de Clarence e Icky, pero no se había obtenido ninguna de los otros tres conserjes blancos. Keeshan no vio necesidad de hacerlo, dijo, porque sería una «imposición innecesaria» a esos hombres. El juez también rechazó la petición de la defensa de que se tomaran muestras de los tres hombres con fines comparativos. Un pelo encontrado en uno de los calcetines de Fergeson fue cotejado microscópicamente con los de Clarence, pero ninguno de los expertos pudo dirimir si se trataba de un pelo de la cabeza o del pubis.

El caso se sometió al jurado el viernes 12 de diciembre.

Bill Srack era uno de sus miembros y no provenía de Conroe. Se había criado en Houston, donde trabajaba como jefe de construcción para Shell Oil. En 1971, él y su mujer vendieron la casa de Houston y se mudaron a una próspera ciudad dormitorio situada al sur de Conroe. Srack era un republicano que no mostraba demasiado interés en los derechos civiles o el racismo inherente al sistema judicial de Conroe. Solo conocía vagamente el caso de Brandley y, de hecho, apenas había pensado en él hasta que fue seleccionado. Era la quinta vez que formaba parte de un jurado. En Houston lo había hecho en cuatro ocasiones: dos jurados federales y dos del condado de Harris.

Bill Srack causó un gran revuelo en la sala del jurado durante las once horas de deliberación que tuvieron lugar el viernes y el sábado por la mañana. No estaba seguro de la inocencia de Clarence, pero tenía dudas razonables y se atuvo a ellas en todo momento. Más tarde explicó que no lo habían convencido demasiado los conserjes, especialmente Acreman, y menos aún el forense que se había deshecho de los frotis vaginales. No creía que Keeshan hubiera demostrado sus argumentos, y así se lo hizo saber a los otros miembros del jurado desde el principio. La situación se caldeó rápidamente y hubo insultos y gritos. Le llamaron «amante de los negros» varias veces, sobre todo tres miembros masculinos del jurado que se unieron contra él. A veces se retiraba a la cafetería para sentarse a solas y le llegaban las palabras «amante de los negros» desde la sala del jurado adyacente. El viernes por la noche tuvo que aislarse en un hotel con el resto del jurado y el sábado

desayunó solo mientras los demás comían juntos. Al final, fue el único de los doce que votó no culpable.

Enfrentarse a los once exigió mucho valor. También exigió mucho de él personalmente. No era Henry Fonda en *12 hombres sin piedad*, que lograba convencer a los demás. Aquello no era Hollywood. Para él, era el infierno. Jamás se había sentido tan vilipendiado y solo. Finalmente, el juez Robertson aceptó que el jurado no había llegado a un veredicto, así que lo disolvió con brusquedad. Todo el mundo lo oyó ordenar a Clarence que se levantara, incluidos los miembros del jurado al marcharse. Entonces anunció que le denegaba la libertad bajo fianza hasta que se celebrara un nuevo juicio. «Creo que existen pruebas manifiestas —añadió— de que un jurado imparcial no solo le declararía culpable de asesinato, sino que le impondría la pena de muerte».

Cuando el abatido Bill Srack se dirigía a la salida, oyó a otro miembro del jurado decir a la prensa: «Ahí va ese hijo de puta». Y aquello no había terminado. Su teléfono empezó a sonar incesantemente en cuanto llegó a casa aquel sábado. Las llamadas se prolongaron durante meses, un flujo constante día y noche. Las personas que llamaban se quedaban calladas, lo acusaban de ser «amante de los negros» o amenazaban con ir a por él. Con el tiempo, las llamadas se volvieron menos frecuentes, pero el estrés que sufrieron él y su esposa durante meses fue casi insoportable.

El voto de Srack se volvería en su contra años después. A finales de los ochenta, se retiró de la vida empresarial y solicitó un puesto como agente de compras para el condado de Montgomery. Era

finalista para el puesto y fue entrevistado por un jurado de tres miembros, uno de los cuales era el honorable Jim Keeshan, que había sido ascendido a juez del condado a finales de 1985. Keeshan acribilló a Srack a preguntas sobre su voto en el juicio de Brandley siete años antes. Entre otros comentarios y preguntas, Keeshan puso en duda la racionalidad de Srack y su capacidad para llevarse bien con la gente, ya que se había aferrado obstinadamente a su voto discrepante en contra de los deseos de sus compañeros de jurado. Ni que decir tiene, Srack no consiguió el puesto. Otro trago amargo por haber votado lo que le dictaba su conciencia.

Hartos del descarado favoritismo del juez Robertson hacia la acusación, Brown y Morris presentaron una moción de recusación contra él. En una audiencia le dijeron que sus prejuicios y parcialidad contra Clarence eran fáciles de documentar y que remitirían la moción al tribunal. Para evitar un bochorno público, Robertson se abstuvo del caso dos días después, al igual que había hecho el juez Alworth en noviembre, antes del primer juicio. Al día siguiente, el juez John Martin fue elegido para presidir el segundo. Como había sido un abogado penalista al que Brown y Morris conocían bien, ambos se alegraron de su elección y lo interpretaron como un buen presagio para el nuevo año, 1981, cuando empezaron a prepararse para el nuevo juicio.

No podían estar más equivocados. El juez Martin no tardó en mostrar su verdadero rostro. En una sesión preliminar reprendió a Brown como si fuera un niño y le dijo: «Cierre la puñetera boca y deje hablar a Jim Keeshan».

En vísperas del juicio, apareció una grieta en la historia de los conserjes. Brown recibió una llamada telefónica de John Payne, cuyo

hermano Ed vivía en la misma propiedad que su hija Cynthia, casada con el conserje Gary Acreman. Ed le dijo a John que cuando Acreman llegó a casa el día del asesinato de Fergeson, estaba muy nervioso y no paraba de andar de un lado a otro. Le dijo a Ed que habían asesinado a una chica en el instituto y que habían tirado la ropa al contenedor. Se trataba de una información explosiva, pues Acreman había declarado a la policía y en el primer juicio que no sabía que habían matado a una chica en el instituto, ya que Brandley lo había mandado a casa en cuanto terminó su trabajo en el centro de formación profesional. Acreman aseguraba no haberse enterado del asesinato hasta que lo leyó en el periódico del domingo. Dado que la policía no encontró la ropa de la chica en el contenedor hasta el lunes, ¿cómo sabía Acreman que estaba allí?

Pero, cuando Brown consiguió hablar directamente con Ed Payne, este se había retractado y rehusó hablar más del tema. Cuando Brown informó a Keeshan de la llamada de John Payne, el fiscal se limitó a sonreír y dijo que se sentía «cómodo» con su caso y que no veía la necesidad de entrevistar a Ed Payne. Los conserjes Acreman, Martinez y Peace ofrecieron prácticamente la misma versión de los hechos que habían expuesto en el primer juicio. Sessum se mostró reacio a declarar, por lo que ninguna de las partes decidió llamarlo al estrado.

Esta vez, Keeshan presentó un nuevo testigo de cargo, un adolescente negro llamado Danny Taylor.

Taylor dijo al jurado que había trabajado en el instituto durante el verano de 1980. Un día estaba con Clarence cuando pasó un grupo de estudiantes blancas de secundaria. Cuando se alejaron, Clarence comentó: «Si me encontrara con una de ellas a solas, ni te imaginas

lo que haría». El juez Martin aceptó el testimonio a pesar de las ruidosas objeciones de la defensa, que sostuvo que no era cierto y que, aunque lo fuese, afectaría de forma irreparable a la opinión que el jurado, compuesto exclusivamente por blancos, tenía del acusado. Clarence se reunió con sus abogados y les dijo que el testigo sorpresa había sido despedido por amenazar a su jefe con un cuchillo de carnicero. Aunque el juez admitió esa información, el daño ya estaba hecho.

El ranger Styles declaró que la razón por la que nunca obtuvo muestras de cabello y sangre de los conserjes Acreman, Sessum y Martinez fue que «no habían estado en contacto» con la víctima, Cheryl Fergeson.

La acusación insistió en que Brandley tenía que ser el asesino porque era el único que tenía un juego de llaves de las puertas que conducían del rellano del cuarto de baño al escenario del auditorio. No importaba que las puertas se abrieran con frecuencia, que otros tuvieran llaves maestras o que nunca se hubiera determinado que las puertas estaban cerradas en el momento del asesinato. Morris, abogado de Clarence, hizo comparecer a David Harris, supervisor del personal de custodia, que sabía que Clarence Robinson, un hombre blanco que fue el predecesor de Brandley como supervisor de conserjes, tenía otro juego de llaves, el cual no había sido devuelto a la escuela. El hijo del señor Robinson, James Dexter Robinson, había trabajado brevemente en la escuela como conserje, pero lo dejó un mes antes del asesinato de Fergeson. Ninguno de los dos había sido investigado ni tenido en cuenta como sospechoso.

Los abogados Brown y Morris concluyeron que a Clarence no le convenía testificar. Su línea cronológica había contradicho el

testimonio de los otros conserjes en el primer juicio y, aparentemente, el jurado había aceptado la versión de estos. En su recapitulación, la defensa se centró en la inepta y prejuiciosa investigación policial, en los cabellos encontrados en la cara interna del muslo de la víctima, que pertenecían a una persona blanca, en la incongruencia de que Clarence escondiera el cuerpo y luego quisiera que Icky lo encontrara y en la probabilidad de que dos personas mataran a Fergeson, como indicaban los moratones en la parte superior de los brazos de Cheryl Fergeson.

En su resumen, Keeshan llegó a teorizar que, como Clarence trabajaba a tiempo parcial en una funeraria, podía sentir fascinación por los cadáveres. Keeshan concluyó: «Sabemos que a quienquiera que hiciese esto no le repelía un cadáver. Alguien se quedó allí y le quitó la ropa. Alguien mantuvo relaciones sexuales con ese cuerpo, aparentemente cuando ya estaba inconsciente o muerta». Al principio, cuando Morris vio por dónde iba Keeshan con esa absurda teoría, se opuso enérgicamente, pero el juez Martin permitió que prosiguiera.

Al terminar, Keeshan no solo había retratado a Clarence como un violador y asesino, sino también como un necrófilo que deseaba a jovencitas blancas y atacó a Cheryl Fergeson con la «furia de un animal». El racismo de su diatriba era flagrante. En su conclusión, Keeshan imploró al jurado: «Ayuden a hacer de su comunidad un lugar seguro para vivir, un lugar donde sus hijos y nietos puedan ir a una función escolar sin miedo a que algún monstruo cometa un delito como este». Poco después, el caso fue sometido a deliberación del jurado. El viernes 13 de febrero de 1981, tras una

hora de deliberación, el jurado emitió su veredicto: Clarence Lee Brandley era culpable de asesinato.

Al día siguiente, el jurado debía decidir entre la cadena perpetua o la pena de muerte. Para ello, escucharon nuevos testimonios. Jo Ellen Parrish, una mujer negra de diecinueve años, testificó para la acusación. Dijo que en marzo de 1979 estaba en un club de Dugan llamado Doll House. Según ella, cuando el local cerró, Clarence, que llevaba una recortada metida en la parte trasera de los pantalones, la obligó a ir a su casa, donde vivía solo.

Estaban en el dormitorio del fondo cuando su novio empezó a aporrear la puerta. Clarence le rodeó el cuello con las manos y la estranguló para que no pudiera gritar. El relato de lo sucedido tras la marcha de su novio era confuso y contradictorio. Dijo que Clarence intentó obligarla a mantener relaciones sexuales, pero «no pasó nada», y que le preparó una comida y no fue «malo» con ella. En un momento dado, según ella, escapó en ropa interior y con una bata de Clarence y fue a casa de una amiga. Al día siguiente volvió a casa con su novio y, para explicar su ausencia, acusó a Clarence de haber intentado violarla. Él la llevó a la comisaría, donde prestó declaración.

Nunca se presentaron cargos en relación con las alegaciones de Parrish, lo cual denota que la policía no las consideró creíbles. Pero ahora, en la fase de determinación de la pena, su testimonio fue perjudicial. Tras la acusación de Parrish, la policía había ido a casa de Clarence y recuperado una vieja escopeta oxidada e inutilizable que su madre había encontrado años antes. Clarence se declaró culpable de posesión de arma prohibida y aún estaba cumpliendo su condena de tres años de libertad condicional, lo cual no causó buena

impresión. Para el contrainterrogatorio, la defensa pidió al fiscal que presentara la declaración de Parrish y otra que había prestado cuando Clarence fue detenido en agosto de 1980. Keeshan dijo que su oficina no las había encontrado, algo que dio a la acusación la última palabra.

Keeshan concluyó diciendo al jurado que lo que le hicieron a Fergeson fue «un acto propio de una bestia».

El jurado tardó solo cuarenta y cinco minutos en decantarse por la pena de muerte.

En marzo de 1981, los ayudantes del sheriff trasladaron a Clarence al corredor de la muerte de la unidad Ellis en Huntsville. Le faltaban solo unos meses para cumplir treinta años. «Asustado» no basta para describir cómo se sentía. Estar en la cárcel del condado durante los juicios es una cosa, pero el corredor de la muerte es otra muy distinta.

Inmediatamente lo desnudaron, le afeitaron todo el cabello y le entregaron unas prendas blancas, el uniforme de los prisioneros del corredor de la muerte. Lo único que lo diferenciaba de los demás era el número 680 que llevaba en la ropa y que se convirtió en su nombre. Su celda, de menos de tres metros por uno, tenía una cama y un retrete. La Biblia era su compañera permanente, un refugio del que extraía inspiración y fuerza. Echaba mucho de menos a su familia, sobre todo a su madre, desconsolada por la suerte de su hijo. Estaba especialmente unido a su hermana gemela, Florence, y a sus hermanos pequeños Tim y Ozell. Los cuatro vivían con Minnie Ola cuando esta se divorció de su padre y regresó a Dugan desde Houston.

Mientras Clarence estaba en la cárcel, sus abogados siguieron luchando. Don Brown presentó una moción para un nuevo juicio, argumentando que contaban con el testimonio de nuevos testigos. Aunque el juez Martin denegó la mayoría de los testigos propuestos por Brown, permitió —imponiéndose a las enérgicas protestas de Keeshan— a Oscar Johnson, el propietario de la funeraria donde Clarence había trabajado. Johnson dijo al juez que el cometido de Clarence no tenía nada que ver con los cadáveres. Realizaba tareas no especializadas y los cadáveres eran competencia exclusiva de Johnson. Después, Brown declaró ante el juez que Keeshan ya lo sabía, pero le había dicho al jurado lo contrario para que Clarence pareciese un necrófilo. En cualquier caso, la moción de Brandley fue denegada, por lo que el siguiente paso legal fue una apelación ante la instancia superior de Texas para asuntos penales, el Tribunal de Apelaciones Penales (CCA, por sus siglas en inglés), para que se celebrara un nuevo juicio.

La siguiente grieta en la causa de la acusación surgió en la primavera de 1981. *Houston City Magazine* publicó un reportaje que cuestionaba la conducta de la policía y la acusación, así como la solidez del veredicto del jurado. El artículo incluía una entrevista a Icky Peace, quien proporcionó información explosiva. Por primera vez reveló que el agente de policía de Conroe le dijo a Clarence, en presencia suya, que como él era «el negro, había sido elegido». Icky asegura que se lo contó a Keeshan, y este respondió que mantuviera la boca cerrada porque podía poner en peligro el caso contra Brandley. Icky también reconoció que había mentido en los juicios de Brandley cuando negó que alguien lo hubiera amenazado para que prestara un testimonio incriminatorio. Esto coincidía con lo que había

dicho originalmente a Lorna Hubbell, una investigadora de la defensa, poco después de la detención de Clarence.

Icky le había dicho a Hubbell que, cuando entregó su declaración jurada tras el delito, no sabía lo que ponía porque era analfabeto. De todos modos, la policía lo asustó para que firmara, y el ranger Styles lo estranguló con la cadena para diabéticos que llevaba al cuello para asegurarse de que acatara órdenes. A pesar de habérselo contado todo al periodista, Icky se negó a proporcionar a la defensa una declaración jurada exponiendo el abuso.

A medida que avanzaba el año 1981, el personal del tribunal, especialmente Peggy Stevens, la secretaria del distrito encargada de los registros judiciales, puso trabas a Brown y Morris cuando intentaron acceder a las pruebas del juicio —la ropa manchada de sangre de la víctima, los pelos encontrados en su cuerpo, las fotografías de la escena del crimen, etcétera—, necesarias para apelar ante el CCA y solicitar un nuevo juicio. Hacia finales de año, la familia Brandley, frustrada por la lentitud de la apelación y ajena a que las demoras no eran culpa de Brown y Morris, decidió buscar nuevos abogados. Consiguieron reunir 25.000 dólares para contratar al abogado Percy Foreman, de Houston, que se había hecho un nombre representando a clientes mediáticos como James Earl Ray, el asesino de Martin Luther King, Jr.

En un principio, Brown y Morris se sintieron desplazados. Habían trabajado con ahínco representando a Brandley en dos juicios de forma casi gratuita. Pero estaban tan convencidos de la inocencia de Clarence que aceptaron colaborar con el bufete de Foreman siempre que este repartiera los honorarios equitativamente.

Los empleados del tribunal sabían por qué Brown no había recibido aún las pruebas del juicio y eso inquietaba profundamente a algunos. Tres de ellos contactaron de manera independiente con Brown y se reunieron en secreto con él para contarle lo que estaba ocurriendo. No podían guardar silencio por más tiempo, a pesar de que temían perder su trabajo si los descubrían. El primero en dar la cara fue Frank Robin, que acababa de ser nombrado ayudante de Jim Keeshan, el fiscal del distrito. Nervioso, le contó a Brown que esas pruebas cruciales habían desaparecido del despacho de Mary Johnson, la taquígrafa judicial, mientras preparaba las transcripciones del juicio unas semanas antes. Y lo que era aún peor: el juez Martin, el fiscal Keeshan y Peggy Stevens estaban aunando esfuerzos para encubrirlo y no decírselo a la defensa. Si la desaparición salía a la luz, Keeshan diría que un conserje había tirado por error la caja de pruebas.

Poco después de que Brandley fuese enviado al corredor de la muerte, Janet Dial, la secretaria del juez Martin, dimitió. No le gustaba la familiaridad que estaba forjándose entre su jefe y Keeshan. Casi todas las mañanas del segundo juicio de Brandley, vio a Keeshan entrar en el despacho del juez Martin y reunirse con él a puerta cerrada, y no le parecía bien.

Poco después de que Brown tuviera noticias de Robin, el ayudante del fiscal, recibió una llamada telefónica de Janet, quien le dijo que Mary Johnson, la taquígrafa judicial, quería reunirse con él en un lugar remoto cerca del lago Conroe. También quería que Janet estuviese presente. Brown llevó a su socio Morris y los cuatro hablaron en el coche de Mary. Los abogados tenían la sensación de

estar manteniendo un encuentro con Garganta Profunda, el informante del Watergate.

Una atemorizada Mary contó su historia a condición de que los abogados nunca revelaran que ella era su fuente. Dijo que, cuando llegó al trabajo la mañana del lunes 11 de enero de 1982, la caja de pruebas había desaparecido durante el fin de semana. Temerosa de que la culparan a ella y consciente de la importancia de la desaparición, se lo comunicó inmediatamente a su jefe, el juez Martin. Para su sorpresa, este ordenó que no se lo dijera a nadie, especialmente a la defensa, porque «armaría un escándalo». Asimismo, Mary dijo que Keeshan tenía las llaves de su despacho. Una noche que se quedó a trabajar hasta tarde, oyó la llave en la puerta y entraron Keeshan y su investigador, Charlie Ray. Sorprendidos al verla, se excusaron y se fueron a toda prisa.

También sabía que, si se descubría, Keeshan culparía de la desaparición a un conserje, lo cual era ridículo porque los conserjes tenían prohibida la entrada en su despacho y lo limpiaba ella misma.

Una vez que Mary hubo terminado su relato, Janet dijo a los abogados que el juez Martin y el fiscal Keeshan se reunían al comienzo de cada jornada durante el juicio de Brandley. Mary añadió que ella también lo sabía y que los había oído «ensayar resoluciones y protestas para salirse con la suya en los tribunales».

Brown y Morris ya habían oído suficiente. Sin citar sus fuentes, tomaron medidas contra el juez Martin, al igual que habían hecho con sus predecesores, los jueces Alworth y Robertson. Elaboraron una moción de recusación y le expusieron el contenido en su despacho, centrándose principalmente en su connivencia con Keeshan para encubrir la desaparición de las pruebas del juicio. Una

semana más tarde, el juez Martin anunció al periódico local que abandonaba el caso Brandley porque tenía «conocimiento personal de algunas pruebas desaparecidas». De ese modo, el asunto, profundamente corrupto, fue minimizado para que pudiera evitar una humillación pública.

Lynn Coker fue el cuarto juez de Conroe que tomaba las riendas del caso. Lo primero que hizo fue denegar la solicitud de la defensa de celebrar una vista para determinar la verdad sobre la desaparición de las pruebas del juicio. Esa denegación protegió a su colega John Martin del escrutinio sobre su papel en el encubrimiento de las pruebas desaparecidas.

En enero de 1983, Don Brown presentó el recurso al CCA. En él se detallaban las continuas faltas de ética judicial y la mala praxis de la fiscalía, así como la ineptitud de la policía, que provocaron la condena de un hombre inocente. Lo hizo solo, ya que su socio George Morris estaba enfermo y pronto moriría de cáncer de pulmón.

Dos largos años después, en mayo de 1985, el CCA denegó la apelación para un nuevo juicio. La decisión ratificaba la corrección del procesamiento de Clarence Brandley y la conducta del juez Martin y el fiscal Keeshan.

El siguiente paso legal de la acusación era fijar la fecha de la ejecución. A pesar de que el juez Martin se había visto obligado a abandonar el caso tres años antes, apartó al juez Coker e insistió en ser él quien lo hiciese. Era su venganza; había llegado la hora de la revancha. Para agradecerle sus veinte años de abnegado servicio a la administración de los tribunales, eligió el 16 de junio de 1986, el cumpleaños de Peggy Stevens, la secretaria del tribunal de distrito,

para que Clarence muriera. No obstante, Clarence consiguió una suspensión de la ejecución cuando su equipo de defensa recabó pruebas exculpatorias que apuntaban a un nuevo sospechoso. Ello propició una vista probatoria en el verano de 1986, en la que los abogados de Clarence presentaron pruebas que consideraban suficientes para justificar un nuevo juicio.

Para entonces, Mike DeGeurin, socio de Percy Foreman, era el abogado principal de Clarence, aunque recibió ayuda de Don Brown en todo momento. DeGeurin era inteligente, talentoso y afable, y gozaba de un gran prestigio en la comunidad jurídica. Tenía mucho don de gentes y era capaz de convencer a los testigos para que le contaran lo que sabían, tanto en el estrado como en persona.

Las cosas habían empezado a complicarse para la acusación cuando DeGeurin recibió una llamada telefónica de W. B. Etheridge, un abogado de Conroe que lo informó de que su cliente, Brenda Medina, le había contado recientemente que su exnovio y padre de su hijo, James Dexter Robinson, le había dicho el día de la muerte de Fergeson que había matado a una chica en el instituto. Había ocultado su cadáver lo suficiente para que le diera tiempo a regresar a su ciudad natal, Greenville (Carolina del Sur), a primera hora de la mañana siguiente.

Etheridge le dijo a DeGeurin que había llevado a Brenda a ver al nuevo fiscal, Peter Speers (sucesor de Keeshan), para que le contara su historia. Speers no había informado de ello a DeGeurin, algo que legalmente estaba obligado a hacer. Se trataba de una mala praxis flagrante: Speers había hecho caso omiso de la confesión de un crimen por el que otra persona estaba a punto de morir, no había

revelado esa confesión al abogado del condenado y no había intentado investigar su veracidad. DeGeurin estaba furioso.

Brenda testificó en la vista y le contó la misma historia al juez Coker. James Robinson también prestó declaración después de que Richard Reyna, un investigador de la defensa, lo convenciera de que fuese a Conroe a «limpiar su nombre».

Robinson había trabajado como conserje en el instituto Conroe hasta el 29 de julio de 1980. En el estrado reconoció que le había dicho a Brenda que había matado a una chica, pero que fue meses antes de que asesinaran a Fergeson. Se inventó esa historia para asustar a Brenda durante una discusión. También afirmó que había dejado Conroe y vuelto a casa el 6 de agosto, diecisiete días antes de que mataran a Fergeson.

Aceptó someterse a la prueba del polígrafo. Según el testimonio del poligrafista, cuando le preguntó a Robinson si había matado a Fergeson, se quedó callado cuatro minutos y medio antes de responder: «Bueno, es posible que lo hiciera y lo haya olvidado». Luego se apresuró a añadir: «No, no soy esa clase de persona. Soy inocente».

Gary Acreman sorprendió a la defensa al declarar que James Robinson sí acudió al instituto la mañana del 23 de agosto. Según él, James asomó la cabeza y le dijo: «No trabajes demasiado». Acreman adujo que nunca se lo había contado a nadie porque se le había olvidado. Ed Payne, testificando a través de un laringófono, ya que había perdido la laringe por un cáncer, corroboró lo que le había contado a su hermano John durante los juicios de Brandley: el día en cuestión, Acreman llegó a casa muy nervioso y le dijo que una

chica había sido asesinada aquella mañana en el instituto y que vio a alguien tirar su ropa al contenedor.

John Sessum, uno de los tres conserjes que estaban trabajando el día del asesinato, declaró por primera vez que Acreman había hablado con la chica durante «tres o cuatro minutos» antes de que entrara en el baño. Después de que Clarence los enviara al edificio de formación profesional, Acreman desapareció unos treinta o cuarenta minutos. Sessum dijo que, de camino al primer juicio, Acreman le pidió que no dijera que había hablado con la chica. Luego añadió que tenía miedo del ranger de Texas, que en el primer juicio había amenazado con enviarlo a la cárcel si cambiaba su historia respecto a lo que había plasmado en su declaración jurada.

Creyendo que sus testigos habían resistido bien en la vista probatoria y sintiéndose cautelosamente optimista, la defensa se mostró asombrada y extremadamente decepcionada cuando, el 22 de diciembre de 1986, el CCA denegó una vez más un nuevo juicio para Clarence. El tribunal coincidía con las conclusiones del juez Coker, según el cual los testigos de la defensa no eran creíbles. Caso cerrado. Con eso, el 6 de febrero de 1987, el juez Coker fijó una nueva fecha de ejecución, que tendría lugar el 26 de marzo de ese mismo año.

Fue entonces cuando me involucré. En noviembre de 1986, el hermano de Clarence, Ozell Brandley, me vio en *The Today Show* con Nate Walker, un hombre al que Centurion acababa de exonerar. Me pidió que fuera a Houston y ayudara al equipo de la defensa a liberar a su hermano, que pronto sería ejecutado. Cuando hube leído el expediente del caso, Ozell me presentó a DeGeurin y Paul Nugent, un nuevo abogado del bufete. Tras varias horas de conversación en

su despacho, me invitaron a unirme al equipo de la defensa en su último esfuerzo por salvarle la vida a Clarence. Nugent me alojó en un piso situado encima del garaje de su casa y DeGeurin me prestó el viejo Chevrolet de su madre.

A falta de tres semanas, el investigador Richard Reyna y yo nos pusimos a trabajar, yo vestido de negro, con mi cuello blanco sacerdotal, y Richard con unos vaqueros pulcramente planchados y botas de cowboy. El 7 de marzo llegamos a la caravana de Sessum, situada a las afueras de Conroe. Supusimos que si Robinson y Acreman habían asesinado a Cheryl Fergeson, Sessum era testigo presencial y tal vez estaría dispuesto a hablar ahora que se acercaba la fecha de la ejecución. Durante los diez días posteriores, nos contó quién mató a Cheryl y cómo ocurrió.

Habían sido Acreman y Robinson.

Sessum dijo que él y Martinez estaban abajo y habían oído los gritos de Cheryl pidiendo ayuda mientras Acreman y Robinson la arrastraban al cuarto de baño, cerca de la parte superior de la escalera. Desde entonces había tenido pesadillas sobre lo que había presenciado y se sentía tremendamente culpable por no haber impedido el ataque. «Fui yo quien causó su muerte. Podría haberla salvado si hubiera subido», se lamentó. Pero ahora estaba decidido: «Permití que muriera una chica inocente y no dejaré que ahora muera un hombre inocente. ¿Qué quieren que haga?». El día de san Patricio, contó la historia en una declaración en vídeo.

Ese mismo día, Richard y yo nos reunimos con Acreman. Cuando le dijimos que Sessum lo había implicado en el asesinato de Fergeson, empezó a temblar incontrolablemente y también accedió a prestar declaración en vídeo. En ella, se absolvía de cualquier

implicación y echaba toda la culpa a Robinson. Tanto Sessum como Acreman exoneraron a Clarence, afirmando que apareció diez minutos después de que la chica fuera violada y asesinada.

DeGeurin y Nugent presentaron los vídeos al juez Coker y, el 20 de marzo, seis días antes de la fecha prevista para la ejecución, ordenó su suspensión. Dos semanas después, Sessum acudió valientemente al programa *60 Minutes* y contó a su presentador, Harry Reasoner, y a todo el país lo que había presenciado. Para entonces, Acreman se había retractado de su vídeo a instancias de los investigadores del fiscal del distrito, aunque seguía manteniendo que vio a Robinson tirar la ropa de la chica al contenedor. Ignorando la declaración de Sessum y la información de Acreman, la fiscalía se negó a reconocer su error. Speers seguía empeñado en mantener intacta la condena de Brandley.

Sin embargo, el CCA falló por primera vez a favor de Brandley, le concedió otra vista probatoria y nombró a un nuevo juez para el caso. Se trataba de Perry Pickett, jubilado después de treinta años en el estrado del condado de Midland, en el oeste de Texas, y a la sazón juez visitante del CCA designado para presidir casos especiales. Pickett era un juez duro y valiente que había escapado de un campo de prisioneros de guerra nazi durante la Segunda Guerra Mundial y se había escondido detrás de las líneas enemigas en Italia hasta que los aliados liberaron su ubicación. Lo primero que hizo fue celebrar una vista de cambio de sede en el juzgado de Conroe. Tomó declaración a una gran variedad de personas, blancas y negras, entre ellas el heroico Bill Srack, dos destacados y elocuentes ministros negros de la iglesia de Conroe y la valerosa Janet Dial. Todos ellos hablaron del racismo y el amiguismo que

asolan el sistema judicial de Conroe, tanto en la actualidad como históricamente.

Al final de la vista, el juez Pickett anunció: «Aquí impera una situación volátil y explosiva que no es propicia a la administración ecuánime de la justicia. Los fines de la justicia dictan que este caso sea transferido al condado de Galveston». Ordenó que se celebrara una nueva vista en una semana, el 28 de septiembre de 1987. La sala estalló en vítores y los afroamericanos allí presentes dieron rienda suelta a sentimientos reprimidos durante mucho tiempo. Sabían que algo bueno y justo acababa de ocurrir para la gente de color, quizá por primera vez en aquel tribunal. Y Clarence Brandley finalmente pudo respirar un poco más tranquilo cuando su caso partió de Conroe rumbo a Galveston.

La vista probatoria del juez Pickett abarcó todos los aspectos del caso. Durante dos semanas, en un juzgado de Galveston, tomó declaración a cuarenta y seis testigos para determinar si Brandley había tenido un juicio justo y si había pruebas suficientes para concederle uno nuevo.

Sessum contó que Acreman y Robinson agarraron a la chica y la arrastraron al cuarto de baño. Ed y John Payne hablaron del comportamiento sospechoso de Acreman cuando volvió a casa el día del crimen. Tres nuevos testigos que trabajaban con Acreman en la compañía de taxis municipal dijeron que un día habían hablado en la oficina sobre el asesinato del instituto, lo que llevó a Acreman a exclamar repentinamente que Clarence no lo había hecho y que él sabía quién era el artífice. Otras dos personas declararon ante el juez que vieron a Robinson en Conroe tres días antes del asesinato. Se determinó que la sangre encontrada en la camisa de la víctima

era del tipo A y que tanto Robinson como Acreman tenían sangre de ese mismo grupo. Cheryl Bradford, jugadora de voleibol en el torneo, testificó que vio a dos hombres blancos que encajaban con la descripción de Acreman y Robinson salir a toda prisa del gimnasio veinte o treinta minutos después de ver a Cheryl en el pasillo de camino al cuarto de baño. Esa misma testigo sintió «escalofríos» al ver la foto de Robinson en *60 Minutes*, pues creía que era uno de los hombres a los que vio salir apresuradamente del gimnasio.

El 19 de noviembre de 1987, el juez Pickett recomendó al CCA que concediera a Clarence un nuevo juicio basándose en sus conclusiones. «El tribunal está seguro de que Clarence Lee Brandley no recibió un juicio justo y de que no cometió el crimen por el que ahora reside en el corredor de la muerte —dijo—. El testimonio en la vista probatoria determina inequívocamente que Gary Acreman y James Dexter Robinson son los principales sospechosos y probablemente los responsables de la muerte de Cheryl Lee Fergeson». Lamentó la desaparición de las pruebas que contenían los cabellos de persona blanca encontrados cerca de la vagina, lo cual eliminó la posibilidad de compararlos con los cabellos de Robinson y Acreman. A Pickett le pareció muy sospechoso el testimonio de Keeshan, según el cual no ordenó a Acreman ni a los otros conserjes blancos que proporcionaran muestras de pelo o sangre porque habría sido una «imposición innecesaria». Tampoco le convenció la respuesta del ranger Styles a la misma pregunta: «Digamos que yo no lo hice, y no se hizo; y no sé por qué no se hizo».

Citando detalles creíbles de los testimonios de Mary Johnson, Janet Dial y Frank Robin, el juez Pickett consideró que el juez Martin

y el fiscal del distrito Keeshan habían mantenido conversaciones secretas *ex parte* antes de los procedimientos diarios del juicio de Clarence y que conspiraron para encubrir la desaparición de las pruebas. Calificó el testimonio del juez Martin y Peggy Stevens, en el que negaban esto, de «no veraz» y «no creíble». Mary Johnson pagó un alto precio por su valiente y honesto testimonio contra su jefe, el juez Martin, quien la despidió poco después de que Pickett expusiera su opinión. Además, se convirtió en *persona non grata* en el juzgado, donde sus antiguos compañeros la tachaban de desleal a la judicatura de Conroe. Su carrera como taquígrafa judicial en el condado de Montgomery había terminado.

El juez Pickett criticó duramente las tácticas de investigación y la mentalidad del ranger Styles. Icky Peace y Sessum relataron las amenazas de Styles y sus intimidaciones para arrancarles un testimonio falso. Ambos declararon que seguían teniéndole miedo. Sessum fue amenazado con la cárcel si no cooperaba después de la revisión de los hechos. Icky contó que, una noche, Styles fue a su casa y lo llevó a una comisaría local, donde lo retuvo hasta la 1.30 mientras lo maltrataba y asfixiaba con la cadena que llevaba en el cuello. Cuando Icky se quejó a la fiscalía, le respondieron que estaba «alucinando» e «imaginando cosas».

Por su parte, Sam Martinez se aferró a su testimonio y le dijo al juez Pickett que lo había «expuesto correctamente» la primera vez, es decir, después de repasar los hechos con el ranger Styles. Martinez nunca reconoció haber visto lo mismo que Sessum, a pesar de que estaba con él cuando la chica fue agredida. El motivo podría ser que

el padre de Martinez era conserje del juzgado y tal vez quería protegerlo no enfrentándose al poderoso Keeshan.

El juez dejó claro que Styles había actuado «ciegamente» al detener a Brandley incluso antes de comenzar su investigación. Esto había conducido a la «ineludible conclusión de que la investigación no se llevó a cabo para resolver el crimen, sino para condenar al demandante». El juez añadió que «la fijación mental de [Styles] con que ya había atrapado a su hombre le impedía seguir cualquier pista que pudiera demostrar que su idea preconcebida era errónea».

El tribunal también recibió pruebas sobre el clima racista que imperó durante el procesamiento de Clarence, incluida toda la investigación y los procedimientos posteriores al juicio. Además, hizo referencia al hecho de que la oficina del fiscal del condado de Montgomery recomendaba en su manual interno que, cuando se juzgara a una persona negra, los fiscales debían descartar a individuos de esa raza durante la selección del jurado. Bill Srack describió su angustiosa experiencia como jurado y después. Otros mencionaron el uso frecuente del término «negro» en tono despectivo por parte de la policía y los fiscales y el racismo desenfrenado en el tribunal.

A modo de conclusión, el juez Pickett afirmó: «En los treinta años que este tribunal lleva presidiendo asuntos del sistema judicial, ningún caso ha presentado un escenario más asombroso sobre los efectos de los prejuicios raciales, los testimonios falsos, la intimidación de testigos, una investigación predeterminada y unos funcionarios públicos que, por los motivos que sean, perdieron de vista lo que es correcto y justo». A continuación, recomendó al CCA que ordenara un nuevo juicio para el señor Brandley.

En Texas, solo el CCA tiene autoridad para anular una condena y ordenar un nuevo juicio. El 13 de diciembre de 1989, dos años después, emitió un dictamen que corroboraba todas las conclusiones del juez Pickett. Asimismo, ordenó un nuevo juicio para Clarence y estipuló que la «artificiosa» investigación dio lugar a una «subversión de la justicia» y que la acusación presentó testimonios «falsos» e «inherentemente poco fiables» al suprimir pruebas que favorecían al acusado. No obstante, el fiscal Speers se negó a ceder y recurrió ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Su recurso fue rechazado sin comentarios.

Después de esto, Speers decidió no volver a juzgar a Brandley y todos los cargos fueron retirados. El 23 de enero de 1990, Clarence salió del corredor de la muerte exonerado y libre.

Para entonces, el caso era muy conocido. Su libertad no solo fue celebrada por su madre, sus hijos, sus hermanos y una legión de simpatizantes, tanto negros como blancos, sino también por medios de comunicación impresos y audiovisuales de todo el país.

Clarence fundó una pequeña iglesia de la cual era pastor. Al ver que no podía ganarse la vida de esa manera, probó suerte en diversas actividades hasta que finalmente consiguió un puesto de mecánico en la Autoridad Metropolitana de Tránsito de Houston, donde trabajó trece años. Finalmente regresó a un pequeño pueblo del condado de Montgomery para llevar una vida tranquila con Dorothy Moore, su fiel compañera de siempre. El 2 de septiembre de 2018, a falta de tres semanas para cumplir sesenta y siete años, Clarence falleció a causa de una neumonía.

Clarence nunca fue indemnizado por su encarcelamiento injusto en el corredor de la muerte. Demandó a las autoridades

responsables de su falsa condena, pero un juez lo desestimó, alegando que esos organismos gozaban de inmunidad soberana. En 2011 le fue denegada una compensación en virtud de la ley texana de indemnizaciones por condenas falsas. El fondo alegó que había presentado la solicitud demasiado tarde. Por si fuera poco, Texas lo condenó a pagar 25.000 dólares en concepto de pensiones alimenticias atrasadas a lo largo de sus nueve años y medio de encarcelamiento injusto. Durante muchos años tuvo embargado el salario semanal.

Una interesante nota a pie de página sobre el caso es la reaparición de las pruebas del juicio. Cuando Charlie Ray, el antiguo investigador del fiscal Keeshan, murió en enero de 2018, su familia descubrió en su garaje una caja con las pruebas del juicio de Brandley. Ray se encontraba con Keeshan cuando entraron en el despacho de Mary Johnson la noche que esta todavía estaba trabajando. Poco después, las pruebas desaparecieron de su despacho un fin de semana. La caja fue entregada a Brett Ligon, que era el fiscal en aquel momento. A día de hoy aún no sabemos qué había en la caja ni qué pasó con su contenido. Lo que sí sabemos es que Ligon llamó a los Rangers de Texas y a la policía de Conroe —los organismos responsables del error judicial que envió a Brandley al corredor de la muerte— para que examinaran las pruebas y vieran si había algo que pudiera volver a analizarse.

Tuve el privilegio de ser uno de los panegiristas en el funeral de Clarence y dije a los asistentes que era uno de los hombres más valientes que había conocido. No se dejó dominar por el pánico cuando se acercaba la fecha de la ejecución sin que aparentemente hubiera avances en su caso. Conservó la tranquilidad y la fortaleza

ante una muerte casi segura por un delito que no había cometido. Cuando faltaba una semana, aceptó su suerte con una dignidad y un valor que inspiraron a todos los que trabajábamos frenéticamente para salvarlo. Su aplomo nos tranquilizó a todos.

Clarence era un hombre bondadoso, un hombre decente. Era humilde y reservado. Si en su corazón albergaba odio o rabia hacia quienes le habían hecho daño, yo no lo vi. En ningún momento hizo bandera de las injusticias que sufrió durante su encarcelamiento y en los años posteriores. Todos los que lo conocimos le queríamos.

Acreman y Robinson nunca han sido acusados de la violación y asesinato de Cheryl Fergeson.

Juegos de autopsia

JOHN GRISHAM

La primera autopsia notable de la que se tiene constancia fue la de Julio César en el año 44 a. C. El emperador romano sobrestimó enormemente la lealtad de sus colegas y, cuando osó declararse emperador vitalicio, se lo tomaron muy mal. También tomaron unos cuchillos y le atacaron en el Senado. Una turba de unas sesenta personas arremetió contra César, quien, además de sorprendido, se encontraba indefenso. Lo dejaron cubierto de sangre, huyeron del lugar y, como suele ocurrir con los políticos, negaron inmediatamente su implicación o culparon a otros.

Por razones que nunca quedaron claras, alguien con autoridad solicitó una autopsia, aunque lo que había ocurrido era evidente. Las autopsias no eran nada nuevo; los griegos llevaban quinientos años diseccionando cadáveres.

Ante la mirada de una multitud, el distinguido médico Antistio se ocupó de la espantosa tarea y no tardó en confirmar lo obvio: César había muerto por una pérdida masiva de sangre tras recibir veintitrés puñaladas.

En el siglo XVI, Leonardo da Vinci, con su inagotable sed de conocimiento, coleccionaba cadáveres y diseccionó al menos treinta, no para resolver crímenes o estudiar enfermedades, sino para comprender e ilustrar cada parte del cuerpo humano. Su rival,

Miguel Ángel, a veces dejaba sus formones y pinceles, cogía el bisturí y realizaba sus propias investigaciones.

En la Edad Media, las autopsias eran comunes en Europa y Asia, pero rara vez se utilizaban en investigaciones criminales. En el siglo XIX, mientras la población de Estados Unidos aumentaba casi tan rápido como su tasa de asesinatos, las autopsias se convirtieron en herramientas útiles para los investigadores criminales. En casi todos los asesinatos, la mejor prueba es el cadáver. Los patólogos estadounidenses adquirían experiencia en la búsqueda de pistas a través de los restos de las víctimas.

Fundada en 1936, la Junta Americana de Patología (ABP, por sus siglas en inglés) hizo el primer intento serio de regular la práctica mediante la promulgación de requisitos estándares para la certificación. La especialidad siguió creciendo, al igual que la tasa de criminalidad, y, en 1940, el procedimiento penal estadounidense dictaba que el médico que realizaba la autopsia debía estar «certificado» por la ABP antes de poder testificar. A medida que crecía la necesidad, los patólogos forenses se implicaron más en la resolución de crímenes y la ciencia se modernizó. Más tarde llegaron otras regulaciones. Con el tiempo, la Asociación Nacional de Médicos Forenses (NAME, por sus siglas en inglés) empezó a regular la certificación de los patólogos.

La NAME también tramitaba las quejas contra sus miembros y, como en todos los campos de la medicina, nunca faltaban los malos profesionales. En 1992, un patólogo tristemente célebre llamado Ralph Erdmann fue noticia en todo el país por el gran número de autopsias que aseguraba haber realizado. Trabajaba en una zona rural de su Texas natal y prestaba servicio a unos cuarenta condados

que no podían contratar a sus propios médicos forenses. Erdmann estaba más que dispuesto a ayudar. Incluso realizaba visitas a domicilio, desplazándose hasta los condados y encargándose de los peritajes necesarios. La mayoría de los condados carecían de instalaciones adecuadas, así que Erdmann se adaptaba sobre la marcha. Diseccionaba cadáveres en aparcamientos, garajes y callejones y se convirtió en el favorito de la policía y los fiscales porque podía adaptar su testimonio a sus teorías de culpabilidad. Se consideraba a sí mismo el «Quincy del Panhandle texano», por el personaje televisivo popularizado por Jack Klugman. Con el tiempo, sus chapuzas le pasaron factura, al igual que las quejas de los abogados defensores. Cuando Erdmann fue investigado, se determinó que no había abierto el cadáver en al menos un tercio de sus autopsias.

Practicaba una media de trescientas autopsias al año y afirmaba haber alcanzado un máximo de cuatrocientas ochenta, una cifra asombrosa.

La NAME recomendaba que un médico forense no realizara más de doscientas cincuenta al año. Si un médico superaba las trescientas veinticinco, la NAME no certificaba al laboratorio en el que trabajaba.

Teniendo en cuenta que una autopsia típica lleva entre dos y cuatro horas, seguidas de la preparación de un informe y otros trámites, las cifras de Erdmann eran extraordinarias.

Sin embargo, esas cifras no eran nada en comparación con las de un patólogo que recorrió el estado de Mississippi en la década de 1990. Apodado «el Rey de los Cadáveres», acaparó el mercado de las autopsias y se hizo cargo del 80 por ciento de los homicidios del

estado durante su reinado. Una vez se jactó de haber practicado mil autopsias anuales, e incluso mil quinientas o más.

En su mejor momento, afirmó haber realizado dos mil autopsias en un año.

Se trataba del doctor Steven Hayne.

Nació en Los Ángeles en 1941, terminó la carrera de Medicina en la Universidad de Brown en 1976 y se especializó en patología. Trabajó en varios hospitales del país durante unos años y en 1985 aceptó un puesto como director médico de un laboratorio del condado de Rankin, Mississippi. Como actividad secundaria, empezó a hacer autopsias por 400 dólares cada una.

El momento no podía ser más oportuno. Debido a la baja remuneración y a otros problemas, Mississippi no podía contar con un forense estatal permanente. Si un juez instructor del condado sospechaba que un fallecimiento era consecuencia de un delito, tenía la obligación de solicitar una autopsia. No había un depósito de cadáveres ni un laboratorio central al que enviar el cuerpo, ni tampoco una agencia estatal o un centro de intercambio de información que supervisara y regulara las autopsias. Los ochenta y dos jueces de instrucción del condado tenían que llamar a un patólogo y suplicar una autopsia. Como casi todos los patólogos detestaban ese trabajo y los bajos honorarios, por no mencionar la desagradable perspectiva de tener que testificar ante un tribunal, había una perpetua acumulación de cadáveres que necesitaban ser examinados.

Y ahí estaba el doctor Hayne, que vio una oportunidad y dio a conocer su disponibilidad para hacer negocios. Para él, las cuentas eran sencillas: se podía ganar mucho dinero si lo planteaba como una cadena de montaje. Empezó realizando varias autopsias al mes, de forma rápida y eficiente y con la actitud servicial de un vendedor de coches. En poco tiempo estaba realizando una al día, y aquello no había hecho más que empezar. Ofrecía sus servicios por medio del boca a boca, y los jueces de instrucción, la policía, los sheriffs y los fiscales no dudaban en enviarle sus cadáveres. También se anunciaba en boletines de la policía. En 1988 llevó a cabo trescientas veinte autopsias. En 1990 estaba realizando mil doscientas al año.

El doctor Hayne no era solo un trabajador increíble, sino también un testigo maravilloso de la acusación. Afable, frívolo e inteligente, asombró a los jurados durante años con una eficaz combinación de simplicidad y grandes conocimientos médicos. Utilizaba palabras complejas y también simples, y hablaba con una voz clara y sin acento. No sonaba como la gente de Mississippi. Él era de California, de la Universidad de Brown y de otros lugares lejanos. Los abogados saben desde hace años que, cuanto más lejos viaje un experto para llegar a la sala del tribunal, más impresionada quedará la gente del lugar. Con una práctica constante, Hayne interpretaba el papel a la perfección.

Cuando no estaba en la mesa de autopsias o en un tribunal, trabajaba como jefe de laboratorio en el Centro Médico Rankin y dirigía un centro de atención renal. Además, asesoraba en casos civiles y realizaba autopsias privadas.

Cuando más tarde le preguntaron por su carga de trabajo sobrehumana, respondió: «Normalmente no duermo más de dos o tres horas al día. Además, trabajo siete días a la semana, no cinco. No me tomo vacaciones, así que trabajo a un nivel mucho más eficiente y duro que la mayoría de la gente. Es una bendición y una maldición, pero es mi manera de ser, y trabajo muchísimo. Tengo capacidad para trabajar muchas horas y no cometo demasiados errores. Creo que mi historial habla por sí solo».

Pero sí hubo errores, y muchos.

Dado que Hayne monopolizaba el mercado de las autopsias, los cadáveres llegaban a su pequeña morgue a un ritmo asombroso. No era raro que hubiera seis o siete aguardando el bisturí, y se apilaban como leña en la rampa de espera. Un funcionario del estado que vio el negocio dijo: «Aquello parecía una fábrica de autopsias. No había medidas de seguridad». Un exfuncionario aseguraba: «Hayne siempre estaba buscando maneras de recortar gastos. Con frecuencia se etiquetaban mal las pruebas. Además, estaban contaminadas, porque no se almacenaban y conservaban adecuadamente. No se adoptaban medidas de seguridad con los productos químicos ni con los materiales biológicos». Un agente de policía describió la morgue como una «fábrica de salchichas». Un jefe de policía afirmaba haber visto cinco cadáveres que yacían uno junto al otro, todos abiertos en canal y en distintas fases de examen. Le preocupaba la contaminación cruzada. Un funcionario estatal se preguntaba si Hayne hacía todo el trabajo él mismo. «Siempre me ha resultado imposible creer que Steve hiciera todas las autopsias

que decía haber hecho —explicaba—. Nunca gozó de muy buena salud, así que no habría podido aguantar ese ritmo».

Realizara o no las autopsias, lo cierto es que el doctor Hayne enviaba facturas por ellas. En poco tiempo había aumentado su tarifa a 1.000 dólares por autopsia, más 350 dólares la hora por testificar ante un tribunal. Aceptaba cadáveres de todo el estado y se había convertido en su médico forense *de facto*.

Como facturaba a cada condado por separado, y como no existía un registro centralizado, nadie excepto Hayne sabía cuántas autopsias practicaba en realidad o cuánto dinero ganaba. No obstante, las cuentas eran bastante sencillas: se embolsaba más de un millón de dólares al año como patólogo forense no certificado.

Sus defensores lo consideraban un gran activo para el estado, ya que desempeñaba una labor que pocos médicos estaban dispuestos a hacer. Los fiscales lo adoraban porque era muy bueno en los tribunales, podía convencer a un jurado y era creativo a la hora de encontrar pruebas que apoyaran la teoría de culpabilidad del estado.

A día de hoy, nadie sabe cuántas condenas injustas empezaron con el bisturí del doctor Steven Hayne.

Una de las primeras ocurrió el 15 de septiembre de 1990, con el secuestro y asesinato de una niña de tres años llamada Courtney Smith.

Vivía con su madre, su abuela, dos hermanas y cuatro tíos en una casita de tablones azules en una calle sin asfaltar situada al «otro lado de las vías» en la pequeña y moribunda ciudad de Brooksville, Mississippi. El vecindario era un entramado de caminos de grava que

discurrían entre casas construidas mucho antes de 1990. Algunas estaban bien mantenidas, con pintura reciente, macetas con flores y césped, pero la mayoría se hallaban en un estado perpetuo de deterioro. Otras habían sido abandonadas. En algunas parcelas se habían construido múltiples viviendas y en ellas se agolpaban varias generaciones de una misma familia. Había casas rodantes dispersas anárquicamente. Aunque el barrio era pobre, apenas había delitos graves. Muchos residentes dormían con las puertas y las ventanas abiertas, y en muchos casos no tenían cerraduras.

Aquel sábado por la tarde, Courtney y su hermana Ashley, de cinco años, cenaron con su abuela y su bisabuela y luego se fueron andando a casa, situada a pocos minutos de distancia. Era un verano caluroso y húmedo, y los vecinos estaban en el exterior, sentados en el porche, cocinando a la parrilla y jugando en la calle. En casa, su madre, Sonya Smith, bañó a las niñas y las preparó para irse a la cama. Le puso a Courtney una camiseta con un pato en la parte delantera y la palabra «Mississippi» encima. Cuando las niñas se durmieron, Sonya se vistió y salió. Al fin y al cabo, era sábado y le gustaba disfrutar del ambiente de los honky tonks de la zona. Su madre, Ruby, dijo que cuidaría de las niñas. También estaba en casa Tony, el hermano de Sonya, uno de los tres tíos que vivían con las niñas.

Ruby, la abuela, se aburría y salió con unos amigos. El tío Tony dormía profundamente en el sofá y las niñas, en el dormitorio. No había nada inusual en el cuidado en equipo que habían organizado. Tías, tíos, abuelos, primos y vecinos ayudaban con los pequeños.

Hacia medianoche, un hombre de la zona entró en la casa por la puerta principal, que no estaba cerrada con llave, y pasó por delante

del sofá en el que dormía Tony. Al mirar en el primer dormitorio, vio a dos niñas durmiendo, cogió a Courtney sin despertarla y salió. Después se alejó de las casas por un pequeño sendero. Cerca de un estanque, la tumbó en el suelo sin saber qué hacer. Cuando le penetró la vagina con un dedo, ella se despertó y empezó a llorar. Al ver que no paraba, la estranguló y la arrojó al estanque. La niña no sabía nadar y luchó por mantenerse a flote. Cuando su cabecita se sumergió por última vez, el asesino regresó a su coche y se marchó.

Sonya Smith pasó la mañana del domingo buscando a su hija, convencida de que estaba con otro miembro de la familia. Al principio no cundió el pánico, porque se sabía que los niños se quedaban con quien estuviera cuidándolos. Sin embargo, a media tarde era evidente que Courtney había desaparecido. Llamaron a la policía sobre las ocho, y para entonces cientos de personas estaban buscando a la niña.

El lunes por la mañana, el jefe de policía de la ciudad vio el cuerpo parcialmente sumergido de una niña en el estanque, lo sacó y lo depositó junto al agua. La niña llevaba puesta una camiseta con un pato y la palabra «Mississippi» arriba. Tenía sangre a causa de varias heridas en la ingle y la cabeza. El jefe envolvió el cadáver con la chaqueta de otro agente y esperó al sheriff.

El primero en llegar fue Ernest Eichelberger, el ayudante del sheriff, que, a pesar de su apellido poco común, era un afroamericano corpulento que solo llevaba cinco años en las fuerzas del orden. En su condición de ayudante del sheriff, asumió el papel de investigador principal. Sabía que había desaparecido una niña y buscó al padre de Courtney, que confirmó su identidad.

Eichelberger entregó el cadáver al juez instructor del condado, que lo envió inmediatamente al doctor Steven Hayne para que le practicara la autopsia. Aquella misma noche, una vez finalizada, determinó que la niña había sido estrangulada, pero que lo más probable era que hubiera muerto ahogada. Había sido agredida sexualmente, pero no encontró vello púbico ni semen, y concluyó que el asesino no había forzado el coito. En su opinión, los hematomas que presentaba en la muñeca derecha podían haber sido causados por dientes humanos, pero no estaba seguro. Realizó algunas pruebas más y llegó a la conclusión de que los hematomas se habían producido alrededor de la hora de la muerte. Otras marcas podían ser mordeduras de animales.

En cuanto a la teoría de las mordeduras humanas, el doctor Hayne y los investigadores estuvieron de suerte. En aquel momento, el extraordinario doctor Michael West, uno de los máximos especialistas en mordeduras de todo el país, residía en Mississippi.

Como dentista de un pequeño pueblo de Hattiesburg, Mississippi, el doctor West se había convertido en testigo pericial y había protagonizado algunos de los juicios más sensacionalistas del estado. Casi de la noche a la mañana, el doctor West no solo era un forense experto en marcas de mordiscos, sino también en balística, reconstrucción de disparos, patrones de heridas, hematomas, marcas causadas por herramientas, incendios provocados, rotura de cristales y arañazos. En casi todos los casos, su compinche, el doctor Hayne, realizaba la autopsia y llamaba a West para que aportara las pruebas.

Cuando el doctor Hayne terminó la autopsia de Courtney, llamó al doctor West y le pidió que acudiera a la morgue lo antes posible.

Tenían otro asesinato entre manos y, por alguna razón, el autor había decidido morder a su víctima.

El doctor West no llegó a tiempo. El lunes por la noche, el propietario de la funeraria llevó a cabo el embalsamamiento sin notificárselo a nadie.

A la mañana siguiente, el doctor West examinó el cadáver recién embalsamado y rápidamente coincidió con su compañero en que las mordeduras de la muñeca eran de dientes humanos. Extirpó un poco de piel alrededor de las heridas, estudió las marcas y redactó un breve informe. Después facturó al condado casi 3.000 dólares por su trabajo e informó al juez instructor de que estaba dispuesto a prestar más ayuda en cuanto el sheriff tuviera un sospechoso.

Los sospechosos abundaban. El método de investigación del ayudante Eichelberger consistió en arrestarlos a todos, meterlos en la cárcel y esperar a que la verdad saliera a la luz. El primero fue el tío abuelo de Courtney, un hombre llamado Mickens, que era conocido por beber demasiado y, cuando lo hacía, tocar a las mujeres de forma inapropiada. Para Eichelberger, eso era prueba suficiente de que Mickens estaba implicado en la violación y asesinato de una niña. Cuando el sospechoso apareció en las noticias de la noche, esposado y desconcertado, un periodista expuso entrecortadamente los atroces detalles del crimen, que ahora no solo incluían un asesinato, sino una violación, una herida en la cabeza y un corte en la boca.

Luego, Eichelberger arrestó a los tíos de Courtney: Tony, Ernest y William Smith, todos sospechosos de asesinato, pero sin ninguna

prueba en su contra. El tío Tony estaba durmiendo en el sofá cuando el asesino entró en la casa y se llevó a Courtney. Los tres acababan de perder a una sobrina a la que querían y protegían y con la que compartían un hogar. Ahora los acusaban de matarla y estaban en la cárcel.

Eichelberger no había hecho más que empezar. A continuación detuvo a William McCarthy y David Harrison, dos hombres que no tenían nada que ver con el crimen, pero como eran amigos de Ruby, la abuela, y estaban en el barrio aquella noche, eran lo bastante sospechosos como para ser acusados y encarcelados.

También detuvo a John Hodge, el novio de Sonya Smith; a Robert Goodwin, un vecino; y a Lee Harris, amigo del tío Tony.

Con su décima detención, Eichelberger finalmente tuvo suerte, aunque no se dio cuenta. Tropezó con el asesino y lo arrestó. Se trataba de Justin Johnson, un vecino de treinta y cinco años con fama de comportarse de manera extraña, ser reservado y tener encontronazos con la policía. Más de una vez fue acusado de irrumpir en casas a altas horas de la noche y atacar o amenazar a mujeres. La policía le siguió la pista porque varios vecinos declararon haber visto su Buick Electra azul y blanco de 1978 aparcado cerca del estanque hacia medianoche. Su coartada era poco convincente. En la cárcel, Eichelberger le preguntó si había sido detenido antes y él respondió: «Sí, por un asunto similar: intento de violación. No hace mucho».

Un inspector experimentado, o incluso un policía de bajo nivel, se habría centrado en Johnson, pero Eichelberger se distrajo con otro sospechoso prometedor: Levon Brooks.

A la postre, Johnson salió en libertad, y pasarían dieciocho años hasta que otro inspector lo interrogara en relación con el asesinato de Courtney Smith.

Levon Brooks se convirtió en el principal sospechoso porque de vez en cuando llevaba pendiente. Vivía en Macon, una ciudad cercana, y no frecuentaba Brooksville. Conocía bien a la familia Smith porque, años antes, Sonya y él habían salido juntos y seguían siendo amigos. Levon era amigo de casi todo el mundo. Le encantaban la vida nocturna, las discotecas y las mujeres, y era especialmente aficionado a la ropa elegante y moderna. El pendiente de oro era una novedad y contribuía a su reputación de hombre adelantado a su tiempo. Le gustaba su trabajo en el Santa Barbara, un club nocturno situado cerca de su casa. Allí tenía un buen sueldo y un horario decente y conocía a muchas mujeres. Levon tenía treinta y dos años, era soltero y atractivo y siempre iba de flor en flor, pero mantenía amistad con todas sus exnovias.

La noche de sábado que Courtney Smith fue secuestrada y asesinada, Levon estaba trabajando en el Santa Barbara, a trece kilómetros de la casa de la niña en Brooksville. Numerosos testigos jurarían en el estrado que Levon estaba allí mezclando bebidas, cocinando, observando la pista de baile y, como siempre, coqueteando con las chicas.

Sin embargo, una prueba tan clara no sería rival para el falso testimonio científico urdido por los doctores Hayne y West y presentado al jurado.

La teoría del pendiente emprendió su largo y tortuoso viaje con la suposición de los investigadores de que la única testigo posible del secuestro de Courtney era Ashley, su hermana de cinco años. Con el transcurso de los días sin recabar pista alguna, una cárcel llena de «sospechosos» y una presión cada vez mayor para resolver el crimen, los investigadores decidieron concentrarse en Ashley y presionarla para que recordara algo.

Interrogar a niños, especialmente aquellos traumatizados por crímenes violentos, es un asunto frágil y complicado del que deberían ocuparse profesionales forenses cualificados y con experiencia en psiquiatría. Cinco días después del asesinato de Courtney y el día después de su entierro, Ashley participó en su primer interrogatorio. El agente no poseía conocimientos de psiquiatría, psicología o terapia. Era un policía local que había presentado un programa infantil en televisión, por lo que afirmaba tener cierto talento para tratar con niños.

La entrevista fue un desastre y la policía debería haberse dado cuenta de que lo mejor era dejar tranquila a Ashley, pues dijo cosas que obviamente eran falsas. Aseguró que su tío Tony amenazó a los intrusos con un cuchillo, que después cambió por una pistola. Sus divagaciones a menudo eran fantásticas y absurdas, como cuando afirmó que el secuestrador había huido con Courtney en un avión. En la siguiente entrevista trató de identificar al secuestrador o secuestradores: era un hombre negro llamado Shavon; luego era Travon, que había ido a la universidad con su madre; después, Travon tenía un cómplice; luego tenía dos, uno blanco y otro negro; luego era un hombre blanco llamado Clay, que llevaba una media en la cabeza; finalmente era una máscara de Halloween. En otra

entrevista añadió más detalles: los atacantes se llevaron a Courtney, pero volvieron a casa con patatas fritas y bebidas; uno se burló de ella diciendo: «Ja, ja, tenemos a tu hermana»; otro llevaba una bolsa llena de dinero.

La verdad era que Ashley estaba durmiendo cuando se produjo el secuestro y no se dio cuenta de que su hermana había desaparecido hasta que despertó a la mañana siguiente. Desde ese momento hasta su primera entrevista, cinco días después, nunca afirmó haber visto al secuestrador. Pero, cuando la policía empezó a sugerirle detalles, su vulnerable imaginación tomó las riendas.

Llevar una moneda de veinticinco centavos en la oreja era una moda pasajera en algunas comunidades negras. Cuando el entrevistador preguntó a Ashley por la moneda del secuestrador, no hizo falta más: sí, llevaba una moneda metida en la oreja.

Los astutos inspectores supusieron que la moneda en realidad podía ser un pendiente, y Levon Brooks era uno de los pocos hombres negros que llevaba pendiente en 1990.

La policía tenía por fin a un verdadero sospechoso. Le mostraron a Ashley una serie de fotos de hombres negros y manipularon la rueda de reconocimiento para que las principales sospechas recayeran en Brooks. Ella lo identificó y añadió que había vendado los ojos a Courtney con una media, dos detalles mencionados en un principio por la policía y no por Ashley.

Por tenue que fuese, el pendiente era la única prueba que podía vincular a Brooks con el crimen. No se encontraba en la zona en el momento del crimen; de hecho, nunca había estado en casa de Sonya Smith. No conocía a Courtney ni a Ashley. No tenía

antecedentes por delitos sexuales y nunca había sido acusado o sospechoso de abuso de menores.

Cuando la investigación empezó a centrarse en Levon Brooks, los investigadores estaban ocupados en otros asuntos.

El 23 de septiembre, el doctor West llegó a la ciudad con sus utensilios y una bolsa de yeso. Empezó por los diez hombres encarcelados, ninguno de los cuales tenía abogado, y los convenció de que le proporcionaran moldes dentales. Ningún abogado que se precie permitiría semejante procedimiento sin una orden judicial o una vista, pero las garantías procesales y la protección jurídica eran de escasa importancia. Los «sospechosos» no creían tener más opción que cooperar.

Curiosamente, el doctor West también introdujo una cubeta con yeso en la boca de Sonya Smith, la madre de la víctima, y extrajo un molde dental. Nadie había insinuado ni remotamente que Sonya estuviese implicada en el asesinato, y nadie sabía por qué era sospechosa de morder a su hija en las muñecas.

Un total de diez «sospechosos» dieron su consentimiento para los moldes dentales, incluido el asesino, Justin Johnson. Al día siguiente, el doctor West informó a las autoridades de que había completado el examen y los diez habían sido excluidos como autores de las mordeduras.

Tras descartar la primera tanda de sospechosos, Eichelberger se concentró en Levon Brooks. Lo arrestó por asesinato y notificó al

doctor West que tenía un sospechoso principal. Él y otro ayudante del sheriff llevaron a Brooks a la Clínica Dental West, en Hattiesburg, situada a dos horas en coche, y le tomaron el decimotercer molde.

A la mañana siguiente, el doctor West llamó a los investigadores con la noticia que esperaban. En su opinión, Levon Brooks era la única persona en el mundo que podría haber causado aquellas marcas de mordiscos a la víctima. «Las estructuras dentales de un tal Levon Brooks —escribió— infligieron, sin ningún género de duda, las marcas de mordeduras halladas en el cuerpo de Courtney Smith».

«Sin ningún género de duda». Aquello era un nuevo criterio para la ciencia forense y los testimonios ante los tribunales, obviamente creado y más tarde utilizado por el doctor West durante años. A veces, aunque desde luego no siempre, los abogados defensores formulaban una protesta por el uso de esa frase casi letal. Los jueces —pocos de ellos conocedores de los principios científicos básicos y la mayoría con pocas ganas de formarse— denegaban las protestas y dejaban que West aplicara su nuevo criterio. Los miembros del jurado no conocían la diferencia. En la fase de apelación, el Tribunal Supremo de Mississippi casi siempre encontraba una razón para permitirlo.

Antes de West, los peritos que participaban en un juicio estaban obligados a definir sus conclusiones dentro de «un grado razonable» de certeza médica o científica. A West se le permitía decir abiertamente que no había duda sobre sus hallazgos.

Así pues, el estado tenía todo lo que necesitaba para acusar a Levon Brooks de asesinato: (1) las divagaciones confusas y a menudo sensacionalistas de una niña de cinco años traumatizada

por la muerte de su hermana; (2) una rueda de reconocimiento fotográfica manipulada y presentada a esa misma niña; (3) un examen poligráfico que Brooks supuestamente no superó; y (4) la opinión inequívoca del doctor West sobre la mordedura.

El juicio dio comienzo el 13 de enero de 1992, unos dieciséis meses después del asesinato. La acusación estaba liderada por Forrest Allgood, fiscal de distrito electo y firme partidario de la pena de muerte. Aunque era la primera vez que Allgood recurría al equipo formado por Hayne y West, en años posteriores aunarían fuerzas en numerosas ocasiones. Pocos o ningún otro fiscal los utilizó tan a menudo.

En su presentación del caso ante el jurado, Allgood expuso sus argumentos. Como no tenía otras pruebas físicas que las marcas de mordiscos, se basó mayoritariamente en ellas. Allgood dijo al jurado: «Alguien dejó su huella con unas mordeduras en el brazo. El estado de Mississippi, señoras y señores, les demostrará que ese hombre es Levon Brooks».

El primer testigo del estado fue Ashley Smith, que en aquel momento tenía siete años. Estaba tan asustada como lo habría estado cualquier niña, y el juez no ayudó. Fue la primera a la que sometió a interrogatorio y le advirtió que, si no decía la verdad, «iría al infierno».

Aterrar a la niña parecía una manera extraña de empezar.

Las preguntas de Allgood eran concisas y fáciles de entender, y propiciaron respuestas bien ensayadas de Ashley. Sus fantasías, incoherencias y contradicciones anteriores desaparecieron. Sin embargo, en el contrainterrogatorio, el abogado defensor empezó a preguntar por sus historias iniciales. ¿Qué había de los diferentes

hombres, blancos y negros, que secuestraron a su hermana? ¿Y la huida en avión? ¿Y el tío Tony persiguiéndolos con un cuchillo? ¿O era una pistola? ¿Y los hombres malos que volvieron a su casa con patatas fritas o con una bolsa llena de dinero?

Como en sus primeras entrevistas, empezó a mostrarse confusa y perdió credibilidad rápidamente.

Nada de eso importaba a Allgood, porque tenía lo que quería. Cuatro días después, en su alegato final, dijo sin pudor al jurado: «Desde el primer momento, la niña no ha identificado a nadie más que al acusado como el hombre que entró en su habitación y se llevó a su hermana. A nadie más».

El doctor Hayne testificó que Courtney probablemente murió ahogada en agua dulce, pero presentaba moratones en la cabeza y cortes en el interior de la vagina. No se encontró semen. Dijo al jurado que las marcas de la muñeca probablemente eran de dientes humanos y explicó que había consultado al doctor Michael West, que estaba de acuerdo. A continuación, Hayne declaró que las marcas de mordiscos se produjeron en el momento de la muerte o poco después. Por tanto, la persona que la mordió era el asesino.

Los expertos que revisaron el caso más tarde coincidían en que el testimonio estaba plagado de inexactitudes. Era casi imposible determinar (1) el origen de las marcas de mordiscos en un cuerpo sumergido en agua durante tanto tiempo como el de Courtney, y (2) si las marcas se produjeron antes o después de su muerte.

Se presentaron otros hechos infundados y sensacionalistas. Mientras Hayne describía los cortes en la vagina de la víctima, dijo al jurado que pudo haberlos provocado un dedo o un pene. De repente, Allgood preguntó: «¿Y un palo de escoba?».

¿Un palo de escoba?

Nadie, en ningún momento, había hecho alusión a un palo de escoba. No se había encontrado ninguno en la escena del crimen. Ningún informe lo mencionaba. No había indicios de él en ninguna parte de la investigación.

Pero Allgood se sacó uno de la manga y Hayne se apresuró a coincidir en que sí, las lesiones podrían haber sido causadas por un palo de escoba.

La defensa protestó por la súbita inclusión de un detalle tan sensacionalista, pero el juez lo admitió, y el jurado se quedó con la horrible imagen de Levon Brooks violando a la niña con el palo de una escoba. Puesto que no se encontró semen, a lo mejor no había utilizado el pene. Por tanto, tuvo que utilizar otra cosa. ¿Por qué no un palo de escoba?

Esa horrible imagen se consolidó cuando Allgood, en su alegato final, recordó al jurado el palo de escoba totalmente ficticio.

El doctor West subió al estrado el cuarto día del juicio y pasó los primeros treinta minutos convenciendo al juez y al jurado de que era uno de los máximos expertos del país en odontología forense. Se describió a sí mismo como «analista superior de escenas del crimen» y presumió de haber aparecido en el programa de televisión de Phil Donahue. Afirmaba haber testificado como experto en trece estados y procedió a enumerarlos todos para impresionar a los allí presentes. Su abultado currículum era una prueba manifiesta de la amplitud y profundidad de sus conocimientos. En él citaba docenas de artículos que había escrito y publicado sobre el análisis de mordeduras. Sin embargo, pocos o ninguno habían sido revisados por expertos y científicos. West decía mantener relaciones estrechas con Scotland

Yard, la Real Policía Montada de Canadá y cuerpos de seguridad de todo el mundo, incluido el «servicio de inteligencia israelí». Asimismo, repasó una lista de los lugares en los que había dado conferencias, entre ellos China. La lista terminaba, como siempre, con la «Academia del FBI en Quantico, Virginia».

La defensa preguntó de manera poco entusiasta por sus credenciales, pero el juez lo desestimó. Como el doctor West estaba cualificado como experto y había testificado en tantas jurisdicciones, era indudable que poseía grandes conocimientos. Seguro que otro juez se había tomado la molestia de investigar sus cualificaciones.

El doctor West se puso manos a la obra. Allgood empezó abordando su mayor obstáculo: el cuerpo había sido embalsamado antes de que West tuviera acceso a él. Ningún problema. Para cuando West concluyó su explicación, había convencido al jurado de que el embalsamamiento ayudó a preservar la piel y, milagrosamente, facilitó el cotejo de las marcas de mordiscos con las de Levon Brooks.

A continuación, asombró al jurado con su análisis de los dientes de Levon. Utilizando fotografías ampliadas y moldes de escayola, explicó cuidadosa y metódicamente cómo había llegado a su identificación. Utilizó términos como «fracturas», «biseles», «bordes cortantes», «curvas en forma de L», «facetas» y «una zona ondulada con un borde afilado». Explicó las diferencias en la piel humana y cómo esta varía en el cuerpo. Cada diente deja marcas distintas en diferentes tipos de piel.

Curiosamente, sus moldes de escayola de los dientes de Levon eran insuficientes. Necesitaba más detalles, así que justo antes del juicio visitó a Brooks en la cárcel del condado de Noxubee y lo

convenció de que abriera la boca. Cuando lo hizo, el doctor West le introdujo un trozo de Silly Putty, sí, la plastilina para niños. Cuando lo hubo examinado, afirmó que proporcionaba más detalles de los incisivos superiores de Brooks que los moldes de escayola.

El doctor West explicó que las mordeduras encontradas en la muñeca de Courtney eran diminutas y apenas perceptibles, y que no podían ser vistas por una persona normal. Por suerte, al menos para la acusación, West tenía una respuesta: había desarrollado una técnica de investigación pionera que resolvería el problema. Utilizando unas gafas amarillas y cierta marca de luz ultravioleta, aseguraba poder ver y detectar lesiones y hendiduras que de otro modo serían invisibles. Llamaba a su procedimiento el «Fenómeno West», y con él podía hallar pistas que los demás investigadores obviaban.

Tras describir su trabajo y análisis, y habiendo impresionado al jurado con su pericia, vocabulario, experiencia, campechanía y a veces incluso humildad, West estaba listo para el golpe de gracia. En su opinión, los mordiscos hallados en la muñeca de Courtney eran, «sin ningún género de duda», obra de Levon Brooks.

La defensa no protestó y el juez no dijo nada.

El estado no aportó ninguna otra prueba creíble. Ningún empleado del laboratorio criminalístico testificó, ya que no había pruebas biológicas que relacionaran a Brooks con el crimen. El jurado prefirió creer a los expertos, Hayne y West, que a los testigos que situaban a Brooks en el club nocturno donde trabajaba en el momento del secuestro. Tras cinco días de testimonios y alegatos de los abogados, Levon Brooks fue declarado culpable de asesinato.

Dos días después, el jurado lo condenó a cadena perpetua sin libertad condicional y fue trasladado a la tristemente célebre prisión estatal de Parchman.

Pasaron unos meses y la vida volvió a la normalidad en Brooksville. Con el asesino en la cárcel, la gente se sentía más segura y empezó a relajarse.

Pero, a principios de mayo, el asesino volvió a atacar, y de forma muy parecida. El segundo crimen era tan similar al de Courtney que algún miembro de las fuerzas del orden debería haber formulado preguntas serias.

La víctima era Christine Jackson, otra niña de tres años que residía cerca de Courtney Smith. Vivía con su madre, Gloria, y algunos de sus hermanos en una chabola destartalada junto a un camino de grava situado en una zona remota del condado. Gloria, que no era precisamente una madre muy implicada, tenía problemas con los servicios sociales, preocupados por la salud y el bienestar de sus hijos. A menudo no recibían alimentos y estaban descuidados. Los noviazgos de Gloria eran pasajeros, pero Kennedy Brewer se instaló en casa e intentó ayudar con las facturas y los niños. Tenía solo diecinueve años y buscaba trabajo estable.

La noche del sábado 2 de mayo de 1992, Gloria dejó a los niños con Kennedy y se fue de discotecas con unas amigas. Su favorita era el club Santa Barbara, ya sin su viejo supervisor Levon Brooks, que había cumplido los tres primeros meses de su cadena perpetua. Cuando volvió a casa sobre las 00.30, encontró a Kennedy y a sus

tres hijos durmiendo. Despertó a su novio y mantuvieron relaciones sexuales en otra habitación, y luego se fueron a dormir.

Justin Johnson estaba en la zona. Vivía con sus padres a unos dos kilómetros de distancia y decidió dar un largo paseo en la oscuridad, sin rumbo fijo. Años después, cuando confesó los dos asesinatos, dijo que había seguido unas voces que lo llevaron hasta una pequeña chabola situada junto a la carretera. Las voces le dijeron que abriera una ventana rota, metiera un brazo y cogiera con cuidado a una niña que dormía en el suelo. Lo hizo sin que lo oyeran Gloria y Kennedy y sin despertar a Christine ni a sus hermanos. La llevó al bosque y, cuando se despertó, la dejó en el suelo y se adentraron en la oscuridad cogidos de la mano. Se detuvieron cerca de un arroyo. Las voces volvieron con fuerza y le dijeron que «abusara sexualmente de ella, le hiciera daño y se deshiciera del cuerpo». Se desnudó y la violó, eyaculó, la asfixió y la tiró al arroyo. Justin rompió a llorar y saltó al agua con intención de salvarla, pero la corriente la había arrastrado río abajo. Frío y mojado, pasó mucho tiempo sentado en la orilla, llorando y escuchando voces en su cabeza. En algún momento regresó a casa de sus padres.

El domingo por la mañana, en cuanto Gloria se dio cuenta de que su hija había desaparecido, empezó a llamar desesperadamente a amigos, vecinos y familiares. Cuando llegó un ayudante del sheriff, había al menos veinticinco personas buscando a Christine.

Gloria y Kennedy contaron al ayudante del sheriff sus versiones de lo que había ocurrido la noche anterior. Estaban seguros de que Christine estaba durmiendo a los pies de su cama cuando les venció el sueño. Al despertar, ya no estaba allí. No había señales de que

alguien hubiera entrado por la fuerza, aunque ninguna puerta tenía cerradura.

El camino hacia una condena injusta suele empezar en la escena del crimen con una corazonada errónea. El ayudante del sheriff evaluó la situación y concluyó que, como nadie había entrado en la casa, tenía que ser obra de alguien que estaba dentro. Los únicos adultos que había allí eran Gloria y Kennedy.

Eichelberger se unió al grupo de expertos y rápidamente coincidió con la reacción visceral del ayudante. Desde ese momento, Kennedy Brewer fue el principal sospechoso. No había móvil ni pruebas, ni tampoco cadáver en aquel momento. Y no había pistas de cómo pudo levantarse de la cama, llevarse a la niña, violarla, deshacerse del cuerpo, volver a la cama y quedarse dormido sin despertar a Gloria.

Como suele ocurrir, la corazonada provocó un fenómeno de visión túnel, y los investigadores se centraron en Kennedy. Tenían a su hombre.

La búsqueda continuó sin éxito hasta que un helicóptero de la policía localizó el cuerpo el miércoles, cuatro días después del asesinato. Todavía estaba en el arroyo y, evidentemente, había subido a la superficie. El juez instructor del condado envió el cuerpo al doctor Hayne para que practicara la autopsia.

La policía veía similitudes entre los dos asesinatos, pero no creía que estuviesen relacionados. ¿Y por qué no? Su razonamiento era simple. Levon Brooks no pudo haber matado a Christine Jackson porque estaba encarcelado en Parchman.

Igual que en el caso Brooks, la policía reunió a los sospechosos habituales y los llevó al hospital para examinarlos. Seis hombres,

entre ellos Kennedy Brewer y Justin Johnson, dieron voluntariamente muestras de sangre, saliva y orina, así como vello del cuerpo, el cuero cabelludo y el pubis. No se observó nada anormal, salvo unos arañazos en los brazos de Justin Johnson, que, según dijo a la enfermera, se había provocado él mismo.

Esto carecía de importancia, ya que la policía andaba tras la pista del único sospechoso real, Kennedy Brewer, que insistió en su inocencia.

El doctor Hayne concluyó que Christine había sido estrangulada y violada. Recogió una muestra de semen. También encontró numerosas abrasiones en sus brazos y piernas, y sospechaba que eran mordiscos. Por tanto, debía consultar al doctor West. El equipo funcionó a la perfección, porque West ya estaba en la morgue ayudando con la autopsia. Como era de esperar, él también opinaba que las heridas habían sido causadas por mordiscos.

Una vez más, los violadores de Mississippi se habían dado un atracón de mordiscos.

West volvió a su clínica de Hattiesburg y se reunió con el sheriff del condado de Noxubee, que había traído consigo a una colección de sospechosos. West tomó huellas dentales de Kennedy Brewer y otros dos hombres.

La madre de Christine, Gloria Jackson, también ofreció un molde dental de escayola. Nadie sabía por qué. Como en el primer caso, no había sospechas de que la madre hubiera sacado a su hija de la casa, la hubiera violado, estrangulado, mordido y asesinado, la hubiera arrojado al arroyo y hubiera vuelto a su cama.

En la excursión a la clínica de West no participó el asesino, Justin Johnson. La policía no le pidió un molde dental, aunque, ahora que

el doctor West prácticamente dirigía la investigación, tampoco importaba. Sabía que la policía sospechaba de Kennedy Brewer y su trabajo era cerrar el caso.

Una semana después lo consiguió. En una carta al sheriff escribió: «Las marcas de mordeduras encontradas en el cuerpo de Christine Jackson son, sin ningún género de duda, obra de Kennedy Brewer».

Dado que las autoridades ya tenían muestras de sangre y saliva de Justin Johnson, lo obvio habría sido compararlas con el semen extraído del cuerpo de Christine, pero no ocurrió, al menos en aquel momento. Pasarían dieciséis años antes de que se cotejaran las muestras. Mientras tanto, faltaban pocos días para que Kennedy Brewer fuese ejecutado por inyección letal.

En 1992, la ciencia y la tecnología de las pruebas de ADN aún estaban en fase de desarrollo. Ya se utilizaban para resolver casos criminales, pero rara vez en Mississippi.

Lo que estaba disponible en aquel momento eran los análisis de marcas de mordiscos, y atesoraban una historia larga y polémica. La mayoría de los científicos y expertos forenses legítimos no los consideraban en absoluto fiables. Se los tachaba de «ciencia basura», igual que las comparaciones de pelo, huellas de zapato, salpicaduras de sangre, rotura de cristales y otras «pruebas» similares. Sin embargo, como se habían utilizado en juicios desde hacía décadas, los tribunales los permitían.

En un estudio realizado en 2001, veinticinco expertos en mordeduras recibieron cuatro conjuntos idénticos de marcas y se les pidió que los compararan con siete moldes dentales. El índice de error fue de un asombroso 63,5 por ciento. Solo un tercio «emparejó» acertadamente las marcas con los dientes, pero casi todos siguieron asesorando y testificando en casos de marcas de mordeduras como si el estudio no tuviese relevancia alguna.

La especialidad del análisis de mordeduras se basa en tres premisas. La primera es que los dientes de cada persona son únicos y dejan huellas que se pueden rastrear; la segunda es que la piel, una vez mordida, presenta marcas distinguibles; y la tercera es que los expertos cualificados pueden estudiar las marcas e identificar a su autor.

Ninguna de esas suposiciones está respaldada por pruebas científicas. En 2009, la Academia Nacional de Ciencias (NAS, por sus siglas en inglés) declaró que el análisis de marcas de mordeduras como especialidad forense no estaba fundamentado en la ciencia. En 2022, el Instituto Nacional de Normalización y Tecnología (NIST, por sus siglas en inglés) descubrió que la piel no puede registrar y conservar los detalles de una mordedura y, además, que los analistas hacen un pésimo trabajo a la hora de relacionar las marcas de los dientes con quienquiera que haya realizado la mordedura. En muchos casos, los resultados eran tan contradictorios que los analistas ni siquiera se ponían de acuerdo en qué era una mordedura y qué no.

Los informes del NIST y la NAS coinciden con otros estudios. En 2016, la Comisión de Ciencias Forenses de Texas declaró que el análisis de mordeduras tenía tan poco fundamento que no debería

seguir utilizándose en juicios penales. El Consejo Presidencial de Asesores sobre Ciencia y Tecnología también recomendó una moratoria.

Pero al diablo con la ciencia. El análisis de las mordeduras sigue estando permitido en la mayoría de las jurisdicciones. Los fiscales lo solicitan, los expertos lo presentan, los jueces lo aceptan, los jurados se lo creen y los tribunales de apelación lo aprueban.

Por supuesto, esos estudios posteriores no beneficiaron a Kennedy Brewer en el juicio. Tras ser calificado de experto e identificado como uno de los odontólogos forenses más importantes del país, el doctor West testificó durante horas. Al igual que en el juicio de Brooks, utilizó fotos ampliadas de las mordeduras y moldes de los dientes de Kennedy, y explicó con insoportable detalle la precisión de su análisis. Además, expuso su método de «comparación directa», que consistió en obtener un molde de los dientes del sospechoso y hundirlo en la carne de la niña.

La autopsia fue grabada en vídeo, aunque el juez se negó a mostrársela al jurado por considerar que podía inducir excesivamente al prejuicio. De fondo se oía música a todo volumen y conversaciones entre Hayne y West y sus ayudantes, y se apreciaba un comportamiento «insensible» por parte de los médicos. Años después, otro experto en mordeduras estudió el vídeo y lo describió: «El doctor West colocó varias veces los moldes dentales de Kennedy Brewer directamente sobre el cuerpo de Christine Jackson, con fuerza suficiente para crear marcas visibles».

El método de «comparación directa» de West, un procedimiento del cual fue el único pionero, en realidad creó las marcas de mordiscos que utilizó para acusar a Kennedy Brewer.

El 24 de marzo de 1995, tras deliberar durante solo una hora y media, el jurado emitió un veredicto de culpabilidad. El juez fijó la fecha de ejecución para dos meses después y puso fin a aquella farsa judicial diciéndole a Kennedy con intensidad melodramática: «Que Dios se apiade de su alma».

En 1995, el equipo de Hayne y West estaba despertando mucho interés, y no todo era positivo. Los abogados defensores empezaron a manifestar quejas y los periodistas investigaban sus casos, en los cuales encontraron abundante material sensacionalista.

En un caso de 1991, el doctor West testificó que, utilizando su increíble técnica de luz ultravioleta, logró hacer coincidir una abrasión en el cuerpo de la víctima con los cordones de los zapatos del acusado. También hizo coincidir un patrón invisible en la palma de la mano del acusado con la correa del bolso de la víctima. En un caso de violación, comparó las heridas de la vagina de la víctima con los dientes del acusado. Luego, utilizando el Fenómeno West, encontró marcas en la mano del acusado que coincidían con un destornillador que supuestamente había utilizado para amenazar a la víctima. En otro caso, encontró hematomas abdominales que coincidían con unas botas de montaña. En un caso excepcional, *El estado contra Keko*, hacía catorce meses que la víctima había fallecido y había sido embalsamada y enterrada cuando se exhumó el cadáver. El equipo formado por Hayne y West encontró

rápidamente una marca de mordedura que, por alguna razón, se les había pasado por alto durante la autopsia. Utilizando sus gafas amarillas y una luz ultravioleta especial, el doctor West declaró que el mordisco se había producido cerca del momento de la muerte y que, «sin ningún género de duda», había sido causado por los dientes de Tony Keko (el acusado). Los abogados de la defensa solicitaron con éxito un nuevo juicio e impugnaron las credenciales de West, que en aquel momento estaba suspendido por la Junta Estadounidense de Patología. Cuando el juez se negó a permitirle testificar, el estado (Luisiana) retiró los cargos y Tony Keko fue puesto en libertad. El asesinato de su esposa nunca llegó a resolverse.

Y luego está el caso tristemente célebre del sándwich de mortadela. En 1993, una anciana llamada Amy Ware estaba comiendo un sándwich de mortadela cuando alguien entró en su casa a robar y la asesinó. La policía encontró un sándwich de mortadela a medio comer y lo congeló, y el cuerpo fue enviado al doctor Hayne para que practicara la autopsia. Este consultó al doctor West, quien, por alguna razón, no examinó el sándwich durante meses. Cuando finalmente lo hizo, afirmó que las marcas de los dientes coincidían con las de Calvin Banks, el principal sospechoso, pero no con las de Amy Ware, la víctima. Sin embargo, Hayne y West mezclaron sus historias y West no se dio cuenta de que, durante la autopsia, Hayne había encontrado restos de un sándwich de mortadela en el estómago de la víctima. Si se había comido la mitad del sándwich —la prueba estaba en su estómago—, ¿cómo podían no ser suyas las marcas de dientes de la parte que no había ingerido? ¿Era posible que Calvin Banks hubiese dado uno o dos

mordiscos antes o después de matarla y que luego dejara allí el resto? West hizo fotos del sándwich congelado y, por algún motivo, lo tiró.

Forrest Allgood procesó a Calvin Banks por el asesinato. West testificó y convenció al jurado de que las marcas dentales del sándwich pertenecían a Calvin Banks. El jurado se lo creyó y lo condenó. El Tribunal Supremo de Mississippi confirmó la legitimidad del análisis de las marcas de mordiscos, pero anuló la condena porque West tiró el sándwich antes de que la defensa pudiera examinarlo.

En 1992, los bomberos encontraron a otra anciana, Georgia Kemp, muerta en su casa. Los investigadores determinaron que la vivienda había sido incendiada intencionadamente para encubrir su asesinato. La autopsia de Hayne reveló heridas de arma blanca como causa de la muerte. También indicaba que había sido violada, aunque no se encontraron pruebas biológicas. Su informe no mencionaba mordeduras. El cuerpo de la señora Kemp fue embalsamado y enterrado, y las sospechas recayeron rápidamente en Eddie Lee Howard, un desempleado que vivía en la zona. Tenía antecedentes penales por delitos sexuales, lo cual aumentaba las probabilidades de que hubiera cometido el crimen. Fue detenido como sospechoso de asesinato, pero se necesitaban más pruebas, así que el cuerpo fue exhumado y enviado de nuevo al doctor Hayne para un examen más exhaustivo. Como era de esperar, observó varias marcas de mordiscos que no había visto la primera vez. Llamó a West, quien sacó un molde de la dentadura de Howard y… *voilà!* Las marcas sin duda eran obra de Howard.

Forrest Allgood procesó a Eddie Lee Howard por el asesinato. En el juicio, Howard insistió en representarse a sí mismo, con resultados previsibles. Fue condenado a muerte. El Tribunal Supremo de Mississippi ratificó de nuevo el uso del análisis de mordeduras, pero revocó la condena porque Howard no tenía abogado. En el segundo juicio sí lo tuvo, pero fue declarado culpable de todos modos.

Eddie Lee Howard pasó veintiséis años en el corredor de la muerte antes de ser exonerado mediante pruebas de ADN en 2020. El asesinato nunca se resolvió.

A pesar de haber revocado las condenas de Calvin Banks y Eddie Lee Howard, el Tribunal Supremo de Mississippi nunca ha mostrado mucha simpatía por los acusados que afirman ser víctimas de un análisis forense cuestionable. Corroboró la condena de Levon Brooks en una decisión por ocho votos a uno y respaldó con entusiasmo el análisis de marcas de mordiscos. Sostenía que esas pruebas son «universalmente admisibles en los tribunales de Mississippi» y que son tan fiables como las huellas dactilares y el ADN. El único juez que discrepaba las calificó de poco fiables, subjetivas y no basadas en la ciencia. También fustigó al doctor West con un largo y minucioso resumen de una creciente lista de protestas.

A Kennedy Brewer no le fue mejor con el tribunal. En una decisión unánime, confirmó su condena y rechazó los ataques contra West aduciendo: «El expediente demuestra que el doctor West poseía los conocimientos, la habilidad, la experiencia, la formación y la educación necesarios para ser un experto en odontología forense».

Por desgracia, Mississippi, como la mayoría de los estados, elige a sus jueces; a todos ellos, desde los humildes jueces de los tribunales de justicia —juristas sin formación a los que ni siquiera se exige el título de bachillerato— hasta los nueve miembros del Tribunal Supremo. Las políticas agresivas y el dinero contaminan las elecciones, y detrás del escudo siempre protector de la ley y el orden se ocultan intereses especiales. Durante la carrera de West como perito, los magistrados del Tribunal Supremo rara vez cuestionaron sus cualificaciones y métodos. El único disidente en la apelación de Levon Brooks se enfrentó a un oponente bien financiado en cuyos hábiles anuncios televisivos lo había etiquetado como «el único juez que votó a favor de revocar la condena del asesino de una niña de tres años».

El disidente perdió por treinta puntos.

Una y otra vez, el Tribunal Supremo respaldó el trabajo de Hayne y West y aprobó una condena dudosa tras otra. Parecía ajeno a la creciente oleada de quejas de abogados defensores, periodistas, otros expertos e incluso agentes del orden.

Sin embargo, un caso escandaloso fue demasiado para el Tribunal Supremo de Mississippi.

En *El estado contra Tyler Edmonds*, el acusado era un niño de trece años que fue juzgado como adulto por asesinato. Una vez más, Forrest Allgood era el fiscal y, como era de esperar, solicitó la pena de muerte. Su testigo estrella fue el doctor Hayne, quien declaró ante el jurado que, basándose en el ángulo de entrada de la bala en el estómago de la víctima, opinaba que no una, sino dos personas habían apretado el gatillo del rifle. Ese testimonio encajaba perfectamente con la enrevesada teoría del crimen que había

elaborado Allgood. Como de costumbre, Hayne fue tan hábil en el estrado que los miembros del jurado, todos ellos poco sofisticados, se creyeron su testimonio y condenaron a Tyler Edmonds.

En un acto infrecuente de valentía judicial, el Tribunal Supremo revocó la sentencia alegando que Hayne se había extralimitado en sus competencias. En el segundo juicio, y sin la absurda teoría de Hayne sobre dos dedos apretando el gatillo, el jurado absolvió a Tyler, que salió en libertad tras pasar cinco años en la cárcel.

Un abogado californiano llamado Christopher Plourd se enfureció cuando su cliente, que era inocente, fue condenado dos veces por el asesinato de una camarera, que no había cometido. El cliente pasó diez años en la cárcel y estuvo a punto de ser ejecutado. Los argumentos contra él se basaban únicamente en el testimonio de un dentista local sobre una mordedura. Después de que su cliente fuera exonerado, el señor Plourd decidió denunciar aquella charlatanería. Él y un amigo llamado James Rix, que no estaba implicado en el caso, idearon una emboscada. Utilizaron las viejas fotos de las supuestas mordeduras en el pecho de la víctima y pagaron a un dentista para que hiciera un molde de escayola de los dientes de Rix. El señor Plourd buscó por todo el país a los que supuestamente eran los mejores odontólogos forenses y, por casualidad, eligió al doctor Michael West. Durante una llamada, le contó una historia ficticia y lo contrató como asesor. Después envió a West las fotos, el molde de los dientes de Rix y un cheque por valor de 750 dólares. Al cabo de dos meses, West respondió con una carta y un vídeo de veinte

minutos en el que explicaba al espectador su minucioso análisis. Sin duda, los dientes (de Rix) eran los causantes de los mordiscos.

Aunque se trata de una invención absoluta como parte de un ardid, el vídeo es asombroso. West es un testigo concienzudo y refinado, y habla como un experto que ha participado en muchos juicios y sabe relacionarse con los profanos. Explica su análisis en términos dentales y médicos y resulta creíble. Es fácil entender que convenciera a los jurados de que sabía de lo que estaba hablando.

El señor Plourd publicitó el engaño e intentó poner en el foco en West y su falsa ciencia. Durante una década, los abogados defensores de Mississippi intentaron utilizarlo para convencer a los jueces de que impidieran testificar a West, aunque sin éxito.

En 2001, los abogados de Brewer convencieron al Tribunal Supremo de Mississippi para que permitiera otra prueba de ADN, cuyos resultados dejaron perplejo al estado. Kennedy Brewer fue descartado, ya que el semen pertenecía a otro hombre.

Sus abogados volvieron al tribunal e insistieron en que se retiraran los cargos y se pusiera en libertad a su cliente de inmediato. Para entonces, las pruebas de ADN estaban liberando sistemáticamente a hombres que habían sido condenados de manera injusta, y, en casi todos los casos, las pruebas demostraron su inocencia.

Pero en Mississippi no. El tribunal se negó a creer que Brewer fuera inocente y adujo, entre otros disparates, que «los análisis de ADN no demuestran de forma concluyente que Brewer no asesinara a la víctima» y que había suficientes pruebas que apuntaban a su

implicación. La única prueba física era el testimonio de la marca de mordisco del doctor West.

En lugar de reabrir el caso y tratar de encontrar al asesino —la policía tenía muestras de pelo, sangre y saliva de varios sospechosos, incluido Justin Johnson—, Forrest Allgood anunció que volvería a juzgar a Kennedy por la violación y el asesinato. Quince años después del crimen, y tras ser exculpado por las pruebas de ADN, Kennedy se enfrentaría a otro juicio. Fue trasladado del corredor de la muerte de Parchman a la cárcel del condado de Noxubee, donde languideció durante casi seis años mientras Forrest Allgood retrasaba el juicio.

En 2007, a los abogados del Innocence Project de Nueva York les permitieron realizar más pruebas. Se enviaron varias cajas a un laboratorio de California para su examen. Los analistas utilizaron hisopos bucales del caso Brooks, uno de los cuales correspondía a Justin Johnson, y los compararon con el semen extraído del cuerpo de Christine. Quince años después de la violación y el asesinato, el crimen se había resuelto por fin.

Se identificó a Justin Johnson como el autor de los hechos y, tras su detención, no tardó en confesar el asesinato de Christine Jackson. Después llevó a los investigadores a la vieja casa donde vivían Kennedy y Gloria con los hijos de ella. Les enseñó la ventana rota y dijo que vio a un hombre y una mujer durmiendo en la cama y a dos niñas en el suelo. Luego describió cómo había sacado a Christine por la ventana sin despertarla.

La policía le preguntó si había participado en un asesinato anterior y reconoció haber matado a Courtney Smith. Recordaba haber ido en coche hasta un estanque en el bosque. Una vez allí, se dirigió a

una casa cercana, entró por la puerta, que no estaba cerrada con llave, pasó junto a un hombre que dormía en el sofá, encontró a dos niñas en el dormitorio y se llevó a la más pequeña al bosque, donde la mató y arrojó su cuerpo al estanque.

Diez días después, Kennedy Brewer entraba en una sala abarrotada y se enfrentaba al mismo juez que, trece años antes, lo había enviado al corredor de la muerte con un siniestro «Que Dios se apiade de su alma». Sin embargo, en esta ocasión, el juez se limitó a decir: «Es usted libre. Puede irse».

No hubo explicaciones ni disculpas.

Un mes después, Levon Brooks fue exonerado en el mismo tribunal.

En total, los hombres pasaron más de treinta años entre rejas. El estado les pagó 50.000 dólares por cada año que habían estado en prisión, pero estipuló un máximo de 500.000 dólares.

Transcurrieron cuatro años más antes de que las desprestigiadas autoridades del condado de Noxubee reunieran el valor necesario para llevar a Justin Johnson ante la justicia. Se declaró culpable de dos cargos de asesinato y fue condenado a cadena perpetua sin libertad condicional. Explicó cómo secuestró y mató a las dos niñas. Violó a Christine, pero no a Courtney.

No mordió a ninguna de las dos.

La última salida nocturna

JIM McCLOSKEY

A Mark Jones, un texano de Corpus Christi, le faltaban dos meses para cumplir los veintiún años. Estaba a punto de casarse con el amor de su vida, Dawn Burgett, la guapa hija veinteañera de un militar de carrera. La boda se celebraría el sábado 1 de febrero de 1992. Jones había trabajado como operador de radio en la operación Tormenta del Desierto y ahora estaba destinado en Fort Stewart, situado en Hinesville, Georgia. Planeaban casarse en la capilla de la base.

No iba a ser una ceremonia pequeña. Dawn y su madre habían invitado a ciento cincuenta personas. La madre de Mark había llegado desde los Cayos de Florida y su padre, que iba en silla de ruedas, desde Texas. Familiares y amigos habían viajado desde Tennessee, el estado natal de los Burgett. Los padres de Dawn querían a Mark; era el hijo que nunca tuvieron.

El 31 de enero, tras el ensayo de la boda en la capilla de la base, dieciséis familiares y amigos fueron al restaurante Golden Corral de Hinesville para la prueba de la cena. A pesar de una confusión con las reservas que no les permitió sentarse hasta las 20.15, reinaba un ambiente festivo y todos estaban deseando que llegara el gran acontecimiento del día siguiente.

Entre los invitados a la cena se encontraban dos de los mejores amigos de Mark en la base, Kenneth Gardiner y Dominic Lucci. Kenny, un texano de veintiún años, había llegado a Fort Stewart hacía cinco meses procedente de una misión en Alemania. Antes de eso, él también había servido en la operación Tormenta del Desierto, donde trabajó como mecánico de vehículos y tanques. Dominic, de veintidós años, al que todos llamaban Dino, había nacido y se había criado en Cleveland, Ohio. Después de una misión de un año en Corea, fue trasladado a Fort Stewart, donde trabajaba como especialista en alimentación. Sería su último destino antes de licenciarse.

Después de la cena, algunos de los jóvenes salieron al aparcamiento de Golden Corral para decidir adónde iban a continuación. Kenny y Dino querían llevar a Mark a una discoteca para su última salida nocturna como soltero. A Mark, que era abstemio, no le apetecía y quiso dar por terminada la noche. Pero Dawn insistió en que fuera con sus amigos e incluso le sugirió una discoteca de la zona en la que se celebraba un concurso de biquinis.

A las 21.30, se fueron cada uno por su lado. Dawn volvió a casa de sus padres, mientras que los tres soldados se dirigieron a la discoteca donde tendría lugar el concurso.

Una vez allí, a Mark le pidieron un carnet y, como aún no tenía veintiún años, le negaron la entrada. A Dino se le ocurrió un plan alternativo: un club de striptease de Savannah llamado Tops Lounge, en el que había estado una vez. Como Mark y Kenny no conocían Savannah, Kenny dejó que Dino condujera su nuevo Chevrolet Cavalier de dos puertas negro de 1992, un regalo que le había hecho su padre recientemente. Ya de camino, siguieron la única ruta que

Dino conocía; recorrieron ochenta kilómetros por la 95, tomaron la salida Carretera 204/Abercorn Street y luego pusieron rumbo al este por Victory Drive hasta el Tops Lounge.

Mientras iban en el coche, Stanley Jackson, un hombre negro de treinta y cinco años, caminaba por una zona peligrosa de Savannah conocida como «Hazard County», epicentro del tráfico de drogas donde compradores y vendedores iban y venían. A las 22.05, fue abatido por una ráfaga de balas cuando se encontraba en la esquina de la Treinta y tres con East Broad.

James White, también negro, tenía treinta y ocho años, estaba casado y era padre de ocho hijos. Trabajaba como conductor de autobús y era ministro adjunto en una pequeña iglesia bautista negra de Savannah. En el momento del tiroteo, estaba a punto de entrar en casa. Al oír los disparos, volvió la cabeza y vio chispas impactando en la calle. Luego vio un coche que salía de la nada y frenaba en seco en mitad del cruce.

Al ser interrogado en el lugar del crimen, dijo a la policía que dos hombres se asomaron por las ventanillas de un coche y dispararon a la víctima con algún tipo de rifle. Según su versión, el coche de los asesinos solo estuvo en la intersección unos segundos durante el tiroteo y luego salió a toda velocidad en dirección norte por East Broad. Un agente de policía que se encontraba a un kilómetro y medio de distancia oyó los disparos y llegó a la escena del crimen cerca de las 22.10. Se recuperaron cinco casquillos. Más tarde, las pruebas realizadas determinaron que todos los casquillos eran del mismo rifle de asalto AK-47. Una casa cercana fue acribillada a balazos, aunque afortunadamente nadie resultó herido.

Si bien la autopsia no indicaba que hubiera balas ni fragmentos en el cuerpo de Jackson, había recibido seis impactos que lo atravesaron. Lo que le causó la muerte fueron unas astillas de la columna vertebral que le perforaron ambos pulmones y le provocaron una grave hemorragia. Los análisis toxicológicos revelaron un «nivel considerable» de cocaína en la sangre de Jackson, que llevaba una pipa de crack casera. En el momento de la muerte estaba en libertad condicional por comprar lo que creía que era cocaína en piedra a un policía secreto en un punto de venta de drogas de Savannah.

Ajenos al tiroteo que se había producido a seis kilómetros de distancia apenas diez minutos antes, los tres jóvenes blancos llegaron al Tops Lounge sobre las 22.15. Una vez allí, el portero le pidió a Mark el carnet de nuevo. Al oír que los soldados no conseguían entrar, un taxista y un cliente que llegaba les aconsejaron el Club Asia, otro local de striptease. Los soldados pidieron indicaciones y se dirigieron al club, conduciendo hacia el norte por East Broad hasta que se toparon con el control policial en la escena del crimen de Stanley Jackson. Allí, un agente les dio nuevas indicaciones y los alejó del lugar. Todavía desorientados, preguntaron cuál era la mejor ruta a un policía fuera de servicio que trabajaba como guardia de seguridad en un supermercado Kroger. Finalmente, se acercaron a una agente uniformada llamada Deborah Evans cuando esperaba para cruzar la calle, y les dijo cómo llegar al Club Asia, situado a escasas manzanas de allí. Ya en la discoteca, Kenny y Mark pidieron Coca-Cola y Dino una cerveza y un chupito de *soju*, un licor coreano.

Poco imaginaban que su mundo estaba a punto de derrumbarse.

La agente Evans estaba esperando para cruzar la calle junto a James White, el testigo ocular del asesinato de Stanley Jackson. Acompañaba a White a la comisaría de Savannah, comúnmente llamada «el Cuartel», para que los investigadores pudieran tomarle declaración. Pasaban unos minutos de las 22.30 y hacía media hora que Jackson había sido acribillado.

Cuando los soldados se alejaron, White le dijo a Evans que su coche «se parecía» al de los asesinos. En ese momento se desató el infierno. Evans pidió refuerzos inmediatamente, dejó a White en la comisaría y se dirigió a toda prisa al Club Asia. En cuestión de minutos, un enjambre de policías sacó a los tres hombres del club y los hizo situarse enfrente para que White, a quien habían traído desde el Cuartel, pudiera verlos más claramente e identificarlos como los tiradores. No fue capaz.

En el aparcamiento, la policía registró el coche con el consentimiento de Kenny y no encontró nada con valor probatorio: ni armas, ni munición, ni casquillos usados, ni abolladuras de balas disparadas ni nada que relacionara el coche o a los soldados con el asesinato de Jackson o con cualquier otro delito.

Luego, la policía aspiró el coche y lo inspeccionó minuciosamente en busca de residuos de pólvora, con resultados negativos.

No obstante, a las 22.50, los soldados fueron trasladados al Cuartel, situado a corta distancia, para un interrogatorio. Un grupo de agentes y sus jefes se presentaron en la comisaría para echar una mano en la investigación, que duró toda la noche. D. Everette Ragan, el teniente a cargo de la unidad de delitos violentos, y David Lock, el ayudante del fiscal, tomaron las riendas de la investigación.

La policía interrogó a los jóvenes por separado durante dos horas e intentó arrancarles una confesión mediante presiones y mentiras. A cada uno de ellos le dijeron que los otros dos habían confesado, por lo que todo sería más fácil si él también lo hacía.

Los tres insistieron en su inocencia y ofrecieron versiones coherentes de su paradero durante el día y la noche anteriores al interrogatorio. La policía acudió al Tops Lounge a las tres de la madrugada y entrevistó al portero que había pedido el carnet a Mark, el cual confirmó la coartada de los soldados y dijo que los tres chicos habían intentado convencerlo de que los dejara entrar y que solo querían ayudar a Mark a celebrar su boda al día siguiente. Los describió como «tres chicos que solo querían pasar un buen rato en un bar topless».

Dino no se dejó intimidar y amenazó con marcharse de la comisaría. En ese momento lo esposaron a una silla y lo encerraron en un armario. Cuando abrió la puerta de una patada, lo pusieron bajo arresto. Mark estaba agotado y rompió a llorar cuando le dijeron que estaba detenido por asesinato.

Mientras tanto, James White se encontraba en otra parte del edificio prestando testimonio detallado al agente de homicidios novato Harvey Middleton. En su declaración mencionó dos veces que el coche de Gardiner «se parecía» al de los tiradores, pero al final dijo que era «el mismo» que el de los asesinos. En un primer momento, también declaró que creía que los tiradores eran blancos o criollos, pero más tarde aseguró que eran blancos.

Middleton ya tenía lo que quería: una identificación del coche. Pero la descripción que inicialmente ofreció White del coche que vio en la escena del crimen distaba mucho del de Gardiner. Primero,

White le dijo a Middleton que el coche de los asesinos era un modelo antiguo, «de 1985 o 1990», con cristales tintados, y que era «más grande por detrás que por delante». El nuevo vehículo de Gardiner, de 1992, era justo lo contrario: grande por delante y pequeño por detrás, y no tenía los cristales tintados.

Los tres jóvenes no eran sospechosos al uso. Ninguno había tenido encontronazos previos con la policía civil o militar: ni detenciones, ni condenas, ni problemas de ningún tipo con las fuerzas del orden. Ninguno de los tres consumía drogas ni abusaba del alcohol. No existía conexión alguna entre los soldados y Jackson. Los jóvenes no tenían ni motivo, ni medios, ni oportunidad para cometer un crimen tan atroz.

No obstante, pasadas las dos de la madrugada y con solo una identificación del coche, Lock, el ayudante del fiscal, y el teniente Ragan decidieron retener a los hombres por asesinato y ordenaron su traslado a la cárcel del condado de Chatham.

En 1991, más del 40 por ciento de los aproximadamente 140.000 habitantes de Savannah eran negros. Sin embargo, los hombres blancos ostentaban todo el poder político, como siempre habían hecho. Existía una creciente tensión racial entre los dirigentes de la ciudad, que desde hacía mucho tiempo eran siempre blancos, y los líderes civiles y eclesiásticos negros, políticamente activos. En el gobierno municipal de Savannah había muy poco margen para la diversidad racial o el entendimiento mutuo.

En los últimos años, una epidemia de crack que asolaba todo el país había alimentado una explosión de crímenes violentos, y las

bandas de narcotraficantes cometían asesinatos brutales en la mayoría de las grandes ciudades. En Savannah, la banda negra de Ricky Jivens era especialmente agresiva. La tasa de homicidios se había triplicado en dos años, de veintiún muertos en 1989 a cincuenta y nueve en 1991. En el momento del asesinato que se produjo en la calle Treinta y tres con East Broad, a finales de enero de 1992, ya se habían cometido cinco homicidios en Savannah, lo que predecía una tasa anualizada de setenta y dos. El de Stanley Jackson fue el sexto.

Los líderes de la comunidad negra se sentían cada vez más frustrados con las fuerzas del orden, que, en su opinión, no invertían el mismo esfuerzo en resolver los casos de víctimas negras que los de víctimas blancas. El problema llegó a su punto álgido a mediados de septiembre de 1991, cuando un joven de dieciséis años, fugitivo y posible miembro de la banda de los Jivens, mató a tiros a un hombre y a su perro en el exclusivo barrio blanco de Ardsley Park. Los adinerados vecinos estaban indignados y asustados. En respuesta a ello, el alcalde John Rousakis y el jefe de policía David Gellatly convocaron ruedas de prensa y se reunieron con los residentes de Ardsley Park, a quienes aseguraron que el asesino sería llevado ante la justicia. Se asignó una veintena de agentes al caso.

La disparidad entre la reacción de las autoridades al asesinato de una persona blanca y las treinta y siete víctimas negras de aquel año enfureció a los dirigentes negros de la ciudad, que organizaron ruedas de prensa y preguntaron por qué los líderes de Savannah no habían visitado a sus comunidades ni habían mostrado la misma preocupación por ellas.

En las elecciones de noviembre, los votantes negros tuvieron la oportunidad de expresar su ira. El alcalde demócrata Rousakis sufrió una sorprendente derrota en su intento por lograr su sexto mandato consecutivo frente a la neoyorquina Susan Weiner, la primera mujer y la segunda republicana que ocupaba la alcaldía de Savannah en sus doscientos años de historia. El *Savannah Morning News*, el principal periódico de la ciudad, atribuyó la sorprendente victoria de Weiner a que los votantes negros se habían pasado al bando republicano. Weiner había hecho del crimen su tema principal; los carteles de su campaña, pegados por toda la ciudad, no mostraban ningún mensaje, tan solo agujeros de bala.

El asesinato de Stanley Jackson se produjo en una Savannah profundamente dividida por cuestiones raciales: Jackson era un hombre negro al que habían disparado como mínimo dos hombres blancos, según un testigo negro que se hacía llamar «Reverendo», y ahora tres soldados blancos jóvenes habían caído por pura casualidad en las garras de la justicia. Las autoridades creían que, si encontraban pruebas suficientes para condenar a los tres, podrían demostrar al electorado negro que las víctimas de su raza eran tan importantes para las fuerzas del orden como las blancas. Mark, Kenny y Dominic se convirtieron en los chivos expiatorios perfectos. Los tres soldados no recibirían justicia, sino que serían sacrificados en el altar de la política.

La policía de Savannah averiguó rápidamente cómo utilizar la televisión en beneficio propio. Avisó a los medios de comunicación y, poco después de las dos de la tarde, las cámaras de televisión

estaban esperando para grabar a los soldados mientras salían esposados del cuartel rumbo a la cárcel del condado. Incluso antes de que se llevaran el cuerpo de Jackson, las cámaras ya estaban en la escena del crimen. Al facilitar el acceso a los medios de comunicación, el ayudante del fiscal del distrito convirtió el cuarto poder, antes enemigo, en su nuevo mejor amigo. (Durante el juicio se permitió la entrada de cámaras en la sala, un hecho poco frecuente en Savannah por aquel entonces. El juicio fue la noticia principal en todos los canales de televisión cada noche del proceso).

En estado de shock e incapaz de comprender lo que acababa de ocurrirles a él y a sus amigos, Mark hizo una llamada a cobro revertido a Dawn, que se encontraba en casa de sus padres, en algún momento entre las dos y las tres de la madrugada. Le pidió que no se enfadara con él y luego la dejó atónita con la noticia de que se encontraban en la cárcel de Savannah. «Creen que hemos asesinado a alguien», dijo. Presa del pánico, Dawn fue corriendo al hotel de la madre de Mark, aporreó la puerta y le contó dónde estaban Mark y sus amigos y por qué.

Durante los siguientes cincuenta minutos condujeron hacia el centro de Savannah, donde llegaron antes del amanecer. Milagrosamente, les permitieron ver a los tres presos a través de una ventanilla. Lo único que recuerda Dawn de la visita es que un funcionario de la cárcel le entregó la chaqueta azul de Mark.

Esa misma mañana, Dawn colgó una nota en la puerta de la capilla que decía: «BODA DE DAWN BURGETT Y MARK JONES CANCELADA POR URGENCIA FAMILIAR».

El 6 de febrero, una semana después de su detención, se celebró una vista para fijar la fianza de los tres hombres. El abuelo de Dino

contrató al abogado penalista Bill Cox para la defensa de su nieto. También proporcionó los fondos para que Cox contratara a John Watts en nombre de Kenny, y al hijo de Watts, también llamado John, para que representara a Mark. La fianza se estipuló en 30.000 dólares por cada acusado. A mediados de abril, cuando sus familias dispusieron de los fondos, Kenny y Dino salieron de prisión y permanecieron libres durante el juicio. Mark, en cambio, siguió en la cárcel a la espera de juicio, ya que su familia no pudo reunir la fianza.

La vista preliminar, en la que el estado debía presentar pruebas suficientes para que los acusados fueran a juicio, estaba prevista para el 26 de febrero. A medida que se acercaba la fecha, aumentaba la presión política. El 19 de febrero, más de doscientas personas de la comunidad negra, incluidos amigos y familiares de Stanley Jackson, celebraron una vigilia con velas en la intersección de la Treinta y tres con East Broad. Los oradores criticaron a los mandatarios municipales por no asistir y lamentaron una vez más que «cuando murió un hombre en Ardsley Park, apareció todo el mundo».

Al día siguiente, un contingente de treinta miembros que habían participado en la vigilia de Jackson asistió a una reunión del ayuntamiento. Aunque el grupo no figuraba en el orden del día, la alcaldesa Weiner, en su segundo mes en el cargo, permitió hablar a su portavoz, el reverendo Leonard Small, que reprendió a los dirigentes de Savannah por tratar los casos de víctimas negras de manera diferente a los de víctimas blancas, citando el asesinato de Ardsley Park, y pidió que se pusiera fin al «racismo institucional» en

la ciudad. También rezó por la «unidad racial» y la «igualdad de trato en Savannah».

Una semana después, en la vista preliminar, White declaró por primera vez que podía identificar con seguridad a los tiradores de Jackson y señaló a Gardiner y Jones. Según su testimonio, cuando les vio la cara en la vista en la que se fijó la fianza, recordó súbitamente que eran los hombres que habían disparado a Jackson y añadió que «sin duda» eran ellos. Ni que decir tiene, esto reforzó enormemente los argumentos de la acusación contra los acusados. Lock, el ayudante del fiscal, ahora tenía un testigo ocular que podía identificar a dos de los soldados como los tiradores y el coche de Gardiner como el vehículo utilizado por los asesinos.

El estado intentó que Dino se volviera contra sus amigos, sosteniendo que, puesto que él era el conductor y no el tirador, podían condenarlo a veinte años por homicidio voluntario a cambio de que declarara que Jones y Gardiner eran los autores materiales de los disparos, cosa que rechazó de plano.

En vísperas del juicio, el estado volvió a intentarlo, mejorando significativamente su oferta a dieciocho meses por homicidio involuntario si incriminaba al resto de los acusados. Sin la menor vacilación, Dino se negó, y años más tarde dijo: «Jamás traicionaría a mis amigos y a mí mismo por algo que ninguno de nosotros hizo».

El juicio empezó el 9 de noviembre de 1992, con un jurado compuesto por nueve miembros blancos y tres negros, además de dos suplentes también negros.

La argumentación del estado se basó en gran medida en el testimonio de James White, que aderezó su declaración como testigo ocular diciendo al jurado que los vio bien y los tenía delante. Cuando

Lock le preguntó si estaba seguro de que los individuos que había identificado en el juicio eran los que vio en el tiroteo de la intersección aquella noche, respondió: «Estoy seguro».

Sin embargo, su testimonio pareció socavar esa certeza, ya que hacía hincapié en la brevedad de su observación y en el temor que sentía por su vida. La noche del tiroteo, declaró, volvía de misa. Mientras buscaba las llaves delante de casa, oyó fuertes disparos procedentes del cruce de la calle Treinta y tres con East Broad. Cuando se volvió hacia la intersección, vio chispas impactando en la calle como si fueran «fuego». En ese momento apareció un coche que se detuvo en medio del cruce. Vio «fuego saliendo de las armas», que, según él, empuñaban dos hombres asomados a la ventanilla del lado del acompañante, y estaban disparando a la víctima. No sabía si eran una o dos armas abriendo fuego. Al instante, el coche se alejó con un chirrido de neumáticos.

Claramente traumatizado, tuvo la sensación de estar en «una zona de guerra». Observó el tiroteo «tres o cuatro segundos» como máximo. Mientras se producía, retrocedió hacia la puerta y la golpeó tres o cuatro veces para que su mujer, Suzette, lo dejara entrar. Cuando por fin abrió, White estaba tan «alterado» que le pidió que llamara a la policía porque él no podía hablar.

Meses antes del juicio, el 6 de marzo de 1992, Sylvia Wallace, una sargento recientemente jubilada, se había presentado ante el agente Middleton para prestar una declaración que repitió en el juicio. Su historia inconexa afirmaba que, la mañana del viernes 31 de enero de 1992, ella y Mark Jones estaban charlando delante de los barracones al término de una importante inspección del batallón que requería uniformes de combate. Cuando le preguntó a Jones qué

pensaba hacer ese fin de semana, él respondió que «iría a Savannah, que se casaba el sábado y tenía que pegarle un tiro a una persona». Ella le preguntó a quién y Jones dijo: «Voy a por un negro que vive allí».

En el contrainterrogatorio, Wallace reconoció que tenía «problemas» no especificados en el momento en que, según ella, Jones hizo sus comentarios racistas, y que esos problemas, sumados al estrés, la habían llevado a destruir todas sus pertenencias relacionadas con el ejército, excepto el uniforme, y a jubilarse tras veintiún años de servicio. Mark se quedó estupefacto cuando Wallace subió al estrado y se inventó aquella conversación. Apenas la conocía. Estaban en el mismo batallón, pero en compañías distintas. Ella le doblaba la edad y mantenían lo que él consideraba una relación cordial pero muy superficial.

Tanto el comandante de la compañía de Mark como el compañero de habitación de este rebatieron su testimonio y declararon que, el día en cuestión, Mark estaba de permiso preparándose para su boda y que no había habido ningún tipo de inspección.

Lock volvió a jugar la carta de la raza con su siguiente testigo. Intentó arrancar un testimonio de alto contenido racial a la soldado de primera clase Heather Radford, de veintiún años y madre soltera de un niño de seis meses. Por la misma época, ella y Kenny Gardiner habían estado destinados en Arabia Saudí y en Alemania antes de llegar a Fort Stewart en septiembre de 1991. Eran conocidos, pero nada más.

Entre otras preguntas explosivas, Lock preguntó a Radford si recordaba haber declarado a sus dos investigadores durante una entrevista celebrada un mes antes que Gardiner le había dicho que

«odiaba a los negros. Siempre decía que odiaba a los negros porque querían ser los dueños de la fiesta, de la música y de las mujeres. Decía que le gustaría ponerse ropa negra y matarlos». Ella negó haber dicho tal cosa a los investigadores.

En el contrainterrogatorio de la defensa testificó que, tras su encuentro con los dos investigadores, se reunió con Lock. Durante esa entrevista, Lock insistió en que Gardiner había hecho esa declaración, que odiaba a los negros y quería matarlos. El ayudante del fiscal la presionó, preguntándole cinco o seis veces si Gardiner había hecho esas afirmaciones, pero ella reiteró que no.

Para rebatirla, Lock hizo comparecer a sus dos investigadores, J. D. Smith y Glen Kessler, quienes declararon que, en efecto, Radford les había dicho que Gardiner había hecho esas afirmaciones. Smith reconoció en el contrainterrogatorio que no habían grabado la entrevista ni redactado una declaración para que Radford la firmara.

Puesto que Lock no podía determinar un móvil para el asesinato y sabía que no existía vínculo alguno entre los acusados y Stanley Jackson, decidió tachar a los soldados no solo de racistas, sino de peligrosos amantes de las emociones fuertes. En el juicio quedó establecido que a los jóvenes les encantaba jugar a *Dragones y mazmorras*. Lock intentó transmitir al jurado que ese juego de rol fue la inspiración para ir a Savannah y hacer lo que hicieron. Recordó al jurado que el experto de la defensa en *Dragones y mazmorras* había afirmado que el objetivo de todos los jugadores era que el bien triunfara sobre el mal y aventuró que los acusados tal vez fueron a esa zona de Savannah infestada de drogas con la idea de que «estaban erradicando el mal».

En su alegato final ante el jurado dijo: «Estos hombres estaban obsesionados con algún tipo de emoción. No tenemos que probar el móvil de este caso, pero consideramos que básicamente son amantes de las emociones fuertes. Es una manera enfermiza y demente de buscar una emoción». Tomándole el gusto al tema, añadió: «Es la tapadera perfecta […] Si quisieras matar a alguien por placer, irías a una zona como esa. De hecho, yo te aconsejaría que lo hicieras, tal vez porque se atribuiría a un homicidio por drogas. Todo quedaría en otro asesinato por asuntos de drogas y la gente no buscaría en otra parte». Calificar a los acusados de frikis de los juegos de rol que acabaron convirtiéndose en asesinos en busca de emociones era una táctica absurda que carecía de toda base real.

Cuando llegó el turno de la defensa, los abogados recurrieron a coartadas sólidas y a abundantes pruebas, tanto documentos como declaraciones de testigos, que demostraban que la cronología no encajaba y que los acusados no eran racistas.

Un investigador privado testificó que, si respetaba los límites de velocidad, tardaba cincuenta y dos minutos en recorrer los ochenta kilómetros que separan el Golden Corral, donde tuvo lugar la prueba para la cena nupcial, del Tops Lounge por la misma ruta que utilizaron los acusados la noche del crimen.

Seis testigos, entre ellos cuatro comensales y dos camareras, afirmaron que los acusados salieron del aparcamiento del Golden Corral a las 21.30 o muy cerca de esa hora. Si hubieran ido directamente a la Treinta y tres con East Broad para disparar a alguien, no habrían podido llegar antes de las 22.15, y luego habrían tenido que ir a algún sitio a deshacerse de las armas y la munición antes de ir al Tops Lounge, que estaba a siete minutos en coche del

lugar del crimen. Además, tendrían que ser unos asesinos bastante fríos para presentarse en el Tops Lounge con una actitud que, según el portero, era la de «tres chicos que solo querían pasar un buen rato en un bar topless». Aunque Lock se negó a aceptar la palabra de los testigos y dijo que los soldados se fueron del restaurante hacia las 21.15, les habría sido imposible llegar a la escena del crimen a las 22.05.

En cuanto a si los jóvenes eran justicieros racistas, la defensa tenía muchas pruebas de que no lo eran.

A petición del general al mando de la base, un coronel del ejército estadounidense había preparado un informe sobre Kenny Gardiner apenas tres días después de su arresto. En él afirmaba que Kenny era «un buen soldado» y que nunca se había tomado «ninguna medida disciplinaria contra él […] Hace lo que se le ordena y nunca ha llegado tarde ni ha faltado a la formación». Asimismo, concluía que no había «indicios de racismo por parte de Gardiner».

El informe añadía que sus dos compañeros de habitación eran negros y que, según su testimonio, Kenny nunca había mostrado ningún comportamiento racista o prejuicioso. Uno de ellos, Sullie Kinnie, declaró al jurado que jamás había habido problemas raciales con Kenny y que no le gustaba salir. «Leer era su máxima prioridad», dijo.

Pocos días después de la detención de los soldados, el comandante de la compañía de Kenny y el agente Middleton registraron las dependencias de Kenny y la caravana que compartía con Dino fuera de la base. En ella no encontraron nada que denotara prejuicios raciales ni que tuviese valor probatorio: ni literatura de

odio ni nada relacionado con delitos o conductas violentas; tan solo cómics y libros de ciencia ficción.

El registro absolvió claramente a Mark Jones de cualquier indicio de racismo. Para empezar, procedía de una familia birracial. Su padrastro era un músico de jazz negro. El informe que elaboró el ejército poco después de la detención describía a Mark como «una persona ingenua e inocente […] que muestra una actitud positiva y desempeña su trabajo de forma concienzuda». También añade que «el soldado Jones nunca ha dado señales de prejuicios raciales y no tiene problemas significativos para trabajar con el sargento Davenport, un estadounidense de raza negra. Ha trabajado diligentemente a su lado durante los dos últimos años».

El sargento Davenport dijo que era «absurdo» pensar que Mark podía cometer un asesinato. En la vista sobre la fianza de Mark declaró que había sido su jefe de escuadrón durante más de dos años, incluido el tiempo que habían pasado juntos en Arabia Saudí e Irak, y que «no era violento ni había causado problemas a nadie». Visitó a Mark tres veces en la cárcel del condado antes de irse destinado a Alemania.

Aaron McAbee, de raza negra y compañero de habitación de Mark, declaró en el juicio que lo había invitado a la boda y que nunca había tenido ningún tipo de problema racial con él. Era habitual que soldados de todos los grupos raciales —blancos, negros e hispanos— se reunieran en la habitación de Mark y Aaron para ver la televisión. Eric Bibbs, el supervisor negro de Mark que sirvió con él en la operación Tormenta del Desierto, dijo al jurado que no era «una persona mezquina ni violenta» y que le gustaba la gente independientemente de su raza o color.

En las actas del juicio no hay gran cosa sobre las actitudes raciales de Dominic Lucci. Por algún motivo, la acusación no intentó retratar a Dominic como un racista. El sargento de primera clase Marinaro supervisó a Dino poco después de su llegada a Fort Stewart en octubre de 1991, tras una estancia de un año en Corea. Cuando Marinaro fue interrogado por la policía la semana después del arresto de Dino, dijo que «no creía que Lucci tuviera prejuicios».

La defensa también señaló que en los registros minuciosos del coche y las dependencias de los acusados no se había encontrado ninguna prueba contra ellos. (Ni la policía ni la fiscalía pudieron explicar nunca dónde, cuándo o cómo se deshicieron los soldados de las armas o la munición, ni por qué el coche no arrojó pruebas forenses de la participación en un tiroteo utilizando armas de asalto desde un coche). Además, ninguno de los tres tenía antecedentes penales, consumía drogas, ni conocía a la víctima, y no tenían motivos, medios u oportunidades para matarla.

Los acusados no testificaron. Sus abogados consideraban que habían presentado un alegato sólido y, por tanto, no había necesidad de arriesgarse a que Lock confundiera y provocara a los jóvenes acusados en el estrado.

Justo antes de que comenzaran las deliberaciones, un miembro blanco del jurado comunicó al juez su preocupación por el hecho de que, a lo largo de las dos semanas que duró el juicio, otro miembro, una mujer negra, no ocultó que conocía al padre de la víctima y que creía que los acusados eran culpables. La mujer fue excusada y sustituida por un suplente negro que vivía a dos manzanas del lugar donde Jackson fue tiroteado. El hombre reconoció que oía a los vecinos hablar de lo sucedido y que daban versiones distintas

continuamente. La defensa impugnó a ese miembro del jurado, pero el juez Perry Brannen denegó su relevo.

Las deliberaciones del jurado empezaron el 19 de noviembre de 1992 a las 15.30. A las 23.51 llegaron a un veredicto: los tres acusados eran culpables de asesinato doloso.

En cuanto el jurado abandonó la sala, el juez Brannen, que tenía prisa por zanjar el caso, inició una breve vista de nueve minutos para dictar sentencia. No se aceptaron testimonios y los abogados solo hablaron unos minutos. A las 00.05 del 20 de noviembre, apenas catorce minutos después del veredicto de culpabilidad, el juez condenó a los tres a cadena perpetua. Más tarde reconoció que, en secreto, había pedido a la Guardia Nacional que custodiara el lugar por si los soldados eran absueltos. Las autoridades de Savannah temieron durante todo el juicio que hubiera altercados raciales parecidos a los que se produjeron en Los Ángeles tras la absolución en abril de 1992 de los agentes en el juicio por la agresión a Rodney King.

Los abogados defensores estaban tan consternados como cualquiera por el veredicto y se pusieron a trabajar gratuitamente en la búsqueda de pruebas para impugnar la condena. Seis miembros del jurado declararon que creían que los soldados no habían tenido un juicio justo debido a los abusos cometidos durante las deliberaciones. Por otro lado, explicaron que Murphy Cooper, un abogado negro también miembro del jurado, intimidó a los que se inclinaban por la absolución, acusándolos de tener prejuicios raciales.

Les dijo que, a menos que votaran unánimemente a favor de condenar a los soldados, en Savannah podía haber disturbios

raciales similares a los que vivió Los Ángeles siete meses antes. Cooper también les dijo erróneamente que cualquiera que votase a favor de la absolución sería identificado en audiencia pública y, por tanto, podía ser víctima de represalias raciales.

En 1994, el Tribunal Supremo de Georgia denegó una apelación de la condena basada en esas declaraciones del jurado y dictaminó que la ley estatal impedía a los jurados impugnar su propio veredicto a menos que concurrieran «circunstancias extraordinarias» en un caso concreto, y este no llegaba a ese nivel.

Los acusados pasaron los diecisiete años siguientes en prisión. En 2009, Centurion Ministries, que había estudiado durante años el voluminoso expediente del caso, inició una investigación en nombre de los soldados. En 2012, Centurion entrevistó a numerosos testigos en busca de pruebas y contrató a nuevos abogados para los presos, entre ellos Peter Camiel, de Seattle, que ya había representado a otros clientes de Centurion, y Steve Sparger, de Savannah.

A la cabeza de la lista de testigos estaba James White, cuya declaración siempre fue cuestionable. La policía había estimado en veintidós metros la distancia entre la puerta de White en East Broad y el lugar donde se encontraba el coche en mitad del cruce. Era una noche oscura, sin luna y con una iluminación insuficiente.

Esos factores, sumados al poco tiempo que había tenido White para observar el tiroteo en un estado altamente traumatizado, pues temía por su vida, restaban fiabilidad a su testimonio.

Centurion localizó a White y su esposa, Suzette, en una habitación de un motel Super 8 de la I-85, a las afueras de Newnan, Georgia, y

unos cincuenta kilómetros al sudoeste del aeropuerto de Atlanta. No tenían hogar y todas sus posesiones estaban amontonadas en la habitación. A lo largo de aquel año, Centurion se reunió tres veces con los White, los conoció más a fondo y habló del testimonio de James y de las circunstancias que lo rodeaban. Finalmente, avergonzados y arrepentidos, los White reconocieron que James había mentido en el juicio. Desde entonces, habían tenido grandes remordimientos de conciencia, cosa que los llevó a hacer declaraciones juradas en enero de 2011 en las que se retractaban por completo del testimonio de White en el juicio. (Lamentablemente, Suzette murió de un ataque al corazón en 2012 a la edad de cincuenta y un años).

En 2011, Centurion se reunió con Heather Radford en su casa del centro de Pennsylvania. Por aquel entonces, llevaba ocho años como funcionaria de prisiones, profesión que compartía con su marido. Al principio se mostró reacia, pero accedió a hablar con nosotros cuando le explicamos nuestro propósito y le enseñamos las fotos de los tres hombres. Dijo que su testimonio le había pesado mucho durante los últimos dieciocho años, ya que no fue lo bastante contundente como para refutar la declaración de los investigadores del fiscal ante el jurado, y calificó la condena de los tres soldados de «farsa de la justicia».

Recordaba que los dos investigadores le parecieron extremadamente amenazantes, ya que era una madre soltera joven con un bebé. Básicamente estaba sola en el mundo y se sentía muy vulnerable y asustada. Una vez concluido su testimonio, nos dijo: «Ya no podía más. No era capaz de aceptar que a lo mejor tuve algo que ver con la condena de Kenneth». Después de hablar con su

marido, prestó de buen grado una declaración jurada y accedió a testificar si así lo deseábamos. Su declaración de 2011 dejaba claro que Kenny nunca le había hecho ningún comentario contra los negros.

Cuando Centurion entrevistó a Sylvia Wallace en su casa de Carolina del Norte, reconoció que había relatado cuatro historias diferentes sobre lo que le había dicho Jones y que los testimonios del comandante de la compañía de Mark y su compañero de habitación, que contradecían el suyo, eran ciertos. No obstante, no supo explicar por qué había ofrecido varias versiones distintas. Durante la visita, incluso cuando no estábamos hablando de su testimonio en el juicio, de repente decía cosas como «no puedo rectificar», «no puedo cambiar lo que declaré en el juzgado» o «no mentí y no puedo retractarme». Si no es porque le remordía la conciencia, cuesta entender por qué hizo esas afirmaciones tan fuera de contexto.

Finalmente, en 2010, tras una solicitud de acceso a registros públicos, Centurion descubrió una prueba crucial en los archivos de la policía. Entre las seiscientas páginas sobre el caso había un expediente de una página conocido como «informe Yamacraw».

En él se describía un incidente ocurrido el sábado 1 de febrero de 1992 a la una de la madrugada, cuando los tres soldados llevaban dos horas bajo custodia policial. El incidente tuvo lugar en el área de viviendas sociales Yamacraw Village. Dos hombres blancos con corte de pelo estilo militar y pertrechados con armas semiautomáticas iban en sendos vehículos —una camioneta Chevrolet blanca y un Ford Thunderbird plateado de dos puertas de entre 1989 y 1991— «amenazando con disparar a los negros que hubiera en las

esquinas». Se había ocultado este informe a los abogados defensores de los soldados durante dieciocho años.

En representación de los acusados, los abogados Camiel y Sparger redactaron una instancia en mayo de 2012 en la que exponían el argumento de la «inocencia real» de los soldados y destacaban que las fuerzas de seguridad habían eliminado pruebas que los exoneraban.

Esto permitió la celebración, en julio de 2013, de una vista probatoria ante la jueza Sarah Wall, del Tribunal Superior del condado de Wheeler, situado en McRae (Georgia). McRae, una pequeña ciudad de 5.700 habitantes en el centro-sur de Georgia, se encuentra cerca de la prisión que albergó a los soldados durante la vista.

Era la primera vez que los padres de los acusados se reunían desde el juicio, celebrado veintiún años antes. Asistieron la madre y el padre de Kenny, la madre de Mark y el padre y el tío de Dino. Todos compartían el mismo dolor, pero también la misma esperanza: llevar a sus hijos a casa después de aquellos años tan tristes. Dawn Burgett también compareció para mostrar su apoyo a Mark y el resto de los acusados.

En la vista, Harvey Middleton, que en su día era el investigador de homicidios novato que fue puesto a cargo del caso y que en 2013 ejercía como agente de policía en Miami Beach, dijo al juez que «la identificación del señor White nunca fue segura al cien por cien. En ningún momento nos dio una identificación definitiva».

Lock, el ayudante del fiscal, también declaró que los agentes «estaban preocupados por la capacidad de White para ofrecer una identificación», lo cual explica por qué, aunque White solicitó una

rueda de reconocimiento, la policía se negó. Tampoco se le pidió que identificara a los soldados utilizando las fotos tomadas a los hombres aquella noche.

En los veintidós años de historia del caso, los testimonios de Lock y Middleton desvelaron por primera vez esa preocupación por parte de las fuerzas del orden. Sus declaraciones contradecían y socavaban el testimonio de White, quien en el juicio dijo estar «seguro» de que Jones y Gardiner eran los autores de los disparos.

La incapacidad de White para realizar una identificación era un incumplimiento manifiesto de la norma establecida por el Tribunal Supremo de Estados Unidos en el caso *Brady contra Maryland*, la cual dicta que, antes del juicio, los fiscales y la policía están obligados a facilitar a la defensa todas las pruebas exculpatorias que obren en su poder.

¿Por qué había mentido White en el juicio? Esto es lo que dijo en persona durante la vista de 2013 y en su declaración jurada:

> Mentí porque todo el mundo me presionaba para que dijera que habían sido esos hombres. La presión era abrumadora. Para obligarme a realizar esas identificaciones, la policía me dijo que, los soldados habían salido a matar a gente negra por la ciudad y que lo hicieron simplemente por su raza. Me dijeron que, si no los identificaba, habría disturbios raciales en la ciudad y que sabían que eran culpables, pero que no podrían presentar cargos contra ellos sin mi identificación. Según ellos, saldrían libres a menos que yo los identificara. Me dijeron que la policía y la comunidad necesitaban mi ayuda.
>
> Mi mujer y yo recibíamos llamadas de mucha gente negra que me animaba a hacer «lo correcto». Recuerdo en particular que el reverendo Matthew Brown [un destacado pastor de una iglesia negra de Savannah] llamó y me dijo que la policía tenía a los culpables y que era hora de dar la cara. También me dijo que la ciudad se amotinaría si no se condenaba a esos chicos. El

reverendo Brown dijo que me invitaría a hablar en su iglesia en un futuro próximo [Nunca lo hizo].

Mi mujer, Suzette, me suplicó que no mintiera sobre esos chicos, pero yo creía que, si no los identificaba, nos pasaría algo malo a mí y a mi familia. Teníamos ocho hijos en ese momento y vivíamos todos en el 1703 de East Broad Street. Antes de que llegara el momento de testificar en el juicio, les dije a la policía y al fiscal que no podía identificar a nadie y que no quería prestar declaración. Me dijeron que, si no testificaba en el juicio como lo había hecho en la vista preliminar, me procesarían por perjurio y me enviarían a la cárcel.

Estaba aterrorizado. Tenía miedo porque no quería alejarme de mi familia, de mi mujer y de mis hijos. Así que lo pensé y me dije que tenía que seguir mintiendo […] Sabía que mentía cuando identifiqué a dos de ellos como los autores de los disparos contra Stanley Jackson. Pero, muy a mi pesar y sintiéndome avergonzado, lo hice de todos modos por miedo […] Porque, siendo un ministro del Evangelio, sé que el libro del Éxodo dice que no puedes dar falso testimonio. No matarás, robarás o darás falso testimonio contra nadie. Y yo lo hice y me dolió tanto que lleva años torturándome. Han pasado al menos veintiún años y lo lamento.

El segundo incumplimiento de la normativa *Brady* citado en la petición era la eliminación del informe Yamacraw, el cual afirmaba que, la misma noche que Jackson fue abatido, había otros hombres blancos recorriendo las viviendas sociales de Savannah con la intención de disparar con armas semiautomáticas a hombres negros que se encontraran en las esquinas. La fiscalía también tenía conocimiento de que, el 21 de octubre de 1991, unos meses antes de que Stanley Jackson fuera asesinado, dos hombres blancos que viajaban en una pequeña camioneta roja habían disparado a dos hombres negros hacia la una de la madrugada. La primera víctima recibió un disparo mortal en el abdomen cuando estaba bajando del

coche delante de su casa. Minutos antes, a cuatro manzanas de distancia, otro hombre negro recibió un disparo en el brazo izquierdo, también al bajarse del coche frente a su casa. Los testigos dijeron a la policía que los autores eran dos hombres blancos de unos veinticinco o treinta años, y los describieron como personas pulcras. Ninguno de los casos llegó a resolverse.

Aunque el nombre del teniente Ragan figuraba en la parte superior del informe Yamacraw, tanto él como el sargento Stevens, el otro agente encargado de la investigación, afirmaron que no recordaban haber visto dicho informe. Sin embargo, en la vista probatoria reconocieron que el documento contenía información que la policía debería haber investigado.

Lock también admitió que en sus reuniones con Ragan y los agentes la noche del asesinato, su mayor preocupación era la necesidad de obtener más pruebas incriminatorias contra los soldados.

Para subrayar ante el juez que la cronología de la acusación era imposible, Ronald Holmes, que era negro, declaró en la vista sobre la distancia y el tiempo que se tardaba en llegar desde el restaurante Golden Corral de Hinesville hasta la escena del crimen y el Tops Lounge. Holmes había trabajado catorce años como taxista en Hinesville y se desplazaba desde allí hasta Savannah entre cuatro y seis veces por semana. Testificó que había sesenta y seis kilómetros desde el Golden Corral hasta la escena del crimen, y que la ruta más corta y rápida eran como mínimo cuarenta y seis minutos circulando por autopista a una media de catorce kilómetros por encima del límite de velocidad. Si los tres soldados iban directamente a la zona del «condado de Hazard» de Savannah portando armas de asalto y

munición con la intención de disparar a alguien al azar, lo lógico era que procuraran respetar el límite de velocidad para no atraer a la patrulla de tráfico en una concurrida noche de viernes.

Tres exsargentos y un agente que llevaba veinte años trabajando en el departamento de policía de Hinesville declararon que Sylvia Wallace les había contado una historia diferente a cada uno sobre la conversación que mantuvo con Jones, y las tres versiones diferían de la que expuso en el juicio.

La defensa llamó a declarar a un total de veintidós testigos y presentó como pruebas principales la retractación de James White, el testimonio del agente Middleton y la eliminación del informe Yamacraw por parte de la policía de Savannah. Los abogados generales que representaban al estado solo presentaron un testigo, el fiscal David Lock. En opinión de Centurion, sus testigos habían presentado argumentos sólidos y la vista se había desarrollado extremadamente bien.

Estábamos equivocados.

Los soldados se quedaron atónitos cuando la juez Wall emitió su dictamen en agosto de 2014, un año después de la vista, en el cual denegaba a los acusados un nuevo juicio. Con respecto al informe Yamacraw, decretó: «Dado que los demandantes no plantearon esta alegación en el juicio y no la enumeraron como error en la fase de apelación directa, la reclamación está procesalmente excluida de consideración por parte de este tribunal».

Aquello no tenía sentido. ¿Cómo iba a utilizarla la defensa en el juicio de 1992 o en la apelación directa en 1993 y 1994 cuando no conoció los hechos hasta 2010? La misma objeción era aplicable a la incapacidad de White para realizar una identificación plena. Nadie

excepto las fuerzas del orden tuvo conocimiento de ello hasta 2013. Por su propia naturaleza, un incumplimiento de la norma *Brady* suele descubrirse después de la condena.

El primer avance legal del caso se produjo en noviembre de 2014, cuando el Tribunal Supremo de Georgia, en una votación unánime por nueve a cero, lo consignó rápidamente a la jueza Wall y le ordenó que se pronunciara sobre el fondo y la tangibilidad de la eliminación del informe Yamacraw y la incapacidad de White para realizar una identificación en firme. Pero, quince meses después, en marzo de 2016, Wall volvió a denegar la petición de los soldados. En esta ocasión dictaminó que el estado no eliminó el informe Yamacraw ni tenía motivo para entregárselo a la defensa porque no había indicios de que guardase relación alguna con el asesinato de Jackson.

En cuanto a White, reconoció que su identificación de los demandantes como los autores de los disparos era un elemento importante de los argumentos del estado. También coincidió en que cualquier información que restara credibilidad a su testimonio en el juicio sería «una prueba potencialmente exculpatoria para la defensa». No obstante, desacreditó su retractación y no mencionó el testimonio de Middleton, según el cual White nunca identificó de manera definitiva a los soldados durante la investigación. La jueza omitió ese hecho pertinente, que sin duda era exculpatorio y restaba credibilidad al testimonio de White.

Naturalmente, la defensa apeló la denegación de la jueza Wall y volvió a recurrir al Tribunal Supremo de Georgia. Esta vez, el 9 de noviembre de 2017, los soldados recibieron lo que habían estado buscando los últimos veintiséis años: justicia y exoneración. Tras

anular la denegación de la jueza Wall, de nuevo en una decisión por nueve votos a cero, el tribunal decretó: «A la luz de la totalidad de las circunstancias, el resultado del juicio se vio influido por el hecho de que el estado no proporcionara el informe Yamacraw a la defensa».

Además, dijo que el informe Yamacraw «era una prueba de que otras personas de aspecto similar estaban amenazando con un ataque racial parecido al que sufrió Jackson» y que «si el jurado hubiera sido informado de que unos individuos que no eran los acusados se encontraban en la zona la misma noche para cometer actos violentos por motivos raciales, el resultado del juicio podría haber sido distinto».

En su dictamen, el Tribunal Supremo de Georgia también señaló otros hechos exculpatorios, a saber, que hasta las 21.15 o 21.30 los acusados se encontraban en una cena «a más de cincuenta minutos en coche» del lugar donde se produjo el tiroteo a las 22.00 y que las alegaciones del estado «dependían en gran medida» de la identificación de los acusados por parte de White, «pero los investigadores no organizaron una rueda de identificación, ni en persona ni por fotografía. Nunca se recuperó el arma del crimen y en el coche del acusado tampoco se encontraron casquillos de un arma automática, y el forense que aspiró el interior del vehículo en busca de residuos balísticos no encontró nada».

Estos eran indicadores de que el tribunal, considerando las mismas pruebas que las presentadas a la jueza Wall, tenía notables reservas sobre la culpabilidad de los soldados. Las decisiones de Wall habían ralentizado enormemente la justicia durante cuatro años.

Finalmente llegó el día que los tres hombres y sus familias habían estado esperando. El miércoles 20 de diciembre de 2017, todos se reunieron en la misma sala del tribunal de Savannah, ahora renovada, en la que el juez los había condenado a cadena perpetua hacía casi veintiséis años.

Los acusados cuyas condenas han sido anuladas por un tribunal superior tienen derecho a salir en libertad mientras la fiscalía dirime si volverá a juzgarlos. Desde el punto de vista jurídico, en ese momento son acusados, no condenados. Sin embargo, al igual que cuando fueron detenidos, deben tener capacidad económica para abonar la fianza que estipule el juez.

Entre los asistentes, nerviosos y sentados uno junto al otro en la sala del tribunal, se encontraban la madre de Mark, Deborah McGill, de sesenta y cinco años; la madre de Kenny, Betty, de setenta y seis años; y el padre de Dino, Roger, de setenta y ocho años, y su tío Burt. Todos habían recorrido grandes distancias desde Texas y Ohio y esperaban poder volver a casa con sus hijos si el juez imponía una fianza razonable.

Hubo un grito ahogado cuando los tres acusados entraron en la sala del tribunal, esposados uno detrás del otro, con monos blancos de presidiario y grilletes en los tobillos y la cintura. Envejecidos por los años de encarcelamiento injusto, estaban irreconocibles y, guardando silencio, se sentaron junto a Peter Camiel y Steve Sparger a la mesa de la defensa. No se oía ni una mosca mientras esperaban a que el juez ocupara el estrado.

Todos se sintieron aliviados y un tanto sorprendidos cuando el fiscal dijo al juez: «El estado deja la cuestión de la fianza a pleno

criterio del tribunal». Eso significaba que no pensaba adoptar una postura contenciosa. Los acusados estaban a medio camino de casa.

Sabiendo que las familias no podían reunir una fianza por el importe que probablemente fijaría el juez, Centurion había acordado con un benefactor de Nueva York depositar 100.000 dólares (33.000 por acusado). Si era necesario, estaba preparado para transferir inmediatamente esa suma a la oficina del sheriff del condado de Chatham.

Cuando el juez impuso una fianza de 30.000 dólares para cada uno, el benefactor se puso en marcha y transfirió el dinero, sabiendo que le sería devuelto una vez concluido el caso.

La emoción crecía por momentos, ya que ahora todos estábamos seguros de que los exsoldados saldrían en libertad sin restricciones antes de que acabara el día y podrían irse a casa con sus seres queridos mientras esperaban la decisión del fiscal sobre si volvían a juzgarlos. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Aquella tarde salieron todos juntos a las 15.32, luciendo unas camisetas proporcionadas por Centurion con el lema: «YO NO LO HICE».

Rodeados por un mar de simpatizantes que los aclamaban en el vestíbulo de la cárcel, la primera en saludarlos fue Deborah, la madre de Mark, que abrazó a su hijo con tanta fuerza que parecían una sola persona. Aferrándose a él tanto como podía, exclamó para que todos la oyeran: «Aparte de su nacimiento, este es el mejor día de mi vida». Excepto la parte del nacimiento, todos nos sentíamos igual, y nos turnamos para abrazar a los tres e inmortalizar el momento con unas fotografías.

El sheriff tuvo la amabilidad de permitir que los tres hombres ocuparan el vestíbulo de la cárcel para aquella fiesta improvisada.

Por la noche lo celebramos en la hermosa casa que John Watts hijo, que había representado a Mark Jones y trabajado duro junto a Centurion para liberar a su antiguo cliente, tenía en Savannah. Esa noche también lo festejaron el abogado de Dino, Bill Cox, y el antiguo abogado de Kenny, John Watts padre. Los tres habían testificado en la vista de 2013. Bill Cox hizo que se me saltaran las lágrimas cuando le dijo a la jueza Wall: «Me iré a la tumba pensando que esos hombres no cometieron el crimen. Me lavo los dientes y pienso en ellos. Nunca los olvidaré».

Al día siguiente, todo el mundo volvió a casa. Serían las primeras Navidades desde 1991 que Mark, Kenny y Dino podían celebrar como hombres libres y acompañados de su familia.

Ahora ya no había nada que hacer, salvo esperar a que el fiscal decidiera si repetía el juicio. Aunque el caso había sido desmontado, un fiscal era capaz de cualquier cosa por salvar las apariencias. Tardó siete meses, pero finalmente anunció que no volvería a juzgar a los exmilitares y que solicitaría al juez que desestimara todos los cargos y diera el caso por zanjado. El 18 de julio de 2018, así se hizo.

La espada de Damocles que pendía sobre sus cabezas había desaparecido al fin. Por primera vez, podían respirar tranquilos, seguros de que la incesante pesadilla había terminado realmente. Ahora podían retomar su vida y abrirse camino en el mundo libre.

Sin embargo, esa nueva vida estaría marcada por su estancia en prisión. Los tres habían pasado veintiséis años como reclusos modélicos sin apenas expedientes disciplinarios. Era algo extraordinario, prácticamente inaudito, sobre todo en un periodo tan largo. Como uno de tantos ejemplos, Dino incluso trabajó varios

años de pinche en la cocina del director Sonny Perdue, y en una ocasión compartió la comida de Acción de Gracias con él y su familia.

¿Qué hizo que esos hombres siguieran adelante todos esos años sin tener la certeza de que alguna vez saldrían en libertad? Cuando se les planteó esa pregunta por separado, los tres respondieron lo mismo: la firme creencia de sus familias en su inocencia y su apoyo y amor inquebrantables desde el día de su detención hasta su puesta en libertad. Mark tenía a su abnegada madre, Deborah McGill; su padre murió en 1995. Kenny tenía a su madre, Betty, y a su padre, Carroll, fallecido en 2015. Dominic tenía a su padre, Roger, y a su tío Burt; su madre, Gayle, murió en 1995. Sin ese apoyo, no habrían sobrevivido, especialmente en los primeros años de encarcelamiento.

La esperanza era otra amiga, nunca constante pero, igual que una vela, reacia a apagarse. Kenny estaba más o menos resignado a su destino hasta que la investigación de Centurion empezó a cobrar fuerza, pero esa esperanza que se había avivado volvió a evaporarse con las denegaciones de la jueza Wall. Más tarde, la segunda decisión del Tribunal Supremo de Georgia permitió que aflorara por fin su esperanza de libertad.

Los primeros años después del veredicto inicial, Dominic creía que el sistema vería que se había equivocado y reconocería su inocencia. Estaba convencido de que los tribunales no tardarían en descubrir la verdad y corregirían su error. Otra cosa que lo ayudaba a seguir adelante era el sueño de que, cuando la verdad saliera a la luz, él y sus dos amigos serían los beneficiarios de una demanda

multimillonaria. Con el paso del tiempo, esa ilusión se hizo añicos y se impuso la realidad.

Y, entonces, la junta de libertad condicional siguió denegando sus peticiones y dándole plazos de ocho años hasta su próxima revisión. Por su parte, los tribunales también rechazaron sus apelaciones. Aunque no se había rendido del todo, dijo basta. Fue su espíritu de lucha lo que impresionó a Centurion cuando nos escribió una segunda carta en 2003: «Me dijisteis que volviera en un par de años. Ya han pasado un par de años y esta vez no aceptaré un no por respuesta. Si McCloskey se ha jubilado, enviad a otra persona para que nos ayude».

Pero las dos denegaciones de la jueza Wall a la postre fueron demasiado. Dominic había decidido poner fin a su vida ahogándose con una bolsa de plástico si el Tribunal Supremo de Georgia también fallaba en su contra. Si eso ocurría, no habría salida, y él no quería vivir varias décadas más sin esperanza alguna de libertad.

Mark reconoce sin ambages que, cuando sus apelaciones fueron denegadas y la libertad condicional era una posibilidad remota, aceptó su destino como hombre inocente que viviría y moriría en la cárcel. Con esa mentalidad, estaba decidido a aprovechar al máximo una mala situación buscando «consuelo» en la rutina diaria de la prisión, dando clases y disfrutando del deporte y los juegos de mesa. Así es como trató de sobrellevarlo.

Su esperanza renació al inicio de la vista probatoria de 2013. Aunque no confiaba en que la jueza Wall pudiese fallar a su favor, después de la audiencia sí creía que el tribunal superior lo haría, especialmente cuando volvió a asignarle el caso con instrucciones de

que emitiera una sentencia relativa al fondo de la demanda y con una votación unánime de nueve a cero.

Desde 2013 hasta que fueron enviados a Savannah para la vista de la fianza en diciembre de 2017, Mark, Kenny y Dominic estuvieron juntos, no solo en la misma prisión, sino en la misma ala reservada para exmilitares. Eso los hacía sentirse a salvo, sabiendo que se protegerían los unos a los otros. También les infundía confianza en que tal vez, y solo tal vez, la rueda de la justicia estaba empezando a girar a su favor. Durante esos últimos cuatro años se formaron como transcriptores de braille para convertir textos en inglés al lenguaje para ciegos, cosa que hicieron hasta su traslado a la cárcel del condado de Chatham.

A pesar del apoyo familiar y mutuo, los veintiséis años de encarcelamiento injusto les afectaron profundamente. Ahora que superaban los cincuenta años de edad, encontrar un empleo remunerado supondría un verdadero reto. Ninguno tenía experiencia laboral ni ninguna habilidad comercial. Cuando se postularan para un trabajo, ¿cómo iban a explicar un vacío laboral de veintiséis años?

Con un poco de suerte, y gracias a la mediación de un asesor de la Administración de Exmilitares de Cleveland, esta contrató a Dino como recepcionista telefónico a tiempo completo con todos los beneficios médicos. Vive solo en la casa donde se crio. Mark y Kenny comparten una casa de cuatro habitaciones en Corpus Christi. Mark la compró recientemente y Kenny le paga un alquiler, y ambos trabajan como repartidores de Domino’s Pizza.

Los tres también fueron víctimas de una atención médica deficiente durante su estancia en prisión. Desde su puesta en libertad, Mark pasó dos meses hospitalizado por un caso de

meningitis espinal bacteriana, COVID y neumonía doble que a punto estuvo de costarle la vida. Se recuperó milagrosamente, pero con pérdida de audición en un oído. Kenny padece una artritis cada vez más severa en los tobillos, las rodillas, las caderas y los hombros. Recientemente, a Dino le han diagnosticado diabetes y ha sido operado de una hernia y de la vesícula biliar.

Además, los tres sufren estrés postraumático. Todos tienen pesadillas continuas sobre la cárcel. Kenny sueña que vuelve a prisión y que, una vez allí, no puede salir. Dino sueña que alguien va a su celda a despertarlo y tiene *flashbacks* que se desencadenan por un olor o un tintineo de llaves. En el caso de Mark, está en la celda soñando que ha sido exonerado, pero descubre que su puesta en libertad nunca ocurrió. Aunque saben que es completamente irracional, Kenny y Dino siguen pensando que el estado de Georgia volverá a por ellos y no son capaces de desterrar ese miedo.

Padecen depresión, ansiedad e importantes niveles de estrés, sobre todo cuando conocen a gente en entornos nuevos. Dino, que antes de su detención era divertido y sociable, ahora se siente incapaz de conversar con la gente. Dice que la cárcel le arrebató la capacidad de hablar con los demás y le desespera que lo haya privado de tener hijos y de cualquier tipo de vida familiar.

Kenny siempre ha sido bastante tímido y algo solitario, pero esas tendencias se han acentuado visiblemente. Aparte de Mark, no tiene amigos. Hablar con alguien que no conoce «dispara» sus niveles de estrés hasta el punto de que a veces le «tiemblan las rodillas». Cree que pasarán años hasta que vuelva a intentar salir con alguien. Cuando no está trabajando, se queda en casa viendo dibujos

animados en televisión o leyendo libros de fantasía y ciencia ficción, hábitos que se remontan a la época anterior al encarcelamiento.

A día de hoy, lo que más lamenta Mark es haber perdido a Dawn Burgett, a quien considera el amor de su vida. A ambos les entristece no haber podido tener hijos y formar una familia juntos, y para Mark es una pérdida irreparable. Dawn ocupa un lugar en su corazón y él en el de ella. Como amigos, siguen hablando periódicamente por teléfono.

Convencido de que era lo mejor para ella y su futuro, tras varios años en la cárcel Mark rompió unilateralmente la relación, y lo hizo de una manera que califica con pesar de «mezquina». Le rompió el corazón a Dawn, que ha tardado muchos años en recuperarse y superar los ataques de ansiedad y la fuerte depresión que le provocó la traumática separación no resuelta de Mark. Desde entonces se ha casado dos veces y es feliz en su segundo matrimonio.

Pero también hay buenas noticias. En la primavera de 2023, el Departamento del Ejército licenció con honores a Mark y Kenny, cosa que les permitió beneficiarse plenamente de las prestaciones de la Asociación de Exmilitares. Dominic ya se había licenciado con honores porque había abandonado oficialmente el ejército antes de su encarcelamiento.

Económicamente, a los antiguos soldados no les va mal. Con vigencia desde el 1 de agosto de 2022, el estado de Georgia concedió a cada uno de ellos un millón de dólares como indemnización por su encarcelamiento injusto. Esa suma se reparte en pagos mensuales no imponibles de 2.612 dólares durante los próximos veinte años, lo cual supone 31.344 dólares anuales para

cada uno, de los que hay que deducir los honorarios de los abogados.

Es imposible ver a esos hombres hoy en día y no pensar «ojalá». Ojalá el portero del Tops Lounge hubiera dejado entrar a Mark pese a que le faltaban dos meses para cumplir veintiún años. Ojalá los tres soldados no se hubieran detenido por casualidad frente a la comisaría de Savannah en el momento exacto en que James White llegaba con la agente Deborah Evans. ¿Cuánto dolor y sufrimiento se habría evitado? ¿Y quién sabe lo brillante que podría haber sido la vida de Mark, Kenny y Dino?

El varón desconocido n.º 1

JOHN GRISHAM

Chester es la ciudad más antigua de Pennsylvania. Se fundó en 1682, cuando William Penn desembarcó a orillas del río Delaware y reclamó el territorio para la corona británica. Bautizó la nueva colonia con el nombre de Brotherly Love, o Amor Fraternal.

A principios del siglo XX, Chester era una ajetreada ciudad industrial que producía barcos, telas, automóviles y otros bienes de consumo, pero a mediados de siglo había perdido la mayoría de sus fábricas y la mitad de su población. Como muchas ciudades postindustriales del Cinturón Manufacturero, ha afrontado problemas de desempleo, contaminación, pobreza, corrupción y delincuencia.

Hoy, muchos edificios del centro están tapiados y, en 2022, Chester se declaró en quiebra.

Hay que evitar la mayoría de sus barrios cuando anochece. Una de las zonas más conflictivas es el extremo oeste de la ciudad. En la esquina de la calle Diez Oeste con Clover Lane, en pleno corazón del barrio, una mujer negra llamada Henrietta Nickens vivía sola en un piso pequeño de tres habitaciones situado en la planta baja de un viejo edificio. Tenía setenta años, era soltera y vivía con su hija, su hijo y dos nietas. Subsistía mes a mes con un pequeño cheque de la Seguridad Social, pero siempre tenía algunos dólares de sobra por si alguien necesitaba comida. La señora Nickens era increíblemente

generosa con los que la rodeaban e incluso alimentaba a desconocidos. Su salud estaba empeorando y padecía aterosclerosis coronaria grave y enfisema pulmonar.

La noche del 9 de octubre de 1997, la señora Nickens preparó la cena para su hija Carlotta y su nieta, llamada Niena. Las acompañaba Rufus McKinney, el novio de Carlotta. Cenaron sobre las 18.30 y luego fueron a la sala de estar, donde jugaron a las cartas, vieron la televisión y pasaron una hora riendo y bromeando. Para ellos era una noche típica. Hacia las 20.30, los tres invitados se fueron y Henrietta cerró la puerta con llave. Como un reloj, Carlotta llamó a su madre poco antes de las once para darle las buenas noches, pues sabía que estaría en el salón esperando a que el Canal 6 emitiera *Action News*, su informativo favorito.

Aquella llamada fue su última conversación.

En algún instante de la noche, un agresor, al que en ese momento se conocía únicamente como Varón Desconocido n.º 1, irrumpió en el piso de Henrietta y la atacó, violó y golpeó en su dormitorio. La mujer recibió varios golpes contundentes en la cabeza que, debido a su estado de salud, bastaron para matarla.

Cuando a la mañana siguiente no cogía el teléfono, Carlotta empezó a preocuparse. Hacia las dos de la tarde, ella, Rufus y Niena entraron en el piso y encontraron a Henrietta muerta en el pequeño pasillo que comunicaba el salón, el cuarto de baño y el dormitorio. No llevaba ropa interior, que más tarde encontraron en el suelo, junto a la cama. Tenía sangre en los brazos y la cara. Le pasaba un cable de teléfono por encima del cuerpo y tenía un palo de escoba al

lado. Además, se le había desprendido parcialmente la dentadura postiza inferior y el dormitorio había sido desvalijado.

Carlotta retrocedió horrorizada y llamó a la policía.

La escena del crimen era un caos. La cama, las sábanas y las paredes del dormitorio de Henrietta estaban salpicadas de sangre, y una toalla alojada entre la cama y una pared también. Había objetos tirados por todas partes y, cerca de la cama, un taburete de plástico con una pata rota. Era evidente que el Varón Desconocido n.º 1 había entrado por la puerta trasera, que estaba abierta y destrozada. En el suelo de la cocina, la policía fotografió una huella parcial de un pie. También encontró el bolso de Henrietta, aparentemente sin abrir. La televisión estaba apagada y el agresor la había sacado al pasillo.

Al parecer, el Varón Desconocido n.º 1 era uno de los delincuentes menos sofisticados que acechaban las calles de Chester. En algún momento del ataque, se quitó una chaqueta verde de la talla XXXL y la dejó sobre el pequeño televisor. Cuando hubo cometido el crimen, salió del piso y, con las prisas, se olvidó de coger la chaqueta. Por supuesto, los investigadores se la llevaron para analizarla.

Al día siguiente, 11 de octubre, se practicó la autopsia. La víctima presentaba numerosos cortes y heridas en los ojos, las mejillas, los labios y la barbilla. Se apreciaba un leve hematoma en la parte externa de la vagina y «semen en el recto», pero no había traumatismos visibles en el ano. En opinión del médico forense, de no ser por sus enfermedades previas y su mal estado de salud, las lesiones no habrían sido mortales.

El semen hallado en la víctima fue enviado al laboratorio estatal de criminalística, donde quedó en una larga cola de espera, y los resultados no llegaron a Chester hasta pasados nueve meses.

No había una explicación inocente para el semen encontrado en el recto de la mujer. Era anciana y soltera, tenía problemas de salud y no se le conocían compañeros varones. Su hija Carlotta, que hablaba a diario con ella y lo sabía todo sobre su vida, negó rotundamente que su madre tuviera novio.

En aquel momento, Niena tenía dieciocho años y salía con un joven llamado Sam Grasty, de diecinueve. Sam vivía cerca y conocía a su madre y a su abuela, y había estado varias veces en el piso de Henrietta. Niena y Sam tenían problemas de pareja, porque ella estaba embarazada y pensaba que él era el padre. Sam no estaba tan seguro. La situación empeoró cuando este afirmó que no lo era y que no quería que su nombre figurara en la partida de nacimiento.

El día que encontraron el cuerpo de Henrietta, Niena dijo a la policía que «pudo haberlo hecho» Sam.

A partir de ese instante, la investigación se centró en Samuel Grasty. Aparte del extraño comentario de Niena insinuando que había matado a su abuela, no había pruebas ni motivos creíbles. ¿Por qué un hombre de diecinueve años que mantenía una relación íntima con una mujer de dieciocho de repente decide atacar, violar analmente y matar a golpes a su abuela de setenta?

Si la policía tenía alguna pista, nunca se supo. No hay nada en sus informes, registros o testimonios que apunte siquiera a un móvil,

aparte de la venganza contra Niena por decir que él era el padre de su hijo.

Sin embargo, Sam Grasty se convirtió en el principal sospechoso. Veinticinco años después sigue en prisión, cumpliendo cadena perpetua por un asesinato que cometió el Varón Desconocido n.º 1.

La investigación estaba dirigida por un agente al que acababan de trasladar de Narcóticos a Homicidios y que trabajaba en su primer asesinato. Sin embargo, conocía el terreno y contaba con el surtido habitual de informadores y soplones.

En un lugar como Chester no faltaban delincuentes de poca monta, criminales callejeros, traficantes de drogas y adictos. La mayoría se habían visto expuestos al sistema de justicia penal y conocían sus entresijos. Un delito grave, como un asesinato, una violación o una redada antidroga, afectaba a suficientes personas de la calle como para generar interés y oportunidades. Una mujer llamada Lisa Foley fue una de las primeras en contactar con los investigadores para ofrecerles información privilegiada. Su historia era bastante inverosímil, pero la policía estaba dispuesta a creérsela de todos modos. Lisa explicó que se encontraba en un edificio abandonado manteniendo relaciones sexuales, tal vez por dinero, cuando oyó una información valiosa. Nunca describió el acto sexual que estaba practicando, pero es evidente que no requería mucha concentración, porque oyó a unas personas charlando frente al edificio abandonado.

El que más hablaba era Rick McElwee, de quince años, uno de los pocos chicos blancos del barrio. Tenía problemas con las drogas y

fumaba marihuana a diario desde los trece años. También vendía cocaína y la policía le seguía la pista. Según Lisa, McElwee estaba hablando del asesinato de Henrietta. Se encontraba con Sam Grasty; Derrick Chappell, de quince años, y Morton Johnson, de dieciocho. Supuestamente, estaban reprendiendo a McElwee porque no había entrado con ellos en el piso cuando atacaron y robaron a la señora Nickens.

No había ningún informe policial que detallara la conversación con Lisa.

Los agentes consultaron a sus compañeros de Narcóticos y se enteraron de que McElwee había estado vendiendo drogas a policías encubiertos, pero no había sido acusado. Los agentes lo arrestaron por esos cargos y lo llevaron a comisaría. Una vez allí, empezaron a hacerle preguntas. Más tarde aseguraron que no habían interrogado al chico sobre el asesinato de Nickens hasta que llegó su madre. Durante dos horas, McElwee mantuvo su inocencia mientras la policía amenazaba con acusarlo de asesinato. Finalmente, él y su madre salieron de la comisaría aterrorizados.

A lo largo de un mes, la policía siguió presionando a McElwee y finalmente lo obligó a confesar una historia ficticia sobre su participación en el asesinato.

Rick McElwee se convirtió en el testigo estrella. Su historia, o al menos la primera versión, decía que el 9 de octubre a las diez de la noche se encontraba en la calle Diez Oeste vigilando el piso de la señora Nickens mientras Sam Grasty, Derrick Chappell y Morton Johnson entraban por la puerta trasera. Estuvieron en la vivienda entre cinco y veinte minutos y robaron 30 dólares, que se repartieron entre los tres sin dar nada a McElwee. Sam Grasty

golpeó a la anciana. En la declaración no se mencionaba ninguna agresión sexual.

Tras prestar declaración, que fue grabada, acusaron a McElwee de asesinato, robo, agresión y relaciones sexuales desviadas. Nunca quedó claro por qué le imputaron cargos sexuales, ya que, según su falsa versión, no había entrado en el piso en ningún momento. Una vez más, los informes policiales eran escasos.

A cambio de su cooperación y de señalar a Grasty, Chappell y Johnson, aceptó un acuerdo para que le redujeran la pena a entre seis y doce años. También se declaró culpable de varios cargos relacionados con drogas, cuya condena de cárcel cumpliría simultáneamente con la de asesinato y robo.

Aparte de drogarse todos los días, el coeficiente intelectual de Rick McElwee era de sesenta y nueve, lo que se considera una discapacidad intelectual leve. Durante la vista para la imposición de la pena, celebrada en 1998, su abogado mencionó un informe del doctor Rowkos en el cual concluía que McElwee poseía capacidades cognitivas entre el límite y el rango leve de retraso mental. Ello mermaba significativamente su capacidad para aprender y funcionar de manera independiente. Asimismo, se dejaba influenciar fácilmente por los demás y mostraba una gran necesidad de atención, aceptación y cariño.

La investigación policial y, más tarde, la condena de Grasty, Chappell y Johnson, se basarían casi exclusivamente en el testimonio inventado de Richard McElwee.

El 13 de noviembre, Carlotta Nickens informó a la policía de que alguien había intentado cobrar el cheque de la Seguridad Social de su madre en una tienda del barrio. Si la policía investigó tal incidente, no hay constancia de ello.

Durante semanas, los investigadores hablaron con los tres sospechosos, que negaron vehementemente cualquier implicación en el crimen y tenían coartada para la noche del 9 de octubre. No tenían antecedentes penales graves, aunque Niena declaró a la policía que Sam Grasty, su novio, era un traficante de drogas de poca monta. Los tres sospechosos cooperaron plenamente con la policía, se personaron en comisaría cada vez que fueron citados y facilitaron muestras de pelo y sangre.

El 2 de diciembre de 1997, la policía registró, con las debidas órdenes judiciales, el domicilio de los tres sospechosos. Buscaban zapatos que pudieran coincidir con la huella encontrada en el suelo de la cocina y cualquier prueba de que la chaqueta verde que había dejado el Varón Desconocido n.º 1 era propiedad de Sam Grasty. Esperaban encontrar alguna foto de Sam con ella puesta. En cuanto identificaron a Grasty como principal sospechoso, se convencieron de que la chaqueta le pertenecía. Enseñaron fotos de la prenda a todos los testigos posibles y se referían a ella como «la chaqueta de Sam».

En el domicilio de Grasty, la policía incautó cinco pares de zapatillas/zapatos y otros artículos. En el registro practicado en casa de Morton Johnson encontraron unas zapatillas Reebok, pero en la de Chappell no había nada de interés.

Si la misteriosa huella coincidía con uno de los zapatos de Grasty o Johnson, la policía no dijo nada al respecto. La lógica dictaría que, si hubiera habido una coincidencia, la policía habría estado encantada con esa prueba adicional. Pero no la hubo, y las autoridades no se molestaron en informar de ello a los sospechosos o a sus abogados.

En los registros no se encontraron fotos ni otras pruebas que pudieran ayudar a la policía en su desesperado intento por demostrar que la chaqueta verde pertenecía a Grasty.

El 9 de julio de 1998, nueve meses después del asesinato, el laboratorio criminalístico de la policía de Pennsylvania comunicó sus resultados de ADN sobre el semen encontrado en el recto de la víctima. Los tres sospechosos —Grasty, Johnson y Chappell— fueron excluidos de manera concluyente, al igual que McElwee. El semen pertenecía al Varón Desconocido n.º 1, un hombre que nunca ha sido identificado.

En ese momento, la mayoría de los agentes de la ley profesionales habrían pedido más tiempo y reconsiderado el caso. Era evidente que la policía de Chester estaba persiguiendo a los sospechosos equivocados. Unas pruebas biológicas claras acababan de dar al traste con sus teorías de culpabilidad y se interponían en el camino de nuevos enjuiciamientos y, en última instancia, de cualquier posible condena. Se acababa de demostrar que la confesión de Richard McElwee era falsa.

Pero la policía de Chester había invertido demasiado en su poco convincente trabajo. Increíblemente, cambiaron su estrategia por una que en esencia decía: «La víctima no sufrió un robo y fue

violada, golpeada y asesinada; solo sufrió un robo y fue golpeada y asesinada. No hubo violación».

¿No hubo violación? Entonces ¿el sexo fue consentido? ¿Una viuda de setenta años con enfisema pulmonar y ateroesclerosis coronaria grave y sin novios conocidos ni amigos íntimos varones consintió en mantener relaciones anales sin protección antes o después de cenar con su familia?

La teoría era tan absurda que resultaba descabellada, pero permitió a la policía seguir investigando a Grasty, Johnson y Chappell. Necesitaban testigos y encontraron muchos. Su método favorito era concentrarse en chicos que ya tenían problemas y, por tanto, eran vulnerables. Los intimidaban, les mentían y los amenazaban con cargos de gravedad, e incluso les mostraban fotografías de la escena del crimen, todo ello con el fin de asustarlos para que prestaran falso testimonio contra Grasty, Chappell y Johnson.

Will Morgan tenía doce años en el momento del asesinato. Dieciocho meses después, ya con catorce, se encontraba en un centro de menores acusado de hurto cuando la policía llegó sin previo aviso y lo trasladó a la comisaría, donde fue interrogado.

Allí le mostraron fotografías de la escena del crimen, incluida una en la que la víctima yacía en el suelo con un cable de teléfono cerca del cuerpo. Después, acusaron a Will de estar en el piso con Sam Grasty, Derrick Chappell y Morton Johnson en el momento del asesinato. Como de costumbre, los agentes enseñaron a Will una foto de la chaqueta verde y se refirieron a ella como «la chaqueta de Sam». Will dijo que no creía haberla visto nunca.

La policía se reunió entonces con la madre de Will sin que él estuviera presente y le dijo que el chico tenía información sobre el asesinato y que más le valía cooperar o «las cosas podían ponerse muy feas».

Will no sabía nada del asesinato. Estaba aterrorizado porque iban a acusarlo si no decía a la policía lo que quería oír, así que lo hizo. En otra declaración falsa, aseguró haber oído a Grasty mencionar que iba a robarle a alguien y que, como conocía a la persona en cuestión, no sospecharían de él.

Posteriormente, Will Morgan se retractó por completo y firmó una declaración jurada en la que reconocía que su historia era falsa.

Boyd Burke, otro menor, estaba detenido por un tiroteo. Cuando fue interrogado y amenazado por la policía, se dio cuenta repentinamente de que tenía información. Su increíble historia era que se había encontrado con Sam Grasty mientras hacían cola en una tienda de comidas preparadas que estaba abarrotada de gente. Parecía el momento apropiado para confesar un asesinato, así que Grasty se lo contó a Boyd. Sin embargo, cuando este fue llamado a declarar en el juicio, lo negó todo y dijo que no recordaba haber hablado con los agentes ni haber prestado declaración. No obstante, la acusación logró que se admitiera como prueba la declaración falsa gracias al testimonio de un agente.

A Boyd le enseñaron una foto de la «chaqueta de Sam», pero no la reconoció. Después, los agentes interrogaron a otro menor, Lanier Moore, de quince años.

Le enseñaron a Lanier el informe y las fotografías y le dijeron que habían hablado con gente que aseguraba que sabía mucho acerca del crimen. Un agente le dijo que el caso sería sometido a un gran

jurado, que lo llamarían como testigo y que, si mentía, lo acusarían de perjurio. Los agentes dijeron que estaba ocultando información y amenazaron con acusarlo de complicidad en el crimen tras la detención de Grasty, Chappell y Johnson. También le enseñaron una foto de la víctima con un cable de teléfono cerca y lo presionaron para que les contara lo que le habían dicho Sam Grasty y los otros dos sobre el asesinato. Lanier se mantuvo firme y repuso que no había hablado con nadie del asesinato. Cuando le enseñaron una foto de la «chaqueta de Sam», dijo que no la reconocía.

Pasaron los meses y después otro año. Rick McElwee estaba en la cárcel cumpliendo su condena de seis a doce años. En septiembre de 1999, casi dos años después del asesinato, se cursaron denuncias contra Grasty, Chappell y Johnson, que fueron detenidos. Todos fueron acusados de asesinato en primer grado, asesinato en segundo grado, asesinato en tercer grado, robo, allanamiento de morada y conspiración para cometer todo lo anterior.

En Pennsylvania, un asesinato premeditado y planeado es de primer grado. Matar a alguien durante la comisión de otro delito es de segundo grado. El tercer grado abarca todos los demás tipos de asesinato.

Sin pruebas físicas ni biológicas contra Grasty, Chappell y Johnson, la acusación se enfrentaba a una ardua batalla y tuvo que apoyarse casi por completo en el testimonio de Rick McElwee.

La pregunta monumental que se planteaba era obvia: ¿de quién era el semen? Evidentemente, no pertenecía a los tres hombres acusados de asesinato, que estaban a punto de enfrentarse a un jurado.

Para proteger su fraudulenta investigación, la fiscalía no mostró reparos en ultrajar la memoria de Henrietta Nickens, una mujer generosa que vivía sola y modestamente, cuidaba de sus amigos y familiares y tuvo una muerte horrible.

Los fiscales urdieron una serie de escenarios tan sorprendentes y fantásticos que merecen figurar en algún libro de los récords. Para explicar las pruebas biológicas y convencer a los jueces y miembros del jurado de que el Varón Desconocido n.º 1 mantuvo algún tipo de relación sexual con la víctima pero no la mató, los fiscales presentaron lo siguiente en audiencia pública y por escrito, y tanto en los juicios como en las apelaciones:

Escenario escandaloso número uno

El 9 de octubre de 1997, antes de que la hija, la nieta y Rufus McKinney llegaran a su casa para cenar a las 18.30, Henrietta Nickens mantuvo relaciones anales consentidas y sin protección con el Varón Desconocido n.º 1. Cuando sus invitados se marcharon, se fue a la cama y posteriormente Grasty, Chappell y Johnson la atacaron, robaron y mataron a golpes.

Ese escenario era imposible. El semen habría salido por el recto, especialmente en el caso de una mujer que estaba preparando la

cena y recibiendo invitados. No había semen en la ropa interior encontrada junto a su cama.

Años después, durante una vista sobre unas pruebas recién descubiertas, el señor Alan Keel, experto en biología forense y análisis de ADN y escenas del crimen, demostró que el semen fue depositado en el recto de la víctima en el momento de su muerte o cerca de él. No había manchas en la ropa interior ni tampoco en su vestido de estar por casa. Si la víctima hubiera caminado y se hubiera movido después de practicar sexo, el semen le habría manchado la ropa interior o la ropa.

El señor Keel dijo: «El hecho de que hubiera una cantidad tan grande de semen en el recto cuando se tomó la muestra y de que no saliera semen de este […] en mi opinión demuestra que fue depositado en el recto en el momento de su muerte o cerca de él. No hubo mucha actividad después de que el semen fuera depositado».

Además, la señora Nickens no tenía amigos íntimos varones y no había tenido pareja ni «visto» a nadie desde hacía muchos años.

Escenario escandaloso número dos

Carlotta testificó al menos cuatro veces que su madre veía siempre las noticias de las once y luego se iba a la cama. Carlotta la llamaba todas las noches unos minutos antes de las once para darle las buenas noches, como hizo el 9 de octubre. Sin embargo, en la versión de los hechos que ofreció McElwee, vio cómo los tres acusados entraban en el piso a las diez. Independientemente de la

hora, ese escenario sostenía que, cuando sus invitados se fueron a las 20.30, y antes de que el grupo irrumpiera a las diez, la víctima permitió que el Varón Desconocido n.º 1 entrara en casa para practicar sexo anal. Luego se fue y los acusados la atacaron a las diez.

Ese escenario también era prácticamente imposible por las razones expuestas para el primer escenario escandaloso.

Shirletta Moore era amiga íntima de Henrietta y vivía cerca. Se visitaban a menudo y se hacían confidencias. Shirletta ayudaba a Henrietta con sus trámites, la llevaba al médico y le preparaba la comida. Cuando la policía le preguntó si la víctima tenía novio, respondió: «Desde luego que no». Era demasiado mayor y estaba demasiado enferma para cualquier actividad remotamente romántica. Shirletta habría sabido si alguien iba al piso de Henrietta, y las únicas personas que la visitaban aparte de la familia eran ella misma, Rufus McKinney y Sam Grasty.

Escenario escandaloso número tres

Después de golpear a la víctima hasta matarla, a los acusados de repente les preocupó que la policía los localizara, así que abandonaron el piso y fueron a algún lugar de Chester, a altas horas de la noche, y encontraron un preservativo recién usado que llevaron a la escena del crimen, donde consiguieron descargar su contenido en el recto de la víctima. Una maniobra tan astuta sin duda despistaría a la policía.

Esto desafía cualquier análisis.

¿Dónde se puede encontrar en Chester, o en cualquier otro lugar, un preservativo recién usado y con su contenido intacto?

Aquí, las falsas narrativas de la acusación chocan y se contradicen. Según Rick McElwee, el testigo estrella, su trabajo durante el crimen consistió en ejercer de vigía y avisar con un silbido si veía a la policía. Testificó en los cuatro juicios y tuvo que esforzarse mucho para mantener sus datos falsos, pero se aferró al testimonio de que vio a los tres entrar y salir por la puerta trasera del piso de la víctima. Supuestamente, dieron una patada a la puerta, entraron, permanecieron dentro entre cinco y veinte minutos y volvieron a salir por la parte trasera.

Durante los juicios y las vistas, McElwee no mencionó en ningún momento que los acusados se hubieran ido, hubieran vuelto y se hubieran marchado de nuevo.

Escenario escandaloso número cuatro

Después de golpear a la señora Nickens y robar 30 dólares, los tres salieron de su casa, pero solo un momento. En la calle se encontraron con el Varón Desconocido n.º 1, que al parecer era algo así como un violador a sueldo, y lo convencieron de que entrara con ellos en un piso en el que nunca había estado y violara analmente a la señora Nickens mientras estaba muerta o moribunda y, por supuesto, mientras ellos esperaban y tal vez observaban.

¿Por dónde empezar a echar por tierra una historia tan absurda?

Una vez más, McElwee, el as de la vigilancia, nunca dijo que los tres hubieran salido y vuelto a entrar, y desde luego nunca mencionó

a un cuarto varón, el desconocido, que regresó con ellos.

¿Cómo pudieron los tres acusados, que acababan de golpear gravemente a una mujer y tal vez la habían asesinado, convencer al Varón Desconocido n.º 1 de que los acompañara a cometer una violación con testigos?

¿Y la chaqueta verde? En el mundo ficticio de la acusación, Sam Grasty la llevaba puesta dentro del piso, se la quitó, la dejó encima del televisor y luego se olvidó de ella. Pero ¿muchas veces? Al entrar y salir de esos escenarios disparatados, ¿Sam se olvidó continuamente de su chaqueta verde? ¿Alguno de los otros acusados se dio cuenta de que la había dejado allí?

Escenario escandaloso número cinco

Después de golpear a la mujer hasta matarla, los tres salieron del piso y no regresaron. Por supuesto, dejaron abierta la puerta trasera, que acababan de forzar a patadas. Tras su marcha, entró en escena el Varón Desconocido n.º 1, quien irrumpió en el piso y agredió a la víctima, que estaba muerta o moribunda.

No se trata de desvaríos de un escritor desquiciado. Durante el juicio de Sam Grasty, el fiscal argumentó ante el jurado:

> Es frustrante. No sabemos si la señora Nickens mantuvo algún tipo de relación con alguien antes de que su hija llegara a cenar. No sabemos si fue violada aquella noche. No sabemos si tal vez algún vecino del barrio, o alguno de esos hombres que entraron allí [Grasty, Chappell, Johnson], cogió un condón usado en algún sitio para despistar a la policía. No sabemos cómo llegó hasta allí. No sabemos si fue violada. Y, como no sabemos si fue violada,

> el hecho de que el ADN de este acusado [Grasty] no coincida con el semen no lo excluye de los delitos de robo, asesinato y homicidio. Simplemente significa que no violó a la señora Nickens, si es que fue violada.

Los tres casos fueron juzgados por separado con unos meses de diferencia. En enero de 2000, Derrick Chappell fue el primero. Pero, antes del juicio, le ofrecieron un pacto: a cambio de declararse culpable del asesinato y de cooperar en los juicios contra los otros dos acusados, sería condenado a entre seis y doce años de prisión. Como ya estaba en la cárcel, cumpliría unos cuatro años más y saldría. Derrick mantuvo su inocencia, se negó a delatar a sus compañeros, que también eran inocentes, y rechazó la oferta. Fue declarado culpable de asesinato en segundo grado, robo, allanamiento de morada y conspiración, y condenado a cadena perpetua sin libertad condicional. Samuel Grasty fue el siguiente, y su juicio por asesinato en primer grado terminó sin acuerdo del jurado. Tres meses después, el juez volvió a procesarlo por asesinato en segundo grado y fue condenado a cadena perpetua sin libertad condicional.

Cuando comenzó el juicio de Morton Johnson en diciembre de 2001, llevaba quince meses en la cárcel y estaba al tanto de las condenas de Sam Grasty y Derrick Chappell. No había participado en sus juicios porque se había negado a cooperar con los fiscales. Los tres acusados se habían mantenido firmes en su postura y no habían delatado a los demás. Tampoco había nada por lo que delatarlos. No sabían nada porque no habían participado en el crimen.

Los fiscales ofrecieron el mismo trato a Morton, pero, al igual que Derrick, dijo que no. Si Morton hubiera aceptado y se hubiera

declarado culpable, habría cumplido algunos años más y, como McElwee, habría salido de la cárcel hace dos décadas.

Sin embargo, como no era culpable, se negó a decir que lo era y no quiso cooperar, y hoy sigue en prisión sin posibilidad de libertad condicional.

Los juicios de Grasty y Chappell fueron pura fachada. Los jueces, fiscales, policías, testigos y abogados defensores eran blancos, al igual que la mayoría de los miembros del jurado. Estos decidieron creer al testigo estrella de la acusación, Rick McElwee, que también era blanco.

Morton no confiaba en el sistema y no veía muchas posibilidades de éxito. Pero, cuando supo que el juez era afroamericano, pensó que su suerte podría cambiar. R. C. Wright era el único juez negro de un total de doce. El representante de Morton era Guy Smith, un abogado penalista con fama de duro e inteligente. Morton y él comentaron estrategias para el juicio y llegaron a la conclusión de que tendrían más posibilidades con un juez negro que con un jurado blanco.

Y había otra razón: Morton había comparecido ante el juez Wright en dos ocasiones por delitos menores, de los que se declaró culpable. En aquel momento, el juez Wright le creyó, así que supuso que también le creería cuando se declarara inocente.

Él y Guy Smith optaron por un juicio sin jurado.

Morton testificó en su propia defensa y tenía una buena coartada. El 9 de octubre trabajó hasta las 20.30 y cogió el autobús para volver a casa, donde vivía con su madre y el novio de esta. Aquella noche no salió. Su madre avaló la historia, pero contradecía totalmente lo que Rick McElwee ya le había contado al juez Wright.

En un momento dado, el juez, que obviamente no entendía dos historias completamente distintas, preguntó a Morton: «¿Se le ocurre alguna razón por la que [McElwee] hizo esas declaraciones sobre usted o lo acusó en este asunto?». Morton repuso que no tenía ni idea de por qué lo había hecho.

¿Por qué? ¿Qué tal el hecho obvio de que McElwee no quería ser acusado de asesinato y eligió un acuerdo mucho más indulgente?

Es imposible saber si el juez Wright era simplemente inexperto, ingenuo o ambas cosas. Lo más probable es que, tras varios años en el estrado y numerosos encontronazos con testigos que mentían, desconfiara mucho más de sus motivos y declaraciones. A lo mejor el juez Wright cayó en la misma trampa en la que caen prácticamente todos los jurados: les resulta imposible creer que un testigo entre en la sala del tribunal, ponga la mano sobre la Biblia, jure decir la verdad e inmediatamente empiece a contar falsedades, muchas de ellas urdidas por la policía y la fiscalía.

Sea cual fuere el motivo, el juez Wright se puso del lado de la acusación, se tragó las mentiras de McElwee, declaró a Morton culpable de asesinato en segundo grado y lo condenó a cadena perpetua sin libertad condicional.

Las condenas se basaron casi enteramente en el testimonio de Rick McElwee. No había huellas dactilares en el piso de la víctima que coincidieran con las de los acusados. Ninguna huella de zapato. Ninguna prueba física en absoluto, excepto la chaqueta verde que supuestamente llevaba Sam Grasty y se dejó allí olvidada. Él negó

que fuera suya, y Chappell y Johnson dijeron que no la habían visto nunca.

El testimonio de McElwee varió de un juicio a otro, pero el resumen es que tramó un plan con los tres sospechosos para entrar y robar en el piso de la víctima. Nunca quedó claro por qué iban a robar a una anciana enferma y sin dinero, ni por qué Sam Grasty pensó en robar a la abuela de su novia. Tampoco por qué se arriesgó a ser identificado por una mujer a la que conocía bien.

Gran parte del testimonio de McElwee siempre fue confuso. Reconoció ser un gran consumidor de marihuana y haber fumado todos los días desde que tenía trece años. En cambio, aseguró que el día del asesinato solo había fumado un *blunt* (un puro barato al que se extrae el tabaco para rellenarlo de marihuana). Ese fue su testimonio durante el juicio de Derrick Chappell. Pero en el segundo juicio de Sam Grasty, celebrado unos meses más tarde, declaró que el 9 de octubre se había fumado tres *blunts*. En su confesión a la policía y en la vista preliminar, dijo que la noche del asesinato se fue a casa a las nueve y se reunió con los otros tres sospechosos. Grasty estaba hablando de cometer un robo. Chappell se fue a casa y volvió una hora después. En su ausencia, los otros tres pasaron el rato sentados en unos escalones. Entonces, Grasty le dijo a McElwee que se quedara en la esquina y silbara si veía a la policía. Luego irrumpieron en el piso de la señora Nickens. Sin embargo, el día el juicio contó una historia diferente. La banda se citó a las nueve en un edificio abandonado y luego se dispersó. Grasty, Johnson y McElwee se fueron a casa. Chappell vivía en los pisos de protección oficial y fue allí. Una hora después volvieron a encontrarse en el edificio abandonado y enfilaron la calle hasta el piso de la víctima.

En la vista preliminar afirmó que él se dedicó a vigilar desde la esquina de la calle Diez con Booth, pero en los juicios cambió de ubicación y dijo que estaba en la esquina de la Diez con Clover, una manzana más cerca del piso de la víctima.

Abraham Lincoln dijo que ningún hombre tiene tan buena memoria como para ser un buen mentiroso. Pocos mentirosos han tenido tantas discapacidades como Rick McElwee. Con su limitada capacidad cognitiva y su historial de consumo de drogas, no pudo mantener una versión coherente de su ficción durante las múltiples vistas y juicios. En la vista preliminar, declaró que desde su posición de vigía podía ver la puerta trasera del piso de la señora Nickens, que se encontraba junto a un pequeño porche. Vio claramente a los tres sospechosos entrar en el porche, donde Grasty dio «una o dos patadas» a la puerta. Después vio a los tres entrar en el piso. Minutos después, vio a los tres salir por la misma puerta trasera.

Sin embargo, durante el juicio de Chappell, el primero de los tres, McElwee testificó que divisaba el porche trasero, pero que no pudo ver a ninguno de los tres sospechosos cuando llegaron a él ni tampoco adónde fueron.

En el primer juicio de Grasty, McElwee añadió algunos golpes más y dijo que Grasty pateó la puerta cuatro o cinco veces. En el de Johnson, los redujo a «dos o tres». Finalmente, en el segundo juicio de Grasty, se confundió por completo y dijo que nunca había visto a Grasty patear la puerta. Cuando le hicieron notar su testimonio anterior, reconoció que desde donde estaba no pudo ver a Grasty propinar patadas a la puerta. De hecho, ni siquiera pudo verlo en el porche.

En sus numerosas versiones de los hechos, nunca quedó claro por qué la banda ficticia necesitaba un vigía.

Según McElwee, los tres asaltantes estuvieron en el piso de Nickens entre cinco y veinte minutos. Los vio salir del piso, pero luego es posible que no los viera. Se reunió con el grupo cuando avanzaba por la calle Diez y Grasty supuestamente dijo: «Solo tenemos 30 dólares». Más tarde, McElwee declaró que no se habló de dinero en ningún momento. En su confesión dijo que vio los 30 dólares y cómo se los repartían los otros tres. En la vista preliminar y en el segundo juicio de Grasty, afirmó que no vio el dinero. Pero en el juicio de Johnson declaró que no había visto el dinero y que no sabía si los otros tres se lo habían repartido. Sin embargo, cuando la defensa esgrimió su confesión inicial, cambió de parecer y recordó haber visto los 30 dólares y cómo se los repartían. Cuando le pidieron que explicara ese cambio de testimonio, dijo: «Bueno, probablemente fue un desliz mental. Fumo hierba».

Cuando la policía examinó la chaqueta verde y vació los bolsillos, encontró (1) una pajita roja con un extremo mordisqueado, (2) una bolsa de plástico transparente con un polvo blanco que, como se confirmó después, era cocaína, y (3) un sobre de papel cristal con un polvo blanco que no era una sustancia ilegal.

Ni la fiscalía ni los abogados de la defensa realizaron pruebas de ADN a la pajita mordisqueada ni a la chaqueta.

Dichas pruebas no se llevarían a cabo hasta años después.

En 2004, los abogados de Grasty se enteraron de que la chaqueta había sido sometida a una prueba de ADN después de que fuera condenado a cadena perpetua y exigieron más análisis, pero la acusación se opuso y el juez no los autorizó.

En 2021, otros abogados que representaban a Johnson, Grasty y Chappell lograron obtener más pruebas de ADN de la chaqueta verde y su contenido. Se extrajo una muestra suficiente de la pajita roja mordisqueada y tenía el mismo perfil de ADN que la persona con la que se correspondía el semen hallado en la víctima. En otras palabras, la pajita había sido mordisqueada por el Varón Desconocido n.º 1. Al parecer, la chaqueta era suya.

En esas pruebas también se encontró una mancha de semen en la manga de la chaqueta.

Solo el Varón Desconocido n.º 1 sabía por qué su chaqueta tenía una mancha de semen, pero el perfil de ADN también era suyo.

En las pruebas también se encontró una mancha de semen en la sábana de la víctima. Estaba mezclada con su sangre y, según un experto, demostraba que la víctima había sido golpeada y violada en su cama por el Varón Desconocido n.º 1.

Se descartó que el ADN de la pajita roja y las manchas de semen fuese de Samuel Grasty, Derrick Chappell o Morton Johnson.

Para recapitular, se recogieron al menos cuatro muestras de fluidos corporales en la escena del crimen: (1) una abundante muestra de semen tomada del recto, (2) una mancha de semen mezclada con sangre en una sábana, (3) una mancha de semen en la chaqueta verde y (4) una muestra de saliva extraída de la pajita roja mordisqueada que se encontró en el bolsillo de la chaqueta.

Las cuatro pertenecían al Varón Desconocido n.º 1, el hombre que asesinó a Henrietta Nickens.

Samuel Grasty, Derrick Chappell y Morton Johnson fueron descartados por las pruebas de ADN, pero han cumplido veinticinco años de prisión y aún no tienen esperanzas de salir en libertad condicional.

Frente a esas pruebas abrumadoras, los fiscales lucharon para evitar la verdad. Se han opuesto sistemáticamente a la realización de más pruebas de ADN, con una excepción en 2021, y, desde que se completaron esas pruebas, se han negado continuamente a la concesión de amparo para los tres reclusos.

Según la ley de Pennsylvania, hay un proceso en cuatro pasos que debe cumplir un acusado que solicite un nuevo juicio debido a la aparición de nuevas pruebas. En los litigios posteriores a la condena, no se permite al acusado volver a la antigua sala y argumentar sobre lo que el jurado debería o no haber hecho. El jurado ha evaluado las pruebas y ha declarado culpable al acusado. Pero si hay nuevas pruebas que (1) no podrían haberse obtenido antes del final del juicio con el ejercicio de una diligencia razonable, (2) las nuevas pruebas no son meramente corroborativas o acumulativas, (3) no son simples pruebas impugnatorias y (4) son de tal naturaleza que su uso probablemente dará lugar a un resultado diferente en un nuevo juicio, entonces, y solo entonces, se concederá. Debe cumplirse cada uno de los cuatro requisitos.

El semen encontrado en la víctima era una vieja prueba de ADN. Era conocida durante los juicios y fue tomada en consideración por

los jurados, cuyos miembros declararon culpables a los tres acusados a pesar de todo. No hay posibilidad de un nuevo juicio.

Las nuevas pruebas de ADN son (1) la mancha de semen de la cama, (2) la mancha de semen de la chaqueta y (3) la saliva de la pajita roja. Hoy, la fiscalía reconoce que las nuevas pruebas de ADN son oportunas y que no podrían haberse descubierto en el momento de los juicios. Los demandados cumplen el primer paso.

Segundo paso: la acusación argumenta que las nuevas pruebas de ADN son meramente acumulativas a lo que ya se conocía durante los juicios, a saber, que el semen del recto no pertenecía a los tres acusados. Era del Varón Desconocido n.º 1. Por tanto, las nuevas manchas y la saliva, todas ellas pertenecientes al mismo hombre, en realidad no son nada nuevo porque los miembros del jurado básicamente ignoraron el testimonio durante el proceso judicial. La acusación afirma que los acusados no han superado el segundo paso.

Los abogados de los acusados aducen que, con los métodos de análisis de ADN mejorados de hoy en día, es aún más evidente que el Varón Desconocido n.º 1 actuó solo cuando irrumpió en el piso de la víctima, la golpeó, la violó, la dio por muerta y se dejó la chaqueta verde con aún más muestras de ADN. Así pues, las nuevas pruebas no son meramente corroborativas o acumulativas y se cumple el segundo paso.

Tercer paso: los acusados alegan que las nuevas pruebas no son meramente impugnatorias y la acusación no lo discute.

Cuarto paso: ¿se daría un resultado diferente en un nuevo juicio? Con las nuevas pruebas, nada les gustaría más a los acusados que gozar de otra oportunidad ante el tribunal. La acusación sigue

afirmando que existían y existen pruebas suficientes para demostrar su culpabilidad. No tienen derecho a un nuevo juicio. Se ha hecho justicia.

En noviembre de 2023, los fiscales argumentaron enérgicamente, en un escrito de cincuenta páginas, que el ADN carece de importancia, que pudo no haber habido violación y que ellos, los fiscales, no están seguros de cómo llegó el semen a donde llegó, pero los tres acusados siguen siendo culpables.

Los defensores y los abogados de personas acusadas injustamente dicen que es mucho más fácil condenar a un inocente que sacarlo de la cárcel. Para imponer condenas solo se necesita una detención, con la omnipresente presunción de culpabilidad, y un juicio en el que las autoridades se basen en testigos falaces que dirán cualquier cosa para evitar pasar más tiempo entre rejas. Para deshacer ese entuerto se necesitan años de trabajo gratuito de abogados especializados en condenas injustas y cientos de miles de dólares en pruebas, peritos e investigadores. También hace falta algo de suerte.

A Sam Grasty, Derrick Chappell y Morton Johnson, la suerte les ha sido esquiva en el sistema de justicia penal. Fueron condenados por error en los tribunales estatales del condado de Delaware, Pennsylvania. Sus condenas injustas fueron confirmadas por los tribunales de apelación de la Mancomunidad. Sus recursos de *habeas corpus* en los tribunales federales fueron igualmente infructuosos.

Las cifras se han publicado tantas veces que la mayoría de los estadounidenses están cansados de ellas. Apenas pasa un día sin que un periódico o revista de noticias importante nos recuerde nuestra patética dependencia del castigo para curar problemas que no podemos resolver de otro modo. Hay unos 2,3 millones de estadounidenses entre rejas, la tasa más alta jamás conocida. Encerramos a más conciudadanos que ningún otro país en toda la historia. Ello causa un perjuicio social y económico enorme a nuestros ciudadanos más vulnerables: la gente pobre de color.

Las causas del encarcelamiento masivo son bien conocidas y han sido estudiadas a fondo.

Desde que comenzamos la «guerra contra las drogas» en los años setenta, el número de presos se ha disparado, mientras que el consumo de drogas apenas ha disminuido. Algunos políticos han aprobado leyes de mano dura con penas más largas para delitos menores y onerosas restricciones tras la puesta en libertad. Esas leyes y políticas han fracasado estrepitosamente. Hemos perdido la guerra contra las drogas y nuestras víctimas están muertas o en prisión.

Los hombres negros, pobres y sin estudios son los más afectados por la encarcelación masiva. Representan el 13 por ciento de la población estadounidense, pero el 35 por ciento de la población encarcelada. Más del 80 por ciento de sus detenciones son por delitos menores y no violentos.

El racismo es una de las principales causas del encarcelamiento masivo. El hecho de que los sospechosos negros reciben un trato

más duro que los blancos es una realidad simple y a la vez compleja. Desde la sospecha, la investigación, la detención, la fianza, la acusación y la selección del jurado, los negros son tratados de manera distinta.

El caso Chester es un ejemplo perfecto. La policía y los fiscales eran blancos, y la mayoría de los jueces y miembros del jurado también. Las autoridades prefirieron creer las mentiras de un chico blanco de quince años, con problemas cognitivos y drogadicto, que las pruebas aportadas por Sam Grasty, Derrick Chappell y Morton Johnson, todos ellos con coartadas firmes y sin móvil para cometer el crimen.

Rick McElwee contó las mentiras que la policía elaboró para él, cumplió seis años de cárcel y salió en libertad hace casi veinte años.

Sam y Morton dijeron la verdad y llevan veinticinco años encerrados. Salvo que haya un milagro, morirán en la cárcel. Derrick era menor cuando fue condenado y podrá optar a la libertad condicional dentro de cuatro años.

Pero a veces ocurren milagros. La suerte puede aparecer cuando menos se la espera.

El 28 de marzo de 2024, la jueza Mary Ann Brennan, del Tribunal de Causas Comunes, sorprendió a los tres acusados, a sus abogados y a los fiscales con un fallo inesperado. Anuló los veredictos de culpabilidad y ordenó nuevos juicios para Sam, Derrick y Morton. El fiscal del distrito tenía treinta días para apelar su decisión o aceptarla.

Jack Stollsteimer, el fiscal del distrito, esperó hasta el trigésimo día y apeló la sentencia de la jueza Brennan. En Pennsylvania, el tribunal de apelación tarda al menos un año en pronunciarse sobre este tipo de recursos.

La historia de las cintas

JIM McCLOSKEY

James Buckley, un empleado de gasolinera de diecinueve años, sufrió una muerte violenta el domingo 2 de enero de 1983 mientras trabajaba en el turno de noche en una estación de servicio Vickers de Dellwood, Missouri, a las afueras de San Luis. Buckley había terminado el bachillerato, asistía a la universidad local y vivía con su madre, Gloria. Desde junio de 1982, trabajaba tres noches por semana en Vickers.

Buckley fue hallado sobre las dos de la madrugada, tumbado boca arriba en el almacén. Le habían descerrajado siete disparos con un rifle del calibre 22, uno en el corazón y varios en el pecho, el brazo izquierdo y el abdomen. Tenía un corte profundo en la parte superior de la cabeza que le atravesaba todo el cuero cabelludo.

No se encontró el arma, pero en el suelo, junto a él, había fragmentos del rifle y el muelle y varios casquillos de bala. Faltaba la cartera de Buckley y, misteriosamente, la barra de un metro de longitud que utilizaban para cerrar la puerta trasera del almacén desde el interior. No parecía que nadie hubiese entrado a la fuerza.

No se descubrieron huellas ni ninguna otra prueba física que relacionara a nadie con el crimen. Ni la tienda ni el almacén daban muestra de desorden excesivo. No se llevaron dinero de la caja registradora ni tampoco del almacén, donde había 361 dólares en

una caja fuerte que estaba abierta, lo cual indica que los asesinos fueron interrumpidos por alguien que entró en la estación de servicio. Se encontraron varias bolsas pequeñas de marihuana bajo el mostrador y en el coche de Buckley.

Dellwood es una ciudad de algo menos de tres kilómetros cuadrados, uno de los ochenta y ocho municipios que componen el condado de San Luis, todos ellos con su propio cuerpo de policía. El asesinato de Buckley apareció en todas las televisiones, radios y periódicos. En los dieciocho meses anteriores, San Luis se había visto afectado por una oleada de robos y asesinatos. Once estaciones de servicio sufrieron ataques que se saldaron con seis empleados muertos y otro herido. La de Buckley fue la séptima muerte.

El departamento de policía de Dellwood solicitó la activación de la Brigada de Casos Graves (MCS, por sus siglas en inglés) de la zona metropolitana de San Luis para que investigara el asesinato de Buckley. La MCS era un grupo de trabajo multijurisdiccional que recurría a agentes de toda la región para prestar servicios forenses y de investigación en casos de homicidio cuando así lo solicitaba la policía local. En el caso Buckley, el comandante de la MCS era el capitán Dan Chapman, que llevaba quince años trabajando en el diminuto cuerpo de policía de Dellwood. A Chapman le asignaron veinte agentes, que trabajarían a tiempo completo durante las semanas posteriores.

En el transcurso de la hora previa a la muerte de Buckley, varios clientes y amigos habían visitado la estación de servicio. El primero fue Donald Brunner, el mejor amigo de Buckley y excompañero de instituto. Brunner dijo a la policía que llegó a Vickers sobre las 00.30

y se marchó al cabo de una hora. Mientras estaba allí apareció Kathy Brockhan, una amiga del instituto, que quería que Buckley le diera algo de hierba gratis, pero este le dijo que no tenía. Tras pasar unos diez minutos con los dos en la gasolinera, Kathy se fue. Más tarde, declaró a la policía que Brunner y Buckley parecían nerviosos y reacios a continuar la conversación durante su visita. También mencionó que Buckley parecía «colocado», pero Brunner no, y que sabía que Buckley compraba marihuana por kilos a un precio de entre 360 y 450 dólares a un vendedor cuya identidad afirmó desconocer.

Minutos después de que se fuera Kathy entraron dos clientes varones de veintipocos años, uno asiático y el otro blanco. Aunque Buckley no los conocía, se ofreció a venderles hierba. Los clientes compraron «media bolsita» y se marcharon. A continuación, Brunner y Buckley se fumaron un par de porros en el coche del primero. Hacia la 1.30, Brunner se fue a casa.

Entre la 1.30 y la 1.40 llegaron otros dos clientes a la gasolinera para comprar tabaco: primero Anthony Longo y luego Ken Main, que llegó poco después de que Longo se marchara. Ambos vieron a un hombre negro vestido con una chaqueta militar verde apoyado en el mostrador frente a Buckley, que estaba al otro lado. Sus descripciones del hombre diferían ligeramente. Main calculaba que tenía entre treinta y cuarenta años y Longo unos veinticinco, pero ambos coincidían en que era alto —entre un metro ochenta y un metro noventa— y que llevaba el pelo a lo afro. Longo, que se fijó en que el hombre llevaba botas negras, rechazó la oferta de Buckley. Le pareció extraño que intentara venderle hierba y se marchó con sus cigarrillos. Main, en cambio, vio algo más antes de irse. Buckley

tenía una expresión de angustia y parecía estar suplicándole con la mirada que se quedase.

Minutos después de que Main saliera, Jim Abernathy, un camarógrafo, entró a comprar tabaco. Era la 1.40 o la 1.45 y no vio a nadie en la gasolinera, cosa que le resultó inquietante. Vio que la puerta del almacén estaba entreabierta y se sintió observado. En lugar de preguntar si había alguien, se fue rápidamente.

Entonces llegó Ellen Reasonover, una madre soltera negra de veinticuatro años que tenía una hija de dos llamada Charmelle. Ambas vivían con Elizabeth, la madre de Ellen. Su relato de lo sucedido aquella noche sigue siendo el mismo a día de hoy.

Hacia la medianoche, Ellen había salido del piso familiar de Dellwood para hacer la colada en una lavandería de la zona. Estaba acostumbrada a hacerlo a esas horas porque a su madre le era más fácil cuidar de la niña cuando ya se había quedado dormida. Ellen tardó más de dos horas en lavar y secar la ropa acumulada, unas ocho cargas. Cuando se quedó sin monedas para las máquinas, fue a Vickers a por cambio y tabaco y llegó poco después de que Abernathy se marchara.

Al entrar vio a un hombre negro sentado en la ventanilla de caja. Cuando observó que se dirigía hacia él, desapareció en la parte trasera de la gasolinera. Ellen golpeó la ventanilla fuerte y ruidosamente para que la atendiera, pero fue en vano. Más tarde lo describió como un hombre de entre diecinueve y veintiún años, de piel muy clara y alrededor de un metro setenta de estatura. Llevaba una camisa a cuadros negros y rojos tipo pescador con un sombrero a juego que se quitó al verla.

Un par de minutos después se dio por vencida y volvió a su coche. Fue entonces cuando vio un vehículo aparcado junto al edificio. Tenía al menos diez años de antigüedad, era de color oscuro —azul marino o negro— y los neumáticos eran llamativos: llantas con bordes blancos y un neumático plateado en el maletero. Supuso que era un Cadillac o un Buick. Entonces observó a dos hombres salir de la gasolinera por la puerta lateral, uno de ellos con chaqueta militar, y montarse en el coche. Una tercera persona ya estaba en el asiento trasero. Cuando Ellen salía de la gasolinera, vio que el otro coche también se iba, y dedujo que sus ocupantes trabajaban allí y habían terminado el turno.

Después fue a un 7-Eleven cercano a por cambio. Al salir de la tienda, vio llegar al hombre de piel clara con camisa a cuadros y a un amigo, que se apearon del coche y fueron hacia el establecimiento. Cuando pasaron junto a ella, reparó en que el acompañante del sujeto de piel clara estaba molesto con él. Dicho hombre llevaba una chaqueta verde, botas militares y vaqueros. Tenía bigote y barba poco poblados y el pelo a lo afro y corto. Medía entre un metro ochenta y un metro noventa y tenía unos treinta años y los ojos muy enrojecidos. Poco después, cuando regresó a la lavandería, Ellen oyó sirenas de policía en dirección a Vickers.

El cuerpo de Buckley fue descubierto poco después de que Ellen y los hombres negros se marcharan de Vickers. Varios clientes habían entrado en la gasolinera en busca de un empleado que atendiera los surtidores, que no funcionaban. Encontraron el cadáver en el almacén y a las 2.01 llamaron a la policía, que acudió a los pocos minutos.

Cuando Ellen despertó por la mañana, vio la noticia del asesinato en televisión. Se alarmó al saber que la víctima, un hombre blanco, había muerto sobre la hora en que ella estaba en la gasolinera y se preguntaba si habría visto a los asesinos.

Su madre la animó a ponerse en contacto con las autoridades. A regañadientes, llamó a la policía de Dellwood el 3 de enero a la 1.42. Al principio no quería dar su verdadero nombre y se identificó como «Sheila Hill». Temía que, si había visto a los asesinos, pudieran localizarla. Ni se le pasó por la cabeza que la policía pudiera ser la verdadera amenaza.

Una vez que el agente que atendió la llamada se dio cuenta de la posible importancia de su testimonio, le pidió que contactara con el capitán Chapman, que dirigía la investigación, para una entrevista más detallada. Después de pensárselo, finalmente llamó a Chapman al día siguiente, 4 de enero, a las 22.10, utilizando todavía el nombre de «Sheila Hill». Chapman grabó la llamada sin que ella lo supiera. Al final de lo que fue una larga y detallada conversación telefónica, Chapman la convenció para que fuera inmediatamente a la comisaría a ver unas fotos. Cuando le propuso una recompensa de 3.000 dólares, Ellen la rechazó y dijo que se la diera a la familia de la víctima. No la motivaba el dinero; tan solo quería ayudar. A su llegada a las 23.30, se identificó como Ellen Reasonover y contó su historia.

El capitán Chapman le enseñó un álbum de fotos con las fichas policiales de doscientos cincuenta hombres negros. Con indecisión, Ellen identificó a dos hombres como los que vio la noche del asesinato. Su descripción del hombre enfadado del 7-Eleven encajaba con la que habían ofrecido Longo y Main del individuo al

que habían visto hablando con Buckley, que estaba visiblemente nervioso, poco antes de que lo mataran. Los tres testigos aseguraron que vestía una chaqueta militar verde, medía entre un metro ochenta y un metro noventa y llevaba botas negras. Ellen y Main calculaban que tenía unos treinta años, mientras que Longo estimó su edad en unos veinticinco.

Ellen explicó a Chapman por qué había utilizado un nombre ficticio. Los dos hombres le habían parecido «peligrosos» y no quería que su nombre apareciera en el periódico.

La tarde del 5 de enero, Ellen y Ken Main participaron en dos ruedas de reconocimiento, cada una de las cuales incluía a uno de los hombres que Ellen había identificado el día anterior. Según Main, uno se parecía mucho al hombre de la chaqueta militar verde. Sin embargo, no pudo identificarlo con seguridad ni a él ni a ningún otro integrante de la rueda de reconocimiento. Según Chapman, Ellen identificó claramente a uno de ellos como el hombre de piel clara y camisa a cuadros que estaba sentado en la ventanilla de caja, pero no fue capaz de identificar al otro. Ellen insiste en que nunca identificó a ninguno de los dos en las ruedas de reconocimiento. Luego resultó que ambos estaban en la cárcel cuando Buckley fue asesinado.

Con intención de seguir prestando ayuda, Ellen le dijo a Chapman que el sospechoso de piel clara podía ser un hombre al que había conocido meses antes en una fiesta y que una amiga que había salido con él sabía cómo se llamaba. Ellen preguntó el nombre a su amiga y se lo comunicó a Chapman. Al día siguiente, 6 de enero, Ellen lo identificó en una rueda de reconocimiento fotográfico como

el hombre que había visto en la ventanilla de la gasolinera. Se llamaba Willie Love y fue interrogado de inmediato.

Esa misma tarde, la policía entrevistó a una empleada del Dairy Queen de Dellwood que había informado previamente de que, el 31 de diciembre, un día y medio antes del asesinato, dos sospechosos negros entraron tres veces en el establecimiento en el transcurso de dos horas. La empleada dijo que uno tenía la piel clara y llevaba un impermeable beis. Según ella, el otro medía más o menos un metro noventa y llevaba una chaqueta militar verde. Cuando le mostraron una serie de fotos de diez hombres, la empleada señaló la de Willie Love y dijo: «Este se parece al del impermeable beis». Luego le pidieron que firmara y fechara la foto.

El Dairy Queen estaba muy cerca de Vickers. Por lógica, esos dos hombres podían ser los que Ellen vio en Vickers y en el 7-Eleven. El hombre de la chaqueta militar del Dairy Queen coincidía con la descripción del hombre al que Longo y Main vieron hablando con Buckley justo antes de que le dispararan. Y la identificación de Willie Love que ofreció la empleada del Dairy Queen daba credibilidad a Ellen cuando dijo que podía ser el compañero de piel clara del hombre que llevaba la chaqueta militar.

Sin embargo, esa noche Love fue sometido a una prueba psicológica de estrés vocal, un examen informático supuestamente capaz de medir el estrés en la voz de una persona como indicador de engaño. Aunque la policía del condado de San Luis la utiliza ocasionalmente, los expertos en justicia penal consideran que es muy poco fiable y no se admite como prueba en ningún tribunal. No obstante, basándose en dicha prueba, el examinador concluyó que Love no tenía nada que ver con la muerte de Buckley. El mismo

examinador realizó la prueba a Ellen una hora después y determinó que era una testigo veraz.

También se comprobó la coartada de Love y fue exculpado y puesto en libertad la mañana del 7 de enero.

Anteriormente, Brunner, el amigo de Buckley, había sido sometido a la prueba del polígrafo, que lo exculpó del asesinato. No obstante, el poligrafista dijo a la MCS que, en su opinión, Brunner podía saber quién lo hizo y por qué. La respuesta de Brunner a dos preguntas —«¿Sabe quién disparó a Jim Buckley?» y «¿Sabe por qué mataron a Buckley?»— eran indicios claros de engaño. De hecho, Brunner reconoció que él y Buckley vendían marihuana juntos y que tenían un «problema común» relacionado con su negocio de drogas.

Otros cuatro conocidos de Buckley y Brunner dijeron a la policía que los dos traficaban con marihuana. La mañana después del crimen, un hombre llamado Louis Montgomery, cuyo número de teléfono estaba en el bolsillo de Buckley cuando fue asesinado, declaró a la policía que «Brunner y Buckley a veces se asociaban para comprar grandes cantidades de marihuana». La MCS tenía una pista muy relevante, pero Chapman iba en otra dirección. Descartó la idea de que esos dos jóvenes de diecinueve años pudieran estar involucrados en un negocio serio de tráfico, por lo que las posibles conexiones de Buckley con las drogas nunca se investigaron a fondo.

La nueva dirección de Chapman era Ellen. Sospechaba de su identificación incorrecta de Willie Love (aunque la empleada del Dairy Queen también había identificado su foto) y llegó a la conclusión de que Ellen pudo haber hablado no porque quisiera ayudar, sino porque estaba intentando distraer a la policía de su propia implicación en el asesinato de Buckley.

Varios factores habían envenenado la imaginación de Chapman. Por un lado, Ellen le había contado voluntariamente que, al salir de la gasolinera Vickers, vio un coche de policía que circulaba en la misma dirección que ella y aminoró la marcha para dejarlo pasar, ya que su AMC Hornet de 1970 tenía un faro trasero roto. Eso hizo pensar a Chapman que Ellen había hablado con la policía por miedo a que el agente que la había adelantado en Vickers la identificara cuando tuviese conocimiento del homicidio. Era mucho decir, ya que estaba dando por sentado que el agente del coche patrulla se había fijado en el vehículo de Ellen y había memorizado su rostro incluso antes de saber que se había cometido un crimen.

En segundo lugar, durante la primera conversación telefónica que Chapman mantuvo con Ellen, esta le dijo que, en 1978, había trabajado siete meses en el turno de noche en otra gasolinera Vickers. Aportó ese dato a pesar de que implicaba algo más. El director de la estación de servicio, cuyos acercamientos ella había rechazado, la acusó de robar 106 dólares. Ellen negó tal acusación y fue absuelta por la fiscalía del condado de San Luis tras una investigación.

Chapman también se aferraba a que los dos hermanos mayores de Ellen, Steven y Mark, tenían antecedentes penales. En 1979, Steven fue declarado inocente por demencia tras disparar mortalmente a su novia y la hermana de esta. Había sido internado en un hospital estatal, donde seguía residiendo en 1983. Mark fue condenado en 1981 por intento de robo en una tienda de comestibles y recibió una pena de dieciséis años por reincidencia. Solo cabe suponer que Chapman creía que Ellen, al igual que sus

hermanos, era una «mala pieza», a pesar de que no tenía antecedentes penales.

Por último, Chapman se enteró de que Stanley White, un hombre con el que Ellen había salido recientemente, había sido detenido una semana antes, el 29 de diciembre, por romperle las ventanillas del coche en estado de embriaguez. Desde entonces, Ellen había roto su relación y se negaba a verlo. El informe policial de ese incidente indicaba que el vehículo en el que se encontraba White en el momento de su detención —un vehículo que ni siquiera era suyo, sino de un amigo— era similar al coche que Ellen había visto cerca del lugar del asesinato de Vickers. Era un Buick 1974 azul oscuro con una rueda de repuesto exterior en la parte trasera.

White fue trasladado a la comisaría el 6 de enero a las 22.30 y sometido a interrogatorio. La MCS creía que, si Ellen había matado a Buckley, debía de tener cómplices varones que lo inmovilizaran. White coincidía con la descripción del hombre de la chaqueta militar en que medía más de un metro ochenta y era de complexión delgada. Además, su coartada no era válida según la policía.

En cuanto entró en la comisaría de Dellwood aquella noche, White fue incluido en una rueda de reconocimiento a la que asistió Ken Main, uno de los testigos la noche del asesinato. Al concluir la rueda de reconocimiento, Main escribió en una declaración: «La complexión y el perfil del número 4 [Stanley White] me recuerdan al hombre que vi, pero solo le eché un vistazo rápido en Vickers y no puedo estar seguro de que sea él». Más tarde dijo que solo lo había visto de frente «menos de un segundo».

Al día siguiente, la policía solicitó que un profesional hipnotizara a Main. «Solo lo vi un momento», reiteró al hipnotizador. Durante la

sesión, utilizó en una ocasión la palabra «negrata» para referirse al hombre que había visto en Vickers, lo cual dejaba entrever prejuicios raciales.

Pero los titubeos de Main a la hora de hacer una identificación desaparecieron cuando pidió que White se apoyara en un mostrador de la comisaría para poder observarlo en la misma posición en que lo había visto en Vickers. Ahora, en una entrevista posterior a la hipnosis en la que participaron un agente de la MCS y el propio hipnotizador, Main afirmó que estaba «seguro en un 99 por ciento» de que White era el hombre de la chaqueta militar verde. Curiosamente, parece que la policía recompensó a Main por su ayuda en la resolución del caso Vickers. Main declaró en el juicio de Ellen que acababa de ser contratado por el Departamento del Sheriff del condado de San Luis. Poco después del juicio, uno de los abogados de Ellen se sorprendió al verlo con uniforme de ayudante de sheriff en un juzgado del condado. Solo cabe preguntarse si ese nuevo trabajo fue una recompensa por ser un testigo importante en el juicio de Ellen.

A las 23.15, White se sometió a una prueba psicológica de voz y de inmediato lo detuvieron por el asesinato de Buckley. Posteriormente, lo encerraron en una celda de la cárcel de Dellwood. Pero, la mañana del 7 de enero, Anthony Longo, que había estado en Vickers pocos minutos después que Main, no pudo identificar a White ni a nadie más en una rueda de reconocimiento.

Ellen fue sometida a una segunda prueba de estrés psicológico, esta vez a cargo de un agente distinto del que la había realizado la noche anterior. Según ese agente, Ellen no la superó. De repente, una testigo bienintencionada se convirtió en la principal sospechosa

de las autoridades. Para su asombro, fue arrestada por asesinato el 7 de enero a la una de la madrugada.

Ellen fue recluida en una celda de la cárcel de Dellwood junto a su exnovio, Stanley White, el hombre que le había destrozado las ventanillas del coche durante un arrebato en estado de embriaguez. Pasaron el resto del día y parte de la noche en celdas contiguas, preguntándose qué demonios estaba ocurriendo, enfadados y confusos por ser sospechosos del asesinato de Buckley.

Alrededor de las nueve de la noche, Ellen fue trasladada a una cárcel más grande en Jennings, una ciudad cercana, y encerrada en una celda con dos mujeres negras, Rose Carol Jolliff y Marquita Butler. Sorprendentemente, a la mañana siguiente, 8 de enero, White y Ellen fueron puestos en libertad. Aunque Chapman creía que eran culpables, reconoció que la identificación de White por parte de Main era problemática y que aún no tenía ni una sola prueba contra Ellen.

Una vez libre, Ellen creyó que la policía había entrado en razón; la pesadilla había terminado y podía seguir con su vida. Y así lo hizo. El 23 de enero se casó con Glen Baldwin, un militar de las fuerzas aéreas que la amaba desde que se conocieron dos años antes. Era un hombre decente y Ellen, que al principio no compartía sus sentimientos, pensó que podría llegar a quererlo. También deseaba que su hija tuviera una figura paterna. El padre de Charmelle, a quien Ellen adoraba, había muerto de un disparo siete meses antes.

Desgraciadamente para Ellen, el mismo día que le permitieron volver a casa, una de sus dos compañeras de celda en Jennings, Rose Carol Jolliff, de treinta y un años, se propuso hacer un trato con las autoridades para conseguir una condena inferior. Le dijo al

guardia que tenía información relacionada con el homicidio de la gasolinera Vickers.

Jolliff tenía un largo historial delictivo que se remontaba a 1975, incluyendo posesión de heroína, robo, falsificación de cheques y numerosos cargos por emisión de cheques sin fondos. En 1975, le habían impuesto una condena de seis meses en un calabozo federal por falsificar un cheque del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. En agosto de 1982, fue condenada a noventa días en la cárcel del condado de San Luis por emitir un cheque sin fondos. A principios de enero de 1983, cuando compartió brevemente celda con Ellen, estaba a la espera de que se resolviera una acusación de septiembre de 1982 por tres delitos graves de emisión de cheques sin fondos en el condado de San Luis. Con esos cargos, podrían haberla condenado a cinco años o más al ser delincuente reincidente. Hasta entonces, Jolliff había jugado hábilmente con el sistema y había conseguido evitar la temida condena a una prisión estatal, y estaba decidida a seguir así. De hecho, es posible que la policía sacara a Ellen de la cárcel de Dellwood para que pasara la noche en Jennings con la intención de que Jolliff testificara contra ella como parte de un trato.

Tres agentes de la MSC grabaron la conversación que mantuvieron con Jolliff. Sin escatimar detalles, Jolliff dijo que Ellen le explicó que había disparado al empleado de la gasolinera Vickers porque temía que la reconociera, ya que vivía cerca. Supuestamente, Ellen le comentó que contó con dos cómplices para cometer el robo, Robert McIntosh y Stanley White, y que McIntosh era su chulo y White su novio. Según ella, Ellen le dijo que uno de los hombres debía distraer al cajero para que no la viera. Pero la vio y tuvo que

«deshacerse de él», disparándole siete veces con el rifle. Asimismo, añadió que, como Ellen había trabajado en un Vickers hacía años, conocía el lugar. Ellen mencionó que no pensaba delatar a McIntosh ni a White a la policía.

A Jolliff nunca le pidieron una declaración escrita en la que detallara la presunta confesión de Ellen. Sin embargo, indicó a la policía que hablara con su otra compañera de celda en Jennings, Marquita Butler. Según Jolliff, ella también había oído la confesión de Ellen.

Ellen tenía un recuerdo muy distinto de la conversación que entabló con Jolliff en la cárcel. Fue esta quien mencionó a Robert McIntosh y le preguntó si lo conocía. Ellen le dijo que ella y McIntosh habían sido compañeros de clase en secundaria, pero que no lo había visto desde entonces. La idea de que fuese su proxeneta no solo era absurda, sino que era pura proyección: McIntosh era el proxeneta de Jolliff, y esta le había contado a Ellen que estaba enfadada con él por no sacarla de la cárcel. Tal vez por eso decidió implicarlo en el asesinato de James Buckley.

Armados con el relato de Jolliff, el capitán Chapman y Steven Goldman, el fiscal del condado de San Luis, se lanzaron a por la compañera de celda de Jolliff, Marquita Butler. Goldman la llevó a su despacho el 9 de enero. Según un informe policial, «no corroboró la declaración de Jolliff» y «se negó a seguir cooperando», pero eso no disuadió a Chapman. Tras varios intentos de localizarla una vez puesta en libertad, consiguió hablar con ella por teléfono en una conversación grabada el 13 de enero. Le dijo a Chapman que estaba arruinada y necesitaba dinero. En dos ocasiones, Chapman mencionó que se ofrecía una cuantiosa recompensa y dejó claro

que, si cooperaba y ayudaba a condenar a Ellen, «recibirás 7.000 dólares».

Marquita acabó cediendo. Le dijo a Chapman que Ellen había confesado su participación en el robo en Vickers, pero que había sido el novio de Ellen quien había disparado al empleado. Según Marquita, Ellen dijo que se había quedado en el coche todo el tiempo. Sus cómplices no tenían intención de matar al cajero, pero la víctima los conocía y se vieron obligados a hacerlo para que no pudiera identificarlos.

Pero, entonces, la conciencia de Marquita salió al paso y en la misma conversación se retractó de sus mentiras. En una declaración jurada que prestó a Centurion años después, dijo que la policía nombró a dos personas de las cuales nunca había oído hablar (Stanley White y Robert McIntosh) y se enfadó con ella cuando se negó a seguir cooperando. «Fueron mezquinos y groseros conmigo —explicó— y me hicieron sentir pequeña e insignificante». Como dijo la verdad, Marquita no recibió ninguna parte de la recompensa de 7.000 dólares.

Mientras tanto, creyendo que había quedado libre de sospecha, Ellen estaba en casa con Charmelle y su marido, Glen, celebrando su matrimonio antes de que él regresara a la base aérea de Eglin, en el Panhandle de Florida, la parte noroccidental del estado. Ella y Charmelle planeaban reunirse con Glen más tarde. Sin embargo, la policía de San Luis aún no había terminado con Ellen. Exactamente un mes después de que ella y Stanley White salieran de la cárcel, le imputaron una serie de cargos totalmente nuevos. «Me llevaron lejos de casa y nunca más volví», recuerda Ellen.

El 8 de febrero de 1983, la policía se presentó en su casa y la detuvo por sustraer dinero de la caja de una gasolinera Sunoco de Creve Coeur, una pequeña localidad no perteneciente al condado de San Luis. Ellen se quedó atónita. Nunca había oído hablar de Creve Coeur y no entendía las nuevas acusaciones.

Como cabría esperar, el eslabón perdido era el celo del capitán Chapman en su investigación. Cuando se enteró del atraco en Sunoco y supo que entre los sospechosos había una mujer y dos hombres de raza negra, fue a toda prisa a Creve Coeur, una ciudad que estaba fuera de su jurisdicción, con una serie de fotos. En una declaración a la policía del condado, Chuck Zeiter, el gerente de la gasolinera, había descrito en un principio a la sospechosa como una mujer joven —de entre veinticinco y treinta años—, bastante alta y corpulenta —algo menos de un metro ochenta y unos setenta kilos —, con piel oscura y pelo castaño, corto y rizado. Cuando Chapman llegó con las fotos, a pesar de las diferencias entre el aspecto físico de Ellen y la descripción original de la ladrona, Zeiter identificó a Ellen, de veinticuatro años, sesenta kilos de peso, piel clara y cabello negro. Poco después, por invitación de Chapman, Zeiter asistió a un par de ruedas de reconocimiento y señaló a Ellen y Stanley White como los autores del robo.

White fue detenido inmediatamente y acusado de «robar más de 150 dólares». Pero, al final, Zeiter dijo a la policía que no estaba totalmente seguro de que fuese White. Dos semanas después, los cargos contra él fueron desestimados. De nuevo, White salió en libertad y nunca más se volvió a hablar de él. No puede decirse lo mismo de Ellen.

El 9 de febrero, fue encerrada en los tribunales del condado hasta su comparecencia por el robo en Sunoco. Allí tuvo la mala suerte de que la metieran en la misma celda que a Mary Lyner. Al igual que Rose Jolliff, Lyner era una delincuente profesional que estaba buscando un acuerdo para aligerar su condena y evitar la cárcel.

Antes de ser detenida el 18 de noviembre de 1982, Lyner era, en palabras del sargento Ronald Klein, que practicó su detención, la cabecilla de una de las mayores redes de robos de tarjetas de crédito en toda la historia de San Luis. Cuando el sargento Klein arrestó a Lyner en su casa, además de encontrarla en un estupor inducido por las drogas y suplicando otra dosis, descubrió cientos de tarjetas de crédito, talonarios y un armario lleno de bolsos robados. Durante su investigación, que incluyó extensos interrogatorios a Lyner, el sargento Klein destapó al menos 350.000 dólares en compras fraudulentas. Lyner y su novio compraban televisores, cámaras, reproductores de vídeo y otros artículos caros con las tarjetas de crédito y los cheques robados, y luego los vendían en el mercado negro y utilizaban el dinero para alimentar su adicción a la heroína, que los consumía por completo. En un momento dado, el sargento Klein paró de contar; calculó que, si rastreaba todas sus compras, superarían el millón de dólares. Describió a Lyner como «una gran delincuente y una yonqui con un grave problema de adicción que le costaba 1.000 dólares diarios». Lo último que supo Klein acerca de la situación de Lyner fue que la ciudad había transferido la acusación al condado de San Luis, y supuso que le caerían treinta años de cárcel.

Una vez que sacaron a Ellen de la celda, Lyner le dijo a un guardia que le había hablado de sus crímenes, lo que llevó a Steven

Goldman, fiscal del condado de San Luis, a visitarla en la cárcel. Fue durante esa visita cuando Lyner implicó a Ellen tanto en el asesinato de Sunoco como en el de Buckley. Declaró a Goldman que, nada más llegar a la celda del juzgado, Ellen se sentó a su lado y soltó abruptamente: «Esos hijos de puta me señalaron en una rueda de reconocimiento. Le advertí que deberíamos haberles volado los sesos».

Según Lyner, Ellen le dijo: «Robamos una gasolinera y matamos a un hombre. Ya sabes, esa gasolinera Vickers. Yo vivo justo al final de la calle». Después, Lyner y Goldman llegaron a un acuerdo: él recomendaría que le impusieran una condena de un año en la cárcel del condado por todos los cargos que tenía pendientes, incluidos los de delito grave de falsificación, si cooperaba con el estado y testificaba contra Ellen en los juicios de Sunoco y Vickers, de cuya acusación se encargaría Goldman.

Tanto Lyner como Goldman cumplieron su parte del trato, y ella y Zeiter testificaron en el juicio del caso Sunoco a mediados de julio de 1983. Zeiter identificó a Ellen como la mujer que robó 423 dólares de la caja de su gasolinera. Lyner relató al jurado que, supuestamente, Ellen le había contado el 9 de febrero que había sido señalada en una rueda de reconocimiento y le había dicho a su cómplice que deberían haber matado a los testigos. Antes del juicio por el caso Sunoco, Lyner salió en libertad bajo fianza a la espera de que se resolvieran los cargos que pesaban contra ella por la detención del sargento Klein en 1982 y las falsificaciones. Ellen fue declarada culpable y condenada a siete años. Antes de emitir su dictamen, el juez preguntó a Ellen si había alguna razón por la que

no debiera proceder con la sentencia. Ella respondió: «Porque soy inocente».

La condena por el robo en Sunoco dio a Goldman justo lo que quería. Ahora, a Ellen le sería muy difícil defenderse en el juicio del caso Vickers, ya que la condena previa induciría manifiestamente al prejuicio por parte del jurado. Con la condena del caso Sunoco, Goldman había sentado las bases para el verdadero premio: una condena por asesinato en el caso Vickers y una posible pena de muerte.

Cuatro meses después, a finales de noviembre de 1983, el estado de Missouri juzgó a Ellen Reasonover por el asesinato de James Buckley. El fiscal era plenamente consciente de que no había pruebas físicas que la vincularan con el asesinato, ningún testigo ocular que la hubiera visto en Vickers aquella noche y ninguna confesión grabada. Su acusación por asesinato se basaría únicamente en el testimonio de dos delincuentes profesionales a los que les habían ofrecido incentivos para mentir.

Uno de los dos testigos estrella del estado fue Mary Lyner. Al igual que en el caso Sunoco, Lyner informó al jurado sobre la supuesta confesión de Ellen en la cárcel. Cuando se celebró el juicio, Lyner había conseguido un puesto de secretaria en un bufete de abogados. Se mostró como una persona cultivada y habló bien en el estrado. Además, era blanca, al igual que todos los miembros del jurado. En el contrainterrogatorio, reconoció sus doce condenas por delitos graves desde 1978: falsificación, robo y emisión de cheques sin fondos. También admitió que, como reincidente, podía ser condenada a noventa años de prisión por los cinco casos de

falsificación pendientes. Todo el mundo debería haberse dado cuenta de que su vida estaba en manos del fiscal Goldman.

A pesar de todo, a los abogados defensores de Ellen les faltaba una pieza clave que habría servido para desacreditar a la testigo y que estaba a la vista de todos. Dos años antes, en 1981, el *St. Louis Post-Dispatch* había publicado una serie biográfica sobre Lyner con su permiso y plena participación. Sin embargo, el periódico había ocultado su identidad, llamándola «Anne».

Lyner se crio en un hogar de clase media acomodada, con una madre que la consentía y un padre que era director del prestigioso hotel Chase Park Plaza de San Luis. Se licenció en la Universidad Webster *magna cum laude* en 1971 y era una exitosa agente inmobiliaria que vivía en la parte oeste de la ciudad con su marido y su hija pequeña. En 1975, a los veintisiete años, se divorció y, aburrida del negocio inmobiliario, se incorporó como asesora a Archway House, un centro de tratamiento de drogodependientes, para hacer uso de su título universitario en Trabajo social.

Allí se enamoró perdidamente de uno de sus clientes, un heroinómano en rehabilitación que estaba en libertad condicional por robo. «Prendada de él», no tardó en dejar que se instalara en su piso. El hombre la convenció para que probara la heroína, ya que así entendería mejor la sensación de euforia que notaban sus consumidores y podría ser una asesora más eficaz. Cuando quiso darse cuenta, estaba enganchada. A mediados de 1977, los dos estaban en paro y su adicción les costaba 250 dólares diarios, que financiaban con los ahorros de ella y la venta de sus bienes.

Aunque Lyner intentó escapar varias veces del hechizo de ese hombre y regresar al mundo de la sobriedad, él reaparecía siempre y

la convencía de que lo dejara volver a su vida. La última vez fue en octubre de 1980. Ella había perdido su último trabajo cuando la empresa se trasladó a Dallas y él acababa de salir de la cárcel tras una condena de dos años por robo. Pronto empezaron su vida cotidiana de robo de tarjetas de crédito y engaños, que incluían el hurto de bolsos en tiendas y la falsificación de cheques sin fondos. Los dos años de fiebre delictiva terminaron cuando el sargento Klein detuvo a Lyner en noviembre de 1982. Según ella misma declaró al *Post-Dispatch*, era «buena conversadora» y «sabía contar historias interesantes». Era capaz de salir airosa de cualquier situación. A modo de ejemplo, recordaba que una vez entró en una tienda de lujo y convenció a un dependiente de que era la señora de August A. Busch III, es decir, la esposa del entonces presidente de Anheuser-Busch Companies y miembro de la aristocracia de San Luis. Lyner salió de allí con una joya de 5.000 dólares sin tener que mostrar su identificación.

Ahora, a cambio de su testimonio falso y condenatorio contra Ellen, Lyner fue recompensada con una condena de un año en la cárcel del condado por la totalidad de sus delitos, tal como estipulaba su acuerdo con Goldman. Ni el jurado ni los abogados de Ellen sabían que Lyner había robado cientos de tarjetas de crédito y cheques, ni que había dirigido una de las mayores operaciones delictivas de San Luis.

Rose Jolliff también testificó en el juicio de Ellen. Antes, Goldman había prometido a su abogado de oficio que «no la dejaría tirada» si seguía cooperando en el caso Reasonover. Y no lo hizo. El 1 de diciembre, Jolliff contó al jurado la supuesta «confesión» de Ellen en la cárcel y dijo que los cómplices de esta eran Stanley White y

Robert McIntosh. En cuanto terminó de declarar, Jolliff fue escoltada a otra sala, donde se declaró culpable de tres delitos graves de falsificación de cheques en septiembre de 1982 y fue condenada a seis meses de libertad condicional. Una condena tan leve era inaudita para una reincidente como Rose Jolliff, que ahora podía volver a su casa de South Bend, Indiana, sin supervisión. Ese acuerdo entre bastidores nunca fue puesto en conocimiento de la defensa. Una vez más, los abogados de Ellen y el jurado no sabían nada. Jolliff había dicho al jurado que no estaba testificando a cambio de una reducción de condena en el caso de los cheques sin fondos de 1982.

En el juicio, Ken Main y Anthony Longo identificaron a dos hombres negros distintos como la persona que vieron apoyada en el mostrador con una chaqueta militar verde y hablando con Buckley. Ken Main identificó a Stanley White; Longo identificó a Robert McIntosh. Longo había identificado a McIntosh ese mismo año en una rueda de reconocimiento. No se aportaron pruebas de que McIntosh y White se conocían. De hecho, no se habían visto nunca.

A pesar de que Main y Longo discrepaban sobre la identidad del hombre al que vieron, el fiscal Goldman los calificó ante el jurado de «testigos realmente buenos». También dijo que Buckley fue «secuestrado allí mismo por Stanley White, el novio [de Ellen], y Robert McIntosh», que «Stanley White y Robert McIntosh distrajeron a Buckley en la ventanilla» y que era imposible que Rose Jolliff no estuviera contando la pura verdad. «Las identificaciones —añadió engañosamente— permiten corroborar los nombres que dio [Jolliff], que se corresponden con las dos personas identificadas». Resulta alucinante que el hombre de la chaqueta militar verde pudiera ser

dos personas distintas y que los testigos fueran descritos como «realmente buenos».

Lo que el jurado no sabía es que ni White ni McIntosh habían sido acusados o procesados por su implicación en el asesinato o robo a Buckley. Fueron utilizados como hombres de paja para reforzar los argumentos contra Ellen y contar una historia más efectiva en el juicio. Años después de la condena, Chapman reconoció a Centurion que no tenía certeza sobre ninguna de las dos identificaciones.

Los abogados de Ellen fueron contratados de forma privada y la representaron en ambos juicios. Tanto ellos como los escasos testigos a los que llamaron a declarar estaban poco preparados. La investigación fue escasa o nula. Elizabeth, la madre de Ellen, declaró que su hija fue a la lavandería la noche del 1 de enero con bolsas de ropa sucia y que a la mañana siguiente la ropa estaba limpia. También dijo que animó a Ellen a contar a la policía lo que había visto en la gasolinera Vickers. Dewey Williams, el amigo de Elizabeth, que estaba en la casa la noche del 1 de enero, declaró al jurado que él y Elizabeth llegaron de una fiesta hacia las doce y que sobre esa hora ayudó a Ellen a llevar las bolsas de la colada a su coche. Calculaba que Ellen había vuelto de la lavandería sobre las dos de la madrugada.

Inexplicablemente, los abogados de la defensa no intentaron entrevistar a otras compañeras de celda de Ellen aparte de Jolliff y Lyner, ni solicitaron la comparecencia de Marsha Vogt, la agente de Dellwood que había testificado en una vista previa al juicio. En esa vista y en un informe policial, Vogt afirmaba que, el 25 de febrero de 1983, Goldman y Chapman le habían puesto un micrófono y la habían encerrado con Ellen para intentar grabar cualquier

declaración incriminatoria. En la celda, Ellen le dijo que estaba presa por un delito que no había cometido y que era la primera vez que la detenían.

Veinte minutos después de que Vogt iniciara su misión de incógnito, apareció Chapman con noticias para Ellen: estaba acusada de asesinato. Chapman sacó a Ellen de la celda para interrogarla. Cuando volvió, la mujer estaba llorando y le dijo a Vogt que la acusaban de haber matado a «un hombre corpulento y de haberle roto la culata de una pistola en la cabeza». Luego explicó lo que había visto en Vickers y en el 7-Eleven aquella noche, exactamente lo mismo que le había contado originalmente a Chapman. Como siempre, proclamó su inocencia y Vogt grabó hasta la última palabra de la conversación. Más tarde, la policía alegó que dicha grabación era inutilizable debido a un fallo técnico. Como los abogados de Ellen no llamaron a declarar a Vogt, el jurado no pudo escuchar su historia, tan diametralmente opuesta a las de Jolliff y Lyner.

Tras seis días de juicio, Ellen fue condenada por asesinato el 2 de diciembre de 1983, y todo porque aportó información que pensó que podría ayudar a la policía en su investigación. Si no se hubiera puesto en contacto con la policía, esta nunca habría sabido de su existencia.

Al día siguiente, el jurado tuvo la onerosa tarea de decidir el castigo de Ellen. Había dos opciones: cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional durante cincuenta años o muerte por gas letal. En su recapitulación, Goldman había avalado la credibilidad de Lyner y Jolliff, afirmando que Lyner «no podía inventarse esas declaraciones» y que Jolliff no había obtenido «absolutamente nada a cambio por testificar». «No tiene motivos

para mentir», zanjó. Ahora, en su alegato final ante los doce miembros del jurado durante la fase de sentencia, Goldman abogó enérgica y repetidamente por la pena de muerte.

Les dijo que «Ellen Reasonover disparó mortalmente a Jim Buckley en la trastienda […] Deben creer que fue ella quien apretó el gatillo […] Estaba a su lado con un rifle cargado […] Fue ella quien lo mató. Las pruebas demuestran que ella es la verdadera asesina». Luego culminó sus observaciones finales con una suposición tan absurda como errónea: «En algún momento de su vida, Ellen Reasonover llegó a la conclusión de que matar a una persona es como beber agua». (Seis meses después, Goldman no estaba tan seguro de que Ellen fuera la autora de los disparos. Aunque había implorado al jurado que le impusiera la pena de muerte, en un artículo de portada de *The Washington Post* sobre los interrogantes que rodearon la condena de Ellen, declaró: «No me habría sentido cómodo [solicitando la pena de muerte] si no pensara que era culpable o que al menos estaba implicada en el asesinato o era la autora material»).

La petición de pena de muerte del fiscal vino precedida por la solicitud de clemencia de Ellen, que dijo al jurado: «Soy inocente. Me han tendido una trampa y he pasado diez meses encerrada por nada. Me separaron de mi familia. Yo solo intentaba ser una buena ciudadana. Tengo una niña pequeña y una madre. Quiero mucho a mi familia y jamás saldría a la calle y haría algo así. Por tanto, esto que me ha ocurrido le ha ocurrido también a mi familia».

Tras deliberar durante algo más de tres horas, el jurado fue incapaz de alcanzar la unanimidad sobre la pena de muerte. En consecuencia, el juez condenó a Ellen a cadena perpetua sin

posibilidad de libertad condicional durante cincuenta años. La votación fue de once contra uno a favor de la pena de muerte. Donna Ellis, miembro del jurado, emitió el único voto en contra.

Le salvó la vida a Ellen.

Centurion se hizo cargo del caso de Ellen en 1993. Para entonces, todos sus recursos estatales y federales habían sido denegados. Tras su condena, Ellen acudió desesperada a la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés). George Hairston, uno de los principales abogados de la NAACP en Nueva York, la había representado gratuitamente en la apelación federal. Ahora, Hairston pidió a Centurion que abordara la que sabía que sería una investigación exhaustiva. Centurion contrató al bufete Wyrsch & Atwell, de Kansas City, que asignó el caso a los abogados Cheryl Pilate y Charles Rogers. Nosotros añadimos al abogado penalista Rick Sindel, de San Luis. En 1996, cuando nuestro esfuerzo colectivo logró recabar pruebas significativas de la inocencia real de Ellen, de la mala praxis del fiscal y de la asistencia ineficaz de su representante legal, los abogados presentaron un recurso de *habeas corpus* ante el Tribunal de Distrito de EE. UU. que incluía esas alegaciones. El caso recayó en Jean C. Hamilton, jueza del distrito federal de San Luis. Hamilton celebró una vista probatoria de cuatro días que dio comienzo el 28 de junio de 1999.

En la vista, nuestro equipo presentó a Rose Winston y Carolyn Coats, las otras mujeres que habían compartido celda con Ellen el día que supuestamente confesó a Mary Lyner. Ambas testificaron que Ellen no había hecho tal cosa. Marquita Butler también subió al

estrado y aseguró al tribunal que Ellen no había hecho ninguna declaración incriminatoria sobre el asesinato de Buckley el día que ambas estuvieron en una celda de Jennings con Rose Jolliff.

Otras dos reclusas, Barbara Taylor y Ellen Palmer, estaban en la rueda de reconocimiento con Ellen cuando esta fue identificada por Zeiter como la ladrona de Sunoco. Taylor recordaba que Ellen rompió a llorar y se enfadó mucho al enterarse de que un testigo la había señalado como la autora del robo. Igual que en sus otras conversaciones en la cárcel, defendió su inocencia. Palmer dijo a la jueza Hamilton que Ellen nunca había hecho ninguna declaración incriminatoria delante de ella, ni en la rueda de reconocimiento ni en la cárcel del condado. Todas esas testigos estaban dispuestas a declarar en el juicio de Ellen, pero sus abogados defensores nunca hablaron con ellas.

El descubrimiento de dos grabaciones policiales en los archivos del fiscal, que nunca se habían compartido con la defensa, fue lo que permitió avances en el caso de Ellen. Ambas demostraban que el testimonio de Jolliff sobre la «confesión en la cárcel» era falso y desbarataban por completo la acusación del estado contra Ellen. Es importante señalar que, antes del juicio, en el marco de una petición de descubrimiento de pruebas, los abogados de Ellen habían solicitado todos los registros de vigilancia electrónica que incluían las conversaciones en las que había participado. Nadie facilitó esas dos cintas.

La primera era una grabación secreta de la conversación que Ellen y Stanley White mantuvieron en la cárcel el 7 de enero tras ser interrogados individualmente como sospechosos del homicidio de Buckley. El abogado de apelación de Ellen, George Hairston, tuvo

conocimiento de la existencia de dicha grabación a finales de los años ochenta, cuando el testigo Ken Main dijo al investigador de Hairston que la policía se la había puesto durante un interrogatorio. El estado se negó a entregarla, aduciendo en sus escritos de apelación que no era relevante porque White y Ellen no hablaron de nada sustancial en relación con el asesinato y no contenía nada exculpatorio ni de valor probatorio.

En 1996, tras varias peticiones reiteradas, la fiscalía acabó facilitando la grabación al equipo de defensa de Ellen. Es evidente que Ellen y White no sabían que estaban siendo grabados. Durante la conversación, ambos se mostraban nerviosos y enfadados con la policía por acusarlos falsamente de un crimen atroz, por intentar que se incriminaran mutuamente y por amenazarlos con la cámara de gas. Hablaron de su inocencia en más de veinte ocasiones. Por ejemplo, en una de ellas, White afirmaba: «Le dije a la policía que mandarían a un hombre inocente a la cámara de gas […] No voy a sentarme ahí a contarles algo que no hice». Ellen respondió: «Eso mismo les he dicho yo. Les he dicho que no pueden encerrarme por asesinato […] Yo no he hecho nada y no sé de qué va toda esa mierda de Stan y Vickers».

Ambos demostraron que no conocían la escena del crimen. Stanley no sabía de qué le hablaban cuando le preguntaron qué había hecho con la barra desaparecida en la trastienda. Una desconcertada Ellen le preguntó a White: «¿Qué barra?». Ellen le dijo a White que la policía le había asegurado que este pensaba delatarla, así que más le valía hacerlo ella primero. White contestó: «No tengo nada por lo que delatarte».

Ellen le contó a White lo mal que se sintió cuando la policía le mostró las fotos de la víctima. «Me enseñaron la foto del chiquillo blanco —dijo— y tenía un aspecto lamentable allí tirado. Pensé: "El asesino era una persona muy, muy fría". Esas fotos me dejaron hecha polvo». (Teniendo en cuenta que Buckley medía un metro noventa y pesaba algo más de noventa kilos, el hecho de que Ellen se refiriera a él como el «chiquillo blanco» era una prueba más de que nunca lo había visto con vida).

Según le relató Ellen a Stan, le dijo a la policía que «la última vez que te había visto fue cuando me rompiste las putas ventanillas. Esos hijos de puta están locos. ¿Cómo pueden pensar que robaste y mataste a un chico blanco, que le quitaste la vida? […] Sé que tú no harías algo así». Stanley respondió: «Si supiera algo, se lo diría a esos cabrones. No sé una mierda y no estoy mintiendo». Ellen coincidía: «Si tuviera algo que ver con esa historia, os delataría a ti y a todos los que creyera que están involucrados». La conversación seguía así durante una hora.

En la vista de 1999, el abogado Rick Sindel sometió a Goldman a un contrainterrogatorio metódico pero avasallador. Para entonces, Goldman ya no trabajaba en la oficina del fiscal. Durante los últimos once años había sido juez del condado de San Luis.

En un principio afirmó que un agente de policía —cuyo nombre no recordaba— había mencionado una grabación en la que se oía una conversación entre Ellen y White mientras estaban encerrados. En ella, ambos protestaban por estar en la cárcel. Sin embargo, el agente dijo a Goldman que no podía escuchar la cinta porque habían grabado encima. En el interrogatorio, Goldman se retractó, negando tener conocimiento de la existencia de la cinta de audio. «No sabía

que existía», aseguró, razón por la cual nunca informó de ella al abogado de Ellen. Sin embargo, al recibir presiones, reconoció que el agente que mencionó la grabación pudo ser el capitán Chapman. Por su parte, Chapman declaró ante la jueza Hamilton que la cinta de White y Reasonover no poseía valor probatorio porque no demostraba que fueran culpables. Por lo visto, creía que las pruebas que demuestran la inocencia no cuentan.

Goldman dijo que recientemente había escuchado la cinta por primera vez y reconoció que, en efecto, era «de naturaleza exculpatoria». También admitió que era de tal importancia que, si Ellen hubiera testificado en el juicio, no podría haberla interrogado de forma creíble sobre sus supuestas declaraciones a Lyner y Jolliff. El abogado de Ellen dijo a la jueza Hamilton que, si hubiera contado con esa grabación, habría llamado a Ellen al estrado para refutar las declaraciones de la testigo de la cárcel. En otras palabras, si la grabación de White y Reasonover hubiera estado disponible en el juicio, los argumentos del estado se habrían evaporado. Muy probablemente, Goldman habría retirado los cargos.

Además, había otra grabación que no vio la luz hasta la celebración de la vista. El 29 de junio, segundo día de la vista de 1999, la jueza Hamilton ordenó a la oficina del fiscal que entregara sus archivos completos al final del día para que la defensa de Ellen pudiera examinar su contenido. Nos quedamos atónitos al descubrir y escuchar la cinta, una conversación telefónica que mantuvieron Jolliff y Ellen el 12 de enero de 1983. Al parecer, Jolliff había llamado a casa de Ellen a instancias de la policía en un intento subrepticio de obtener declaraciones incriminatorias. Esto ocurrió cinco días

después de que Jolliff informara a la policía de la «confesión» que Ellen había hecho en la cárcel de Jennings el 7 y 8 de enero.

Al igual que en la conversación entre White y Reasonover, Ellen reiteró su inocencia durante diez minutos, cinco veces para ser exactos. Dijo cosas como: «¿Por qué intentan acusarme de algo que no he hecho?». Se quejó de que «realmente estaba tratando de ayudar a ese hijo de puta» y de que intentaron que su amiga dijera: «Me confesó que lo había hecho ella». Repitió a Jolliff lo que le había dicho a Chapman, esto es, que los hombres a los que vio en el 7-Eleven podían ser los mismos que vio en la gasolinera Vickers. «Cuando llegué al 7-Eleven —dijo—, los negros a los que había visto entrar se parecían al que vi salir e ir a la parte de atrás cuando yo me acerqué».

Tal como informó la abogada Cheryl Pilate a la jueza Hamilton en un escrito posterior a la vista, datado el 6 de julio de 1999, «es inverosímil que la señora Reasonover confesara a Rose Jolliff el 7 de enero de 1983, al tiempo que esa misma noche defendía su inocencia ante Stanley White y le decía a Rose Jolliff cinco días después que el estado intentaba culparla injustamente de un delito que no había cometido». Además, el estado tenía en su poder dos declaraciones de Ellen grabadas por la policía en las que proclamaba su inocencia y que eran cercanas en el tiempo a la supuesta «confesión» a Rose Jolliff, de la que el tribunal solo tenía la palabra de esta última. Ellen no solo defendió su inocencia en esas conversaciones secretas grabadas por la policía, sino que volvió a describir sus actividades y lo que observó la noche del crimen de forma congruente, como había hecho en todas y cada una de las conversaciones que mantuvo con el capitán Chapman, Stanley

White, Rose Jolliff y Marsha Vogt. Nunca se desvió de su honesto relato de aquella noche y el estado ocultó vergonzosamente esas cintas a la defensa.

Al ser interrogado sobre su conocimiento de la grabación de Jolliff, Goldman declaró no recordarla y volvió a afirmar: «Nunca tuve conocimiento de su existencia». Sin embargo, encontramos una cinta en sus archivos con la etiqueta «ROSE/ELLEN 12/1/1983, COPIA». Goldman reconoció que debería haber sido entregada a la defensa. Mientras observaba a Goldman retractarse en el estrado, Ellen pensó: «Finalmente, ese hombre está pagando las consecuencias de lo que me hizo».

El 2 de agosto de 1999, solo un mes después de la vista probatoria de Ellen, la jueza Hamilton emitió un dictamen de setenta y cinco páginas en el que anulaba la condena. No solo se trataba de un dictamen extraordinariamente rápido (la mayoría de los jueces tardan entre cuatro y seis meses en emitirlos), sino que era tres veces más extenso que un dictamen típico, lo cual indicaba claramente el deseo de la jueza de sacar a Ellen de la cárcel lo antes posible. En su dictamen, la jueza Hamilton declaraba: «El contenido de la cinta de White y Reasonover desacredita el testimonio de Rose Jolliff» y «contiene un relato sincero y fiable de las acciones de la demandante y de Stanley White antes, durante y después del asesinato de James Buckley». Asimismo, concluía que, basándose únicamente en el contenido de la cinta de White y Reasonover, ningún jurado razonable habría creído el testimonio de Rose Jolliff en el juicio.

Hamilton también enumeraba veintiuna preguntas que el abogado de Ellen podría haber formulado a Jolliff si hubiera contado con la

grabación de sus conversaciones. La jueza afirmó: «Cada uno de estos hechos es favorable a la demandante y tiende a probar que esta no confesó a Rose Jolliff el 7 de enero de 1983». También concluyó que la eliminación de la cinta de Jolliff y Reasonover «causó un perjuicio importante a la demandante. Si se hubiera desvelado el contenido de la cinta, el tribunal concluye que habría tenido un papel destacado en el juicio. El contenido de esa cinta habría sido devastador para la credibilidad de Jolliff en el juicio». Es interesante señalar que Rose Jolliff recibió una citación para la vista. Cuando fue interrogada bajo juramento en el despacho de la jueza Hamilton, se acogió a la quinta enmienda, negándose a incriminarse en veintiocho ocasiones.

El 3 de agosto de 1999, día en que la jueza Hamilton anuló su condena, Ellen fue liberada y exonerada tras dieciséis años y medio de detención ilegal. Su marido, Glen; su madre, Elizabeth; su hija de dieciocho años, Charmelle, y sus dos hermanas, Hilda y Valerie, esperaban con impaciencia su salida. Su equipo jurídico, junto con multitud de simpatizantes y periodistas, también estaba allí para el gran momento. Donna Ellis, la miembro del jurado cuyo voto había salvado la vida de Ellen en 1983, compareció con ella ante los medios. Donna y su marido, conscientes de que Ellen necesitaba paz y tranquilidad, la invitaron a vivir con ellos. Ellen pasó seis meses en su casa hasta que se sintió capaz de volver a vivir sola con Charmelle. Donna y Ellen siguieron siendo buenas amigas hasta la muerte de la primera en 2014.

Tras su liberación, Ellen interpuso una demanda contra la ciudad de Dellwood, alegando violaciones de los derechos civiles y encarcelamiento injusto. La ciudad de Dellwood llegó a un acuerdo

antes del juicio y pagó a Ellen cuatro millones y medio de dólares, costas legales aparte. También fue agraciada con la llegada de dos nietos: Harlem y Jour'nee.

En la década de 2000, Ellen padeció fibromialgia, un trastorno crónico doloroso y debilitante que, por suerte, desapareció cinco años después tan misteriosamente como había llegado. El 3 de agosto de 2024 celebraría sus bodas de plata como mujer libre. Tiene sesenta y seis años y vive bien y con una salud razonablemente buena cerca de sus hermanas. Hace tiempo que Glen y ella se divorciaron amistosamente, pero siguieron siendo amigos íntimos hasta que él murió en 2020. La madre de Ellen falleció en 2011. Ellen adora a sus nietos y espera con ilusión sus frecuentes visitas.

Mary Lyner no vivió para ver la exoneración de Ellen. Casi una década antes de que la jueza Hamilton tomara las riendas del caso, Lyner saltó desde el balcón de un piso que compartía con su madre mientras esta y su hija estaban en la habitación contigua. Tenía cuarenta y dos años. Su mejor amiga, Virginia Druhe, una persona de confianza para la familia Lyner, describía a Mary en una declaración jurada remitida a la jueza Hamilton como alguien «capaz de grandes engaños que vivió su vida contando mentiras con descaro y frecuencia».

Dan Chapman, el antiguo jefe de policía de Dellwood, falleció en 2014.

Steven Goldman se jubiló en 2016 tras veintiocho años como juez del condado de San Luis.

Los dos hombres negros a los que Ellen vio en Vickers y más tarde en el 7-Eleven nunca han sido identificados. El asesinato de James

Buckley sigue sin resolver.

La ausencia de móvil

JOHN GRISHAM

Cuando Joe Bryan estaba en segundo curso de primaria conoció a su futura esposa, Mickey Blue, que estaba en primero. Aunque obviamente eran demasiado jóvenes para pensar siquiera en un romance, se observaban mutuamente mientras crecían en sus pequeñas ciudades vecinas de Texas. Mickey era popular en la escuela, pero muy callada y estudiosa. Era raro que Joe no conociera a alguien y le encantaba relacionarse con los demás. A menudo tenía la impresión de que él se fijaba mucho más en Mickey que a la inversa. De adolescente, Mickey salió con el hermano gemelo de Joe y él con la prima de ella. Hubo otros romances, pero en un momento dado se dieron cuenta de que estaban saliendo con las personas equivocadas. Cuando Joe le propuso quedar, ella aceptó rápidamente y en pocas semanas se hicieron inseparables.

Ambos querían ser profesores y estudiaron en universidades diferentes con el mismo objetivo. Les encantaban los niños y creían que el aprendizaje era la clave de una vida feliz y próspera. Cuando se casaron en 1969, Mickey daba clases en una escuela primaria y Joe enseñaba latín y literatura inglesa y era entrenador del equipo de natación. Él tenía un pequeño piso para profesores y allí pasaron algunos de sus años más felices. Consagraron su vida al otro y a los niños a los que enseñaban. Soñaban con formar su propia familia,

pero a los tres años de casados recibieron la triste noticia de que Mickey no podía tener hijos. Estaban destrozados, pero eso les unió aún más.

En 1975 regresaron a Clifton (Texas), la ciudad natal de Mickey. Sus padres aún vivían allí y la familia era respetada y conocida.

Mickey había sido elegida Miss Clifton High en su último año y no tardó en reanudar viejas amistades. Ella consiguió un puesto como maestra de cuarto curso y Joe fue nombrado director de la escuela secundaria. Les encantaba vivir en Clifton y participaban activamente en la vida de la comunidad, sobre todo en la Primera Iglesia Bautista y, por supuesto, en las escuelas.

Joe salía casi todas las noches para asistir a algún acto escolar. Nunca se perdía un partido de fútbol, ni en casa ni fuera, y Mickey solía acompañarlo. Los días giraban en torno a sus clases, sus alumnos y las actividades escolares. Rara vez se separaban y a menudo se los veía dando largos paseos nocturnos por Clifton. En casa, Joe solía ayudar a Mickey a corregir trabajos y preparar las clases.

Incluso la ayudaba a decorar sus aulas.

Sin hijos en casa, se adoraban el uno al otro y estaban decididos a mantener viva la llama de su matrimonio. Veían cómo muchos de sus amigos casados se distanciaban con el tiempo a causa de los hijos y sus carreras profesionales. Estaban unidos a sus respectivas familias y siempre tenían ganas de celebrar otro encuentro. Cada día de Acción de Gracias, Joe y Mickey invitaban a la familia de ella a una cena tradicional, y celebraban la Navidad con la familia de Joe.

Mickey era siempre la primera profesora en llegar a la escuela primaria de Clifton, y a menudo estaba sentada a su mesa a las siete. Disfrutaba de la tranquilidad matinal antes de que empezara la verdadera jornada y de que las voces de los jóvenes estudiantes inundaran los pasillos.

El martes 15 de octubre de 1985, Mickey no llegó a la escuela.

En contra de lo habitual, su aula seguía a oscuras y vacía cuando su compañera Susan Kleine, profesora de quinto curso, pasó por allí y vio que la puerta estaba cerrada con llave. Susan dedujo que Mickey se encontraría en la sala de fotocopias, situada al otro lado del edificio. Pero a las ocho aún no había rastro de Mickey y Susan supo que algo iba mal. Fue rápidamente al despacho del director, Rex Daniels, y lo informó de su ausencia. Susan imaginó que había avisado de que estaba enferma y Rex había olvidado llamar a un sustituto.

Pero Rex dijo que no tenía noticias de Mickey. Lo primero que pensó fue en llamar a Joe, pero recordó que su amigo estaba fuera de la ciudad.

En efecto, Joe se encontraba en Austin, a doscientos kilómetros, para asistir a la reunión anual de la Asociación de Directores de Escuelas Secundarias de Texas. La noche anterior, a las nueve, había hablado por teléfono con Mickey desde su habitación de hotel. Como siempre, le había dicho que la quería y que estaría en casa al día siguiente por la tarde.

Rex pidió a su secretaria que llamara a casa de los Bryan, pero no hubo respuesta. Luego le pidió que telefoneara a los padres de Mickey, Otis y Vera Blue, que vivían cerca. Estos dijeron que no tenían ni idea de dónde estaba Mickey, pero suponían que se

encontraba en el trabajo. La habían visto la tarde anterior, cuando pasó por su casa, y fueron inmediatamente a comprobar cómo estaba.

Rex Daniels hizo lo propio. Fue el primero en llegar a casa de los Bryan y vio el coche de Mickey aparcado en el garaje y los periódicos matinales en el camino de entrada. Llamó al timbre sin obtener respuesta. Al rato llegaron los Blue, que tenían llave, y entraron. Vera iba delante y llamó a su hija. Cuando entró en el dormitorio principal, soltó un grito al toparse con una imagen espantosa.

Había salpicaduras de sangre en el techo y las cuatro paredes. Mickey yacía en la cama, cubierta de sangre y obviamente muerta. Rex llevó a Vera y Otis al salón y los hizo sentarse en un sofá. Se sentían horrorizados, inconsolables, y apenas podían hablar. Rex volvió a la puerta del dormitorio, pero no entró. Por un momento contempló el cuerpo de Mickey tumbado en la cama deshecha. Estaba desnuda de cintura para abajo y llevaba un camisón rosa subido hasta los muslos.

Rex logró recomponerse, encontró el teléfono en la cocina y llamó a la policía.

Hacia las diez de la mañana, mientras Joe asistía a una sesión de la conferencia en Austin, Harold Massey, director ejecutivo de la organización y viejo amigo suyo, le pidió que saliera. En el vestíbulo, le comunicó que su mujer había sido asesinada a tiros en su casa. Joe se dejó caer en una silla y murmuró: «¿Mickey Bryan de Clifton, Texas?». Otros tres directores que conocían bien a Joe lo ayudaron a subir a su habitación, donde se tumbó en la cama aún en traje y corbata, temblando.

Clifton estaba al menos a dos horas de Austin, un hecho que más tarde cobraría importancia. Joe no se encontraba en condiciones de conducir. Dos amigos de Clifton llegaron hacia mediodía para llevarlo a casa y, al verlos, se derrumbó y empezó a llorar de nuevo. Un amigo recordaba más tarde: «Hablamos muy poco. Joe iba detrás con la cabeza gacha y lloró todo el camino».

Al entrar en Clifton, Joe miró por la ventanilla las calles, las casas y los edificios que tan bien conocía, y temió el horrible momento de llegar al hogar que él y su amada Mickey habían construido diez años antes. Cuando se acercaron, lo primero que vio fue un gran número de coches patrulla. Había agentes de la ley por todas partes y cinta policial amarilla alrededor de árboles y postes de la luz. Agentes municipales, ayudantes del sheriff del condado, policías estatales y miembros de la policía científica se ocupaban de la investigación. Los célebres Rangers de Texas ya estaban allí, siempre dispuestos a ayudar a la policía local en la resolución de un homicidio.

Los vecinos observaban con muda incredulidad. La noticia del asesinato se había extendido rápidamente, como ocurre siempre en un pueblo pequeño, y Joe reconoció los rostros tristes y asustados de su gente.

Aún aturdido, como un sonámbulo, Joe trató de responder a la primera oleada de preguntas de los investigadores. Sí, tenía una pistola en casa, una Magnum 357 cargada con perdigones para matar serpientes de cascabel y cabeza de cobre que a veces se acercaban demasiado. Les dijo que él y Mickey guardaban 1.000 dólares en una caja metálica.

Después de algunas preguntas más, Joe fue conducido a casa de Vera y Otis Blue, donde había varios amigos conmocionados y desconsolados. Cuando Joe vio a Susan Kleine, le preguntó una y otra vez: «¿Qué voy a hacer sin Mickey?».

Aquella misma noche, Joe fue a casa de su madre, en la pequeña ciudad de Elm Mott, situada a sesenta kilómetros de distancia, cerca de Waco. Angustiado, desconcertado y emocionalmente agotado, se quedó despierto en la cama y no paró de preguntarse: «¿Quién querría hacerle daño a Mickey? ¿Y por qué?».

En la escena del crimen, los investigadores trabajaron febrilmente hasta altas horas de la noche.

Afloraron algunos detalles: Mickey había recibido cuatro disparos a quemarropa; faltaba la Magnum 357 de Joe; había perdigones de plomo en las heridas de Mickey y por todo el dormitorio, lo cual indicaba que la pistola probablemente era el arma del crimen; no había testigos; los vecinos no habían visto ni oído nada; no había huellas dactilares sospechosas, ni tampoco de botas ni zapatos; no se encontró semen en los frotis vaginales; no había señales de que hubieran entrado en la casa a la fuerza; se encontró una colilla en el suelo de la cocina, aunque ni Mickey ni Joe fumaban.

Cuando los investigadores se dieron cuenta de que faltaban la alianza de oro, el reloj y el anillo de diamantes de Mickey, así como la pistola de Joe, supusieron que había sido víctima de un robo que había degenerado en un homicidio, pero había pocas pruebas que apoyaran esa teoría o cualquier otra.

Encontraron pocas pistas. El cuerpo de Mickey fue retirado, dejando tras de sí un colchón y una alfombra empapados de sangre y un dormitorio lleno de salpicaduras. El gran volumen de sangre convenció a la policía de que necesitaban un experto.

Robert Thorman era un agente del departamento de policía del cercano condado de Bell, y cuatro meses antes había obtenido su certificado como experto en «análisis de patrones de manchas de sangre». El asesinato de Mickey Bryan fue su primer trabajo remunerado como experto. A través de la red de policías y sheriffs, se supo que Thorman había superado las pruebas, había recibido su diploma y ahora podía estudiar manchas de sangre y ver cosas invisibles para otros investigadores.

Quienes practicaban el análisis de manchas de sangre, al menos en 1985, creían que una escena del crimen ensangrentada estaba llena de pistas sobre lo que había ocurrido y quién lo había hecho. Analizando minuciosamente gotas, salpicaduras, rastros, huellas y manchas de sangre de la víctima, un experto avezado podía descubrir pruebas cruciales.

Thorman había obtenido la certificación tras realizar un curso intensivo de cuarenta horas a lo largo de una semana, por el que pagó 400 dólares a una empresa privada especializada en la formación de «expertos» en todo tipo de disciplinas forenses. Sus clases se impartían en el salón de baile de un hotel de Beaumont y, sorprendentemente, todos los «alumnos» de la clase sacaban buenas notas, obtenían el certificado y estaban listos para testificar.

Cuando Thorman llegó a casa de los Bryan el martes por la noche, se puso a trabajar inmediatamente, haciendo uso de lo que acababa de aprender en el salón de baile del hotel. Estudió las manchas de

sangre esparcidas por las paredes, hizo fotografías, fijó cuerdas aquí y allá, tomó medidas y pasó más de dos horas en el dormitorio.

Sin embargo, su minucioso examen no arrojó nada sustancial. La visita había sido poco productiva, pero Thorman volvería.

Lo que no produjo sería mucho más importante. Como la mayoría de los propietarios de viviendas, Joe y Mickey tenían varias linternas, grandes y pequeñas, viejas y nuevas, siempre cerca pero casi nunca fáciles de encontrar cuando eran necesarias.

No había ninguna linterna en la escena del crimen. Distintos investigadores, incluido el experto Thorman, registraron el dormitorio de Joe y Mickey de arriba abajo y nadie mencionó jamás una linterna.

Sin embargo, una de las linternas de los Bryan se convertiría en una prueba crucial, cuya importancia fue exagerada por los investigadores.

Finalmente, el cansancio venció a Joe y se quedó dormido, pero lo despertó otra pesadilla. «No puede ser verdad», se repetía a sí mismo. Tras una noche sin apenas descanso, cuando se levantó finalmente de la cama el miércoles por la mañana, se preparó para otro día horrible.

Su primera tarea fue visitar la funeraria para comentar los preparativos del entierro de su esposa. Allí le dijeron que Joe Wilie quería hablar con él. Joe fue llevado a la comisaría, donde entró sin abogado. En ningún momento se le pasó por la cabeza contratar a uno.

Wilie era un expolicía estatal que había sido ascendido a los Rangers de Texas, la legendaria unidad de élite dedicada a la lucha contra el crimen. Como era habitual en un ranger, Wilie mostraba una seguridad en sí mismo que algunos consideraban fanfarronería, un halo de creerse capaz de resolver cualquier asesinato. Inició la conversación haciéndole a Joe algunas preguntas rutinarias sobre su vida con Mickey. Joe, que estaba física y emocionalmente agotado, al principio se sorprendió por la absoluta falta de empatía de Wilie. Mirando por debajo del ala de su obligatorio sombrero de vaquero Stetson blanco, era brusco, arrogante y directo. Ningún observador habría adivinado que el ranger estaba hablando con un hombre cuya esposa acababa de ser brutalmente asesinada.

Joe quería saber cómo iba la investigación. Maldita sea, quería averiguar quién había matado a su mujer, pero Wilie se mostró hermético y apenas ofreció detalles. Sí mencionó que habían encontrado la caja metálica, pero que no había dinero dentro. No, Joe no tenía ninguna teoría sobre quién podría querer matar a Mickey. Seguía sin creer que alguien quisiera hacerlo.

Por desagradable que resultara, la entrevista no fue agresiva. Las acusaciones vendrían después.

Sin que Joe lo supiera y sin su consentimiento, los investigadores se habían llevado de la casa todos los papeles y documentos valiosos de los Bryan: extractos bancarios, pólizas de seguros, talonarios, facturas y testamentos, prácticamente todo. Los extractos bancarios revelaban un estilo de vida frugal, cosa que no sorprendió a nadie. Joe y Mickey eran ahorradores y tenían unos 35.000 dólares

repartidos en varias cuentas. La hipoteca de su casa ascendía a unos 36.000 dólares y estaba cubierta por un seguro de vida. En caso de fallecimiento de uno de los dos, la hipoteca quedaría saldada. La pareja había contratado seguros de vida baratos por un valor aproximado de 150.000 dólares. El subsidio del Sistema de Profesores Jubilados de Texas era de 26.000 dólares para el superviviente.

Joe no vería ni un centavo de ese dinero.

El asesinato de una persona conocida es una noticia impactante ocurra donde ocurra, pero en un lugar como Clifton, con solo tres mil habitantes, donde casi todo el mundo se conocía, la muerte de Mickey era imposible de digerir. Una chica de buena familia, una maestra muy admirada y querida y la esposa de un director de escuela popular: si ella no estaba a salvo, ¿quién lo estaba? El asesinato de Mickey Bryan era aterrador.

Al miedo que asolaba Clifton se sumaba la inquietante muerte de otra mujer solo cuatro meses antes. En junio, Joe Wilie fue llamado a Clifton para investigar el asesinato de Judy Whitley, una joven de diecisiete años cuyo cuerpo desnudo fue hallado en un matorral a menos de dos kilómetros de casa de los Bryan. La adolescente había sido atada, amordazada, violada y estrangulada.

¿Estaban relacionados ambos asesinatos? En una comunidad segura, tranquila y con pocos delitos graves, la noticia de la muerte de Mickey sacudió a una población ya de por sí agitada y puso aún más presión sobre Joe Wilie y su equipo de investigadores. Lo cierto era que no tenían pistas fiables. Trabajaban sin descanso y estaban

siguiendo cualquier indicio, pero hasta ahora no habían descubierto nada.

Entonces, Charlie Blue entró en escena. Charlie era el hermano mayor de Mickey y vivía en Florida, donde era vicepresidente de una empresa agroquímica. El martes, al enterarse del fallecimiento de su hermana, viajó a Texas en avión y luego en coche hasta Clifton.

Según Joe, Mickey y Charlie nunca habían estado unidos. Él era un ejecutivo agresivo acostumbrado a mandar y salirse con la suya, lo cual contrastaba con la personalidad pausada y modesta de Mickey. Como cuñados, Joe y Charlie trataban de llevarse bien, pero guardaban las distancias. No había animosidad en la familia. Charlie vivía a casi dos mil kilómetros de distancia y casi nunca se veían.

Charlie se instaló en casa de sus padres, Vera y Otis, y cuidó de ellos mientras la familia guardaba luto. Le pidió a Joe que le prestara su coche, un Mercury, mientras estuviese en la ciudad, y él accedió encantado. Joe no estaba en condiciones de conducir y la familia lo llevaba de un lado a otro. El viernes, un día después del funeral, Charlie estaba frustrado por la falta de avances en la investigación y decidió hacer algo al respecto. Su empresa tenía en nómina a un exagente del FBI llamado Bud Saunders, que trabajaba como detective privado. Charlie llamó a Saunders y le pidió que fuera a Clifton, ya que había algunas cosas que le preocupaban sobre la muerte de Mickey. No les dijo ni a Joe Bryan ni a Joe Wilie que iba a traer a su propio investigador privado.

Saunders llegó a la ciudad el sábado por la tarde y se reunió con Charlie en el Dairy Queen. Luego se montaron en el Mercury de Joe Bryan y dieron una vuelta para comentar el caso. En mitad del campo, se detuvieron a hacer sus necesidades junto a la carretera.

En ese momento, Saunders pisó barro y se manchó las botas. Buscando un trapo para limpiarlas, Charlie abrió el maletero. Allí, en una caja de cartón, había una linterna con el foco apuntando hacia arriba. En ella se apreciaban pequeñas manchas y Charlie la cogió para examinarla. Como directivo empresarial, no tenía ninguna experiencia en manchas de sangre o escenas del crimen, pero aun así supuso que las manchas eran gotas de sangre. Al dársela a Saunders, este coincidió con su apreciación. De vuelta a Clifton, llamaron a los Rangers desde una cabina telefónica.

Aquella noche, todavía sábado, Joe Wilie ejecutó una orden de registro en el Mercury de Joe Bryan. Los agentes cogieron la linterna y la enviaron al laboratorio estatal de criminalística para su análisis. El coche estaba inmaculado, sin manchas de sangre dentro o fuera. Joe detestaba que hubiera suciedad en el coche.

Wilie entregó el Mercury a Charlie, que lo llevó a casa de los Bryan y lo dejó en la entrada el domingo a eso de las cuatro de la madrugada. Después, Saunders y él abandonaron la ciudad. Charlie embarcó en un vuelo de Austin a Tampa.

Joe Bryan no sabía nada de todo esto. Cuando recogió su coche el domingo por la tarde, hacía cuatro días que lo había prestado y Joe Wilie y su equipo lo habían sometido a un registro minucioso.

La gran oportunidad de Wilie llegó cuando el laboratorio estatal de criminalística informó de que las motas de la linterna eran sangre humana del tipo 0, el mismo que Mickey pero no que Joe. Las pruebas de ADN no existían en 1985. Wilie sospechó, a pesar de que la mitad de la población mundial es del tipo sanguíneo 0. Cuando una química del laboratorio de criminalística encontró también unas partículas de plástico diminutas en el foco de la linterna y le pareció

que tenían las mismas características que los perdigones hallados en la escena del crimen, Wilie se convenció de que la linterna había sido utilizada en el asesinato.

El ranger tenía a su hombre.

El 23 de octubre, ocho días después del asesinato, Joe Bryan estaba viendo la televisión con su madre en la sala de estar de la casa de Elm Mott cuando apareció Wilie inesperadamente. Iba acompañado de Ron Brennand, el jefe de policía de Clifton, y Denny Proffitt, el sheriff del condado de Bosque. Joe se sintió aliviado y contento de verlos, pues tenía la esperanza de que trajeran buenas noticias sobre la investigación.

En lugar de eso, Joe Wilie anunció: «Queda detenido por el asesinato de su esposa».

Al principio, Joe no podía ni hablar, pero finalmente acertó a preguntar: «¿Con qué pruebas?».

Wilie no respondió. Joe fue esposado, colocado en el asiento trasero de un coche patrulla y conducido a la cercana Waco, donde se procesó su arresto. Después lo trasladaron a la cárcel del condado de Bosque, en Meridian, donde lo desnudaron y fotografiaron. La policía buscaba arañazos y magulladuras, posiblemente como prueba de una lucha desesperada de Mickey en el último momento.

No se encontraron esas pruebas.

La noticia de la detención de Joe fue recibida con incredulidad generalizada. De hecho, nadie que conociera a Joe creyó ni por un segundo que hubiera matado a Mickey, una mujer a la que amaba y

por la que sentía una devoción absoluta. Sus compañeros de la escuela se mostraron incrédulos y enojados. Exalumnos y estudiantes protestaron con vehemencia. Joe era conocido por su falta de ira y su aplomo en cualquier situación. No tenía mal genio ni motivos para hacerle daño a nadie, y menos a su mujer.

No está claro si el ranger Wilie y su equipo sintieron la reacción negativa que provocó el arresto. Se habían precipitado en la investigación, no habían encontrado pistas ni indicios creíbles, habían ignorado una coartada clara y ahora se pavoneaban ante la prensa. Una vez más, el heroico ranger había llegado a la ciudad montado en un caballo blanco y había salvado a la gente deteniendo a un frío asesino.

Aplicando su estrategia de «acusar primero e investigar después», Wilie y su equipo intentaron demostrar el único aspecto del crimen que requería atención: el móvil. No había una sola prueba, ni siquiera habladurías sobre problemas matrimoniales entre Joe y Mickey. No los tenían. Eran inseparables, se llevaban bien con sus familiares, tenían poco dinero por el que discutir, les encantaba estar juntos y preferían pasar tiempo solos que con amigos.

Para poner en duda que la pareja estuviese tan unida, los investigadores concluyeron que Joe era homosexual. Como creían que tenía tendencias homosexuales, era obvio que también tenía tendencias homicidas.

El desprestigio había comenzado. Una de sus teorías más disparatadas era que Mickey había descubierto la sórdida doble vida de Joe y tenía pensado hablar con él, divorciarse, etcétera. No había una sola prueba que apuntara a todo esto, pero daba igual.

Tampoco había un solo indicio sobre el móvil del crimen, así que era imperativo que la policía lo creara.

Para alimentar la campaña de desprestigio, Joe Wilie había encontrado algo en el maletero del Mercury de Joe Bryan cuando buscaba la linterna. Era un calendario Chippendales con fotos en color de bailarines semidesnudos, uno distinto para cada mes. (Joe y Mickey lo habían comprado para gastarle una broma a un amigo, pero se olvidaron de él y lo dejaron en el maletero).

¿Qué otra prueba hacía falta?

Tras la detención de Joe y su puesta en libertad bajo fianza, los investigadores recorrieron la comunidad en busca de pruebas de que era gay y no dudaron en difundir todo tipo de rumores escabrosos.

Cuando Joe Wilie entrevistó a Susan Kleine, amiga íntima y compañera de Mickey en el cuerpo docente, su primera pregunta la dejó atónita: «¿Cree que Joe es homosexual?». Antes de que ella pudiera responder, añadió: «Hay rumores de que Joe es gay».

Susan estaba muy unida a Joe y Mickey y mostró su firme creencia en que él jamás le haría daño. Los conocía bien, y también a sus amigos y familiares, y nunca había oído a nadie insinuar que Joe fuera gay, al menos hasta que Joe Wilie lo mencionó.

Susan lo negó rotundamente. En su opinión, Joe no era afeminado, y mucho menos gay. Y no, no había oído ese rumor hasta ese momento. Kleine se puso nerviosa cuando Wilie siguió haciendo preguntas similares sobre la sexualidad de Joe. Ella sabía la verdad y también lo devastadores que podían ser los rumores para alguien como Joe. Finalmente advirtió a Wilie de que estaba

pisando terreno peligroso y que debía tener cuidado con la reputación de una persona.

Wilie y su equipo fueron de todo menos cuidadosos. En docenas de entrevistas a amigos y conocidos, volvieron una y otra vez al tema de la homosexualidad de Joe, aunque ni un solo testigo sabía nada al respecto. Los policías desarrollaron aún más su creatividad e hicieron preguntas sobre los «rumores» de que Joe tenía una relación con un estudiante varón, y de que Joe se escapaba a Nueva Orleans para pasar fines de semana desenfrenados en bares gais. Los rumores, todos creados y fomentados por la policía, fueron repetidos, difundidos y adornados, y cobraron vida propia.

Las notas de los investigadores contienen observaciones como: «¿Tendencias homosexuales?», «¿Es gay?» y «¿Maricón?».

Mientras los investigadores escarbaban en todos los aspectos de la vida privada de Joe, se hicieron con sus registros telefónicos. Era uno de esos momentos en que unos agentes reflexivos se habrían dado cuenta de que estaban tras la pista equivocada. No fue el caso de Wilie y su pandilla. El mes anterior al asesinato, Joe llamó a Mickey, a su madre, a su hermano mayor, a un primo, a una tienda de vitaminas, a una tienda de lentillas y a un hospital. No había una sola llamada ni remotamente sospechosa.

Pero no estaban al mando de la investigación unos agentes reflexivos. Se había practicado la detención, tenían a su hombre y ahora estaban desesperados por demostrarlo.

Joe Bryan era un hombre heterosexual felizmente casado que nunca le había sido infiel a Mickey. A lo largo de su matrimonio habían

disfrutado de una relación íntima y estrecha. Como la mayoría de los matrimonios, los primeros años habían sido más activos, sobre todo cuando «trabajaban» duro para reproducirse. Cuando se enteraron de que Mickey no podía quedarse embarazada, se entristecieron profundamente, pero tenían menos de treinta años y eran demasiado jóvenes para renunciar al sexo.

Cuando, estando en casa de su madre en Elm Mott, Joe se enteró de los rumores sobre su homosexualidad, fue otro golpe duro para un hombre inocente. «¿Qué será lo siguiente?», se preguntó.

Los habitantes de Clifton eran personas respetuosas con la ley que depositaban una gran confianza en las autoridades: la policía, los fiscales y los jueces. Un rumor desagradable transmitido por un ciudadano corriente podía no llegar muy lejos, pero uno pronunciado con la autoridad de un policía, y más aún de un ranger de Texas, tenía mucho más peso. Los rumores, totalmente infundados, no tardaron en repetirse y difundirse. Como siempre ocurre con las habladurías, cuanto más sensacionalistas son, más rápido corren.

Mientras la campaña de desprestigio cobraba fuerza, Joe se mantuvo alejado de Clifton.

En la escuela le dieron la baja laboral. Por primera vez en muchos años, sus días no giraban en torno a sus alumnos y al horario escolar. Los echaba mucho de menos, y también a sus amigos, muchos de los cuales se iban distanciando poco a poco.

Sobre todo, añoraba a su querida Mickey, su esposa y mejor amiga.

Una vez a la semana iba a la casa de Clifton a cortar el césped, pero empezaba a sentirse un intruso en su propia ciudad. Sus vecinos seguían siendo amables, pero otros mantenían las distancias. A menudo pasaba por el cementerio, donde se sentaba junto a la tumba de Mickey y lloraba. Perderla había dejado un vacío enorme en su vida, y ser acusado de su asesinato hacía que el dolor resultara insoportable.

Su fe cristiana siempre lo había sostenido y guiado. Rezaba más que nunca y leía la Biblia en busca de ayuda. Seguía yendo a misa en su iglesia habitual y se sentía más fuerte gracias a la cercanía con los otros creyentes. Sin embargo, ese vínculo se rompió un día que su pastor lo llamó por teléfono y, tras una charla amistosa, habló del verdadero motivo de la llamada. Varios miembros de la Primera Iglesia Bautista se habían quejado de que les incomodaba la presencia de Joe. ¿Le importaría ausentarse hasta que terminara el juicio? Aquello fue otra bofetada dolorosa para Joe, que se retrajo aún más en su mundo de tristeza.

Poco después, el gerente de la escuela le hizo una visita y le pidió que dimitiera.

Para colmo de males, Charlie Blue reapareció y volvió a inmiscuirse en el proceso presentando una demanda para proteger la herencia de Mickey y evitar que Joe gastara sus ahorros en honorarios legales. El juez aceptó y Joe tuvo que pedir un préstamo a sus hermanos para pagar a los abogados. Otis y Vera, los padres de Mickey, cortaron toda comunicación con Joe.

Seis meses después del asesinato, comenzó el juicio en el tribunal de Bosque, situado en la ciudad de Meridian, capital del condado y aún más pequeña que Clifton. Los abogados de Joe habían tomado la decisión crucial de no solicitar un cambio de sede. Creían que su cliente era muy conocido y respetado en su comunidad, un acusado que merecía ser juzgado por sus iguales. La decisión resultó ser acertada cuando la mayoría de los posibles miembros del jurado levantaron la mano en respuesta a si conocían a Joe Bryan o habían oído hablar de él.

Para su familia y amigos, verlo sentado a la mesa de la defensa flanqueado por sus abogados era una imagen chocante. A veces parecía triste y confuso, y otras casi beligerante y combativo, porque todos sabían que el juicio era una farsa, que era inocente y solo quería acelerar las cosas y acabar con aquello. Desde el día de su detención, Joe no pensó ni por un momento que sería declarado culpable del asesinato de Mickey. A veces temía que ocurriera, ya que los juicios son muy impredecibles, pero él conocía la verdad y estaba seguro de que lo absolverían. Era otra persona quien debía estar en la sala del tribunal, no él.

El caso recayó en Andy McMullen, el fiscal de distrito electo, que tenía poca experiencia en asesinatos. Las pruebas que le presentaron Joe Wilie y su equipo eran tan dudosas, circunstanciales y llenas de lagunas que parecía inviable un veredicto de culpabilidad. Sin embargo, McMullen no estaba dispuesto a interponerse en el camino de un ranger de Texas que afirmaba haber resuelto un asesinato muy publicitado.

La tarea de McMullen fue ardua desde el primer momento. No tenía pruebas directas, tan solo circunstanciales en el mejor de los

casos. No había testigos; nadie vio ni oyó nada inusual la noche que Mickey fue asesinada. Para condenar a Joe por asesinato, el estado tendría que convencer a los miembros del jurado de que aceptaran una teoría increíble: (1) La noche del 14 de octubre, Joe y Mickey hablaron por teléfono sobre las 21.15 y se dieron las buenas noches; (2) Joe salió de su habitación de hotel en Austin, a doscientos kilómetros de distancia, y condujo dos horas hasta su casa de Clifton; (3) Joe viajó a pesar de una fuerte tormenta y a pesar de un problema de la vista llamado erosión corneal que le dificultaba la visión nocturna; (4) Joe llegó a casa hacia medianoche, aparcó el coche en la entrada, abrió la puerta con llave y entró en la cocina; (5) Joe se movió por la casa a oscuras mientras Mickey dormía, cogió su pistola Magnum 357, la cargó con perdigones, buscó la linterna y entró en el dormitorio, donde disparó a su esposa cuatro veces; (6) mientras abría fuego, sostuvo la linterna de tal manera que la sangre de Mickey, del grupo 0, salpicó a Joe, las paredes, el techo y la propia linterna; (7) Joe, cubierto de sangre, se bañó, se puso ropa y zapatos limpios, tiró las prendas ensangrentadas y salió de la casa; (8) al huir, cogió la pistola, que nunca fue encontrada, y la linterna, que guardó en el maletero del coche, evidentemente sin saber que también presentaba salpicaduras; (9) Joe también «robó» la alianza de boda que le había regalado a su mujer, su reloj y su anillo de diamantes; (10) tras haber matado a su esposa, Joe volvió a Austin la madrugada del 15 de octubre, entró en su habitación sin ser visto, durmió unas horas y llegó puntualmente a las 8.30 para desayunar con unos amigos como si nada hubiese ocurrido.

Con gran esfuerzo, gran parte de este descabellado escenario casi tendría explicación. Por ejemplo: Joe eligió el 14 de octubre porque

se encontraría fuera de la ciudad y su coartada sería firme y bien documentada; hizo el viaje de ida y vuelta, que duró cuatro horas, con la visión muy mermada, pero aun así decidido; sabía que la ciudad estaría durmiendo profundamente la medianoche de un martes, así que no había necesidad de esconder el coche; entró en su casa sin hacer ruido porque tenía llave; tal vez había cargado previamente la pistola y la tenía preparada; en lugar de encender la luz del dormitorio y dar a Mickey la oportunidad de despertarse y resistirse, atacó en la oscuridad para que no tuviera defensa y nunca supiera quién la había matado; Joe había previsto que la escena sería sangrienta, así que tenía una muda de ropa y zapatos preparados para su huida. Y así sucesivamente.

Cada detalle podría debatirse una y otra vez. Sin embargo, en un juicio penal debe llegarse a una condena más allá de toda duda razonable y no puede basarse en lo que podría haber ocurrido. Se necesitan pruebas fehacientes y, en el caso *El estado contra Bryan*, el estado no tenía casi ninguna.

También faltaba un móvil. Durante el juicio, el estado sería incapaz de aportar la más mínima prueba de que Joe y Mickey tenían problemas conyugales. Después de meses interrogando a sus amigos y familiares, los investigadores no habían encontrado un solo indicio de conflicto o una palabra de descontento.

En cuanto al tema de la homosexualidad, también se había desvanecido. A pesar de las insinuaciones, los rumores y las preguntas capciosas que habían circulado por el condado, los investigadores no habían encontrado ninguna prueba de mala praxis por parte de Joe, ni con hombres ni con mujeres. Habían intentado mancillar la reputación de Joe, pero la sala estaba abarrotada de

amigos y simpatizantes, prueba evidente de que era admirado e incluso querido. Unos cuarenta de sus amigos más íntimos planeaban testificar a su favor.

La presentación del caso de McMullen ante el jurado fue tan poco convincente e ineficaz que supuso casi una rendición, una admisión de que el estado no tenía muchos argumentos. En general, cuando los fiscales carecen de pruebas firmes tienden a aferrarse a la moralidad, a gritar mucho, a citar las Sagradas Escrituras y a Shakespeare y a desviar la atención del jurado de sus débiles argumentos. McMullen no hizo eso. No presentó una teoría del caso. Divagó un poco, soltó algunos tópicos y agradeció a los miembros del jurado sus servicios.

Los fuegos de artificio vinieron a continuación, por parte de otro fiscal, un abogado de fuera de la ciudad llamado Garry Lewellen. Cuando Charlie Blue se sintió frustrado por la lentitud de la investigación, contrató a su propio investigador. Como McMullen tampoco le gustó, contrató a un fiscal propio, Garry Lewellen. La ley de Texas permitía a la familia de la víctima contratar a un fiscal especial, pero siempre y cuando el fiscal del distrito mantuviera el control del caso.

Lewellen era más alborotador y peleón que McMullen y ladró lo suficiente como para llamar la atención del jurado. Sin embargo, el argumento del estado no tardó en perder el impulso que le había dado. Al jurado le mostraron imágenes gráficas de la escena del crimen y esquemas del dormitorio y la casa, los cuales demostraban poco. Dos cabellos humanos encontrados en una caja de cartón en el maletero del Mercury de Joe no coincidían con los suyos ni con los de Mickey. Algunas huellas del dormitorio eran de Joe, pero era su

habitación. Había otras en la linterna, de la cual nunca había negado ser el dueño. Una huella no identificada de la palma de una mano encontrada en la habitación no pertenecía a Joe y no se pudo relacionar con Mickey porque las pruebas de comparación se estropearon. Una química del laboratorio estatal de criminalística declaró que había examinado fotografías de la linterna con el microscopio y había visto un fragmento que podía ser de los casquillos de plástico encontrados en la escena del crimen.

Sorprendentemente, la linterna no estaba presente en la sala del tribunal. No se sabe dónde se encontraba en ese momento, pero el acta refleja que el estado no la presentó para que el jurado pudiera verla. Todo el análisis de la linterna se realizó examinando fotografías de la misma.

Los primeros días del juicio transcurrieron sin que se aportaran pruebas condenatorias contra Joe.

La prueba más importante era también la que más podía perjudicar al estado: la colilla encontrada en el suelo de la cocina. Como ni Joe ni Mickey eran fumadores, lo más probable era que el asesino hubiera fumado tranquilamente después o incluso antes de cometer el crimen.

En cualquier caso, la colilla era un gran problema para la fiscalía. Alguien la dejó allí, y ese alguien era el asesino.

Pero Joe Wilie no se dejó amedrentar. Tenía una historia nueva. Explicó pacientemente al jurado que él mismo había pisado la colilla cuando estaba frente a la casa y que, sin darse cuenta, la había arrastrado hasta la cocina, donde se desprendió de la suela de su bota de vaquero. No quedó claro cómo sabía el ranger que la había pisado. Tampoco explicó cómo sabía que se había desprendido

momentos después en el suelo de la cocina. Así que el problema estaba resuelto. Y Wilie incluso tenía un testigo. Un policía de Clifton llamado Kenneth Fields declaró que había visto caer la colilla de la bota de Wilie al suelo de la cocina. Por supuesto, Fields no se lo dijo a nadie en aquel momento ni lo incluyó en su informe escrito. El informe del propio Wilie, de veinticinco páginas, no menciona la colilla pegajosa.

El cuarto día del juicio, el estado llamó a Charlie Blue al estrado.

Él y Lewellen, el fiscal a quien había contratado, mantuvieron una conversación bien ensayada para demostrar que Blue era el hermano mayor preocupado que solo quería justicia para su hermana. Le contó al jurado la historia de su encuentro con Saunders, su investigador privado, y que condujeron por el campo en el Mercury de Joe hasta que se detuvieron en el arcén para hacer sus necesidades. Cuando abrieron el maletero, Blue vio la linterna, reparó en las manchas rojas del foco e inmediatamente dijo: «Parece sangre». Como cabría esperar, Saunders estaba de acuerdo.

Una vez más, los miembros del jurado no pudieron ver la linterna, sino que les entregaron unas fotografías en color que apenas mostraban unas motas prácticamente indistinguibles.

La argumentación del estado siguió su curso con poco dramatismo y ninguna prueba clara de la culpabilidad de Joe. El testimonio más crucial fue el de Joe Wilie mientras era interrogado por los abogados del acusado sobre la ausencia de móvil. «¿No se le ha ocurrido ningún motivo para que este hombre matara a su mujer?», le preguntaron.

Wilie respondió: «Muerta vale 300.000 dólares, si quieren aventurar un motivo».

La afirmación no solo era injuriosa y altamente prejuiciosa, sino también falsa. El seguro de vida de Mickey ascendía a unos 150.000 dólares. Cuando murió, ella y Joe tenían unos 35.000 dólares en el banco y una casa modesta con hipoteca. Testificar bajo juramento que el móvil de Joe, de hecho el único posible, era económico, era objetable. Mencionar el seguro de vida debería haber sido motivo suficiente para anular el juicio.

Los abogados de Joe se pusieron en pie de un salto y protestaron ruidosamente. Los fiscales también gritaron. Cuando las cosas se calmaron, el juez aceptó el testimonio de todos modos.

Durante cuatro días, el estado no había aportado más que pruebas poco sólidas. No solo eran circunstanciales, sino en su mayor parte equívocas. El curso del juicio cambió radicalmente el quinto día, cuando Robert Thorman subió al estrado. Como nuevo experto certificado en el campo del análisis de manchas de sangre, aportaría certeza científica a un caso que de otro modo sería turbio.

Como hacen la mayoría de los testigos periciales, Thorman empezó con una ampulosa narración sobre sus credenciales y cualificaciones: su dilatada carrera en el cuerpo de policía e incluso la policía militar, y su formación en análisis de manchas de sangre. El jurado no sabía que carecía de formación científica en ese tipo de análisis y que sus únicos estudios consistieron en un curso de cuarenta horas ofrecido en un hotel de Beaumont cuatro meses antes.

A continuación, sentó las bases de su peritaje describiendo la escena del crimen cuando llegó la noche del 15 de octubre. El jurado

ya había visto muchas fotografías sangrientas y no necesitaba ver más. Thorman dijo que había «gran cantidad» de salpicaduras y que «muchas de ellas» debían de pertenecer al asesino, fuera quien fuera.

La linterna era la prueba crucial y Thorman no tardó en esgrimirla. Como no disponía de ella y nadie podía explicar dónde estaba, se basó en algunas de las mismas fotografías que el jurado ya había visto. No mostraban sangre reconocible, sino una serie de pequeñas manchas que para un ojo normal no significaban nada. Sin embargo, para un experto altamente cualificado como Thorman había una enorme cantidad de pruebas en esas motas. Eran causadas por salpicaduras, o «salpicaduras en retroceso», como él prefería llamarlas, y, al menos para él, eran la prueba de que la sangre de la víctima había invertido su curso desde el ángulo de las heridas y había viajado hacia atrás a gran velocidad. Dado que parte de la sangre cayó sobre el foco de la linterna, era lógico pensar que esta se encontraba en el lugar del crimen.

Thorman añadió que la ausencia de salpicaduras en el mango de la linterna indicaba que alguien la tenía en la mano en el momento del tiroteo.

Esto se ajustaba perfectamente a la hipótesis del estado, según la cual Joe se coló en su propia casa, no encendió las luces por miedo a despertar a la persona a la que estaba a punto de asesinar y entró en su dormitorio con la linterna en una mano mientras disparaba la pistola con la otra.

Utilizando algunos de los términos científicos que acababa de aprender, así como la jerga habitual, Thorman estaba seguro de que la linterna era un elemento crucial del asesinato. Después de

disparar, Joe la escondió en el maletero de su coche, pero no limpió la sangre. Como la sangre de Mickey era del grupo 0 positivo (como la de miles de millones de personas), estaba claro, al menos para Thorman y los investigadores, que Joe había matado a su mujer.

En el contrainterrogatorio, el abogado de Joe preguntó a Thorman cómo era posible que, a pesar de la «enorme cantidad» de sangre que había salpicado al asesino, el Mercury propiedad de Joe estuviera tan impoluto cuando lo examinaron los investigadores. Y, además, ¿cómo se las arregló el asesino para abandonar la escena del crimen sin dejar rastros de la sangre de Mickey? El equipo de la policía científica no encontró huellas dactilares ensangrentadas, ni tampoco marcas de botas o zapatos.

Aquí, Thorman empezó a improvisar. Especuló que Joe se duchó y se cambió de ropa y zapatos, y que también encontró tiempo para limpiar su coche a fondo.

Thorman era experto en el análisis de manchas de sangre, cuyos parámetros establecía la propia escena del crimen. Tenía un certificado que así lo demostraba. Entonces ¿de dónde sacó los conocimientos para predecir lo que pudo hacer un asesino tras abandonar la escena del crimen? ¿Cómo podía saber a ciencia cierta que el asesino se duchó, se cambió de ropa y zapatos y limpió el coche para eliminar las manchas de sangre?

Todo eran especulaciones. Thorman se estaba extralimitando mucho en sus funciones. Esa parte de su testimonio inducía al prejuicio y era inadmisible y debería haberse eliminado del acta, con la advertencia al jurado de que no lo tuviera en cuenta. Los abogados de Joe protestaron enérgicamente, pero el juez admitió de todos modos el precario testimonio.

Robert Thorman salvó la causa del estado basándola en la certeza científica. Hasta que él testificó, la acusación se había debatido entre rumores, especulaciones, medias verdades e insinuaciones. Pero, en el último momento, un experto certificado había cogido la linterna encontrada en el maletero de Joe y la había convertido en parte vital del asesinato de Mickey.

Thorman había cambiado radicalmente las tornas.

Durante cinco días, Joe se había sentado a la mesa de la defensa y había visto cómo el estado intentaba presentar argumentos poco convincentes que, al final, no demostraban su culpabilidad. ¿Cómo iban a hacerlo? En muchas ocasiones tuvo ganas de levantarse y gritar: «¡Soy inocente! ¡Yo no he sido! ¡Tienen al hombre equivocado! ¡El asesino sigue suelto!».

No había matado a Mickey y estaba convencido de que un juicio lo demostraría. Pero, tras cinco días siendo acusado por las autoridades más respetadas, incluso por un ranger de Texas, estaba asustado. Su miedo se debía a las caras y reacciones de los miembros del jurado, que al principio se mostraban escépticos, pero, a las pocas horas de escuchar las acusaciones contra él, empezaron a mirar a Joe con recelo. El testimonio pericial de Thorman pareció calar en ellos.

Joe empezó a entender la presunción de culpabilidad, que decía algo así: en un asesinato como el de Mickey, la comunidad está conmocionada y pide justicia inmediata. La gente quiere que el asesino sea capturado, encerrado y castigado. Cuando se detiene a un sospechoso, la ciudadanía se siente aliviada y se apresura a

juzgarlo: el sospechoso debe de ser culpable, o al menos estar implicado, o de lo contrario la policía no lo detendría. Una vez considerado culpable, el sospechoso es conducido a la sala del tribunal, donde se enfrenta al poder del estado —la policía y la fiscalía—, las mismas autoridades en las que confían unos ciudadanos a los que les han lavado el cerebro con ese propósito. Los miembros del jurado, personas normales seleccionadas en la comunidad, confían mucho más en el testimonio de las autoridades que en cualquier cosa que alegue el acusado, quien, por supuesto, está luchando por su vida y hará o dirá cualquier cosa para salvar el pellejo.

Joe vio que su culpabilidad se daba por sentada. El juicio no estaba siendo justo. No competía en igualdad de condiciones.

Insistió en testificar en su propia defensa. No había hecho nada malo y, desde luego, no tenía antecedentes penales de los que preocuparse en el contrainterrogatorio. Era intachable y sus abogados aceptaron que hablara. Empezó negando todo lo que el jurado acababa de oír. Estaba en una habitación de hotel a doscientos kilómetros de distancia cuando su esposa fue asesinada. Él no la mató, no tenía ninguna razón para hacerlo, ningún motivo. Insinuar lo contrario era indignante. Era el dueño de la linterna, sí, pero no la metió en el maletero del coche ni recordaba cómo había llegado hasta allí.

A veces se emocionaba, sobre todo cuando hablaba de Mickey, pero mantuvo la compostura y sobrevivió al interrogatorio directo.

En el contrainterrogatorio, Robert Lewellen atacó con un aluvión de acusaciones que retrataban a Joe como un mentiroso. Joe se mantuvo firme e insistió en que no había salido de su habitación de

hotel aquella noche. Una y otra vez dijo: «No lo sé, no lo sé. Nunca he entendido nada de todo esto». Mientras Lewellen lo acribillaba, Joe rompía a llorar y repetía: «Yo no maté a Mickey y no sé quién lo hizo».

Lewellen tenía la última palabra y el jurado escuchó su enérgico y airado alegato final: «Mickey no se fue a la cama y dejó la casa abierta aquella noche. Cerró la puerta y un hombre entró con una llave, y, después de que se desatara el infierno en ese dormitorio, él se duchó, se cambió de ropa, limpió el lavabo, metió su ropa en la bolsa, se fue y volvió a entrar en el hotel Hyatt silbando como si nada».

El jurado deliberó solo cuatro horas y declaró a Joe culpable de asesinato. Fue condenado a noventa y nueve años de prisión. Una semana después, lo metieron en el asiento trasero de un coche patrulla y lo trasladaron doscientos sesenta kilómetros hasta la prisión de Huntsville, sede de la ajetreada cámara de gas del estado. La prisión contaba con muros altos de ladrillo rojo y torres de vigilancia y parecía una fortaleza medieval. La primera vez que Joe la vio fue un shock aterrador, pero para entonces ya estaba casi insensibilizado ante otro golpe a la verdad y a su libertad. Y, por extraño que parezca, no estaba asustado. Sabía que Dios lo protegería.

En abril de 1986, Joe Bryan, de cuarenta y seis años, ingresó en el sistema penitenciario de Texas, donde permanecería los siguientes treinta y cuatro años.

La cárcel es un lugar espantoso incluso para quienes la merecen. Para una persona inocente es la continuación de una pesadilla inimaginable. Para Joe, era el final, la última parada, el lugar del que nunca saldría. Despojado de la persona a la que amaba, acusado falsamente por policías de gatillo fácil, condenado injustamente por un sistema corrupto y desterrado a un infierno donde debía morir, cayó inmediatamente en un estado de depresión oscura e interminable. En sus primeros días y noches en Huntsville se mostró retraído e insensible a su entorno. Se sentía como un zombi, caminando sonámbulo por la rutina diaria mientras intentaba convencerse de que, gracias a algún milagro, la pesadilla terminaría. La soledad era extremadamente dolorosa. Unos depredadores lo atacaron dos veces, pero se enfrentó a ellos y lo dejaron en paz.

Su celda medía un metro y medio por tres, un espacio reducido para cualquier hombre, pero Joe tenía un compañero que ocupaba la litera de abajo por orden de antigüedad. Evitar el contacto físico requería unos pies ágiles y paciencia. Cuando uno necesitaba ir al baño, el otro desaparecía.

Al poco tiempo, Joe se dio cuenta de que había pasado una semana, y luego otra, y luego un mes. Poco a poco se fue institucionalizando y cada día transcurría como se le había ordenado. Prácticamente todos los aspectos de su vida le venían dictados: levantarse, comer, ducharse dos veces por semana, trabajar, hacer ejercicio y recibir visitas de sus familiares y abogados. En su escaso tiempo libre, tocaba el piano durante los oficios en la capilla, enseñaba a otros reclusos que querían obtener el título del programa de Desarrollo Educativo General, daba clases particulares a

compañeros que cursaban estudios universitarios y leía al menos dos libros a la semana.

Sus abogados se mostraban optimistas sobre sus posibilidades en la apelación, aunque conocían de primera mano la dura reputación de los tribunales de Texas. Joe revivió su caso, leyéndolo y estudiándolo todo: los escritos de sus abogados, las transcripciones del tribunal, las mociones y las resoluciones del juez.

Se reunió con sus abogados en cuanto pudieron visitar Huntsville. En sus alegatos adujeron enérgicamente que la argumentación del estado era insuficiente, que el trabajo de Thorman carecía de integridad científica y que simplemente no había motivos razonables para considerar sospechoso a Joe, el marido.

El arrogante testimonio de Joe Wilie llamó la atención del tribunal de apelación.

Se equivocó por completo cuando dijo al jurado que, para Joe, Mickey valía 300.000 dólares si moría. El importe real de su seguro de vida era aproximadamente la mitad, pero ese testimonio inducía al prejuicio, independientemente del importe.

Dos años después del juicio, la condena de Joe fue anulada. Se sintió eufórico y por un momento pensó que la injusticia estaba tocando a su fin. Sin embargo, el estado se apresuró a acusarlo de nuevo y programar un segundo juicio.

Fue una repetición del primero, con los mismos fiscales y testigos.

Robert Thorman estaba aún más seguro de sus hallazgos y de nuevo se alejó del campo en el que era «experto». La única diferencia significativa fue la falta de apoyo de los amigos de Joe. Solo unos pocos se ofrecieron a testificar en su favor. El resto se excusó.

En julio de 1988, Joe fue declarado culpable de asesinato y condenado de nuevo a noventa y nueve años de prisión.

A medida que el análisis de manchas de sangre ganó popularidad en los años ochenta y noventa, también despertó más controversia. Los abogados defensores lo tachaban implacablemente de falsa ciencia. Otros expertos, científicos de verdad, lo estudiaron y encontraron no pocos defectos en él. Varios casos notorios arrojaron serias dudas sobre su fiabilidad.

Tal vez su abuso más atroz se produjo en el caso de David Camm, un policía estatal de Indiana que pasó trece años entre rejas por un delito horrible con el que no tuvo nada que ver. En marzo de 2000, durante una noche de primavera, Camm estaba jugando al baloncesto con unos amigos y, cuando terminó el partido, se fue a casa en coche. En el garaje encontró una escena sangrienta e indescriptible: su mujer y sus dos hijos habían sido asesinados a tiros. A pesar de la falta de móvil y de los numerosos testigos que confirmaron su presencia en la cancha de baloncesto, las autoridades creían que Camm era el asesino. Encontraron ocho manchas de sangre en su camiseta y un par de expertos declararon que eran «salpicaduras de impactos de alta velocidad». En otras palabras, la camiseta estaba presente en los asesinatos. Los abogados de Camm presentaron peritos que discrepaban rotundamente y declararon que las ocho salpicaduras eran «manchas de transferencia», o manchas de sangre causadas cuando Camm intentaba prestar socorro frenéticamente. Fue juzgado y declarado culpable, apeló, obtuvo una revocación, fue juzgado de

nuevo, declarado culpable de nuevo, apeló otra vez, obtuvo otra revocación y fue juzgado por tercera vez. Al final del tercer juicio, trece años después de su detención, fue absuelto y quedó en libertad.

Un ladrón con antecedentes fue condenado cuando se descubrió que su ADN coincidía con las muestras encontradas en la escena del crimen.

Luego hubo otras condenas erróneas y el análisis de manchas de sangre generó aún más controversia, al igual que otros tipos de análisis forenses turbios, como el del pelo, las huellas de calzado, los incendios provocados y las mordeduras. Los tribunales de Estados Unidos se llenaron de testimonios poco científicos ofrecidos por expertos escasamente cualificados a los que los fiscales pagaban buenos honorarios. Con el tiempo, muchas de las condenas erróneas empezaron a revertirse mientras abogados y defensores de gente inocente perseveraban y las pruebas de ADN se generalizaban y adquirían mayor precisión.

En 2009, la Academia Nacional de Ciencias publicó un informe exhaustivo con enormes repercusiones en el ámbito del derecho penal. En respuesta a una oleada de quejas de abogados defensores, juristas y científicos forenses, y también en respuesta al creciente número de exoneraciones por ADN que beneficiaron a hombres y mujeres inocentes, la academia se puso manos a la obra y examinó con lupa las disciplinas forenses. El resultado fue inquietante.

Gran parte de los testimonios periciales eran sumamente especulativos y no se basaban en investigaciones científicas. En cuanto al análisis de manchas de sangre, el informe lanzaba una

serie de advertencias críticas y terminaba diciendo: «Las incertidumbres asociadas al análisis de patrones de manchas de sangre son enormes».

Walter Reaves y Jessica Freud, los abogados de apelación de Joe, llevaron su caso ante un tribunal federal con un recurso de *habeas corpus*. Para que prosperara, debían presentar nuevas pruebas de su inocencia. Convencieron al tribunal de que permitiera realizar pruebas de ADN a la colilla y el foco de la linterna. Ambas resultaron inútiles, ya que no se pudo obtener ninguna muestra de ADN. Sin embargo, un análisis reveló una conclusión sorprendente: ¡no había pruebas de que las manchas del foco fueran realmente sangre!

En 2017, durante una vista para determinar si Joe debía ser sometido a un nuevo juicio, sus abogados asombraron a la sala con una declaración jurada de Robert Thorman, ya jubilado, en la que escribió: «Mis conclusiones eran erróneas. Algunas de las técnicas y metodologías eran incorrectas. Por tanto, parte de mi testimonio no fue acertado». Sin embargo, concluyó: «En modo alguno mentí en mi informe o testimonio, ya que hice lo que estimé correcto como resultado de mi formación en aquel momento».

En la misma vista, un analista de ADN del laboratorio criminalístico de Texas declaró que había analizado seis pequeñas manchas presentes en el foco de la linterna. La sexta dio positivo, pero no se pudo determinar de quién era la sangre. Se tomaron muestras de ADN del mango de la linterna y Joe y Mickey fueron descartados.

Walter Reaves y Jessica Freud habían echado por tierra los argumentos del estado contra Joe.

No obstante, se denegó su solicitud de un nuevo juicio y sus peticiones de libertad condicional. A pesar de su expediente casi perfecto en prisión —sin mala conducta, sin reprimendas y nada más que altas calificaciones de sus guardias, jefes y compañeros—, a Joe le fue denegada la libertad condicional siete veces.

En marzo de 2021, Joe había desarrollado una cardiopatía congestiva y su salud estaba deteriorándose. Además, la epidemia de COVID tenía en vilo a las autoridades penitenciarias. La junta de libertad condicional, por razones que nunca explicó, dio marcha atrás y liberó a Joe.

Fue acogido por su familia y se fue a vivir con su hermano mayor a Houston.

¿Quién mató a Mickey Bryan? Como la investigación fue tan chapucera, nunca se sabrá la verdad. Una vez que los investigadores llegaron a la conclusión de que Joe era gay y, por tanto, capaz de asesinar, y de que estaba dispuesto a matar a su mujer para que mantuviera la boca cerrada y cobrar su seguro de vida, lo detuvieron una semana después del crimen. En ese momento, atenazados por un caso grave de visión de túnel, dejaron de buscar a otros sospechosos. Tenían a su hombre.

En lugar de seguir varias pistas sospechosas, hurgaron en busca de cualquier rastro de la sórdida vida secreta de Joe. No encontraron nada. El verdadero asesino seguía libre.

Si se hubieran molestado en investigar más, tal vez habrían encontrado al asesino entre ellos. Pruebas contundentes apuntaban

a un policía corrupto llamado Dennis Dunlap, que trabajaba en Clifton.

Judy Whitley era la joven de diecisiete años que fue violada y asesinada cuatro meses antes que Mickey. Su cuerpo desnudo y maniatado fue encontrado a menos de dos kilómetros de casa de los Bryan. Joe Wilie también estaba a cargo de esa investigación, que seguía abierta. La presión del primer asesinato pudo haber motivado a Wilie a actuar con rapidez para «resolver» el segundo.

Dennis Dunlap era un nómada que trabajó para varios departamentos de policía en ciudades pequeñas y tenía problemas para conservar su empleo. Tenía un historial de violencia contra las mujeres y era conocido por acosarlas y acecharlas mientras estaba de servicio. No era agente de homicidios ni investigó el asesinato de Whitley, pero sorprendió a sus compañeros con sus amplios conocimientos del caso, hasta el punto de describir cómo se ahogó la víctima. Durante un breve periodo de tiempo fue considerado sospechoso, pero, cuando dimitió repentinamente y abandonó la ciudad, los investigadores perdieron interés en él. Las pruebas del caso se guardaban en una taquilla de la policía y también desaparecieron. Se sabía que volvía a Clifton periódicamente.

Joe Bryan siempre ha sospechado que la policía de Clifton le dijo a Dunlap que abandonara la ciudad para evitar una situación bochornosa. Una vez que se hubo marchado, dejaron de investigarlo.

En 1996, Dunlap trabajaba como conserje en la ciudad de Rosenberg, Texas. Su novia llamó a emergencias y, cuando llegó la policía, lo encontraron en el garaje ahorcado con una cuerda. No dejó nota de suicidio, pero poco antes de morir confesó a su novia

que había matado a Judy Whitley. También se jactó ante su exmujer, no ante su novia, de que había tenido una aventura con Mickey y estaba con ella la noche que fue asesinada.

Cuando la policía revisó los objetos personales de Dunlap, encontró cartas y recortes de periódico que los condujeron a los asesinatos de Clifton. Un nuevo jefe de policía revisó el caso Whitley e interrogó a los antiguos compañeros de Dunlap, que recordaban sus profundos conocimientos de los aspectos más truculentos de la violación y el asesinato. En junio de 1999, catorce años después del crimen, la policía de Clifton lo dio por resuelto. El titular del periódico de la ciudad rezaba: «DUNLAP DECLARADO OFICIALMENTE ASESINO DE LA ADOLESCENTE WHITLEY».

No habría justicia para Mickey Bryan, ni tampoco para su marido. La policía no ha reabierto el caso porque la condena de Joe sigue en pie.

Es 1 de mayo de 2024. Joe vive con su hermano mayor en Houston y sigue en libertad condicional. Para visitar Clifton y el condado de Bosque, debe obtener la aprobación por escrito de su agente de la condicional. Es libre de viajar a cualquier lugar del estado excepto al condado de Bosque. Se concede la aprobación y Joe tiene los documentos en su coche.

Hace treinta y cinco años que no visita la tumba de Mickey. Se encuentra en un viejo cementerio en una parte remota del condado, cerca de la tierra que su familia ha poseído durante décadas. El cementerio está descuidado y, al caminar entre las malas hierbas y

bordear las viejas lápidas, murmura para sus adentros: «A Mickey no le gustaría esto».

Encuentra su tumba, se acerca a ella y entonces se detiene y rompe a llorar cuando vuelven los recuerdos. Los sentimientos de pérdida son abrumadores: la pérdida de su verdadero amor y su mejor amiga, la pérdida de todos esos años en prisión, la pérdida de una carrera que disfrutó plenamente, la pérdida de amistades.

Pero se negó a perder su fe cristiana. Sigue rezando y leyendo las Escrituras todos los días, igual que hacía en la cárcel. Con su vocación docente, dirige grupos de estudios bíblicos, igual que hacía en la cárcel. Incluso toca el piano para el coro si se lo piden, igual que hacía en la cárcel. Sobrevivió a un infierno entre rejas gracias a la fuerza que encontró en su fe. Dios le protegió, como él sabía que haría.

Y hace tiempo que Joe perdonó a los responsables de su persecución. Nunca podrá olvidar a personas como Joe Wilie, Ron Brennand y Robert Thorman, pero les ha perdonado.

Contemplando el nombre de Mickey en la lápida, se enjuga las lágrimas, sacude la cabeza y se hace solícitamente las mismas preguntas con las que ha vivido durante casi cuarenta años: «¿Quién querría hacer daño a Mickey? ¿Y por qué?».

A través del espejo

JIM McCLOSKEY

La pequeña ciudad de Nueva Iberia está situada en un pantano del sur de Luisiana, rodeada de campos de caña de azúcar y cerca del golfo de México. Fue colonizada en el siglo XVIII por inmigrantes franceses, más tarde conocidos como cajunes, exiliados de Nueva Escocia por los británicos. En la actualidad, la ciudad tiene unos 30.000 habitantes, aproximadamente la mitad negros y la otra mitad blancos, y es la sede del gobierno del condado. Nueva Iberia es la ciudad natal del famoso novelista James Lee Burke y de su agente ficticio Dave Robicheaux, investigador de la oficina del sheriff del condado. La ciudad se precia de estar cerca de Avery Island, la cuna de la salsa Tabasco.

El 30 de marzo de 1976, a las afueras de Nueva Iberia, Louis Gladu fue atracado y asesinado poco antes de las tres de la tarde mientras hacía lo mismo que cada día: abrir la tienda Hasty Mart de la que era propietario. Fue encontrado en un charco de sangre por Katherine Eldridge, una clienta que acababa de llegar con sus dos hijos, un niño de cinco años y un bebé, para comprar un refresco. Aunque estaba al borde de la histeria, consiguió llamar a la oficina del sheriff utilizando el teléfono público de la tienda.

El lugar no tardó en llenarse de agentes de la oficina del sheriff y criminalistas forenses, doce en total, incluido Gerald Wattigny, el

propio sheriff del condado de Iberia, que había sido elegido por primera vez para su puesto hacía más de veinte años. Las pesquisas fueron dirigidas por el capitán Horace Comeaux, investigador jefe de la oficina del sheriff. Era un caso importante. Se trataba de un asesinato especialmente absurdo y no provocado que conmocionó a la pequeña comunidad. Gladu, un hombre blanco de sesenta y dos años, había sufrido un corte de cinco centímetros en la sien derecha que lo hizo caer al suelo. Después le dispararon dos veces a quemarropa, una en el corazón y otra en la nariz, con un revólver Clerke del calibre 32. Murió en el acto.

La caja registradora estaba abierta y habían desaparecido 200 dólares. Con las prisas, el asesino o asesinos no vieron los 1.100 dólares que llevaba Gladu en la cartera y otros 695 repartidos en varias bolsas de papel que había allí cerca. Los paquetes de tabaco que normalmente se exponían junto a la caja registradora ahora se encontraban esparcidos por el suelo. Las gafas de Gladu estaban a casi tres metros del cuerpo. La policía descubrió rodaduras recientes en un camino de grava a setenta y cinco metros de la carretera, en el lado opuesto del Hasty Mart, y sacó moldes de yeso de las huellas de neumático.

Según el relato que Eldridge ofreció a la policía, de camino al Hasty Mart había pasado por delante de un coche azul claro que estaba a punto de salir del camino de grava para incorporarse a la carretera estatal por la que ella circulaba, conocida como Sugar Mill Road. Nada más entrar en el aparcamiento de la tienda, el mismo coche pasó a toda velocidad. Ellen Abney, de diecinueve años y embarazada, vivía en una casa móvil situada junto al camino de grava. Los ladridos de su perro la despertaron de la siesta poco

antes de las tres de la tarde, cuando le pareció ver un coche azul oscuro de cuatro puertas ocupado por cuatro hombres negros que giraba por el callejón sin salida y pasaba junto a su caravana al salir.

El capitán Comeaux envió a todas las unidades una orden de búsqueda para localizar un coche azul claro, viejo y de cuatro puertas ocupado por cuatro hombres de raza negra.

Transcurrieron seis días de investigación infructuosa sin que se señalara a ningún sospechoso. Mientras Wattigny presionaba a Comeaux para que practicara algún arresto, Eddie Moore, el ayudante del sheriff y único negro del cuerpo, salió al rescate del investigador jefe. Moore se hacía llamar «Shaft», por el sofisticado y exitoso agente negro de la serie homónima. Para hacer honor a esa imagen, Moore solía llevar tres pistolas: una en una funda sobaquera, otra en la cintura y otra en el tobillo. Para impresionar a su jefe, el 5 de abril citó a Mary Arceneaux, una mujer negra y delincuente profesional que aseguraba tener información sobre el asesinato del Hasty Mart.

Mary tenía treinta y cinco años y un amplio historial delictivo. En 1973 se había declarado culpable de doce cargos de emisión de cheques sin fondos. Fue condenada a cuatro meses de cárcel y a dos años de libertad condicional. En mayo de 1974 fue acusada de nueve nuevos cargos de falsificación y siete nuevos cargos de emisión de cheques sin fondos. Se declaró culpable de un cargo de falsificación y de los siete cargos de emisión de cheques sin fondos. El juez la condenó a dieciocho meses por la falsificación y a cuarenta y dos meses adicionales por la emisión de cheques. Sin embargo,

suspendió estos últimos cargos a condición de que cumpliera un periodo de dos años de libertad condicional supervisada, que comenzaría una vez terminados los dieciocho meses de prisión. El juez observó en la sentencia que su «propensión generalizada […] a obtener dinero indebidamente es el resultado de su asociación con traficantes de drogas».

Mary salió de la cárcel en 1975 e inició el periodo de libertad condicional supervisada de dos años. Intentó eludir la libertad condicional en enero de 1976, pero finalmente fue arrestada a través de un contacto de Moore, el ayudante del sheriff. Sus acciones la dejaron en una posición jurídicamente vulnerable: ahora podía volver a la cárcel para cumplir la condena de cuarenta y dos meses que el juez había suspendido en un principio. El 5 de abril de 1976, cuando se reunió con el capitán Comeaux, creía que, si lo ayudaba a resolver el crimen del Hasty Mart, este podría anular todos los cargos e impedir su entrada en prisión.

Comeaux interrogó a Mary sobre el asesinato, aunque ya había participado anteriormente en una sesión preparatoria con el ayudante del sheriff Moore y el subcomisario Jim Desormeaux, que la informaron de los detalles del crimen. Durante la entrevista con Comeaux afirmó que, el 29 de marzo, la noche anterior al robo en el Hasty Mart, un hombre llamado Harold, con el que había salido durante catorce meses, la había recogido en su casa de St. Martinville, quince kilómetros al norte de Nueva Iberia. En el coche también iban dos hombres a los que no conocía. Uno se presentó como Vinny, pero nunca le dijeron el nombre del otro. Harold los llevó a todos a Nueva Iberia; en el trayecto, los tres hombres hablaron de «robar en una tienda y matar al empleado y a cinco

personas más». Mary dijo que iban en un Chevrolet azul de cuatro puertas, «no exactamente viejo» y «no demasiado oscuro». Al cabo de un rato, Harold la llevó de nuevo a su casa en St. Martinville.

Al día siguiente, Harold la recogió con los mismos hombres. Cuando le preguntaron a qué hora, ella respondió que «hacia el atardecer». Comeaux dejó claro que no le gustaba esa respuesta (eso habría sido después del asesinato) y que debía de ser «sobre las doce». Ella se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y al momento confirmó que era «hacia la hora de comer». Según Mary, después de circular un rato, Harold aparcó el coche en un camino de grava situado a setenta y cinco metros de la carretera y al otro lado de la tienda. A pesar de ser extremadamente obesa y moverse con dificultad, afirmó que quería entrar con los tres hombres, pero le dijeron que esperara en el coche.

Vinny y Harold volvieron «cubiertos de sangre» y el tercer hombre había desaparecido misteriosamente. Vinny regañó a Harold por no darle la oportunidad de disparar también a la víctima. Aunque divisaba perfectamente la tienda desde el coche, Mary dijo que no había visto al tercer hombre huyendo.

Mary dijo entonces que los tres fueron a la propiedad de su difunto abuelo en Cypress Island, donde Harold podría enterrar la pistola y la camisa ensangrentada.

Durante la entrevista, a Mary le enseñaron un libro de fotos policiales e identificó a David Alexander como el hombre al que ella llamaba Harold. Comeaux descubrió poco después que ningún conocido de Alexander lo llamaba Harold. Solían referirse a él como «Bro» o «Cool Bro». Aunque aseguró que había salido con él

durante más de un año, Arceneaux no tenía ni idea de dónde vivía Alexander, ni fue capaz de nombrar a ninguno de sus conocidos.

En un momento de la entrevista, identificó la foto número tres de una rueda de reconocimiento como el tercer hombre que entró en la tienda con Harold y Vinny. Según la foto, se llamaba Sammy Derouen. Unos minutos más tarde, cuando Comeaux quiso saber más sobre Derouen, ella cambió el guion y dijo que este se había quedado en St. Martinville y que no los había acompañado; fue otro hombre quien participó en el robo y luego desapareció.

Entonces le dijo a Comeaux que podía llevarlo al lugar de Cypress Island donde Alexander había enterrado las pruebas. Armados con linternas y palas, Comeaux y otros cuatro ayudantes del sheriff pusieron rumbo al norte y excavaron el punto de la isla que Mary les indicó, pero no encontraron nada.

Comeaux regresó de Cypress Island sobre las once, pero su noche no había hecho más que empezar. Por error, habían llevado a comisaría a Herbert Derouen en lugar de su hermano Sammy, a quien Mary había identificado como la tercera persona que viajaba en el coche de Harold. Al darse cuenta de que se habían equivocado, los agentes llevaron también a Sammy y se lo enseñaron a Mary, quien insistió en que Herbert Derouen era el tercer ocupante del coche y no él.

Aunque las distintas historias de Mary situaban en un momento dado a Herbert Derouen en St. Martinville, Comeaux lo interrogó igualmente durante horas mientras los ayudantes del sheriff Moore y Steve Woodring y Mary observaban a través de un espejo unidireccional. Derouen no dejó de insistir en que era inocente y no sabía nada del crimen del Hasty Mart. Comeaux siguió recitando el

relato de Mary sobre el crimen, intentando que Derouen lo repitiera en una confesión. Frustrado por las persistentes negativas de Derouen, Comeaux le dio una bofetada. Aun así, Derouen se negó a confesar. Finalmente, el subcomisario Desormeaux tomó las riendas e interrogó a Derouen en su despacho. A día de hoy, nadie sabe cómo lo hizo, pero a las 4.30 de la madrugada había obtenido una confesión verbal de Herbert Derouen, que convirtió en una declaración mecanografiada a las 8.45. Derouen era un joven de veinte años que vivía con su abuela desde los doce y no tenía antecedentes penales. Con solo un año de primaria y un cociente intelectual de sesenta y uno, era analfabeto y no sabía leer la hora. Trabajaba a tiempo parcial para un amigo de la familia como ayudante de carpintero.

Por más que la policía intentó que la historia de Derouen coincidiera con la de Mary, difería en varios aspectos. Según él, hubo un segundo coche implicado en el crimen, más concretamente un taxi, muy fácil de identificar. Aunque Mary dijo que Derouen se había quedado en St. Martinville, este declaró que él y un hombre llamado Ronnie Miller habían ido al Hasty Mart en el taxi de Miller, acompañados de un tercer varón cuyo nombre desconocía; se refería a ese hombre como el «chico con la cara de parachoques», porque tenía bultos en el rostro y el cuello. Supuestamente, Miller había seguido al coche que conducía David Alexander hasta el Hasty Mart. Aparcó delante de la tienda y Alexander dejó su vehículo al otro lado de la calle. Según Derouen, Alexander iba con dos personas en el coche: la «señora gorda» (Mary) y otro varón de nombre desconocido. No mencionó al tercer hombre que Mary había ubicado en el coche de Alexander.

Derouen dijo que Alexander entró en el Hasty Mart con tres compañeros: Ronnie Miller, Cara de Parachoques y un hombre que viajaba en el coche de Alexander al que no conocía. Derouen se quedó junto a la puerta de la tienda y vio por la ventana cómo Alexander sacaba una pistola y disparaba al propietario. Derouen se asustó y salió corriendo, pero Cara de Parachoques lo persiguió, sacó un cuchillo y lo obligó a volver al taxi de Miller. Los dos grupos regresaron a St. Martinville y, al poco rato, Miller llevó a Derouen a casa.

Pese a la ausencia de un segundo coche en la historia de Mary, el ayudante Woodring detuvo a Ronald Miller, presunto conductor del segundo vehículo, el 6 de abril a las 4.40 de la madrugada. Estupefacto por su arresto por asesinato y robo a mano armada, Miller insistió en su inocencia. Nadie le tomó declaración. Era un taxista de treinta años que trabajaba para la Williams Cab Company de Nueva Iberia, sin antecedentes penales y con un título universitario. Era propietario de un sedán Plymouth blanco de 1969 que había conducido como chófer independiente durante los últimos tres años. Tal como exige la normativa para todos los vehículos de servicio público, su coche llevaba «WILLIAMS TAXI CO.» y sus números de teléfono y permiso municipal bien visibles en las puertas del conductor y el pasajero. No parecía el tipo de coche que utilizaría un delincuente para cometer un robo a mano armada y un asesinato, dejándolo además aparcado frente al lugar del crimen a plena luz del día.

Ese mismo día a las 2.23, los ayudantes Moore y Woodring también detuvieron en su casa a David Alexander, de veintiséis años. En 1967, Alexander fue uno de los dos primeros negros en

graduarse en el Instituto Católico de Nueva Iberia. Tenía un Buick azul oscuro y desde su graduación había trabajado como taxista a tiempo completo para la empresa de sus padres, la Alexander Cab Company, rival de Williams Cab Company. En 1972 se había declarado culpable por posesión de marihuana, y en 1974 por agresión con agravantes, durante la cual apuntó con una pistola del calibre 22 a un hombre borracho que los amenazaba a él y a su hermano pequeño mientras estaban sentados en su coche después de que los tres tuvieran una discusión en un bar. Por ello, pasó varios meses en la cárcel en un programa de inserción laboral y la ley le prohibió poseer un arma, cosa que obedeció de buen grado. No obstante, ese delito había propiciado su inclusión en un libro de fichas policiales que lo hacía vulnerable a la acusación de Mary. Fichado a las tres de la madrugada por robo a mano armada y asesinato, Alexander insistió en que no tenía nada que ver con los crímenes del Hasty Mart.

El 6 de abril al amanecer, doce horas después de que Comeaux interrogara a Mary, tres personas habían sido detenidas y acusadas del robo a mano armada y asesinato de Louis Gladu. Uno era David Alexander, presunto conductor del coche azul, y los otros dos, Herbert Derouen y Ronald Miller, supuestamente iban en el taxi. Todavía quedaban tres sospechosos en libertad y sin identificar: Vinny y el tercer hombre que ocupaba el coche de Alexander, y Cara de Parachoques, que viajaba en el taxi.

Comeaux había pasado la noche despierto, pero aún no había terminado. A las 6.45, ya de día, llevó de nuevo a Mary a Cypress Island en busca de la pistola y la camisa ensangrentada. Cavaron en otros puntos que Mary les indicó, pero fue en vano. Finalmente,

reconoció que había mentido y dijo que en realidad no había nada enterrado en Cypress Island. Tratando de mitigar el golpe, al menos temporalmente, le dijo a Comeaux que su novio, Raymond Sam, tenía el arma utilizada para matar a Gladu. Pero, cuando Sam cuestionó su versión ante la policía, Mary acabó derrumbándose y reconoció que se había inventado la implicación de su novio.

Sus mentiras y versiones erráticas del crimen estaban cansando a algunos investigadores, en particular al ayudante Steve Woodring, pero el capitán Comeaux estaba al mando y decidido a esclarecer el caso. A pesar de sus recelos, no se dio por vencido con Mary, que finalmente pudo identificar al tercer hombre que iba en el coche de Alexander gracias a un encuentro casual. Al regresar de Cypress Island aquella mañana, Woodring, Moore y Mary habían pasado junto a un grupo de hombres negros que estaban conversando. Al mirarlos, Mary pareció fijarse en uno de ellos. Pero, cuando otro hombre abandonó el grupo, Mary lo señaló como uno de los ladrones del Hasty Mart. Se llamaba John Nelson Collins y Mary lo identificó como el tercer hombre que iba con ella, Alexander y Vinny en el coche que utilizaron para escapar.

Collins fue arrestado inmediatamente y trasladado a la cárcel del condado, donde Comeaux le leyó sus derechos el 6 de abril a las 10.45. Collins era un joven de veinticinco años, casado y padre de tres hijos, que no tenía antecedentes penales. Era camionero y solo podía trabajar esporádicamente debido a una cardiopatía congénita. Su padre, fallecido un año antes de la detención, había sido ayudante del sheriff Wattigny durante veinte años.

Más tarde, Mary identificó también a Dan Tharpe como participante. Probablemente se trataba de «Vinny», puesto que ya

había identificado a Collins como el tercer hombre que viajaba en el coche de Alexander. Su identificación se vio reforzada por el hecho de que la madre de Tharpe era propietaria de un Chevrolet azul claro de cuatro puertas. Tharpe fue acusado de los crímenes del Hasty Mart y pasó unas horas en la cárcel antes de ser puesto en libertad cuando la policía comprobó su coartada. A instancias de la policía, Mary volvió a probar suerte. Repasando el libro de fichas policiales, identificó a Harry Granger como el hombre que iba en el coche de Alexander y al que ella se refería como «Vinny». Woodring y Moore detuvieron a Granger a la mañana siguiente, y fue fichado por asesinato y robo a mano armada a las 15.17.

En su interrogatorio del 5 de abril, cuando le preguntaron cuánto medía Vinny, Arceneaux respondió que no era «muy alto, pero bastante». Granger medía un metro sesenta y cinco —no era ni remotamente alto— y pesaba cincuenta y un kilos. Su apodo era «Joe Willie» y ninguno de sus conocidos lo llamaba «Vinny». Granger tenía veintidós años, solo había terminado la educación primaria y hacía trabajos esporádicos, ya que su familia seguía manteniéndolo. En 1973 se había declarado culpable de un delito menor y había salido en libertad con cargos. Había robado una maleta del asiento trasero de un coche. Cuando descubrió que pertenecía a un médico, la devolvió. Desde entonces no acumulaba más antecedentes.

Al día siguiente, jueves 8 de abril, Woodring y Moore interrogaron a otra persona, un hombre llamado Rene Jackson. Se desconoce cómo acabó convirtiéndose en sospechoso. Derouen lo identificó

como el tercer hombre que iba en el taxi de Miller, al que se refería como Cara de Parachoques. Jackson fue fichado y acusado de asesinato y robo a mano armada ese mismo día a las 12.25. Al igual que Derouen, no tenía antecedentes penales y no sabía leer ni escribir. Tuvo que firmar garabateando una marca en el documento. Hasta su detención, a los veintitrés años, había vivido con su padre viudo, que era también su cuidador. Sin apenas escolarización ni empleo por su discapacidad mental, casi nunca salía de su barrio, y solo para ir a pescar. Su único medio de transporte era la bicicleta. Tenía la cara llena de cicatrices de acné (quizá por eso Derouen lo llamaba «Cara de Parachoques»).

Según un informe elaborado por O'Neil «Sonny» Tyler, el investigador del fiscal, el analfabeto Jackson fue entregado a Comeaux y finalmente «confesó». El informe de Tyler describe la confesión de Jackson al investigador jefe, sospechosamente detallada y coherente, en la que aportaba datos específicos sobre los crímenes del Hasty Mart, nombrando a todos los implicados y su papel en el asesinato de Gladu, incluido el suyo propio. Esa supuesta confesión encajaba perfectamente con el relato de Derouen sobre lo ocurrido aquel día en el Hasty Mart.

Sin embargo, en el informe de Tyler también se incluía un enfrentamiento extremadamente emocional entre el padre de Jackson (que había acudido de inmediato a la cárcel tras la detención de su hijo) y Comeaux, que le explicó la confesión de Jackson. El padre exigió ver a su hijo. Ante la presencia de Comeaux, Jackson, llorando desconsoladamente, dijo a su padre: «Yo no fui. Yo no fui. Están intentando inculparme». Mientras los agentes fichaban a Jackson, su padre y su hermano «armaron un

escándalo» y tuvieron que ser reducidos. El padre de Jackson le dijo a Comeaux: «Me iré a la tumba sabiendo que Rene no hizo esto».

El caso recayó en Dracos Burke, primo hermano del escritor de novelas de misterio James Lee Burke y fiscal de la oficina de distrito con jurisdicción en Iberia y otros dos condados. El 10 de mayo de 1976, un gran jurado acusó a los seis hombres, todos ellos negros, del asesinato en primer grado y robo a mano armada de Louis Gladu: David Alexander, Harry Granger y John Collins, supuestamente ocupantes del coche azul oscuro de Alexander; y Ronald Miller, Herbert Derouen y Rene Jackson, que presuntamente viajaban en el taxi blanco de Miller. Mary también fue acusada, pero a ella y Derouen les concedieron inmunidad a cambio de su testimonio contra los demás. Mientras que Mary fue puesta en libertad, Derouen permaneció encarcelado porque las autoridades, conscientes de sus graves deficiencias cognitivas, necesitaban tener fácil acceso a él para prepararlo para el gran jurado y el juicio.

Una cosa era que los investigadores del sheriff se dejaran llevar por las disparatadas historias de Mary y Derouen, pero no era seguro que un hombre con la inteligencia y la experiencia de Burke fuese a hacer lo mismo. Imaginemos a siete personas repartidas en dos coches, uno aparcado a setenta y cinco metros de distancia y el otro, un taxi blanco con el nombre de la empresa, el teléfono y el número de permiso municipal estampados a ambos lados, estacionado frente a una tienda. Los tres ocupantes del taxi blanco —el propietario del vehículo, de treinta años, y sus dos jóvenes pasajeros, ambos con discapacidades psíquicas— tuvieron que esperar a que los tres ocupantes masculinos del otro coche recorrieran el equivalente a tres cuartos de cancha de fútbol para

reunirse con ellos. Entonces, los seis, sin ningún papel asignado, entraron en la tienda a robar. Imaginemos a esas seis personas, la mayoría sin antecedentes penales y ninguna de las cuales se había asociado nunca con las demás, entrando a cara descubierta y a plena luz del día en una pequeña tienda para cometer un atraco a mano armada. ¿Por qué los supuestos líderes, Alexander y Granger, iban a contar con la ayuda de otras cinco personas, dos de ellas con problemas mentales, para cometer el robo?

Dracos Burke sabía que sus testigos estrella habían hilvanado dos historias diferentes. Mary solo había mencionado un coche y había dicho que los tres hombres que iban en él habían robado en la tienda. Ella veía perfectamente el Hasty Mart desde el coche de Alexander; sin embargo, nunca vio el taxi blanco, ni a sus ocupantes, ni a Jackson supuestamente persiguiendo a Derouen. No aparecían en su relato. En cambio, según Derouen, había dos coches y seis hombres cometiendo el delito. Burke también sabía que ni los investigadores del sheriff ni los de la fiscalía habían aportado pruebas o testigos que refutaran la insistencia de los acusados en que no se conocían de nada ni habían sido socios en ningún momento. Y Burke sabía que la policía no había podido refutar la insistencia de Alexander en que no había visto a Mary en su vida y, más aún, que no había salido con ella durante catorce meses; tampoco habían encontrado a una sola persona que llamara a Alexander «Harold» o a Granger «Vinny». Pero, inexplicablemente, Burke siguió adelante con la farsa y procesó a todo el grupo.

Sin embargo, lo que ocurrió a continuación fue asombroso. El 1 de julio, uno de los verdaderos asesinos del Hasty Mart, Jerry Paul Francis, de diecisiete años, confesó voluntariamente que él y Preston Demouchet, de veinticuatro, eran los autores del crimen. Era solo uno en una larga serie de delitos casi idénticos que habían perpetrado juntos.

El 10 de mayo a media tarde (el mismo día que los seis hombres fueron acusados), Demouchet y Francis cometieron un atraco a mano armada en una ferretería de Rayne, sesenta kilómetros al noroeste de Nueva Iberia. Durante el atraco, Curtis Johnson, de setenta y cuatro años, que estaba trabajando solo en la tienda, recibió un disparo mortal. El 24 de mayo, hacia las tres de la tarde, atracaron otra tienda en la cercana Jeanerette, dieciocho kilómetros al sudeste de Nueva Iberia. Demouchet apoyó su pistola del calibre 32 contra la cabeza de una de las dos dependientas, que yacían en el suelo. En aquel momento llegó un coche y ambos huyeron con el dinero de la caja registradora. Muy probablemente, ese automóvil les salvó la vida a las dos.

El atraco al banco que puso fin a su racha delictiva tuvo lugar el 26 de mayo hacia mediodía en la localidad de Parks, veintiséis kilómetros al norte de Nueva Iberia. Demouchet disparó en la cabeza a la única cajera, Beverly Chauffe, de cuarenta y ocho años, que permaneció ingresada dieciséis meses, pero acabó falleciendo a causa de la herida. Los autores fueron captados por la cámara del banco cuando salían del edificio. Antes de que Demouchet le disparara, la cajera suplicó: «Por favor, Dios mío, no me haga daño. Es solo dinero».

Tras llevarse 10.000 dólares del banco de Parks, los dos bandidos se deshicieron de las armas en un canal de aguas residuales de Nueva Iberia y fueron a casa de la hermana de Demouchet, en Houston. El FBI los detuvo dos días después gracias a la información facilitada por la madre de Francis, tras verlo en la grabación de la cámara del banco, que fue televisada. Los federales los entregaron a las autoridades del condado el 23 de junio para su procesamiento. Al darse cuenta de que no tenía escapatoria, Francis confesó voluntariamente y llevó a los sheriffs al canal para que recuperaran las armas.

Tras una búsqueda de dos días que incluyó el drenaje del canal, Comeaux encontró las dos armas y las envió al laboratorio de criminalística para que las analizaran. Una de ellas era un revólver Clerke del calibre 32 que, según las pruebas de balística, fue el utilizado para matar a Gladu.

Demouchet era un delincuente empedernido. En 1969, a la edad de dieciocho años y tras cumplir doce meses de cárcel por agresión con agravantes, fue condenado a seis años en la prisión estatal de Angola por varios robos y otra agresión con agravantes. En 1972, a los pocos meses de salir en libertad condicional, fue detenido por intento de asesinato, pero al parecer nunca fue procesado por ello. No obstante, fue devuelto a Angola para cumplir el resto de su condena de seis años por haber violado en diversas ocasiones la condicional. En agosto de 1974, un mes después de que le concedieran de nuevo la libertad condicional, disparó mortalmente a una mujer en un bar abarrotado. El 13 de diciembre de 1974, en un acuerdo amistoso con el fiscal Dracos Burke, los cargos se redujeron a homicidio por negligencia con una condena de tres años en la

cárcel del condado de Iberia, no en Angola. El juez que dictó sentencia le dijo: «Creo que el estado está siendo muy indulgente con usted al permitirle cumplir su condena aquí en lugar de Angola». Finalmente solo cumplió la mitad. A principios de 1976, poco antes del asesinato de Gladu, estaba otra vez en las calles de Nueva Iberia.

El 30 de junio, una semana después de confesar el robo de Parks, Francis, el cómplice de Demouchet, se desahogó aún más. Como era analfabeto, dictó una carta a otro preso para que se la enviara al sheriff Wattigny. En ella enumeraba cinco delitos que quería confesar al sheriff porque sabía que su vida se había terminado. Aunque no identificaba específicamente el Hasty Mart, uno de los delitos que describía era un robo a mano armada y un asesinato cometidos en Nueva Iberia el 30 de marzo a las 14.55. Esto captó la atención del sheriff. Al día siguiente, 1 de julio, el sheriff Wattigny, el capitán Comeaux y el investigador del fiscal Sonny Tyler lo sometieron a interrogatorio. En el transcurso del mismo, Francis reveló muchos detalles sobre el atraco en el Hasty Mart que los sorprendieron por su exactitud. Además, solo podían conocerlos la policía y el asesino. A diferencia de Mary, no necesitó indicaciones, porque estaba contando la verdad. Francis dijo que el robo se produjo entre las 14.30 y las 15.00. Él y Demouchet entraron por la puerta principal. Demouchet disparó al hombre mientras Francis sacaba el dinero de la caja registradora. Demouchet golpeó al hombre en la nuca con una pistola y luego le disparó dos veces fuera de la zona del mostrador, más concretamente en «el pasillo». Francis saltó por encima del mostrador y tiró varios paquetes de tabaco al suelo. El anciano llevaba gafas. Se llevaron 200 dólares y una bolsa de

monedas, y dejaron abierta la caja registradora. Además, es posible que hubiese un testigo que vio el coche en el que huyeron: una mujer que vivía en una de las caravanas que había enfrente.

También les dijo a los agentes que estaba con Demouchet cuando este disparó a la señora del banco de Parks y al hombre de la ferretería de Rayne, y añadió que Demouchet utilizó la misma pistola para disparar a esos dos y al «anciano» de Nueva Iberia.

Antes de confesar, dijo a la policía: «Han metido a seis chicos en la cárcel por nada. Ellos no lo hicieron […] No tiene sentido. Lo hicimos Preston Demouchet, "Shine" [Malcolm Roy, conductor del coche] y yo […] Shine conducía el coche de su hermano». Para subrayarlo, durante el interrogatorio insistió: «No tiene sentido que esos chavales sufran por algo que no hicieron». Intuyendo que los agentes de la ley no creían o no querían creer su versión de quién había cometido realmente el atraco en el Hasty Mart, preguntó dos veces a sus interrogadores si se jugarían la vida a que él no estuvo en esa tienda. Luego añadió: «¡Estuve allí!». Francis estaba hablando con el corazón. Le remordía la conciencia y quería dejar las cosas claras.

Sabiendo que Demouchet nunca confesaría, Francis desafió a la policía a ir a ver a Malcolm Roy. Pensó que, si este sabía que lo había señalado, también admitiría que estuvo allí. El departamento del sheriff esperó cinco días antes de interrogar al joven de dieciocho años. El 6 de julio fue un día desgarrador para Roy, que hizo varias declaraciones. Tal como predijo Francis, en la primera conversación con Comeaux confesó al instante su implicación en el atraco del Hasty Mart. Dijo que había cogido prestado el coche de su hermano y, siguiendo instrucciones de Demouchet, los había llevado

a él y a Francis al establecimiento. Eran las 14.45. Demouchet le dijo que esperara en el coche con el motor en marcha mientras ellos entraban «a comprar bebidas». Al poco, Francis y Demouchet salieron corriendo de la tienda, el segundo con las manos ensangrentadas y una pistola y diciendo que había «matado al *pringao*»; Francis llevaba una bolsa de monedas. Roy volvió a Nueva Iberia, los dejó en las viviendas protegidas y se fue a casa de su madre, donde le devolvió el coche a su hermano.

Su relato corroboraba elementos importantes de la confesión que había hecho Francis una semana antes. Demouchet fue quien disparó, Francis salió con una bolsa de monedas y el crimen tuvo lugar a las 14.45. Ni Francis ni Roy sabían que un testigo había mencionado que el coche en el que huyeron era azul claro, igual que el Pontiac LeMans del hermano de Roy, un vehículo de dos puertas fabricado en 1973.

Y entonces ocurrió lo impensable. La policía se negó a aceptar la confesión de los asesinos. Le dijeron a Roy que no le creían. De hecho, el sheriff Wattigny amenazó con meterlo en la cárcel por mentir. Presionado para que se retractara, Roy se inventó otra historia que explicaba su confesión al sheriff. Dijo que quería ir a la cárcel para librarse de su matrimonio. Wattigny y sus ayudantes tampoco se lo creyeron. Llevaron a su mujer a la comisaría y observaron —sin duda con sorna— cómo le echaba un rapapolvo a su joven marido. Por fin, abatido y derrotado, Roy hizo una tercera declaración, esta vez con la cooperación de los ayudantes del sheriff. Dijo que Iran Alexander (el padre de David) le había ofrecido 45.000 dólares por cargar con la culpa, que le entregó una historia mecanografiada de una página y media para que la memorizara y

que luego le ordenó que la quemara, cosa que hizo. Una vez que Roy firmó esa retractación (y la falsa acusación de soborno) a las 15.45, pudo irse a casa sin cargos.

Temerosos de lo que pudiera ocurrir, los investigadores del sheriff no investigaron las alegaciones de soborno de Roy, ni tampoco interrogaron a Joseph, hermano de Roy y propietario del coche, para ver si efectivamente se lo había prestado el día del asesinato de Gladu. Los sheriffs nunca mostraron el coche de Roy ni le hicieron una foto para enseñársela a las testigos presenciales, Abney y Eldridge. Tampoco compararon las bandas de rodamiento del coche con las que encontraron al final del camino de grava.

Dos días después, el 8 de julio, Francis también se retractó de su confesión y contó a Comeaux y Wattigny en una declaración sospechosamente similar a la de Roy que Theresa Collins, la madre de John Collins, le había ofrecido 4.500 dólares por decir que su hijo era inocente y que Francis y los demás eran los culpables. Añadió que la señora Collins lo había visitado en la cárcel y había plasmado su oferta en una nota mecanografiada, la cual pidió a su compañero de celda que le leyera. Francis dijo que tiró la nota por el retrete y que ni la señora Collins ni nadie volvió a ponerse en contacto con él. Sin embargo, aseguró que esa propuesta lo inspiró a retractarse de su confesión. Nunca se presentaron cargos contra Theresa Collins o Iran Alexander por sus presuntos intentos de soborno.

La fiscalía ya tenía lo que necesitaba para explicar las confesiones de Francis y Roy sobre el suceso del Hasty Mart. El 14 de julio, el fiscal Burke escribió una carta a los representantes legales de los acusados informándolos de las confesiones falsas y los intentos de soborno de Iran Alexander y Theresa Collins. En esa carta, Burke

afirmaba fraudulentamente que la confesión que había hecho Jerry Paul Francis el 1 de julio estaba «repleta de incoherencias y errores factuales […] y la falsedad de su relato quedó rápidamente esclarecida».

El mayor reto para Dracos Burke y los investigadores del sheriff era cómo lograr que la Clerke del calibre 32 pasara de las manos de Demouchet a las de Alexander y demostrar así que este último la utilizó para disparar a Gladu. Entonces se les ocurrió una historia de «intercambio de armas». Todo comenzó el 29 de junio durante una conversación con Demouchet en el despacho de Burke, donde también estaban presentes Comeaux y Moore. Según las notas de Burke, el objetivo del interrogatorio era averiguar cómo había utilizado Alexander la pistola en el crimen del Hasty Mart cuando el arma pertenecía a Demouchet. Una conversación de una hora resolvió el problema. Demouchet dijo que le había prestado el arma a Alexander el 25 de marzo para que este pudiera «hacer un trabajo», y que Alexander se la devolvió el 2 de abril. El intercambio de armas se convirtió en una historia oficial cuando Comeaux tomó declaración a Demouchet el 10 de julio. Este le contó que, el 23 de marzo, le había «alquilado» la pistola a Alexander por 20 dólares con la promesa de que se la devolvería a la semana siguiente. Demouchet dijo que cargó la pistola con cinco balas del calibre 32 ante la insistencia de Alexander y que este se la entregó el 1 de abril.

Para que todo pareciese legítimo, en una reunión celebrada el 4 de agosto con el juez Robert Johnson y los abogados de la defensa, Burke los informó sobre la declaración de Demouchet del 10 de julio, y añadió que la misma Clerke del calibre 32 fue utilizada por

Demouchet y Francis en otros delitos, incluido «un atraco a un banco de Parks y una tienda de Rayne». A continuación, les envió una transcripción de la declaración grabada de Francis, con fecha del 8 de julio, y la de Malcolm Roy, del 6 de julio, en las que se retractaban de sus confesiones sobre el crimen del Hasty Mart y hablaban de los supuestos intentos de soborno. El encubrimiento era total.

David Alexander y Harry Granger fueron juzgados conjuntamente entre el 13 y el 17 de septiembre de 1976. (El juicio de John Collins y Ronnie Miller se postergó porque el abogado del primero tuvo que someterse a una intervención médica). La acusación original de asesinato en primer grado podía conllevar la pena de muerte, pero, en julio, mientras esperaban a ser juzgados, el Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró inconstitucional la pena de muerte en Luisiana. Como no podía aspirar a la pena de muerte, el fiscal decidió juzgarlos únicamente por robo a mano armada, ya que para ello solo era necesario que diez de los doce miembros del jurado votaran culpable. En las semanas previas al juicio, Burke ofreció a Granger inmunidad total si testificaba contra Alexander. Granger se negó y pidió a su abogado que le dijera a Burke que no tenía ni idea de quién había cometido el asesinato y que no mentiría para señalar a Alexander ni a nadie.

La familia Alexander solo pudo reunir 8.000 dólares para un abogado, pero fue suficiente para contratar a Camille Gravel, prominente bufete de la ciudad de Alexandria, que asignó a un joven y prometedor abogado, Mike Small, para representar a Alexander. Harry Granger era indigente y, por tanto, tuvo que confiar en el abogado de oficio que se le asignó, el inexperto Jerry Theriot, que

demostró ser un inepto al que el caso lo sobrepasaba. Theriot explicó al jurado que dependería de Small, ya que «la defensa del señor Alexander» sería «la del señor Granger». Apenas se volvió a saber de él y rara vez hizo una pregunta durante el contrainterrogatorio. En el juicio, la defensa se vio obstaculizada por la negativa de Burke a entregar las declaraciones que ofrecieron sus testigos antes del juicio, alegando que la ley de Luisiana en aquella época solo lo obligaba a facilitarlas si eran «exculpatorias». Su respuesta a la solicitud de Small de esta información contenía esta frase absurda: «El estado no dispone de pruebas que exculpen a los acusados».

En el juicio, Katherine Eldridge declaró que no vio ningún coche en la carretera cuando iba de su casa al Hasty Mart. Su testimonio no concordaba con lo que había dicho a otras personas antes y después del juicio, a saber, que había visto un coche azul claro a punto de salir del camino de grava, el cual aceleró cuando ella entró en el aparcamiento del Hasty Mart. Eso era lo que había afirmado en su declaración original y ante el gran jurado. Pero ahora evitó mencionar el coche a instancias del capitán Comeaux, que tenía un gran interés en que el coche fuera azul oscuro en lugar de azul claro. Además, aunque el laboratorio criminalístico de Acadiana había descubierto que las rodaduras de los neumáticos de Alexander no coincidían con las del camino de grava, las autoridades no revelaron ese hecho crucial a la defensa. Tal información, junto con la declaración original de Eldridge, podría haber desbaratado el testimonio de Ellen Abney y Mary Arceneaux, que en el juicio afirmaron que los asesinos habían utilizado el coche de Alexander.

Mary Arceneaux y Herbert Derouen llevaron el peso de la acusación del estado y ambos mejoraron sus declaraciones previas al juicio. Uno de los principales cambios de Mary fue su historia sobre Cypress Island. En el juicio declaró que, tras el robo, ella y los demás delincuentes fueron a Cypress Island a matar el tiempo, sin hacer mención de la historia de que habían enterrado allí la pistola y la camisa ensangrentada. De hecho, dijo que no tenía ni idea de qué había hecho Alexander con el arma. Lo último que sabía era que estaba bajo el asiento del coche, envuelta en su camiseta ensangrentada. Según ella, habían regresado a St. Martinville al anochecer y habían ido al Candle Light Lounge a charlar un rato.

Mary también declaró que nunca había sido condenada por ningún otro delito que el de falsificación en 1974, cuando, en realidad, a sus treinta y pocos años ya le habían impuesto al menos veinte condenas, sin contar las de la década anterior. Burke guardó silencio y dejó que prevaleciera esa falsedad. En las apelaciones posteriores a la condena, Burke afirmó incorrectamente que el «testimonio de Mary en el juicio fue coherente con sus declaraciones iniciales a los agentes de la ley».

El testimonio de Derouen en el juicio amplió de manera significativa lo que les había dicho originalmente a los interrogadores del sheriff. Una de sus principales adiciones fue el relato de un «simulacro» realizado por los siete participantes, que se desplazaron en dos coches al Hasty Mart la noche anterior. También por primera vez, Derouen contó que Alexander había salido corriendo de la tienda tras disparar a la víctima y había indicado a Miller que se reuniera con él en el Candle Light Lounge de St. Martinville. Según Derouen, Alexander aún llevaba la camisa ensangrentada cuando se

encontraron allí, y había guardado la pistola debajo del asiento del conductor.

El contrainterrogatorio de Small ridiculizó la disparatada versión de los hechos que había ofrecido Derouen. Este había declarado en el interrogatorio directo que ese día salió del trabajo a las 14.10. Small le pidió que mirara el reloj de pared de la sala y dijera la hora, pero no pudo. Durante el contrainterrogatorio de Small, Derouen admitió que ninguno de los seis que entraron en la tienda tenía un papel asignado; que él simplemente se dejó llevar; que no conocía bien a ninguno; que nunca pensó en por qué se necesitaban seis hombres y dos coches para atracar una tienda a plena luz del día; que no le preocupaba hacer algo «malo» con gente a la que no conocía; y que no se había hablado la noche anterior de reunirse en el club después del atraco. Simplemente ocurrió espontáneamente cuando David Alexander salió corriendo de la tienda después de disparar al hombre.

Burke pretendía concluir su argumentación con los testigos Preston Demouchet y Jerry Paul Francis, pero el primero acudió dispuesto a traicionarlo. Demouchet negó haber prestado la Clerke del calibre 32 a Alexander y añadió que ni siquiera era suya. También desmintió la declaración que había hecho a la policía el 10 de julio sobre el supuesto «intercambio de armas». Comeaux fue quien ideó esa historia, aseguró, y Demouchet había aceptado solo para quitárselo de encima porque lo acosaba constantemente. Finalizó su testimonio afirmando: «Nunca le he dado a David Alexander una pistola. Jamás».

Cuando fue interrogado ante el jurado por el fiscal Burke y contrainterrogado por Small, el abogado defensor, sobre su

participación en los delitos del Hasty Mart, Jerry Paul Francis se acogió a la quinta enmienda un total de veintitrés veces y esgrimió repetidamente su derecho constitucional a no incriminarse. Ambas partes intentaron utilizarlo en su beneficio, haciéndole preguntas que presentaban su versión de los hechos. Burke le preguntó si le había contado a Comeaux que le habían prometido dinero para que asumiera la culpa del asesinato del Hasty Mart. Small le preguntó si recordaba haber hecho una declaración detallada a Comeaux admitiendo que cometió el crimen con Demouchet y Malcolm Roy. En ambos casos se acogió a la quinta enmienda. Con esto, el estado dio por concluida la sesión.

La defensa intentó corroborar la coartada de Alexander para el 30 de marzo a mediodía mediante el testimonio de una tal Gail Guidry, quien dijo al jurado que Alexander la recogió a las 14.30 para llevarla en taxi al trabajo. En el contrainterrogatorio, reconoció que la defensa la había ayudado a recordar la fecha. La madre de Alexander, que fue quien envió el taxi, estaba dispuesta a presentar los registros de cobros de Alexander correspondientes a aquel día, pero Small no la citó a declarar porque se dio cuenta de que los del día 30 estaban impresos de forma ordenada, a diferencia del resto de fechas. Granger no pudo presentar una coartada porque sus testigos solo podían explicar su presencia el día 31, no el 30.

El testigo clave de la defensa fue Malcolm Roy. Una semana antes del juicio, Roy testificó en una vista preliminar y confesó una vez más el crimen del Hasty Mart. Enfurecidas por su osadía, las autoridades lo detuvieron y lo acusaron de prestar un testimonio falso. En el juicio, Small leyó su confesión del 6 de julio y la declaración de retractación que hizo ese mismo día. Roy insistió

valientemente en que la confesión era auténtica y la retractación falsa. Reconoció que Small le había advertido que si testificaba podía ser procesado por robo a mano armada y asesinato, y ahora por perjurio, y que en ningún momento le habían prometido o proporcionado ningún tipo de beneficio por su testimonio. Luego relató una vez más cómo había cometido el crimen del Hasty Mart con Demouchet y Francis. En el contrainterrogatorio, Burke le advirtió que estaba renunciando a su derecho a no incriminarse. Sin inmutarse, Roy aseguró al jurado que confesaba porque no podía dormir y que le remordía la conciencia desde el 30 de marzo. Dijo que no tenía ni idea de que Demouchet fuera a robar en la tienda, y menos aún que fuera a matar a alguien.

El carpintero Morris Lee, jefe de Derouen, dijo al jurado que estaba seguro de que, el 30 de marzo, el acusado había trabajado desde las 13.00 hasta las 15.30, y que siempre lo llevaba al trabajo porque Derouen no tenía medio de transporte. Le había enseñado el historial laboral de Derouen al subcomisario Jim Desormeaux. Al ser contrainterrogado por Small, Desormeaux declaró que conocía a Lee desde hacía tiempo y que no tenía motivos para dudar de él. «Pensé que decía la verdad», afirmó. Alexander defendió su inocencia y, a regañadientes, Granger aceptó no testificar debido a su estado de gran agitación durante todo el juicio.

Por desgracia, cuando llegó el momento de la recapitulación, Small no estuvo a la altura. En detrimento de los acusados, elogió gratuitamente a las fuerzas del orden, incluidos los investigadores del sheriff y Burke, como hombres que no mentirían ni animarían a sus testigos a mentir. A no ser porque quería ganarse el favor de las fuerzas del orden del condado de Iberia, aquella defensa

injustificada de su integridad resulta inexplicable. También expresó un atisbo de incertidumbre sobre la inocencia de los acusados: «Si hicieron esto, merecen ir a la cárcel». Al mismo tiempo, Small ridiculizó al estado por confiar en las historias contradictorias y obviamente falsas de Mary y Derouen y por descartar pruebas claras y convincentes que apuntaban a la culpabilidad de Demouchet y Francis. Con apenas dos páginas de transcripción, el resumen de Theriot fue increíblemente breve. Hizo poco más que pedir al jurado que considerara el concepto de duda razonable que el juez les expondría en su acusación. Sin abogado, Harry Granger no tuvo una sola posibilidad.

Una vez concluido el segundo día de testimonios, el caso quedó en manos del jurado a las ocho de la tarde. El acta no refleja cuánto tiempo estuvo fuera el jurado, pero el mismo 17 de septiembre, en una votación por diez a dos, emitió veredictos de culpabilidad para ambos acusados. Cuando se anunciaron los veredictos, Granger se enfadó tanto que propinó un puñetazo a Steve Woodring, que estaba a su lado, y se desmayó al momento. El 16 de octubre, Alexander y Granger se enfrentaron al juez para la imposición de la condena. Cuando le preguntaron si tenía algo que alegar, Alexander respondió: «Yo no he robado a nadie. No he matado a nadie. Todos ustedes lo saben. Hay un Dios en el cielo». Cuando le preguntaron a Granger, se limitó a decir: «Estoy de acuerdo con él». A continuación, el juez los condenó a noventa y nueve años de trabajos forzados por un delito de robo a mano armada. Su siguiente parada sería la tristemente célebre prisión estatal de Angola.

Como no sabía qué hacer con Rene Jackson, el tercer hombre que según Derouen viajaba en el taxi de Miller, Burke decidió desestimar

todos los cargos contra él. El 30 de noviembre, envió a Jackson al Hospital Central del estado de Luisiana para una evaluación clínica. El equipo médico le diagnosticó una deficiencia intelectual grave y señaló que no sabía su edad y no podía recitar el abecedario ni contar. El informe detallaba que había pasado los últimos nueve meses en la cárcel por delitos que insistía en no haber cometido. El equipo médico no lo consideraba peligroso y lo mandó a casa sin cargo alguno el 7 de diciembre, una semana después de su ingreso. Se trataba del mismo hombre que, según dijo Derouen a la policía en su primera declaración, lo persiguió frente a la tienda durante el tiroteo y lo obligó a volver al coche de Miller a punta de navaja. El 6 de diciembre, un día antes de que Jackson saliera en libertad, su devoto padre, que había jurado que se iría a la tumba sabiendo que su hijo era inocente, murió de un ataque de asma.

John Collins y Ronald Miller estaban aterrorizados ante la perspectiva de cumplir una condena de noventa y nueve años en Angola. El juicio se programó para el lunes 24 de enero de 1977. Las posibilidades de absolución eran escasas, ya que los mismos testigos utilizados para condenar a Alexander y Granger los incriminarían. Sorprendentemente, Dracos Burke les ofreció un salvavidas. Si se declaraban culpables de complicidad en los hechos, desestimaría los cargos de robo a mano armada y asesinato y les permitiría pasar el resto de su condena en la cárcel del condado en lugar de Angola. Si el juez les imponía la condena máxima, que ascendía a cinco años, saldrían en dos o tres. Además, aderezó su oferta con visitas a casa. Como la posibilidad de ir a Angola era insoportable para ambos, y con el apoyo de sus familias y amigos, reconocieron con pesar su participación en un crimen horrible en el que en realidad no estaban

implicados. Collins tenía que pensar en su mujer y sus tres hijos y Miller, soltero, en su madre. Varios días antes del juicio, el juez les impuso la pena máxima de cinco años. Cumplieron dos y volvieron a casa en libertad condicional.

Irónicamente, ambos mintieron, incriminándose a sí mismos para evitar una posible cadena perpetua en Angola, pero antes se habían negado a mentir para incriminar a Alexander y Granger como parte del acuerdo de inmunidad que les ofreció Burke.

Debido a un tecnicismo del derecho penal de Luisiana, Preston Demouchet y Jerry Paul Francis no fueron juzgados y condenados por asesinato, sino por los robos a mano armada en el banco y la ferretería, a pesar de que en ambos casos las víctimas recibieron disparos mortales. No obstante, a los dos les impusieron noventa y nueve años de prisión por cada delito, pena que están cumpliendo en la actualidad.

El 1 de julio de 1980 había un nuevo sheriff en la ciudad. Errol Romero, exmaestro de escuela y recién llegado a la política, puso fin a los veinticuatro años de reinado del sheriff Wattigny en una reñida contienda. Lo primero que hizo fue destituir a los ayudantes Comeaux, Moore y Desormeaux, a los que consideraba ineptos y corruptos. Sospechando que Alexander y Granger podían haber sido condenados injustamente, también reabrió el caso e inició una investigación que se prolongaría varios años.

Steve Woodring, el exayudante del sheriff de Iberia, fue una de las personas a las que Romero interrogó. A mediados de los años ochenta, Woodring se había convertido en un investigador experimentado de la División de Robos a Mano Armada de Baton Rouge. En una declaración jurada ofrecida al sheriff Romero, Woodring expuso las razones por las que estaba convencido de que los seis hombres eran inocentes. Entre ellas había algo que había presenciado personalmente. El fiscal Burke «estaba desesperado por que Miller y Collins aceptaran su oferta de inmunidad [a cambio de testificar contra Alexander y Granger] y presionó mucho para que lo hicieran». Burke sabía que ambos serían mucho más creíbles en el estrado que el deficiente mental Herbert Derouen o la delincuente profesional Mary Arceneaux. El agente Woodring presenció cómo Comeaux y Desormeaux, actuando en nombre de Burke, planteaban esa oferta a los dos «en numerosas ocasiones». Woodring quedó profundamente impresionado por la negativa de Miller y Collins a aceptar la oferta a pesar de que se enfrentaban a noventa y nueve años si eran declarados culpables. Años después, Collins dijo que había rehusado la inmunidad porque «sabía que, si mentía contra esos hombres, nunca sería libre […] no aquí», mientras se daba golpecitos en el corazón.

Woodring tuvo dudas sobre la veracidad de Mary desde el principio. Más tarde dijo que incluso Horace Comeaux empezó a cuestionar su sinceridad, especialmente cuando Mary reconoció que había mentido al decir que enterraron el arma en Cypress Island. Sonny Tyler, investigador del fiscal, había descrito a Mary en un documento no divulgado en el juicio como «una mentirosa patológica».

Woodring había vuelto a encontrarse con Mary en 1985. Su unidad estaba investigando una serie de robos a mano armada cometidos en gasolineras Texaco de Baton Rouge. Mary, detenida de nuevo por falsificación, le dijo a Woodring y a sus compañeros que, a cambio de dinero y de que se retiraran los cargos, les diría el nombre del atracador de las estaciones de servicio. Les dio un nombre y les dijo que el individuo había contado delante de ella el dinero que acababa de robar. El verdadero atracador fue apresado varias semanas después. Como era de esperar, no era la persona a la que Mary había acusado en falso. Fascinado, Steve pensó: «Lo está haciendo otra vez».

Cuando habló con ella y mencionó su testimonio en el caso Hasty Mart, le dijo que sospechaba que Eddie Moore, el ayudante del sheriff, la había animado a mentir contra esos chicos. Ella hizo caso omiso de la pregunta y se quejó amargamente de que Moore le había quitado dinero que el sheriff le había pagado por su cooperación en el caso Hasty Mart. Según Woodring, cobró varios cientos de dólares al mes, además del reembolso del alquiler, desde abril hasta septiembre, fecha en que se celebró el juicio.

El sheriff Romero también habló con Katherine Eldridge, una de las testigos oculares del caso Hasty Mart. Eldridge le dijo que el coche azul claro que había visto cerca del lugar del crimen era más pequeño que el Buick azul oscuro de David Alexander, que ella había inspeccionado en el depósito. El ayudante Comeaux insistió en que el coche que había visto era el de Alexander, pero ella no estaba de acuerdo. Entendía de coches porque había trabajado en un taller mecánico. Comeaux y Burke la reprendieron cuando declaró ante el

gran jurado que el coche era azul claro y le advirtieron que «no volviera a hacer una jugarreta así».

Tras innumerables interrogatorios y una extensa búsqueda y revisión de información que duró varios años, Romero presentó declaraciones juradas ante el fiscal Burke en las que alegaba que Comeaux, Moore y Desormeaux habían «intimidado y pagado a testigos y maltratado a uno de ellos [Herbert Derouen] con el único propósito de que esos testigos relataran una historia inventada» contra Alexander y Granger.

Alegando «falta de pruebas», Burke se negó a presentar cargos contra los exagentes de la ley. Ese toma y daca provocó una tormenta. En 1985, los tres exayudantes del sheriff presentaron una demanda civil contra Romero por difamación. Fueron necesarios cuatro años de investigación y muchas declaraciones para que la demanda se resolviera en 1989 sin necesidad de juicio. Aunque la demanda civil frenó la nueva investigación de Romero, las demandas de descubrimiento de pruebas obligaron a Burke a presentar varios documentos exculpatorios que se incluían en los expedientes de Alexander y Granger, los cuales guardaba desde el juicio con una nota que decía: «NO SACAR DE ESTE DESPACHO». Burke no había dado a Romero acceso a los expedientes cuando intentó investigar nuevamente el asesinato.

Como parte de la demanda civil contra Romero, Herbert Derouen se sometió a una evaluación psicológica en 1987. Durante sus entrevistas con el psicólogo, Derouen defendió constantemente su inocencia y lamentó haber mentido y condenado a unos hombres inocentes por miedo a ir a la cárcel. Afirmó que no había estado en la escena del crimen y que no tenía ni idea de quién había cometido

los delitos, que ese día estaba trabajando para Morris Lee y que había pasado nueve meses en la cárcel sin motivo alguno. El psicólogo determinó que el funcionamiento intelectual de Derouen se correspondía con el de un niño de primaria y que era fácil convencerlo de que dijera lo que otros querían independientemente de los hechos. En el juicio, Derouen declaró que nunca había estado en el Hasty Mart hasta que Comeaux lo llevó allí; mintió en el juicio porque la policía lo amenazó con la cárcel a menos que «dijera la verdad».

Centurion se comprometió con el caso en 1996. Para entonces, las apelaciones directas de Alexander y Granger habían sido denegadas, al igual que dos peticiones de reparación posterior a la condena. Además de poner en marcha una exhaustiva investigación de varios años que incluyó decenas de entrevistas, así como numerosas búsquedas en los archivos de los tribunales y los abogados, alertamos al programa de televisión *60 Minutes* de ese flagrante error judicial. En diciembre de 1998, el programa emitió un reportaje titulado «¿Quién mató a Louis Gladu?». Ed Bradley era el corresponsal. Steve Woodring, que seguía trabajando para la policía de Baton Rouge, dijo a Bradley: «Son absolutamente inocentes. Estoy totalmente seguro de lo que digo […] Cualquiera que examine este caso llegará a la misma conclusión, excepto la oficina del sheriff y la fiscalía del condado de Iberia». Bernie Boudreaux, fiscal del distrito durante varios mandatos, mantuvo en *60 Minutes* su firme convicción de que los hombres habían sido encarcelados correctamente y eran culpables. En el programa, Bradley dijo a los telespectadores que una de las razones por las que Boudreaux creía

en la culpabilidad de los acusados era porque el testimonio de Arceneaux y Derouen fue «corroborado, coherente y creíble».

Cuando Bradley preguntó a Arceneaux si le habían pagado por su testimonio, ella respondió: «Claro que sí. Solo puedo decir que fue un soborno». Sin embargo, Bernie Boudreaux dijo que «no le pagaron nada». Woodring afirmó que Arceneaux «recibió dinero del departamento del sheriff. Le pagaron». Malcolm Roy dijo a Bradley que «incriminaron a esos hombres. Sabían lo que hacían. Ninguno de ellos estaba allí. Me quedé atónito cuando los detuvieron, porque esos hombres no lo hicieron». John Collins y Ronald Miller, que se habían declarado culpables de cargos menores para evitar la cadena perpetua, fueron entrevistados conjuntamente. Collins resumió el caso de este modo: «Todos los que dijeron la verdad cumplieron condena. Todos los que mintieron se fueron a casa».

Durante nuestra investigación, Centurion localizó a Geraline Mitchell, la propietaria del Candle Light Lounge, que echó por tierra el testimonio de Mary y Derouen, según los cuales, ellos y los asesinos se habían reunido allí la noche del crimen. En una declaración jurada, Mitchell expuso que conocía muy bien a Mary. Recordaba haber dicho a los investigadores del sheriff que Mary no estuvo en su club el 30 de marzo porque anteriormente le había sido vetado el acceso por una cuenta impagada. Además, poco después de abrir sobre las seis de la tarde, Geraline había cerrado el club a petición de su marido, que la informó del tiroteo en el Hasty Mart.

En 1997, Jerry Paul Francis explicó a Centurion por qué se había retractado de su confesión con la historia inventada del soborno. El sheriff Wattigny le había dicho durante la entrevista: «Estás cavando tu propia tumba al confesar algo que no hiciste. Solo intentamos

evitar que te metas en verdaderos problemas y te impongan una condena mucho más larga». Asimismo, añadió: «[Comeaux] insinuó que me sobornaron para que confesara, así que les di lo que querían».

Torturado por su falso testimonio contra Granger y Alexander, Herbert Derouen declaró a Centurion: «Pienso en ello constantemente. No he podido dormir en todos estos años sabiendo que esos chicos están en la cárcel. Siempre los tengo en mente».

Joseph, el hermano de Malcolm Roy, aseguró en una declaración jurada que prestó a su hermano su Pontiac LeMans azul de 1973 la tarde del 30 de marzo de 1976. Recordaba haber visto gran cantidad de monedas de veinticinco centavos, que sumaban un total de ocho o nueve dólares, en el cenicero la primera vez que usó el coche después de que Malcolm se lo devolviera aquella tarde. Malcolm le había confesado que estaba implicado en el delito del Hasty Mart.

Centurion tuvo la suerte de contar con los servicios de la abogada Peggy Woodward, de Nueva Orleans. Trabajando junto al investigador Paul Henderson, de Centurion, fue infatigable y elaboró un informe de ciento setenta y nueve páginas con ciento treinta y tres pruebas en apoyo a una petición de reparación posterior a la condena. En la petición relataba toda la historia del vergonzoso error judicial que condujo a la condena injusta de David Alexander y Harry Granger. Fue presentada en septiembre de 1999 en el tribunal número 16 del distrito judicial de Nueva Iberia. El estado respondió con un escrito de sesenta y siete páginas que eludía en gran medida las alegaciones factuales y se basaba principalmente en argumentos procesales. La petición permaneció dos años en la sala del juez William Hunter.

El 18 de septiembre de 2001, una semana después de los atentados del 11-S, el juez Hunter denegó la petición. Su dictamen era una copia exacta, página por página y palabra por palabra, del escrito del estado, con la diferencia de que llevaba su firma y no la del fiscal. Dos años después, el Tribunal Supremo de Luisiana denegó la petición sin aportar comentarios. Tras la demanda ante los tribunales estatales, toda la judicatura federal rechazó su solicitud de amparo sin explicación alguna. Alexander y Granger habían agotado todos los recursos judiciales sin tan siquiera una vista.

Ahora, su única posibilidad estaba en manos de la junta de libertad condicional de Luisiana. El hacinamiento en Angola había dado lugar a una ley que permitía solicitar la condicional a cualquier preso que tuviese cuarenta y cinco años o más y hubiera cumplido veinte de condena. Alexander y Granger, que ya habían pasado casi treinta años en la cárcel, cumplían los requisitos. Sabían que la junta no vería con buenos ojos las alegaciones de inocencia de los solicitantes, ya que normalmente quieren oír remordimientos por los delitos cometidos, no gritos de «yo no lo hice». Sin embargo, consideraban que los argumentos que sustentaban su inocencia eran abrumadores y decidieron seguir ese curso.

En las vistas de 2005 y 2006, el agente Woodring y el exsheriff Romero comparecieron ante la junta de libertad condicional y defendieron con convicción la inocencia de los reclusos. La hija de Gladu, Ann Gladu Begnaud, escribió una carta a la junta en la que apoyaba rotundamente su puesta en libertad: «Estoy convencida de que unas pruebas contaminadas condenaron a dos hombres inocentes por el asesinato de mi padre». Además, señaló que, desde el inicio del proceso judicial, había tenido dudas sobre su

culpabilidad y que se las había hecho saber tanto al sheriff como al fiscal del distrito.

Las familias de Alexander y Granger también les expresaron su amor y respaldo a lo largo de treinta años y prometieron que su apoyo continuaría si la junta les permitía volver a casa. Por último, pero no por ello menos importante, Centurion incluyó una cinta de la impactante emisión de *60 Minutes* para que la junta la revisara.

Una vez concluidas las vistas y tras una breve deliberación, la junta anunció su decisión de concederles la libertad condicional. Centurion supo más tarde que lo hizo en gran parte porque el reportaje de *60 Minutes* había convencido a los tres miembros de la junta de que Alexander y Granger eran inocentes y nunca deberían haber estado en la cárcel.

Después de abrazarse a su madre, Iris, frente a las puertas de la prisión, Alexander volvió a casa el 23 de diciembre de 2006. Su padre, Iran, de ochenta y dos años, murió de cáncer de pulmón dos semanas después. El día de la libertad de Granger llegó el 19 de enero de 2007, cuando su hermana Eva lo recogió y lo llevó a casa con su madre, la misma casa donde se había criado. Aunque su madre falleció en 2010, Granger sigue viviendo allí y trabaja en la cocina de las plataformas petrolíferas del golfo de México. Alexander volvió a su antiguo trabajo en la empresa familiar. Todavía conduce un taxi, pero ahora también se encarga de la gestión. Los dos estarán en libertad condicional de por vida y con una supervisión mínima, pero cada uno debe pagar al estado 64 dólares al mes en concepto de tasas de administración de la libertad condicional y solicitar permiso para salir del estado.

Granger tiene setenta años y Alexander setenta y cuatro. Ambos gozan de una salud razonablemente buena y se toman con filosofía su encarcelamiento injusto durante treinta años. Granger dice que, aunque le arrebataron los mejores años de su vida, no podrá recuperar el tiempo perdido y ha decidido seguir adelante; básicamente, disfruta de una vida tranquila. Alexander se siente afortunado. Es dueño de su vida, autosuficiente e independiente. Se pregunta si lo que le ocurrió fue «el destino» y, en cualquier caso, afirma, «todo está en manos de Dios». Comenta con cierta satisfacción que ha sobrevivido a todos los que intervinieron en su encarcelamiento, incluido Dracos Burke, que en 2022 murió a la edad de ciento dos años. Además, dice con un brillo en los ojos, su vida ahora es mucho mejor que recoger algodón y trabajar en los campos de Angola durante veinte años a cuatro céntimos la hora.

A lo largo de los años, los observadores del caso han preguntado a menudo por qué las autoridades de Nueva Iberia insistieron en procesar a David Alexander y Harry Granger cuando los verdaderos asesinos aparecieron antes del juicio y ofrecieron confesiones que concordaban con los hechos del crimen. Pudo haber varias razones. Una de ellas es que habría sido vergonzoso, e incluso humillante, reconocer la acusación errónea de seis personas, una acusación que era el resultado del trabajo realizado por toda la comunidad policial, incluidos el sheriff electo y el abogado más respetado de la oficina del fiscal del distrito. Otra razón pudo ser el temor de las autoridades a que, si hubieran ido a por Demouchet, que era el verdadero asesino, la indulgencia con la que lo habían tratado en el pasado a pesar de su historial violento habría salido a la luz. Demouchet era informador de la oficina del sheriff del condado de

Iberia y, como recompensa, las autoridades locales lo trataron con benevolencia por sus numerosos delitos. Pero, teniendo en cuenta la violencia que había demostrado, no debería haber estado en la calle el día que dispararon mortalmente a Louis Gladu. Las repercusiones de esa revelación podrían haber sido devastadoras para la carrera profesional de los cargos electos de Nueva Iberia.

La detención y enjuiciamiento de los seis hombres de Iberia tiene algo de *Alicia en el país de las maravillas.* Para David Alexander y Harry Granger, a quienes les costó treinta años de su vida, la experiencia fue como mirar a través del espejo. Lo que estaba sucediendo no podía ser real, pero lo era. En su entrevista con *60 Minutes*, John Collins resumió a la perfección cómo se desvirtuó la justicia: «Todos los que dijeron la verdad cumplieron condena. Todos los que mintieron se fueron a casa».

¡Oh, qué intrincada red tejemos cuando por primera vez practicamos el engaño!

JIM McCLOSKEY

Tyler, Texas, conocida como la capital estadounidense de la rosa por su impresionante producción de dicha flor, es la sede del gobierno del condado de Smith, situado unos ciento sesenta kilómetros al este de Dallas, en pleno Cinturón Bíblico. En 1977, esa ciudad del este de Texas contaba con cerca de cincuenta iglesias bautistas y una población de más de 65.000 habitantes. Patrick Mahomes, el *quarterback* de los Kansas City Chiefs y ganador de tres Super Bowl, es natural de Tyler, que también alberga la Universidad de Texas en Tyler, conocida en los años setenta como Texas Eastern University (TEU). Esta ordenada ciudad y la universidad no estaban preparadas para la espantosa noticia que trascendió la mañana del viernes 10 de junio de 1977.

A las 00.30, Paula Rudolph había regresado a su piso, situado en el extenso complejo Embarcadero de Tyler, tras pasar un par de horas con un amigo que estaba en la ciudad por negocios. Cuando entró en el oscuro recibidor, se encontró cara a cara con un hombre que estaba de pie, a casi tres metros de ella, en la bien iluminada habitación de invitados. Rápidamente el hombre dio un paso hacia ella y cerró la puerta de la habitación sin mediar palabra. No era un desconocido; al menos, eso creía Paula en ese momento. Se trataba

de Jim Mayfield, su jefe en la biblioteca de la TEU. También sabía por qué estaba allí: para ver a su amiga Linda Jo Edwards, con la que había tenido una aventura. Avergonzada, Paula exclamó: «No pasa nada, soy yo. Me voy a la cama». Luego cruzó rápidamente el salón, entró en su dormitorio y cerró la puerta. Minutos después oyó que la puerta del patio se abría y volvía a cerrarse.

En la otra habitación, el bibliotecario de cuarenta y cuatro años encendió un cigarrillo. Mayfield le había prometido a Paula que su larga relación con Linda había terminado. Ahora parecía que había estado visitándola en secreto. Lo primero que pensó Paula fue: «Ese hijo de puta no la deja en paz». Le sabía mal por Linda, que solo tenía veintidós años y estaba claramente sobrepasada; era demasiado joven para sobrellevar el estrés de una relación con un hombre casado que le doblaba la edad. Paula y Linda hablaban a menudo sobre la enrevesada relación, que Paula tachaba de «desagradable». Parecía que una parte de Mayfield quería romper con ella, pero otra no.

Tres semanas antes, el 19 de mayo, Linda había intentado suicidarse cuando Mayfield la dejó para volver con Elfreide, la que era su pareja desde hacía veintitrés años. Linda había ingerido entre ocho y diez somníferos Dalmane de 30 mg. Mayfield la encontró inconsciente a la mañana siguiente cuando pasó a buscar su ropa y la llevó al hospital, donde permaneció seis días ingresada. Cuando le dieron el alta, Mayfield convenció a Paula para que acogiera a Linda hasta que se hubiera recuperado y le juró que habían terminado como amantes y que no iría más a su casa.

Cuando la universidad conoció la causa del intento de suicidio, el director, James Stewart, destituyó a Mayfield como director de la

biblioteca y a Linda como secretaria en el Departamento de Humanidades. El despido de Mayfield tuvo lugar el lunes 6 de junio, solo tres días antes del asesinato de Linda.

Ahora, Paula leyó en la cama unos minutos, ajustó la alarma del despertador y se quedó dormida. A la mañana siguiente se despertó a las 7.10. Al no obtener respuesta cuando llamó a Linda, fue a su habitación y abrió la puerta. Aquella imagen la perseguiría el resto de su vida: Linda yacía boca arriba, con los brazos y las piernas abiertas, prácticamente desnuda y cubierta de sangre. Paula se llevó la mano a la boca, salió de la habitación y consiguió hacer dos llamadas: primero a la policía y luego a Olene Harned, su amiga de confianza y compañera de la biblioteca, que llegó poco después que los agentes.

La escena era espantosa. Linda estaba mutilada y toda su anatomía sexual había sido completamente destruida. El asesino había utilizado tres armas, todas ellas del piso de Paula. Con una estatua de dos kilos que había en el aparador del salón, la golpeó al menos diez veces en la cara, la boca y la cabeza, y la dejó inconsciente. A continuación, el asesino utilizó unas tijeras de coser que había en una mesa cercana para asestarle al menos nueve puñaladas en el cuello que le seccionaron la arteria carótida y la yugular. Después utilizó un cuchillo de verduras de veinticinco centímetros de largo y siete de ancho para cometer actos horripilantes. Le cortó las comisuras de los labios varios centímetros, le hizo tres cortes en el seno derecho, se lo hundió profundamente justo debajo del pecho y se lo clavó tres veces en la espalda, casi hasta el pecho. Enloquecido, le clavó varias veces las tijeras en los genitales, destruyéndole la cavidad vaginal y sus recovecos más

profundos. Le cortó y arrancó varios centímetros de pelo de la cabeza, al parecer como recuerdo.

Los vaqueros de Linda estaban en el suelo junto a la cama, al lado de su tobillo izquierdo. Estaban limpios y no había sangre, lo que indicaba que ella o su asesino se los había quitado antes de la agresión. El atacante había cortado la blusa y el sujetador con el cuchillo y se los había puesto encima del pecho. Las bragas también presentaban cortes y estaban tiradas junto a su pie derecho. Le faltaba la media derecha, pero aún llevaba puesta la izquierda, que llegaba a mitad del muslo. La estatua y las tijeras estaban en el suelo. En un principio, el cuchillo de verduras —parte de una costosa cubertería que Paula guardaba en un cajón de la cocina— había desaparecido a pesar del exhaustivo registro de la policía. Finalmente lo encontró el padre de Paula cinco días después cuando limpiaba el piso. El cuchillo estuvo en todo momento debajo de un montón de ropa en el armario de Linda.

Se encontraron pequeños restos de sangre en la colcha y la almohada, apenas detectables a simple vista. En la habitación había pequeñas salpicaduras de sangre. El cuarto de baño adyacente al espacioso armario de la habitación estaba limpio, seco e impecable. El asesino tuvo que acabar cubierto de sangre, pero no dejó rastro de ella, excepto una gota en el terrario de cristal, situado cerca de la puerta del patio, cuando salió del dormitorio y cruzó el salón en dirección a la puerta del patio. No había entrado a la fuerza en el piso ni había indicios de una pelea en la habitación, de doce metros cuadrados. No había nada fuera de su sitio ni en el suelo. La plancha estaba encendida y en posición vertical sobre la tabla. El televisor también estaba encendido. La cama, que no era más que un colchón

de tamaño medio elevado sobre unos bloques, estaba hecha e impoluta. La escena del crimen parecía escalofriantemente limpia y ordenada. Para los expertos forenses que analizaron el crimen, incluido el FBI, era un misterio que el asesino hubiera logrado semejante hazaña de limpieza.

Sin embargo, una cosa era evidente: Linda Jo Edwards, de un metro ochenta y tres de estatura y sesenta y ocho kilos de peso, atlética y fuerte, sin heridas defensivas y con las uñas intactas, probablemente había sido víctima de un ataque sorpresa por parte de alguien a quien conocía y en quien confiaba.

Aquella mañana, Paula fue llevada a declarar al centro de la ciudad y describió con cierto detalle al hombre que había visto la noche anterior. Tenía «el pelo gris, de longitud media, y le caía más o menos hasta la altura de las orejas […] Era de raza blanca, estaba bronceado y llevaba pantalones cortos de color blanco […] Tenía una figura esbelta […] Mi primera impresión fue que era mi jefe, Jim Mayfield […]». En testimonios posteriores, dijo que el hombre era de dos a cinco centímetros más alto que ella, con su metro sesenta y ocho. Quienquiera que fuese, observó, tenía una figura muy esbelta y se movía con rapidez. Era razonablemente proporcionado, de hombros anchos y moreno de piel.

Su detallada descripción encajaba perfectamente con Mayfield. Tenía un pelo gris que le caía hasta las orejas. En una declaración jurada de febrero de 1978, Mayfield coincidió en que su cabello, de color gris, «era moderadamente corto» y le caía «hasta la parte superior de las orejas, no hasta la mitad». Paula testificó dos veces en vistas posteriores que Mayfield medía entre un metro setenta y un metro setenta y tres. Todos los compañeros de Mayfield

recordaban que solía llevar pantalones de tenis blancos, estaba bien bronceado y era delgado. Obsesionado con la actividad física, jugaba al tenis o al raquetbol casi todos los días.

El sargento Eddie Clark trabajaba en el Departamento de Policía de Tyler. A pesar de su juventud (solo tenía veintiséis años) y su falta de experiencia en homicidios (este era el primero), le asignaron la investigación del asesinato. Clark conocía a Linda de toda la vida. Ambos se criaron en Bullard, un pueblo con un cruce ferroviario y quinientos habitantes, situado treinta kilómetros al sur de Tyler. Ambos fueron al instituto Bullard. Linda se graduó cuatro años después que Eddie, junto con la hermana menor de Eddie, Susan. Eddie fue presidente de su promoción en 1970 y salió elegido por sus cincuenta compañeros como el alumno con más probabilidades de éxito. Llevar ante la justicia al salvaje asesino de Linda era algo personal para él. Creía que no solo se lo debía a los ciudadanos de Tyler, sino también a la familia y amigos de Linda y a la gente de Bullard, que no esperaba menos.

Linda era la jugadora estrella de baloncesto en el instituto Bullard y pesaba noventa kilos antes de conocer a Mayfield. Era una joven guapa, sociable, vivaz y muy querida. Poco después de terminar el instituto se casó con Bobby Lester, un chico de la zona. Para ser una chica de pueblo, Linda era una derrochadora que gastaba miles de dólares comprando ropa y joyas con sus tarjetas de crédito. Quería lo mejor y Bobby no podía permitírselo. Bobby, que la quería mucho, trabajaba doble jornada en la fábrica de neumáticos de Tyler para mantenerlos. En noviembre de 1975, Linda empezó a trabajar en la biblioteca de Mayfield como encargada de publicaciones periódicas. Mayfield, un mujeriego empedernido de cuarenta y dos años, no

tardó en fijarse en la belleza y la sexualidad potencial de Linda, que tenía veinte años. Su relación empezó con un beso debajo del muérdago en 1975, durante la fiesta navideña de la biblioteca, celebrada en casa de Mayfield, y duró hasta la noche de la muerte de Linda. En ese tiempo, Mayfield rehízo y moldeó físicamente a Linda para convertirla en la mujer que él quería. Mediante un régimen que incluía pastillas, dieta y ejercicio, consiguió que perdiera entre veintidós y veintisiete kilos, y la animó a ponerse lentillas y a cambiar de peinado. Bajo su tutela, al más puro estilo Svengali, adquirió una figura escultural que a él le encantaba y de la que ella se sentía orgullosa.

Al darse cuenta de que sería señalado como sospechoso, Mayfield se puso en contacto con Eddie Clark, que lo interrogó en la comisaría el 10 de junio por la tarde. Mayfield le proporcionó una descripción bastante discreta de su relación con Linda, que, según él, comenzó cuando esta acudió a él por sus problemas conyugales. Linda se había separado de su marido en junio de 1976 y había aceptado encantada la invitación de Mayfield para que se instalara en casa de su familia en Tyler, junto con su esposa y sus tres hijos adoptivos, Bonnie, de dieciocho años, Charley, de diecisiete, y Louella, de dieciséis.

Mayfield le dijo al sargento Clark que Linda dejó de vivir con ellos en enero de 1977, cuando la familia se mudó a una nueva casa junto al lago Palestine, veintisiete kilómetros al sur de Tyler. Elfreide ya no la quería en casa, así que Linda se mudó con su abuela a Bullard, a corta distancia del lago. Para entonces, Bonnie se había casado y Charley se había alistado en el ejército, con lo que Louella era la única hija que seguía viviendo en casa. Mayfield le contó al sargento

Clark que el romance se prolongó cinco meses, hasta culminar en una breve y tórrida semana de mediados de mayo, durante la cual dejó a su mujer y a su hija y se instaló en un piso que había alquilado para él y Linda en el complejo Embarcadero. El piso estaba cerca del de Paula Rudolph. Seis días después, Mayfield cambió de parecer y volvió con su familia; Linda quedó tan abatida que intentó quitarse la vida.

El sargento Clark ya sabía bastante sobre Linda porque era el agente que había investigado su intento de suicidio. Por sus amigos de Bullard averiguó que había tenido otras aventuras mientras estaba casada con Bobby. Se enteró de que un mes antes de su muerte, Linda había salido con un viejo compañero de instituto y le pidió a su mejor amiga que la cubriera si Mayfield llamaba. Esa misma amiga le contó a Eddie lo posesivo que era Mayfield. Años después dijo a otras personas que Mayfield «se moriría si supiera que ella estaba viendo a otro». Eddie supo por otras fuentes que, cuando Linda vivía con los Mayfield en Tyler, ella y el bibliotecario mantenían su relación delante de las narices de Elfreide y sus hijos adolescentes. Eddie sabía que Linda también había pasado mucho tiempo en la casa del lago de los Mayfield y que los vecinos la habían visto tomando el sol en biquini en el muelle. Eddie también supo que Linda llamaba habitualmente a Mayfield por la noche y lo invitaba a su piso, cosa que provocaba el resentimiento de Elfreide. No podían estar lejos uno del otro. Él, adicto sexualmente a ella; ella, locamente enamorada de él.

Mayfield concluyó su historia diciéndole a Eddie que estuvo con Linda varias veces el día antes de su asesinato. Fue a la TEU para hablar con él a última hora de la mañana y la visita se prolongó

hasta las 13.30, cuando almorzaron en el Dairy Queen. Luego, Linda acudió a una entrevista de trabajo en un banco de la zona y volvió al despacho de Mayfield a las cuatro de la tarde para decirle que había conseguido el puesto. A las 17.30 fueron cada uno en su coche a buscar un piso para ella y a las seis tomaron caminos distintos. No mencionó que esa tarde también habían jugado al tenis en las pistas de Embarcadero. Según Mayfield, la última vez que vio a Linda ese día fue a las 20.30, cuando ella se presentó inesperadamente en su casa del lago Palestine y hablaron unos minutos en la entrada. Ella le dijo que había quedado con otro hombre, un tal Steve, en la pista de tenis local y pidió a Mayfield que le arreglara el coche el sábado. Mayfield aseguró a Eddie que aquella noche se quedó en casa con su mujer y Louella.

Mayfield accedió a volver a comisaría el lunes siguiente, día 13 de junio, para someterse a la prueba del polígrafo. Pero el lunes contrató a Buck Files, el mejor abogado penalista de Tyler, quien canceló inmediatamente la prueba. Files notificó al sargento Clark que no podía hablar con Mayfield ni con su esposa sin su permiso, cosa que excluyó *de facto* a los Mayfield de la investigación policial.

La misma tarde del viernes 10 de junio, el sargento Clark recibió a otros visitantes que querían ofrecer información: el doctor Andrew Szarka, profesor de historia, y la doctora Judy Freeman, profesora de oratoria, acompañados de sus respectivos cónyuges. Todos eran vecinos de Mayfield en el lago Palestine y también excompañeros en la TEU. Ambas parejas conocían bien a Linda y sospechaban que Mayfield podía estar implicado en su muerte. Los Szarka informaron de que Linda había pasado por su casa inmediatamente después de hablar con Mayfield la noche anterior y se quedó media hora, hasta

las nueve. Linda comentó lo mucho que se había disgustado Mayfield cuando le dijo que había decidido salir con otros hombres mientras seguían con su relación. Judy Freeman, diez años mayor que Linda, era su confidente. Le contó al sargento Clark lo posesivo y celoso que era Mayfield y que no quería que Linda viera a otros hombres.

La policía no tardó mucho en averiguar los movimientos de Linda la noche de su asesinato. Había recorrido los veintisiete kilómetros que separan Embarcadero de la casa de Mayfield, un trayecto de veintidós minutos, y había llegado sobre las 19.30. Como él aún no estaba en casa, fue a una pista de tenis cercana y se encontró con Steve Nations, de veinticinco años. Como no era tímida, se presentó, le dio su número de teléfono y propuso que la llamara si quería jugar al tenis. Después fue a casa de los Freeman, pero no estaban. Tras su visita a Mayfield y los Szarka, llegó a casa a las 21.30. Paula le dijo a Linda que iba a ducharse y a prepararse para visitar a un amigo en el Rodeway Inn. Se iría en una hora. Linda salió a las diez y se dirigió a las cercanas pistas de tenis de Embarcadero para ver quién había allí. Se encontró con Orlando y Alma Padron, que vivían en un piso en Embarcadero, y la invitaron a tomar una copa en su casa. Linda aceptó a regañadientes, pero no dejó de repetirles que tenía que volver a casa antes de que su compañera de piso se fuera.

Alma Padron contó años después que Linda estaba nerviosa aquella noche. Le temblaban las piernas y no paraba de mirar el reloj. Allí sentada en el borde del sofá, parecía preocupada. En la pista de tenis, antes de ir a casa de los Padron, Linda se había desahogado con Alma, a la que apenas conocía. Le habló de su divorcio, del intento de suicidio por sus problemas con un hombre

casado y de los celos de este. También habló del nuevo trabajo que había conseguido ese día en un banco y dijo que quería empezar una nueva vida. Alma percibió que Linda estaba decidida a dejar el pasado atrás, pero al mismo tiempo estaba «destrozada emocionalmente». Linda se fue de casa de los Padron a las 22.25 y, cuando llegó al piso a las 22.30, vio a Paula salir.

Solo dos horas más tarde, a las 00.30, Paula entró en casa y vio al asesino en el dormitorio de Linda.

En un extraño giro del caso, resultó que catorce días antes del asesinato de Linda, durante la semana del 23 al 27 de mayo, Louella Mayfield, de dieciséis años, se había hecho pasar por agente de policía con su uniforme de exploradora y había visitado varios complejos de apartamentos en Tyler, entre ellos Embarcadero. Les dijo a los directores de los apartamentos que investigaba un asesinato en el que estaban implicados Jim Mayfield y Linda Jo Edwards. Al día siguiente, la policía advirtió a Louella que ese comportamiento constituía un delito grave. Una semana antes del asesinato de Linda, Louella irrumpió en la zona de trabajo de Linda en la TEU y, delante de los demás, la amenazó de muerte si seguía viendo a su padre. A continuación, entró en el despacho de su padre y gritó que dejara de ver a Linda.

Todas las acciones de Louella habían sido recogidas en un informe policial por un tal sargento Hayden, que concluyó afirmando: «Conozco personalmente a Louella y sé que es mental y emocionalmente inestable, muy hiperactiva y una mentirosa patológica».

Años después, Louella declaró a *The Dallas Morning News* que hizo todo eso porque su madre «estaba pasando por mucho estrés

emocional [...] y eso le dolía». Sin duda era cierto. Elfreide estaba harta de las continuas aventuras amorosas de su marido y destrozada por su decisión de abandonarlas a ella y a Louella para irse a vivir con Linda. Cuando se enteró del intento de suicidio de Linda, le dijo a su mejor amiga, Wanda Joyce: «¿Cuándo acabará todo esto?».

Jim Mayfield era el novio de Elfreide en el instituto de Coffeyville, Kansas, y el amor de su vida, y no quería perderlo por una mujer a la que doblaba la edad. El 19 de mayo, coincidiendo con su cuadragésimo segundo cumpleaños y días después de que Mayfield se fuera, lo llamó implorándole que volviera a casa. Esta petición dejó a Mayfield en un estado frenético. Dividido entre su joven amante y la esposa de su juventud, empezó a comportarse de forma errática. Ese mismo día, presentó los papeles para divorciarse de Elfreide y volvió inmediatamente a casa con ella. Aquello le rompió el corazón a Linda y por la noche, deprimida y sintiéndose abandonada, tomó las pastillas que casi acaban con su vida.

El sargento Clark interrogó a Louella el martes 14 de junio sobre las amenazas a Linda. La chica reconoció haberlas proferido y haberse hecho pasar por policía. Quería que su padre volviera, ya que su ausencia estaba destrozando a su madre. También dijo que ella, su padre y su madre estuvieron juntos en casa la noche del asesinato de Linda. Basándose en esa entrevista, el sargento Clark descartó a Louella como sospechosa. En cualquier caso, al día siguiente Files llamó al sargento Clark para comunicarle que no volvería a interrogarla.

Al principio, el sargento Clark consideraba a Mayfield y su esposa posibles sospechosos. Si Linda le había dicho a Mayfield que iba a

terminar la relación, pensó, este podía haberla asesinado en un arrebato de ira, destrozándole los órganos sexuales; de ese modo, nadie podría tenerla. Clark también pensaba que Elfreide podía tener motivos para destruir los órganos sexuales de Linda, de manera que no pudiese volver a utilizarlos para destruir su matrimonio. Sin embargo, al final ni el sargento Clark ni la policía de Tyler se atrevían a pensar que el director de la biblioteca de la universidad o alguien de su familia fueran capaces de semejante salvajada. Los Mayfield no encajaban en el perfil de un asesino de esa índole, sobre todo el que había elaborado Jerry Landrum, un psicólogo a quien el sargento Clark había recurrido antes y que casualmente vivía en Embarcadero. Tras ver las fotos de la escena del crimen y recibir un informe de Clark la semana del 13 de junio, Landrum opinaba que el asesino posiblemente tenía entre dieciocho y treinta años y era homosexual, impotente, introvertido, consumidor de drogas y epiléptico. Por tanto, el sargento Clark juzgó que sería una pérdida de tiempo interrogar a los compañeros de trabajo de Linda o a cualquier persona relacionada con la vida profesional y personal de Mayfield, pasada o presente. En lugar de eso, centró su atención en el complejo de apartamentos Embarcadero, convencido de que encontraría al sádico asesino de Linda en esas doscientas sesenta y cinco viviendas. Con esto, permitió que Mayfield se moviera libremente.

El 10 de junio a las nueve de la mañana, el sargento Doug Collard, supervisor de la unidad de identificación de huellas dactilares, roció el piso de Paula con polvo de revelado. Le llamó la atención la nitidez de las huellas que encontró en la puerta del patio, el hecho de que «saltaran a la vista» en cuanto aplicó los polvos. Esa misma

mañana le dijo a Clark: «Cuando encontréis al hombre cuyas huellas están en la puerta corredera del patio, tendréis a vuestro asesino». Durante dos meses trabajando de sol a sol, Clark llamó a la puerta de todas las viviendas y se puso en contacto con casi todos los vecinos. Tomó huellas a todos los hombres de Embarcadero, sometió a varios a la prueba del polígrafo e investigó a los que tenían antecedentes penales. Estaba obsesionado.

El 2 de agosto dio con un filón. Se encontró con James Taylor, a quien había tomado huellas e interrogado anteriormente. Taylor era un camionero autónomo que viajaba a menudo fuera de la ciudad para realizar entregas de material petrolífero para una empresa familiar. Por primera vez, Taylor le contó que, aunque él estaba fuera cuando Edwards fue asesinada, tenía un huésped viviendo temporalmente en su casa. Se llamaba Kerry Max Cook. Cuando Taylor regresó de su viaje aquel fin de semana, se enteró de que, el día del asesinato, Kerry había ido a Jacksonville, una ciudad situada cincuenta kilómetros al sur de Tyler, a visitar a sus padres. Taylor le dijo al sargento que Cook había tenido problemas con la policía de Jacksonville. Luego añadió que había vuelto a su piso el lunes 13 de junio; ese mismo día, Taylor lo dejó en Houston aprovechando que debía realizar otra entrega.

Antes de alojarse en el piso de Taylor, Cook había sido camarero en un bar gay de Dallas llamado Old Plantation. Taylor lo había conocido allí y le había presentado a su amigo Robert Hoehn, un peluquero de Tyler. Taylor y Hoehn eran homosexuales y se sentían atraídos por Cook. El hecho de que este trabajara en un bar gay y se alojara temporalmente en casa de Taylor es lo que más tarde llevó a la policía a creer que era homosexual.

Al día siguiente, el sargento Collard obtuvo las huellas de Cook que había tomado la policía de Jacksonville y las comparó con las encontradas en la puerta del patio de Paula. Entusiasmado, le comunicó a Clark que coincidían. Eddie y sus compañeros pensaron que por fin tenían a su hombre. Esa opinión se vio reforzada cuando supieron que Cook era un joven de veintiún años con antecedentes penales. No aparecían delitos violentos en su historial, pero había pasado tiempo en prisión. Cuando era un delincuente juvenil a principios de los años setenta, tenía la costumbre de escaparse de casa y llevar a sus amigos a dar una vuelta en coches robados. Esas correrías le valieron una breve estancia en una cárcel de Texas para delincuentes sin antecedentes penales. Salió en libertad el 5 de abril de 1974, día en que cumplía dieciocho años, y volvió a casa de sus padres en Jacksonville. Allí se metió nuevamente en líos cuando rompió el escaparate de una tienda tras ser acusado injustamente de haber cometido un robo. Debido a ese incidente, le impusieron una pena de libertad condicional por vandalismo, que terminó la primavera de 1977. Por primera vez en cuatro años, había dejado atrás sus problemas con la justicia.

Durante aquellos primeros arrestos, Kerry había sido enviado al Hospital Estatal de Rusk para una evaluación antes del juicio. El hombre que lo examinó no era otro que el doctor Jerry Landrum, el psicólogo que cuatro años más tarde proporcionaría al sargento Eddie Clark un perfil del asesino de Linda. En su informe sobre Kerry, el doctor Landrum lo describió como el «típico joven rebelde», un «chico inmaduro y dependiente que por las noches llama a su madre entre lágrimas». Tras determinar que Kerry no era psicótico ni

padecía ningún otro trastorno mental, el doctor Landrum no vio razón alguna para internarlo y ordenó su puesta en libertad.

El 3 de agosto, el sargento Clark tomó declaración a dos personas que habían interactuado con Cook en los días previos al asesinato: Randy Dykes, de diecisiete años y sobrino de Taylor, y Robert Hoehn, amigo de Cook. Ambos contaron una historia que le llamó la atención. En un momento de su estancia, Kerry había visto a una chica desnudándose en el dormitorio de otro piso. La chica era Linda Jo Edwards. Hoehn dijo que Kerry le había contado la historia el día del asesinato a las once de la noche, mientras iban del piso de Taylor a la piscina de Embarcadero. Dykes le dijo al sargento que había oído la historia días antes, también cuando se dirigía a la piscina con Kerry. Dykes y Hoehn le enseñaron a Clark la ventana en cuestión. Dykes mencionó otro detalle: el 7 de junio, tres días antes del asesinato, Cook tenía el cuello «lleno de chupetones». Dykes le preguntó a Kerry por las marcas y este respondió que se había encontrado con la chica que vio por la ventana —Linda Jo Edwards— en la piscina y que ambos habían ido al piso de ella y se habían enrollado.

Las historias de Hoehn y Dykes convencieron a Eddie Clark de que Kerry era voyerista. Esto, sumado a los informes del doctor Landrum, lo llevó a la conclusión de que Kerry era el asesino de Linda. En realidad, había pruebas de que Linda tenía una vena exhibicionista: otros dos hombres del edificio declararon más tarde que la habían visto desnuda frente a la ventana, como si quisiera ser admirada. Pero, convencidas de que tenían a su hombre, las fuerzas del orden actuaron a la velocidad del rayo contra Kerry. El 3 de agosto, A. D. Clark (sin parentesco con Eddie Clark), el fiscal del

condado de Smith, emitió una orden de arresto contra Kerry Max Cook por el asesinato de Linda Jo Edwards. Sin embargo, fue el viernes 5 de agosto a las 17.30 cuando Danny Stallings, de Jacksonville y sheriff del condado de Cherokee, el cual conocía a Kerry y a su familia, averiguó por sus padres el paradero de Kerry, que estaba trabajando de camarero en el Holiday Club de Port Arthur, Texas. A las ocho de la tarde, el sargento Clark y el sheriff Stallings embarcaron en un avión privado rumbo a Port Arthur.

Con la ayuda de la policía local, el sargento Clark detuvo a Kerry en el club a las 22.50. A continuación, la policía procedió a registrar (Kerry diría más tarde que «saquear») su apartamento. Como era cerca de medianoche, la aterrada novia de Kerry, Amber Norris, con quien vivía desde hacía semanas, estaba sentada en la cama en camisón. No se encontró nada de valor probatorio.

En la cárcel de Port Arthur, el sargento Clark, Stallings y la brigada antivicio interrogaron a Kerry durante horas para intentar arrancarle una confesión. En medio de improperios y gritos, le dijeron que habían encontrado pelo y semen suyos en el cuerpo de Linda, lo cual era falso. Un policía local incluso le hundió la cabeza en la taza del inodoro y le exigió que confesara. Todo fue en vano. Por fin, antes del amanecer, lo metieron en el avión y lo llevaron a Tyler. Pero su calvario no había terminado. La policía de Tyler lo obligó a quitarse la ropa y lo encerró en una celda sin ventanas, con un aparato de aire acondicionado que bombeaba aire helado sobre su cuerpo desnudo.

Al cabo de un par de días llegaron Earnest y Evelyn Cook, los padres de Kerry. Aunque era un joven rebelde, Kerry los quería a los dos y respetaba mucho a su padre, que había sido sargento del

ejército y dirigió los parques de vehículos de distintas bases militares en Europa. Kerry y su hermano mayor, Doyle Wayne, a quien Kerry idolatraba, eran hijos de militar que fueron de base en base por toda Alemania en sus años formativos. En 1972, su padre se jubiló tras veintiún años de servicio y trasladó la familia a Jacksonville, Texas, donde él y Evelyn se habían criado, conocido y casado.

Durante la visita, el padre de Kerry le preguntó si conocía a la chica asesinada. Cuando Kerry empezó a contarle que la había conocido en la piscina y que había ido a su casa, Earnest lo interrumpió: «Nunca le cuentes a nadie que estuviste en ese piso ni que la conocías —advirtió—. Si lo haces, te culparán del asesinato. Prométeme que mantendrás la boca cerrada». Durante catorce años, Kerry siguió el consejo de su padre y negó que conociera a Linda Jo Edwards. Esa mentira, junto con la red de falsedades urdida contra él por los fiscales, lo atraparía durante años.

El 1 de septiembre, el sargento Clark fue a Port Arthur para entrevistarse con quienes conocían a Kerry y pasó algún tiempo con su novia, Amber Norris. Esta le contó que había conocido a Kerry el 1 de julio en un bar gay de Houston, donde había ido a visitar a unos amigos. Amber volvió a Port Arthur el fin de semana del Cuatro de Julio y Kerry la acompañó. El 7 de julio consiguió trabajo de camarero en el Holiday Club y alquilaron un piso juntos. A mediados de mes, Amber viajó con él a Jacksonville, donde conoció a sus padres y a su hermano. También le explicó al entrometido sargento Clark que su vida sexual era muy corriente e incluía sexo oral, pero no anal. Aunque ella y Kerry tenían varios amigos homosexuales, ignoraba si Kerry era bisexual. Nunca tuvo problemas de impotencia con ella. En ocasiones fumaban marihuana; cuando iba colocado, a

Kerry le daba por «hacer el tonto» y nunca se enfadaba ni se ponía violento.

El gran jurado se reunió para tratar el caso de Kerry entre agosto y octubre de 1977. Cyrus Kugler, gerente del Holiday Club, en el que trabajaba Kerry, testificó el 19 de septiembre y solo tenía cosas buenas que decir sobre él.

La clientela del Holiday Club, aseguró, eran estadounidenses heterosexuales de clase media. Describió a Kerry como una «persona de trato fácil que hizo amistad con mucha gente del club». Le caía bien a todo el mundo, tanto hombres como mujeres. «Un montón de chicas» querían salir con él. Siempre era «simpático y educado». Era un camarero excelente y con experiencia que no necesitó formación. Para encajar mejor con los clientes del club, Kerry se cortó el pelo y vestía ropa conservadora.

El mismo 19 de septiembre, Jerry Landrum también compareció ante el gran jurado y amplió el perfil del asesino que había elaborado anteriormente. Dijo que lo más probable era que el autor fuese una persona bisexual con problemas de impotencia, cosa que lo hacía albergar una ira y una hostilidad desorbitadas hacia las mujeres. En su opinión, el agresor era un varón «sexualmente incompetente» con una «aversión patológica hacia la figura materna». En un análisis contradictorio y un tanto incomprensible, primero afirmó que el asesino era un homosexual que mutilaba los órganos sexuales del cuerpo de la víctima porque él no los tenía. A continuación, sembró la duda entre los miembros del gran jurado al asegurar que se trataba de una agresión cometida por un bisexual.

Tres testigos —Randy y Rodney Dykes, sobrinos de Taylor, y Robert Hoehn— declararon ante el gran jurado que Kerry les había

contado que conoció a Linda en la piscina de Embarcadero y que ella lo invitó a su casa, donde se enrollaron, de ahí los chupetones en el cuello. Hoehn declaró que Cook le había relatado su encuentro con Linda el lunes 6 de junio durante una cena en su casa. Randy dijo que, la mañana del martes 7 de junio, Kerry le había contado lo mismo cuando le preguntó por los chupetones que tenía en el cuello. Hoehn también declaró que él y Kerry habían pasado juntos la noche del 9 de junio, cuando se cometió el asesinato. En la televisión por cable se emitía la película erótica *The Sailor Who Fell from Grace with the Sea*, pero, según Hoehn, Kerry «no le prestó atención». También aseguró que Kerry no estaba enfadado, frustrado o molesto aquella noche. Los tres fueron interrogados por A. D. Clark, con el sargento Eddie Clark a su lado.

Temiendo que ese testimonio ante el gran jurado, que planteaba un motivo inocente para que las huellas de Kerry estuviesen en la puerta del patio de Linda, pudiera socavar sus argumentos contra el acusado, A. D. Clark se lo ocultó ilegalmente a sus abogados y no vería la luz hasta catorce años después.

En junio de 1978, diez meses después de su detención, se celebró el juicio de Kerry. Sus abogados fueron Larue Dixon y John Ament. Dixon era el antiguo fiscal del distrito del condado de Cherokee que había procesado a Kerry y lo había enviado a la cárcel cinco años antes; Ament había representado a Kerry en algunas de esas denuncias. Como socios en Jacksonville, aceptaron el caso a cambio de un anticipo de 500 dólares, lo único que podía permitirse la familia Cook. No recibieron más honorarios por su representación, lo

cual les impidió pagar a peritos e investigadores que ayudaran a defender a Kerry. El fiscal era Michael Thompson, de treinta y cinco años, un perro de presa autoritario que no se detendría ante nada para conseguir una condena.

El asesinato de Linda Jo Edwards era el crimen más atroz de la historia del este de Texas. Thompson y su jefe, el fiscal del distrito A. D. Clark, no solo estaban empeñados en encerrar a Kerry Max Cook, sino en condenarlo a muerte. Además, Clark, nombrado fiscal del distrito por el gobernador tras la dimisión de su predecesor, se presentaba a las elecciones ese mismo año. De cara al juicio, Clark sabía que necesitaba muchas más pruebas para obtener una condena. Su carrera política dependía de ello.

El primer reto eran las huellas encontradas en la puerta del patio, que sin duda pertenecían a Kerry. ¿Cómo y cuándo llegaron hasta allí? ¿La víctima lo había invitado previamente o se coló en su casa y la mató? La solución de Clark fue convencer a Doug Collard para que declarase que esas huellas llevaban allí entre seis y doce horas antes de ser descubiertas, lo cual situaría a Kerry en el piso de Linda en el momento de su muerte. Al ocultar el testimonio de los tres hombres ante el gran jurado, que ofrecía una versión alternativa sobre la presencia de Kerry en casa de Linda, e insistir en que Collard ubicara las huellas de Kerry en la puerta del patio en el momento del crimen, Clark iba bien encaminado para poder presentar la agresión a Linda como un crimen entre desconocidos cometido por el trastornado sospechoso. Por supuesto, sabía de sobra que Kerry no era un desconocido para Linda.

Ahora, A. D. Clark necesitaba que Paula Rudolph identificara a Kerry como el hombre al que vio en el dormitorio. El aspecto de Kerry era muy distinto del de la persona que ella había descrito a la policía y al gran jurado. Incluso había pruebas de ello. La mañana después del asesinato de Linda, Randy Dykes había llevado a Kerry a renovarse el permiso de conducir, y el Departamento de Seguridad Pública de Tyler le hizo una foto nueva para tramitar la renovación. En ella se veía a Kerry con un pelo castaño oscuro que le cubría las orejas y le caía por los lados de la cara. Eso distaba mucho del «pelo gris, de longitud media» que «le caía más o menos hasta la altura de las orejas». La foto también indicaba que Kerry medía un metro ochenta, una estatura muy superior a la descrita por Paula, que era de un metro setenta o un metro setenta y tres. Desgraciadamente para Kerry, la foto se extravió en el correo y no fue encontrada hasta años después.

Sin embargo, a Paula nunca le pidieron que asistiera a una rueda de reconocimiento, ni le mostraron fotografías para que las identificara. En dos vistas previas al juicio nunca le pidieron que señalara específicamente a Kerry como el hombre al que vio, a pesar de que estaba sentado a la mesa de la defensa, ubicada justo enfrente. Cuando declaró ante el gran jurado el 19 de septiembre, tampoco le preguntaron si Kerry era el hombre en cuestión. En la vista sobre la fianza de Kerry, le preguntaron si podía identificar al hombre al que había visto y respondió con evasivas: «Bajo juramento no voy a afirmar quién era». Los fiscales Clark y Thompson sabían que necesitaban tiempo para convencer a Paula de que el hombre al que estaban juzgando por el asesinato de Linda era realmente el asesino, y para que aceptara que el hombre al que

había visto no podía ser Jim Mayfield, ya que este era incapaz de cometer un acto tan bárbaro.

Tardó casi un año en dejarse convencer. En el juicio ya no estaba segura de haber visto el cabello de aquel hombre. Su absurda racionalización para ese cambio tan importante era que estaba viendo una habitación bien iluminada en la que solo distinguió una «silueta reflejada». (Los expertos forenses coinciden en que observar desde la oscuridad y a corta distancia una habitación bien iluminada es el entorno visual idóneo para hacer observaciones precisas). Paula dijo que no había visto rasgos faciales, tan solo «sombras y planos sobre una forma, una figura». Cuando le preguntaron si el acusado era el hombre al que había visto, respondió: «Sí, era él». Por tanto, su identificación de Kerry se basó finalmente en «una silueta» que, según ella, era Kerry.

En su nueva alianza con la fiscalía, Paula se retractó de sus primeras declaraciones a la policía. Ahora estaba segura de que el hombre al que vio no era Jim Mayfield, pero seguía convencida de que llevaba unos pantalones cortos blancos. Esto resultó útil a Kerry cuando Robert Hoehn testificó para el estado. Pero el testimonio posterior fue absolutamente condenatorio para el jurado.

Al igual que en sus declaraciones ante el gran jurado, Hoehn y los hermanos Dykes presentaron a Kerry como un voyerista. Según Randy, Kerry le había contado que, una noche, al pasar por delante del dormitorio de la chica, se detuvo en la acera y la observó mientras se desnudaba. Añadió que Kerry le explicó que tenía los pechos grandes y que había jugado consigo misma. La mañana

siguiente a la muerte de Linda, Randy llevó a Kerry a rellenar una solicitud de empleo en Tyler y luego lo acompañó a Jacksonville, donde lo dejó en el lugar de trabajo de su hermano. Aunque no lo mencionó en el primer juicio, Randy declaró en un nuevo juicio celebrado en 1994 que, la mañana que Linda fue asesinada, llevó a Kerry al Departamento de Seguridad Pública para renovar el permiso de conducir, un destino inverosímil para un hombre que supuestamente había mutilado a una mujer doce horas antes.

En el juicio, Hoehn testificó que él y Kerry habían visto en la televisión por cable la película erótica *The Sailor Who Fell from Grace with the Sea* la noche que Linda fue asesinada. Pero esta vez, en contradicción directa con su testimonio ante el gran jurado —en el que dijo varias veces que Kerry «no le prestó atención»—, Hoehn desafió a sus miembros conservadores describiendo lascivamente el sexo oral y anal que él y Kerry supuestamente practicaron mientras emitían la película, lo cual incluía a Kerry masturbándose y eyaculando en el suelo ante la mirada de su compañero. Hoehn mencionó una escena de la película en la que un niño se asomaba a la habitación de su madre y veía cómo esta se daba placer. Dijo que Kerry estaba «frotándose» cuando los niños de la película se disponían a mutilar a un gato y que sostuvo en alto un cuchillo de carnicero, diciendo: «Vamos a cortarlo en pedazos». Nada de eso era cierto, pero la acusación lo dio por bueno y presentó a Kerry como un asesino homosexual, pervertido y ebrio tan estimulado sexualmente por la película y por el recuerdo de haber visto a Linda desnuda en la ventana de su habitación que había ido a su casa, se había colado por la puerta del patio, la había cogido por sorpresa y le había hecho lo mismo que los niños le hacían al gato en la

película. Si Ament y Dixon hubieran contado con el testimonio de Hoehn ante el gran jurado, habrían podido echar por tierra la ridícula exposición del estado.

Sin embargo, parte del testimonio de Hoehn en el juicio sí ayudó a Kerry, aunque a esas alturas el jurado sentía tal repugnancia que probablemente no le otorgó ninguna credibilidad. Hoehn, de profesión peluquero, dijo al jurado que Kerry llevaba una melena castaña hasta los hombros y los pantalones cortos de boxeo azules y rojos de siempre (no pantalones cortos de tenis blancos).

Hoehn también declaró que él y Kerry salieron de casa antes de la medianoche para comprar un paquete de tabaco. Cuando regresaron, dejó a Kerry en la entrada principal de Embarcadero. Estaba seguro de que fue entre las 00.30 y las 00.35, ni antes ni después. Después de comprar tabaco, Kerry le propuso dar una vuelta, pero Hoehn dijo que no. Cuando dejó a Kerry, este lo invitó a entrar y pasar un rato más con él. Hoehn rechazó la invitación porque al día siguiente trabajaba y tenía que madrugar.

Por tanto, si Kerry era el asesino, había tenido que convertirse en un monstruo en cuanto Hoehn se marchó. Impulsivamente, habría tenido que volver corriendo al piso de Taylor, ponerse unos pantalones cortos de color blanco, ir a toda prisa a casa de Paula, colarse por la puerta del patio, enfrentarse a Linda y mutilarla, limpiarlo todo meticulosamente y apenas dejar rastro de sangre.

Había una razón por la que Hoehn ofreció un testimonio falso contra Kerry. Inexplicablemente, los fiscales del condado de Smith estaban convencidos de que Hoehn había colaborado con Kerry en el asesinato de Linda. La policía interrogó a Hoehn de manera tan intensa e incesante que contrató a un abogado para poner fin a todo

aquello. Pero el fiscal Thompson siguió intentándolo. Cuando se eligió al último miembro del jurado, pidió un descanso y llevó a Kerry y a sus abogados a una sala de reuniones. Allí ofreció a Kerry un trato: si nombraba a Hoehn como coautor del asesinato, recomendaría una condena de veinticinco años en lugar de la pena de muerte. Insistiendo en su inocencia, Kerry se negó y fue a juicio.

La obsesión de las autoridades con Robert Hoehn carecía de fundamento. Hoehn no se parecía en nada al hombre al que describió Paula. Tenía el cabello rubio y empezaba a clarear a la altura de la coronilla. Además, tenía sobrepeso y una barriga notable. Medía cerca de metro ochenta y pesaba ochenta kilos, y su piel era blanca y sin una pizca de bronceado. Cuando Kerry se negó a aceptar el acuerdo, Hoehn recibió inmunidad por testificar como lo hizo. Además de la acusación de asesinato, evitó ser juzgado en virtud de la ley contra la sodomía entre personas del mismo sexo que estuvo vigente en Texas hasta 2003, cuando el Tribunal Supremo de Estados Unidos la declaró inconstitucional.

Después del testimonio de Hoehn, los fiscales tenían a un soplón que compartir con el jurado. Thompson llamó a declarar a Edward Scott Jackson (alias «Shyster»), que estaba en la cárcel desde noviembre de 1976, a la espera de juicio por asesinato en primer grado. Shyster le dijo al jurado que Kerry le había confesado el asesinato de Linda cuando estuvieron juntos en la prisión del condado de Smith. Shyster repitió aspectos sangrientos del crimen que supuestamente le había contado Kerry. Por ejemplo, le dijo que le había cortado la vagina a Linda y que se la había llevado junto con un poco de pelo de la cabeza. Jackson recordaba que Kerry odiaba especialmente a las mujeres de pelo oscuro (Linda tenía el pelo

largo y de color castaño oscuro), pero le gustaban las rubias y las pelirrojas. Decía cosas vulgares sobre las mujeres morenas mientras leían juntos revistas de chicas, por ejemplo: «A esa zorra tendrían que darle una paliza por posar así».

Shyster aseguró al jurado que no hubo pactos secretos con el fiscal a cambio de su testimonio, y Thompson lo corroboró durante la recapitulación al afirmar: «Pediré a gritos la cabeza de [Shyster] Jackson igual que lo estoy haciendo con este asesino. Yo no hago tratos con asesinos». Pero eso no fue lo que ocurrió. El 15 de agosto de 1978, casi un mes después de que Kerry llegara al corredor de la muerte, Shyster volvió a los tribunales, donde se declaró culpable de homicidio involuntario, fue condenado con abono de prisión preventiva y salió en libertad. Había pasado seiscientos veinticinco días en la cárcel del condado de Smith acusado de asesinato, en lugar de ser condenado a cadena perpetua en una prisión estatal de Texas si era declarado culpable en el juicio.

El último testigo del estado fue el doctor V. V. Gonzalez, un patólogo que había examinado el cuerpo en la escena del crimen y había practicado la autopsia en una funeraria aquella misma mañana. El doctor Gonzalez no había recibido formación como médico forense ni había ejercido formalmente como tal. En 1977, el condado de Smith no contaba con una oficina forense. Años después, el doctor Lloyd White, un renombrado patólogo forense de Texas, revisó el trabajo de Gonzalez en el caso de Linda y definió su informe de la autopsia y su testimonio como «prácticamente ininteligibles». Asimismo, afirmó que el doctor Gonzalez era «incapaz de describir cualquier tipo de herida o lesión de una manera

congruente con las normas generalmente aceptadas de la práctica de la patología forense».

El doctor Gonzalez presentó un hallazgo condenatorio y altamente sospechoso. Aunque no lo había anotado en el informe de la autopsia, declaró que, en su opinión, el asesino había cortado un trozo del canal vaginal y que este había desaparecido. Pudo descubrir esto a pesar de que el asesino había apuñalado tantas veces la vagina y la zona que la rodeaba que los genitales y el recto hasta la cavidad pélvica habían sido eviscerados. En cuanto el doctor Gonzalez bajó del estrado, el estado dio por concluido su alegato.

La defensa consistió en solo tres testigos, todos ellos presos del condado de Smith. Según su declaración ante el jurado, Shyster Jackson les había dicho que tenía un trato con el fiscal del distrito que le permitiría declararse culpable de homicidio involuntario y volver a casa por abono de prisión preventiva, que es exactamente lo que ocurrió.

Por miedo a que Thompson avasallara a Kerry, sus abogados lo convencieron para que no testificara.

En la recapitulación, Thompson utilizó el hallazgo de la «vagina perdida» de Gonzalez para argumentar que aquel «pervertido» cogió la media faltante de Linda, «metió dentro esas partes del cuerpo» y salió del piso con la media en la mano. En una afirmación escandalosa, añadió: «No me sorprendería que se hubiera comido esas partes del cuerpo». Thompson tachó a Kerry de «joven psicópata sexual» e imploró al jurado que acabara «con la existencia de su mente retorcida y depravada» y que hiciera algo «con ese degenerado» antes de que volviese a perpetrar algo así con una joven de su condado.

Thompson declaró ante el jurado que, cuando Randy Dykes llevó a Kerry a Jacksonville el 10 de junio, el día después del asesinato, «[Kerry] siguió corriendo y nunca volvió a Tyler [...] Escapó como un conejo de la ciudad y no volvió». Thompson sabía que eso era falso. Aunque James Taylor no testificó en el juicio, el 3 de octubre de 1977 sí había declarado ante el gran jurado que Kerry había regresado a Tyler el lunes 13 de junio por la tarde, tres días después del asesinato, tras pasar el fin de semana con su familia en Jacksonville. Kerry no se marchó de Tyler hasta que Taylor lo echó de su casa al enterarse de que había mantenido relaciones sexuales con uno de sus amigos. Era un rumor sin fundamentos, pero Taylor no pudo reprimir los celos y le pidió que se marchara. Ese mismo día, Taylor lo llevó a Houston aprovechando que tenía que hacer entregas con el camión. Aquella semana, Kerry llamó dos veces desde Houston para pedirle a Taylor que le dejara volver. Taylor se negó y no volvió a saber nada de Cook.

Al igual que el testimonio de Hoehn y los hermanos Dykes ante el gran jurado, la defensa no conoció el de Taylor hasta catorce años después.

En su alegato final, Ament y Dixon, los abogados defensores, intentaron dejar claro que el aspecto físico de Kerry difería mucho de la descripción que Paula había hecho inicialmente del asesino. Argumentaron que Kerry no pudo haber cometido el crimen, ya que Paula vio al asesino en la habitación a las 00.30 y Hoehn dejó a Kerry a la misma hora. Ridiculizaron la «confesión interesada» de Shyster Jackson, a quien describieron como un «charlatán» al que no había que creer. Dixon predijo acertadamente que en dos meses leerían en el periódico que Shyster se había declarado culpable de

homicidio involuntario y había salido en libertad. Pero los abogados de Cook no pudieron rebatir el testimonio de Collard, según el cual las huellas encontradas llevaban allí entre seis y doce horas. Puesto que Kerry no había reconocido que unos días antes había tocado la puerta del patio cuando él y Linda fueron a su casa a enrollarse, el testimonio de Collard situaba a Kerry en la vivienda en el momento del asesinato.

El jurado alcanzó un veredicto el 28 de junio de 1978 a las diez de la noche tras deliberar toda la tarde. Kerry fue declarado culpable de asesinato y la fase de imposición de la condena empezó al día siguiente.

Para ello, subió al estrado el doctor Jerry Landrum. Ya no estaba en el Hospital Estatal de Rusk y trabajaba como psicólogo por cuenta propia, pero recordaba la evaluación que había practicado años antes a Kerry en dicho hospital. Dijo al jurado que no tenía sus notas, pero sabía que le había diagnosticado «personalidad antisocial». Aunque no lo había entrevistado desde entonces, añadió que situaría a Kerry en la «categoría de psicopatía grave», que no tenía «ninguna duda» de que suponía una amenaza continuada para la sociedad y que no podría rehabilitarse si era internado. Como la defensa nunca leyó su evaluación de septiembre de 1973, no sabía que Landrum estaba contradiciendo su propia conclusión, según la cual Kerry «no era psicótico», no sufría «ningún trastorno mental» y no había «ninguna razón» para mantenerlo internado.

Más tarde se descubrió que el doctor Landrum falseaba sistemáticamente su currículum y utilizaba prácticas muy cuestionables. A menudo declaraba bajo juramento que tenía un doctorado en Psicología, cuando en realidad su doctorado era en

Educación y administración de personal. En 1982, el Tribunal de Apelaciones Penales de Texas se burló del diagnóstico del doctor Landrum sobre la peligrosidad de otro condenado a muerte, calificándolo de «ridículo» y asegurando que no podía «ser tomado en serio». En ese caso, Landrum emitió su dictamen observando en silencio al recluso durante treinta minutos. El hombre estaba sentado a solas con él y se negó a hablar en todo ese tiempo.

El otro testigo principal contra Kerry en la vista de imposición de la condena fue el psiquiatra forense James Grigson. Después de examinar a Cook, también determinó que tenía una personalidad antisocial, y lo definió como una persona sin conciencia a la que no le importa la vida de los demás. Luego profundizó más y lo situó «en el extremo más grave, donde se encuentra el sociópata», y añadió: «No podría ser peor […] Estoy completamente seguro de que es y seguirá siendo una amenaza esté donde esté». Resultó que el doctor Grigson era un perito profesional de la acusación. Había testificado en nombre del estado en ciento sesenta y siete juicios, la mayoría de los cuales culminaron en sentencias de muerte. La prensa lo apodaba «Doctor Muerte». En 1995, la Asociación Estadounidense de Psiquiatría demostró que estaba al servicio de la fiscalía y lo expulsó por conducta poco ética. Deshonrado profesionalmente, murió en 2004 a la edad de setenta y dos años.

Pero, por supuesto, el jurado no sabía nada de eso, y la familia de Kerry no tenía dinero para pagar a un experto que refutara los testimonios de Landrum y Grigson. El 29 de junio de 1978, tras solo unas horas de testimonios, concluyó la fase de imposición de la condena y el jurado votó unánimemente a favor de la pena de muerte. El juez dictó sentencia inmediatamente y declaró: «Su

castigo será la pena muerte, que se llevará a cabo mediante inyección letal». Cook fue sacado rápidamente de la sala por los ayudantes del sheriff y recibido por una horda de periodistas y cámaras de televisión. Cuando alguien gritó: «Dinos por qué lo hiciste», él repuso: «Soy inocente. Me han tendido una trampa, pero algún día demostraré que no fui yo. Aunque me lleve diez o veinte años, demostraré que no lo hice».

El 18 de julio de 1978, a Kerry le permitieron dar un último abrazo a sus padres y su hermano Doyle Wayne en la cárcel del condado de Smith. Cuando un ayudante del sheriff le dijo que era «hora de irse a casa», las autoridades le pusieron los grilletes y, tres horas después, llegaron a la infame unidad del corredor de la muerte, situada a las afueras de Huntsville, Texas. Le asignaron el número seiscientos, lo que significaba que era la 600.ª persona condenada a muerte en Texas. Su nuevo hogar estaba en un ala con cincuenta celdas. La suya consistía en tres muros de hormigón de un metro setenta y cinco de longitud, un lavabo, un inodoro y una puerta delantera con barrotes de acero que se accionaba electrónicamente. La rutina diaria incluía desayuno a las 3.30, almuerzo a las 9.45 y cena a las 15.30. Todas las comidas se servían en una bandeja metálica que deslizaba por debajo de la puerta un preso de confianza (esto es, un preso que había obtenido privilegios por buen comportamiento). Las luces se apagaban a las diez de la noche.

Como el caso de Kerry fue ampliamente difundido, lo precedía su reputación de «niñato marica». Sus vecinos de módulo lo llamaban constantemente «maricón comecoños», le gritaban y amenazaban

con convertirlo en su «perra». Era aterrador. Un preso comprensivo le advirtió que, cuando (no si) fuera agredido sexualmente, debía defenderse enérgicamente como si le fuera la vida en ello, lo cual era muy posible. Si no lo hacía, le perderían el respeto y sería presa fácil para todos.

Entonces ocurrió. Kerry se había armado de valor para cruzar la sala de día y entrar en la pequeña jaula de recreo con otros reclusos. Antes de que se diera cuenta, James Demouchette, un negro enorme, ordenó a Kerry a punta de navaja que se desnudara mientras los demás miraban.

Kerry obedeció y se preparó para lo inevitable. Cuando terminó, Demouchette grabó en las nalgas de Kerry «Buen coño» y su nuevo nombre, «Cindy». A partir de ese momento, fue un cordero entre lobos.

Abrumado por la vergüenza, Kerry se cortó las venas con una cuchilla de afeitar.

Era la primera vez que intentaba suicidarse, pero no sería la última. Cuando se recuperó, lo trasladaron a la parte delantera del módulo, más cerca del puesto de los guardias, pero los abusos sexuales continuaron. Tal vez podría haber impedido los ataques si se hubiera defendido, pero temía matar a su torturador si lo hacía, lo cual confirmaría la idea de los fiscales de que era un asesino y nunca escaparía del verdugo. En lugar de eso, estudiaba textos legales en la biblioteca, decidido a encontrar una salida informándose sobre el derecho penal de Texas.

Mientras tanto, los medios de comunicación se habían hecho eco de la condena de Kerry. El primer artículo que abordaba con una mirada crítica los argumentos del estado apareció en un periódico

local de Longview, Texas, en abril de 1979. Escrito por Bob Howie con el título «¿AGUARDA EL VERDADERO CULPABLE SU EJECUCIÓN EN EL CORREDOR DE LA MUERTE?», el artículo llamó la atención del abogado Harry Heard, de Longview, que se ofreció a apelar gratuitamente la condena de Kerry.

Meses después, en junio de 1979, Donnis Baggett y Howard Swindle, periodistas de *The Dallas Morning News*, publicaron un bombazo. Shyster Jackson, el soplón que había mentido sobre Kerry en los tribunales, se había retractado de su historia ante Baggett y Swindle —y ante un ranger de Texas llamado Stuart Dowell— durante una entrevista realizada el septiembre anterior. Su historia sobre la supuesta «confesión» de Kerry no solo era totalmente falsa, dijo Shyster, sino que se la había inventado con la ayuda de A. D. Clark, el fiscal del distrito, a cambio de un trato favorable. En lugar de la pena máxima de cadena perpetua que le podían imponer en su juicio por asesinato, le darían la carta de libertad: una condena de veintiún meses en la cárcel del condado, tiempo que ya había cumplido. Shyster aprovechó la oportunidad de salir libre y contó aquella mentira al jurado de Kerry.

Aunque Shyster lamentaba ahora el falso testimonio que había enviado a un hombre inocente al corredor de la muerte, se negó a firmar una declaración jurada para el ranger Dowell, ya que temía ser acusado de perjurio. Luego se fue a Missouri, su estado natal, donde en 1982 cometió otro asesinato por el cual fue juzgado y condenado a cadena perpetua.

Heard presentó la apelación de Kerry y el 13 de febrero de 1980 la argumentó ante la más alta instancia de Texas, el Tribunal de Apelaciones Penales (CCA, por sus siglas en inglés). Le dijo al

tribunal que la confesión de Jackson indicaba que el estado se había inventado los cargos contra Cook. Su escrito señalaba diecinueve errores diferentes en el juicio que, según él, hacían que la condena fuera poco fiable e inconstitucional. Kerry era moderadamente optimista con que el CCA fallaría a su favor, pero pasaron los años sin que tomara una decisión. El 7 de diciembre de 1982, Texas ejecutó al primer hombre desde 1964. Pasaron varios años más y el CCA seguía sin pronunciarse sobre la apelación de Kerry. El único amigo de Kerry en el corredor de la muerte, Kenneth Brock, fue ejecutado el 19 de junio de 1986, a pesar de que el fiscal que lo condenó y el padre de la víctima pidieron al gobernador Mark White que suspendiera la ejecución. A Kerry se le rompió el corazón. Se sentía solo y abandonado.

Y entonces llegó el verdadero mazazo. El 9 de diciembre de 1987, el CCA denegó su apelación. El tribunal había ignorado su petición durante casi ocho años, el periodo más largo sin un fallo sobre una apelación directa en toda la historia de Estados Unidos. El voto del CCA para mantener la condena fue de ocho a uno. El tribunal citó la confesión de Jackson en la cárcel, la identificación de Paula Rudolph y las huellas de Cook en el patio como pruebas más que suficientes para condenar al acusado. Sí estaba de acuerdo con uno de los argumentos de Heard, a saber, que el testimonio del doctor Grigson en la fase de imposición de la pena era inadmisible porque había entrevistado a Kerry para evaluar su futura peligrosidad sin notificárselo a la defensa ni pedirle permiso para hacerlo. Sin embargo, el tribunal dictaminó que la admisión del testimonio del doctor Grigson había sido un error inocuo, ya que el doctor Landrum

había expresado una opinión similar y consideraba imposible la rehabilitación de Kerry.

El juez Sam Houston Clinton fue el único disidente. Al principio de las veintidós páginas que contenían sus conclusiones, señalaba que había «aspectos problemáticos» en el caso y que una persona racional que revisara todos los hechos cuestionaría seriamente que se considerara culpable a Kerry más allá de toda duda razonable. El juez Clinton se mostró especialmente preocupado por la identificación de Paula Rudolph y dedicó trece páginas a analizar su testimonio y a poner en duda su fiabilidad. También le preocupaba que la única huella no identificada que se encontró en las tijeras tuviera un patrón en espiral, cuando la huella de Kerry no presentaba esa característica. Además, a excepción de la huella en la puerta del patio, las de Kerry no estaban en ningún otro lugar del piso. Por el contrario, se encontraron otras cinco huellas no identificadas, ninguna de ellas suya. A Clinton no lo convenció el testimonio de Jackson, que, en su opinión, era el «más incriminatorio» del caso. Tampoco otorgó mucho peso al gráfico testimonio de Robert Hoehn sobre los actos sexuales que supuestamente habían practicado la noche del asesinato.

Apenas unos días después de conocer la decisión del CCA, Kerry recibió una noticia más desoladora: su querido hermano Doyle Wayne, de treinta y tres años, había sido asesinado en un trágico malentendido. Doyle Wayne estaba disfrutando de una noche en una discoteca de Longview con un amigo. Hacia la hora de cierre, el amigo le había quitado a otro cliente las gafas de sol, que llevaba puestas en ese momento. Creyendo que Doyle Wayne era el culpable, el hombre le había puesto un revólver Magnum del calibre

44 en el cuello y lo había matado de un disparo. (El tirador fue capturado y se declararía culpable de homicidio voluntario. Por quitarle la vida a Doyle Wayne, lo condenaron a dieciséis años de prisión). La pérdida de sus dos hijos fue casi demasiado para los Cook.

Tres días después de enterarse de la muerte de su hermano, Cook fue violado de nuevo. La desesperanza lo consumía y desencadenó un segundo intento de suicidio. Una vez más, se cortó con una cuchilla de afeitar, y en esta ocasión se seccionó la muñeca, las piernas y el pene. Sobrevivió de milagro y pasó dos años recibiendo tratamiento hospitalario de manos del equipo psiquiátrico de la prisión. Esa atención era inaudita en el corredor de la muerte. Por fin, alguien mostraba bondad y cuidados compasivos a Kerry Max Cook.

En 1988, los acontecimientos empezaron a girar a favor de Kerry. En febrero sumó a su causa a Scott Howe, un excelente abogado del recién creado Capital Punishment Project, que representaba a condenados a muerte. La preocupación inmediata de Howe era mantener a Cook con vida. Joe Tunnell, juez del condado de Smith, a quien habían asignado recientemente el caso, fijó la fecha de la ejecución para el 8 de julio de 1988. Howe apeló ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos y solicitó la suspensión de la ejecución. El 28 de junio de 1988, a falta de once días para que Kerry muriera, el tribunal concedió la suspensión y devolvió el caso al CCA para que lo reconsiderara. El 17 de enero de 1990, el CCA ratificó de nuevo la condena de Cook. Pero, el 13 de junio, seis meses después, ocurrió

algo sorprendente. El mismo tribunal cambió de parecer. En un momento de reflexión casi inédito que asombró al mundo jurídico, accedió a la petición de Scott Howe para una nueva vista y reavivó las esperanzas de Kerry de volver a ser juzgado.

Poco después de que el CCA reabriera el caso, Scott Howe obtuvo dos declaraciones juradas cruciales. Una era la de George Bonebrake, exdirector ya jubilado de la Unidad de Huellas Dactilares del FBI y experto de renombre nacional con más de cuarenta años de trayectoria. Al revisar el testimonio del teniente Collard, a Bonebrake lo inquietaron muchas de sus conclusiones. Lo que más le preocupaba era que Collard hubiera especificado la hora en que las huellas aparecieron en la puerta del patio. No consideraba esa conclusión «fiable en absoluto» y afirmó que «era imposible determinar si la huella estaba en la puerta dos horas o dos semanas antes de ser descubierta por la policía». «Un principio aceptado en el campo del examen de huellas dactilares es que un examinador no puede precisar con una exactitud razonable la antigüedad de una huella», zanjó.

Howe también obtuvo una declaración jurada del doctor Gary Mears, profesor titular de Psicología en la Universidad de Texas en Tyler y director del departamento de Psicología entre 1973 y 1985. El doctor Mears relató que, uno o dos días después del homicidio de Linda Jo, Jim Mayfield fue a su despacho y le preguntó cómo «superar» una prueba del polígrafo. Mayfield sabía que Mears tenía una máquina en su laboratorio y que era un estudioso de la ciencia poligráfica. En esa conversación, Mears preguntó a Mayfield por un libro que había encontrado recientemente en la biblioteca de la universidad titulado *The Sexual Criminal*. Publicado en 1949, el libro

contenía fotografías policiales de mujeres asesinadas cuyos órganos sexuales habían sido mutilados. Dichas fotos reflejaban de manera escalofriante las heridas de Linda. Después de encontrar el libro por casualidad, el doctor Mears descubrió que fue el propio Mayfield quién lo encargó para la biblioteca. Avergonzado, Mayfield respondió con escasa convicción: «Tengo más libros como ese». Esa misma tarde, Mears informó de la conversación a un policía local de alto rango, que no mostró interés ni hizo nada al respecto. Y no solo eso: cuando Mears se encontró con Mayfield al día siguiente, este le dijo que la policía había transmitido a su abogado las pistas que Mears les había facilitado sobre el libro y el polígrafo. Mears se quedó atónito. Era como si la policía estuviera colaborando con Mayfield en lugar de tratarlo como sospechoso.

Al mismo tiempo, David Hanners, periodista de investigación de *The Dallas Morning News* y ganador de un premio Pulitzer, estaba indagando en el caso de Kerry. Hanner no dejó piedra sin remover. Su primer artículo de primera plana, publicado el 28 de febrero de 1988, llevaba por título «PRESO FUE ACUSADO FALSAMENTE». Ese artículo y los posteriores abordaban todos los aspectos del caso e incluían entrevistas con la mayoría de los implicados, entre ellos agentes del condado de Smith, abogados defensores y testigos del estado. Randy Dykes dijo al periodista que el fiscal le indicó qué tenía que decir y qué no. También aseguró en una declaración jurada de 1991 que el fiscal Thompson no paraba de gritarle e insistir en que se aprendiera la historia. «Yo era solo un chaval de instituto y me tenía intimidado —añadió—. Decidí que le diría lo que

quisiera oír para salir de allí lo antes posible. Cuando llegué a casa, le conté a mi familia lo que había pasado». Mientras cumplía una condena de diez años de cárcel por drogas y robos, su hermano menor, Rodney Dykes, le dijo a Hanners que la policía «puso palabras en su boca» que él no había pronunciado.

Robert Hoehn había muerto de sida en Dallas el 12 de septiembre de 1987, pero un amigo íntimo reveló a Hanners las conversaciones que mantuvo con él en su lecho de muerte. Hoehn le confesó que el caso lo atormentaba, que «se sentía culpable por su papel en la condena de Cook» y que «en el corredor de la muerte tenían al hombre equivocado». Le juró a su amigo que «Cook nunca fue culpable».

El 9 de octubre de 1988, *The Dallas Morning News* publicó otro artículo sobre la datación realizada por Collard de la huella encontrada en la puerta del patio, que consideraba una prueba más de los chanchullos de la fiscalía. El titular decía: «TESTIMONIO CLAVE DEL CASO COOK PODRÍA SER FALSO». El artículo tuvo un efecto enorme y en 1989 dio lugar a una investigación por parte de la Asociación Internacional de Identificación. En una respuesta de trece páginas fechada el 22 de mayo de 1989, Collard reconocía que, cuando prestó declaración, sabía que «no había ningún método científico para sustentarla [su datación de la huella]» y que «ningún examinador de huellas latentes respaldaría tal análisis». No obstante, cuando le dijo a A. D. Clark que no poseía ninguna base científica para fechar la huella, este le pidió que lo planteara como «una opinión». Collard se opuso en repetidas ocasiones, pero se encontró con la «resistencia total y continuada» de Clark. Cuando finalmente cedió, A. D. Clark pudo utilizar su testimonio no refutado

como una bala mágica: primero para determinar una causa probable, luego para obtener una acusación del gran jurado, después para fijar las condiciones de la fianza de Kerry y, finalmente, para obtener la condena de Kerry en el juicio. Con el falso testimonio de Collard, según el cual la huella llevaba en la puerta entre seis y doce horas antes del asesinato, Kerry no tenía una sola posibilidad.

En febrero de 1990, Kerry se animó a escribir a Centurion una carta de sesenta y una páginas a lápiz en la que pedía ayuda tras conocer nuestro papel en la exoneración de Clarence Lee Brandley y su salida del corredor de la muerte de Texas tras diez años de encarcelamiento injusto («Culpable hasta que se demuestre lo contrario»). Hanners ayudó a Kerry remitiendo a Centurion todos los artículos de prensa y las entrevistas. Tras hablar por teléfono con Hanners y estudiar el expediente completo del caso, en noviembre mantuve dos encuentros prolongados con Kerry. En ellos, me convencí de su inocencia y confié su causa a Centurion.

Creyendo que Mayfield era un posible sospechoso, Centurion dedicó buena parte de 1991 a hacer lo que la policía de Tyler no había hecho: entrevistar a innumerables personas que lo conocían, incluyendo a vecinos, parientes, compañeros de la universidad, profesores, personal de la biblioteca y antiguos asociados a lo largo de su carrera profesional, que empezó en Coffeyville, Kansas, la ciudad donde se crio. Nos enteramos de que al principio de su vida laboral sufrió una crisis emocional y no salió de casa en uno o dos años. Elfreide mantuvo a la familia durante esa etapa sombría.

Quienes conocían a Mayfield recordaban un rasgo característico: su temperamento explosivo. Un excompañero suyo lo comparó con un «condensador eléctrico», en el sentido de que acumulaba la

carga y luego la soltaba como si fuera un relámpago. Otro lo comparó con un «volcán». Otro recordaba que Mayfield «temblaba de ira» cuando el mal genio se apoderaba de él. Todos comentaron que estallaba y luego sobrevenía una calma inquietante. A la mayoría de las personas con las que hablamos no les habría sorprendido que Linda fuese víctima de la ira de Mayfield. Todas las mujeres que trabajaron para él en la TEU o en la Midwestern University, donde había sido director de la biblioteca de 1969 a 1973, creían que era totalmente capaz de asesinar a Linda. Poco antes de que dejara Midwestern, nueve mujeres que trabajaban para él firmaron una carta dirigida al rector de la universidad en la que pedían el despido inmediato de Mayfield por sus «frecuentes rabietas» y su comportamiento irrespetuoso. Cuando Linda fue asesinada, las bibliotecarias de la TEU sospecharon que Mayfield podía estar implicado.

Incluso Charley, su hijo adoptivo, creía que Mayfield debía ser considerado sospechoso de la muerte de Linda. Dijo a la policía que, en su opinión, el «carácter violento» de su padre adoptivo lo hacía capaz de cometer un crimen tan horrendo. También predijo que Elfreide «apoyaría a su marido» a pesar de que este los maltrataba a ella y a sus hijos.

Aquellos que conocían la dinámica del matrimonio Mayfield sabían que el único propósito de Elfreide en la vida era satisfacer todos los caprichos y necesidades domésticas de su marido. Era una ama de casa abnegada y polifacética que confeccionaba los trajes de Mayfield con rollos de tela. Wanda Joyce, la mejor amiga de Elfreide, recordaba que esta «lo quería tanto que habría estado encantada de vivir bajo una roca con él». La hermana de Elfreide manifestó lo

mismo a otras personas. Por su parte, Mayfield era absolutamente dominante con Elfreide. Gobernaba su hogar con mano de hierro y conseguía todo lo que quería. Según la empleada de la biblioteca de la TEU, «le daba órdenes como un sargento» y la «pisoteaba». Elfreide sufría en silencio sus abusos verbales y sus constantes aventuras amorosas.

La hipótesis de Wanda Joyce era que Mayfield «se quebró, se volvió loco y mató [a Linda]». Elfreide nunca lo mencionó, pero le hizo una visita la semana después de la muerte de Linda. Parecía «abatida y alterada», y le dijo: «Creen que lo hizo Jim, pero todos nos sometimos a la prueba del polígrafo y la superamos». «El estrés es insoportable —añadió—. Esto es una pesadilla». Pero Elfreide estaría a su lado en las buenas y en las malas. Al final le salvó la vida como testigo de su coartada, una deuda que Mayfield tuvo con ella hasta el día su muerte, el 12 de julio de 2019.

Olene Harned, la asistente y sucesora de Mayfield en la biblioteca, ofreció una descripción de la actitud de este en los días previos al asesinato de Linda. A Mayfield le encantaban su trabajo y su vida en la universidad y en el lago Palestine, explicó. Tras mudarse cada tres o cuatro años a lo largo de dos décadas de carrera profesional, creía haber encontrado finalmente su sitio y haber conseguido un puesto respetado y prestigioso. A sus cuarenta y cuatro años, esperaba seguir siendo director de la biblioteca de la TEU el resto de su carrera.

Según Olene, cuando Mayfield fue despedido, estaba destrozado y culpó a Linda de «arruinar» su carrera. Le dijo a Olene que él y Elfreide habían decidido mudarse a Houston y rehacer su vida, o lo que quedaba de ella. Elfreide tenía familia en Houston y Mayfield

temía que Linda los siguiera hasta allí: «Si lo hace, nunca me libraré de ella».

Sin embargo, Olene sabía que la verdad era más complicada. Mayfield estaba igual de obsesionado con Linda y no podía alejarse de ella. Se sentía agotado por las consecuencias de su aventura amorosa y quería romper con ella, pero no tenía voluntad para hacerlo.

Para Olene y el resto del personal femenino de la biblioteca era evidente que el apetito sexual de Mayfield por Linda los había destrozado a él y a su familia y había acabado con su vida profesional. Su secretaria, Sophia Lenderman, recordaba que «todo el mundo sabía que Jim quería deshacerse de ella, que estaba cansado de la relación. Decía que quería romper, pero no podía, porque era sexualmente adicto a ella».

La mañana posterior al asesinato de Linda, Mayfield llegó al trabajo poco después de las siete, una hora antes de lo habitual. Allí lo esperaba Ann White, una empleada de la biblioteca. Acababan de informarla por teléfono de que Linda había recibido «una paliza tremenda» y Mayfield insistió en que lo llevara a Embarcadero. Mientras observaban desde el coche la actividad policial que se desarrollaba en el exterior de la vivienda, en lugar de expresar su preocupación por Linda, Mayfield exclamó airadamente que ella lo había «destruido, le había costado el trabajo y le había causado un montón de problemas». El viernes a media tarde, una vez finalizado el interrogatorio policial, Mayfield fue a ver a Chad Edwards, amigo y profesor de música en la universidad, a su casa del lago Palestine. Durante la visita, que duró varias horas, «se desahogó y no paraba de llorar», y esperó a que anocheciera para que la policía fuese a

arrestarlo. A punto de sufrir un nuevo ataque de nervios, volvió a casa de la indulgente Elfreide.

El lunes después del asesinato, entró en la oficina y le dijo a Olene que no había superado una prueba privada del polígrafo que había solicitado su abogado y que volvería a intentarlo. Estaba temblando y le caían «lágrimas por la barbilla». Olene se dio cuenta de que estaba «muerto de miedo por lo que pudiera ocurrirle a él. No era tristeza por Linda». Mayfield le dijo: «Me aterra que puedan implicarme en su asesinato».

Además de entrevistar a familiares, compañeros y socios de Mayfield, Centurion habló con personas cercanas a Linda. Algunos de sus compañeros de trabajo aseguraron que, en los días posteriores a su intento de suicidio y justo antes de su muerte, les contó que estaba «teniendo problemas con Mayfield» y juró que iba a «recuperarlo como fuese». El miércoles 8 de junio, penúltimo día de Linda en la tierra, también era el cuarenta y cuatro cumpleaños de Jim Mayfield. Por la mañana, Linda pasó por su casa y le regaló un juego de campanillas que, irónicamente, dijo que traían buena suerte y ahuyentaban a los malos espíritus. Sophia Lenderman recordaba la adoración y casi veneración con que Linda miraba a Mayfield aquella mañana. A la hora de comer estuvieron solos en el piso de Paula. Linda lo colmó de regalos, incluyendo ropa para jugar al tenis, colonia, calcetines y un cuadro que había pintado ella misma. Según dijo Mayfield en una de sus primeras declaraciones, solo se besuquearon.

A última hora de la tarde, Linda asistió a sus clases de arte de siete a nueve y luego pasó alrededor de una hora hablando con su profesora, Gloria Coughenour, que le doblaba la edad. En los dos

años y medio que Gloria había dado clases a Linda, se había convertido en su amiga y confidente. Gloria conocía la historia con Mayfield y los problemas que había causado a todos los implicados. Aquel día, Linda parecía entusiasmada porque su cuñado le había conseguido un trabajo en Baytown, unos cuarenta kilómetros al este de Houston, donde vivía con Carolyn, la hermana de Linda. Gloria tenía la impresión de que Mayfield no entraba en los planes de Linda, que ella quería empezar de cero en Houston y así se lo había hecho saber. Coughenour ignoraba que al día siguiente, 9 de junio, Linda tenía una entrevista de trabajo en un banco de Tyler. Nadie, con la posible salvedad de Mayfield, sabía cuáles eran las verdaderas intenciones de Linda.

En abril de 1990, Kerry perdió a su padre, Earnest, a causa de un cáncer y el dolor lo sumió en una profunda depresión. Pero un año y medio después llegaron buenas noticias. El 18 de septiembre de 1991, el CCA revocó su condena y ordenó un nuevo juicio. El tribunal había concluido que el testimonio del doctor Grigson en la fase de imposición de la pena fue inadmisible y perjudicial para Kerry a la hora de convencer al jurado de su peligrosidad en el futuro. Era un tecnicismo, sí, pero también una posibilidad de salir libre tras catorce años de peligrosa y brutal reclusión.

Scott Howe había cumplido su misión. También sabía que ahora tenía que hacerse a un lado. Su punto fuerte eran las apelaciones y Kerry necesitaba un abogado litigante para el segundo juicio. Scott y Kerry me pidieron que los ayudara con la selección y propuse a Paul Nugent, de Houston. Había trabajado con él y su colaborador Mike

DeGeurin en la liberación de Clarence Brandley cuando estaba en el corredor de la muerte. Nugent aceptó de buen grado representar a Kerry gratuitamente.

A principios de los años noventa, A. D. Clark había abandonado hacía tiempo la oficina del fiscal del distrito del condado de Smith. Jack Skeen —primo de Clark, sus madres eran hermanas— era el nuevo fiscal del distrito. Él y su principal fiscal, David Dobbs, se encargarían de procesar a Kerry. En otoño de 1991, antes de la llegada de Nugent, Dobbs y yo habíamos intercambiado material de investigación. Entre los documentos más relevantes, me facilitó el testimonio de Hoehn, Taylor y los hermanos Dykes ante el gran jurado, hasta entonces eliminado, y me brindó acceso al informe de ochenta y cuatro páginas que había elaborado la policía. Yo le entregué un memorándum de veintidós páginas sobre por qué Centurion creía que Mayfield era culpable. Intenté convencerlo de la inocencia de Kerry y la culpabilidad de Mayfield, pero fue en vano. Dobbs creía que Mayfield amaba a Linda y lo impresionaba que llorara cada vez que hablaba de ella. Más tarde descubrí con horror que había desvelado a Mayfield mis fuentes de información y lo que habían dicho de él.

Una noche, Dobbs y yo visitamos la escena del crimen —el piso de Paula, para entonces vacío— y recreamos el momento en que la joven entró por la puerta y vio al asesino de Linda. También recreamos las condiciones de iluminación y nos turnamos para ser Paula y el asesino. Ambos teníamos claro que se trataba de un entorno visual perfecto para hacer observaciones precisas. Por eso

Dobbs me sorprendió durante ese ejercicio al decir que no creía que Paula hubiera visto a Kerry, sino a Hoehn, y que Kerry estaba en el armario donde se encontró el cuchillo. Yo repuse con incredulidad que Paula había descrito perfectamente a Mayfield y que Hoehn no se parecía en nada a dicha descripción.

Durante la preparación del juicio, Paul Nugent tuvo acceso a los archivos de Dobbs y descubrió el memorándum de 1989 en el que Collard explicaba a la Asociación Internacional de Identificación por qué había datado las huellas de manera precisa aun sabiendo que era un error. Al parecer, faltaban cuatro páginas del testimonio de Hoehn ante el gran jurado y Dobbs le aseguró a Paul que las buscaría.

El 4 de marzo de 1992, Kerry salió del corredor de la muerte y fue trasladado a la cárcel del condado de Smith para aguardar su juicio. Sin autorización y a espaldas de Paul Nugent, Dobbs habló con Kerry cuando este llegó a la cárcel. Intentó interrogarlo sobre las huellas dactilares encontradas en la escena del crimen, una violación flagrante y poco ética de la prohibición de interrogar a un acusado en ausencia de su representante legal. Más tarde, el juez Tunnell reprendió a Dobbs por esa mala conducta.

Paul trató de impedir el nuevo juicio argumentando que, en virtud de la norma de la doble incriminación, no debía permitirse al estado volver a juzgar a Kerry por el mismo delito cuando, en su primera acusación, la fiscalía había ocultado a la defensa y al tribunal pruebas exculpatorias fundamentales y había hecho cometer perjurio a numerosos testigos. Si el juez aceptaba los argumentos de Nugent, se impediría un nuevo juicio y Kerry saldría libre.

En otoño de 1992, el juez Tunnell programó una serie de vistas para abordar las acusaciones de mala praxis por parte de la policía y los fiscales y dirimir si la norma de la doble incriminación era procedente.

En dichas vistas declararon numerosos testigos, entre ellos A. D. Clark, Collard, Dobbs y Eddie Clark, e incluso trajeron a Shyster Jackson de la prisión estatal de Missouri, el cual se retractó de todo lo expuesto en el juicio. «Mentí para salvarme», reconoció. Asimismo, declaró que A. D. Clark lo preparó, le dio información y le enseñó fotos de la víctima. Su testimonio en el juicio había sido una farsa. En las conversaciones que tuvo en la cárcel con Kerry, este siempre mantuvo su inocencia.

Al término de las vistas, el juez Tunnell dejó atónita a la defensa anunciando que se celebraría el juicio y que se reservaría la decisión sobre la doble incriminación hasta que concluyera. Eso no tenía sentido: daba al traste con el propósito de las vistas, que precisamente era determinar si debía celebrarse el juicio.

Citando la importante presencia de medios de comunicación, Tunnell concedió un traslado a Georgetown (Texas), en aquel momento una ciudad conservadora y capital del condado de Williamson, situada en el centro de Texas, a cuarenta kilómetros al norte de Austin y a trescientos de Tyler.

El juez Tunnell también dictó una serie de resoluciones previas al juicio a favor del estado que obstaculizaron la defensa de Kerry. La más perjudicial fue la exclusión del testimonio ante el gran jurado de Robert Hoehn, James Taylor y los hermanos Dykes que A. D. Clark había ocultado al primer equipo de abogados de Kerry. De ese modo, el jurado no pudo oír una versión alternativa sobre la

presencia de huellas de Kerry en la puerta del patio: que Kerry había estado en casa de Linda la tarde del lunes 6 de junio. Allí se habían enrollado y los chupetones del cuello eran la prueba de su encuentro amoroso. Sin el testimonio de los «chupetones», Nugent sabía que no podría argumentar que Kerry había dejado sus huellas en la puerta del patio días antes del asesinato. Protestó enérgicamente la decisión del juez, alegando que, con arreglo a las normas probatorias de Texas, se le debía permitir interrogar a esos testigos utilizando sus declaraciones anteriores para completar sus conversaciones con Kerry y no limitarse a que este les contara que había visto a Linda desnuda en su casa. En respuesta a ello, el juez retó a Nugent a llamar a Kerry al estrado si quería que el jurado oyera hablar de los chupetones y de su encuentro íntimo con Linda. Por supuesto, si Kerry prestaba ese testimonio sin la corroboración de sus amigos, sonaría extremadamente dudoso. Así pues, la decisión del juez Tunnell permitió a Dobbs y Skeen utilizar el mismo argumento engañoso que había esgrimido A. D. Clark en el primer juicio: que se trataba de un delito «entre desconocidos» obra de un pervertido sexual.

Asimismo, el juez impidió a Nugent informar al jurado sobre la mala praxis del fiscal que había empañado el juicio anterior. A Nugent se le prohibió mencionar la falsa confesión de Shyster Jackson o la datación poco científica de Collard de las huellas encontradas en la puerta del patio. Las fechorías pasadas de la oficina del fiscal del distrito fueron borradas para el nuevo jurado. El juez Tunnell también puso límites estrictos a lo que podían comentar los testigos de la defensa sobre las pruebas que implicaban a Jim Mayfield en el asesinato. Por ejemplo, el juez impidió que el doctor

Mears dijera al jurado que Mayfield le había preguntado días después del asesinato cómo superar la prueba del polígrafo, y que había reconocido haber encargado el libro *The Sexual Criminal*, en el que se mostraban mutilaciones de órganos sexuales espeluznantemente similares a las de Linda. Esas resoluciones judiciales inclinaron significativamente la balanza a favor de la acusación, del mismo modo que el perjurio fomentado por el estado había condicionado el primer juicio.

El segundo juicio dio comienzo a finales de noviembre de 1992, catorce años después del primero. Las alegaciones del estado eran una versión más detallada y ampliada de las que había presentado en el juicio anterior. Paula ahora estaba segura de que el hombre al que había visto era el acusado y no Mayfield. Al ver a Dobbs interrogando a Paula, recordé la conversación que mantuvimos en el piso de esta un año antes, cuando me dijo que creía que era Hoehn a quien la joven había visto y no a Kerry. Sin embargo, ahora le estaba sonsacando justamente lo contrario, que era a Kerry a quien había visto y no a Hoehn.

Como Robert Hoehn estaba muerto, en el contrainterrogatorio Nugent no tuvo la oportunidad de insistir en su testimonio sobre la noche del asesinato y tal vez conseguir que reconociera que su declaración en el juicio de 1978 era falsa y que había sido coaccionado por el beligerante Michael Thompson. El juez Tunnell permitió a los abogados leer al jurado casi todo el testimonio de Hoehn en el juicio de 1978, incluidas las partes más lascivas. También se reprodujo la grabación en vídeo.

Puesto que Collard había reconocido anteriormente que no existía ningún método científico para datar una huella dactilar, lo eludió

describiéndola ingeniosamente como una «huella reciente». Dobbs citó a declarar a Danny Carter, supervisor de la Unidad de Huellas Dactilares del Departamento de Seguridad Pública de Texas, que confirmó que las huellas observadas en la puerta del patio eran de Kerry. Tunnell decidió preguntarle en ausencia del jurado si era apropiado describir una huella como «reciente» y Carter dijo enfáticamente que no. Calificar una huella de «reciente» era otra manera de estimar su antigüedad, cosa que era imposible. Ese grado de honestidad por parte de un testigo de la acusación fue inesperado, aunque el jurado no lo oyó. George Bonebrake, experto en huellas dactilares, corroboró ese argumento ante el jurado cuando declaró como testigo de la defensa.

Ahora que la acusación ya no contaba con la falsa confesión de Shyster Jackson, presentó un nuevo testigo, Robert Wickham, exayudante del sheriff en la reserva. El 26 de septiembre de 1991, una semana antes de que el CCA ordenara un nuevo juicio, informó por primera vez al fiscal de que Kerry había confesado en un ascensor durante el juicio de 1978. Al repetir su historia ante el jurado en 1992, dijo que, cuando acompañaba a Kerry a la sala, este le había dicho abruptamente: «La maté yo y me importa una mierda lo que me hagan». La excusa de Wickham para sus trece años de silencio fue que no creía que fuera admisible, pues no lo había oído nadie más.

El relato de Wickham contenía un error flagrante. Dijo que Kerry había sido esposado y que en el ascensor llevaba puesto un mono de presidiario. Sin embargo, el condado de Smith aplicaba una política estricta que dictaba que los reclusos debían ser escoltados a la sala del tribunal vestidos de paisano y sin esposas para no infundir

prejuicios a los miembros del jurado. Además, el relato de Wickham era manifiestamente interesado, ya que regentaba un restaurante frecuentado por las fuerzas del orden. Sus empleados lo consideraban un «policía de quiero y no puedo». En realidad no era ayudante del sheriff, sino un voluntario al que exigían veinte horas mensuales no remuneradas por mantener su condición de reserva. Su testimonio en el segundo juicio de Kerry elevó su estatus entre los policías de Tyler que iban a su restaurante.

Para mantener la ficción de que Kerry no conocía de nada a Linda, Dobbs convenció al juez para que ordenara testificar al periodista David Hanners. Este sabía de sobra que Kerry había sido falsamente inculpado, pero declaró con renuencia ante el jurado que Kerry siempre insistió en que no conocía a Linda ni había estado nunca en su casa. Asimismo, dijo que había dejado sus huellas en la puerta mientras la vigilaba desde fuera. Ese testimonio perjudicó a la defensa de Kerry y fue un ejemplo clave de cómo esa mentira acabó volviéndose en su contra. Hasta que Paul Nugent y yo preparamos a Kerry para el juicio en el verano de 1992, no confesó que se había encontrado con Linda en la piscina y que se había enrollado con ella en su casa. Nos contó el juramento que le había hecho a su padre y nos ofreció una sincera disculpa. Desgraciadamente, dado que el juez había desestimado el testimonio de Robert Hoehn y los hermanos Dykes ante el gran jurado, Nugent no tenía una forma creíble de exponer la verdad. La mentira había cobrado vida propia.

Dobbs llamó a declarar a Mayfield, Elfreide y Louella. Mayfield testificó durante horas, ya que Dobbs lo hizo repasar su relación con Linda de principio a fin. Mayfield aseguró al jurado que su relación sexual con Linda terminó cuando regresó con su esposa el 19 de

mayo. A partir de entonces fue como una relación paternofilial y la había animado a hacer su vida y a empezar a salir con otros hombres. Por supuesto, negó haberla asesinado. En el contrainterrogatorio, negó haberle dicho a Ann White que Linda había arruinado su carrera profesional y no recordaba si le había dicho a Olene Harned que temía que Linda lo siguiera hasta Houston. En todo caso, añadió, si lo hubiera hecho no habría sido un problema. Reconoció que Linda y él se veían por la noche cuando Paula no estaba en casa. También negó que jugara mucho al tenis y declaró que Elfreide y Linda eran amigas.

Elfreide y Louella proporcionaron a Mayfield una coartada sin fisuras: según ellas, no salió en ningún momento de casa la noche del 9 al 10 de junio. Elfreide negó haberle dicho a su marido que Linda no podía vivir con ellos en el lago Palestine. No recordaba sentir animadversión hacia ella y declaró, de forma inverosímil, que, aunque aquel romance le había costado a Jim su puesto de trabajo, ella no le guardaba rencor a Linda. Esta se mudó con ellos porque necesitaban a alguien que limpiara la casa. Cuando su marido volvió después de vivir con Linda a mediados de mayo de 1977, no hablaron de lo sucedido porque «se había acabado» y «ya no pensaba en ello». No recordaba si, tras el intento de suicidio de Linda, le había dicho a Wanda Joyce: «¿Cuándo acabará todo esto?». Por su parte, Louella reconoció haber amenazado de muerte a Linda si continuaba la relación con su padre.

Para la defensa de Kerry, Paul Nugent se centró en presentar a Jim Mayfield como el sospechoso más probable. Desgraciadamente, de resultas de las resoluciones previas del juez, los testigos solo pudieron exponer al jurado fragmentos de lo que sabían. Nueve

miembros del profesorado y del personal declararon a favor de la defensa. Olene Harned, la sucesora de Mayfield en la biblioteca, había acogido a Paula en su casa unos días después del crimen. Allí, Paula le dijo más de una vez que creía que era Mayfield a quien había visto aquella noche. Olene también declaró que Mayfield llevaba pantalones de tenis blancos por el campus y le preocupaba que Linda pudiera seguirlo a Houston.

La bibliotecaria Ann White declaró que, la mañana anterior al asesinato, Mayfield se quejó airadamente de que Linda había arruinado su carrera profesional. El profesor Andrew Szarka contó al jurado lo que le había dicho a la policía el viernes 10 de junio por la tarde: que la noche anterior, pocas horas antes de ser asesinada, Linda había pasado por su casa y estaba angustiada por su relación con Mayfield. Le había dicho que quería salir con otros hombres y él había reaccionado mal. El profesor Gary Mears solo pudo declarar que Mayfield jugaba mucho al tenis y que encajaba con la descripción del hombre al que había visto Paula.

Doris Carpenter, gerente de Embarcadero, recordaba que Paula fue a su oficina días después del asesinato y, cuando le preguntó si se había asustado al ver al hombre en la habitación de Linda, respondió: «No, porque era Mayfield».

En su recapitulación, Dobbs destacó el vínculo entre la media de Linda desaparecida y la escena de la película en la que el niño se colaba en la habitación de su madre mientras la veía darse placer. Recordó al jurado lo excitado que estaba Kerry mientras veía la película, que había empezado a masturbarse y que había eyaculado sobre la alfombra. En sus observaciones finales, Skeen recalcó al jurado que la defensa no había ofrecido ninguna explicación

alternativa para la aparición de las huellas de Kerry en la puerta del patio, salvo que él las había dejado allí la noche que la mató. Por supuesto, Skeen sabía perfectamente que existía una explicación alternativa y que el juez simplemente la había desestimado como prueba.

Durante las deliberaciones del jurado ocurrieron dos cosas increíbles. En primer lugar, el jurado envió una nota al juez que decía: «Hemos encontrado la media de nailon en los vaqueros de Linda Jo Edwards». Como buenos conocedores de los hechos, los miembros del jurado habían decidido sacar los vaqueros de la bolsa de plástico en la que habían permanecido cerrados herméticamente durante quince años. Al desdoblarlos, la «media desaparecida» se cayó de la pernera derecha y evidentemente no contenía ningún miembro corporal. Por alguna razón, ni a la policía de Tyler ni a nadie de la oficina del fiscal del distrito del condado de Smith se les había ocurrido buscar pruebas en las perneras y los bolsillos de los vaqueros.

Cuando las deliberaciones del jurado entraban en su tercer día, se produjo el segundo hecho increíble. El 16 de diciembre, Paul vio a Dobbs leyendo la copia original del testimonio de Hoehn ante el gran jurado. Como no se fiaba de él, se la arrebató de las manos y, para su sorpresa, la transcripción contenía las cuatro páginas que faltaban y que Dobbs había negado repetidamente tener. Nugent leyó atónito las páginas omitidas. Cuando le preguntaron a Hoehn si Kerry estaba viendo la película la noche del asesinato, había respondido: «No, no, estaban emitiendo la película, pero no le prestó atención». Sin embargo, Dobbs acababa de argumentar ante el jurado que la película había excitado tanto a Kerry que había decidido atacar y

acuchillar a Linda. Nugent mostró inmediatamente las páginas que faltaban y su contenido altamente exculpatorio al juez Tunnell, que denegó su petición de enseñárselas al jurado. Una vez más, utilizó sus resoluciones para jugar con las cartas marcadas contra Kerry.

A los cinco días, el jurado informó a Tunnell de que estaba en un punto muerto. El juez declaró nulo el juicio, denegó la libertad bajo fianza a Kerry y lo envió de vuelta a la cárcel del condado de Smith a la espera de su tercer juicio. Más tarde, Centurion entrevistó a siete miembros del jurado y descubrió que el empate era por seis votos a seis. Las inexplicables huellas en el patio y el hecho de que Kerry negara conocer a Linda fueron los motivos principales de los votos de culpabilidad. Los que votaron inocente sospechaban firmemente de Mayfield. Creían que se trataba de un crimen pasional cometido por alguien que tenía una relación íntima con la víctima y que estaba muy enfadado y obsesionado con ella. Mayfield encajaba en esa descripción. También tacharon a Mayfield, a su mujer y a su hija de «mentirosos». Los impresionó que los testigos de la universidad, que no conocían a Kerry pero sí a Mayfield, estuvieran dispuestos a declarar contra este último a pesar de las molestias que entrañaba un viaje de trescientos kilómetros por trayecto.

Paul se había enfrentado a Dobbs y Skeen hasta llegar a un empate a pesar de las resoluciones restrictivas y excluyentes del juez Tunnell en materia de pruebas y de las argucias de la fiscalía. En enero de 1993, Tunnell emitió finalmente su fallo sobre la doble incriminación. Consideraba que la datación de las huellas por parte de Collard y la insistencia de A. D. Clark en que lo hiciera fueron actos calculados para engañar al tribunal y al jurado, reprendió a la acusación por no revelar a la defensa su acuerdo con Shyster

Jackson a cambio de su testimonio incriminatorio y calificó el encuentro de Dobbs con Kerry en la cárcel de «grave incumplimiento del deber y el protocolo». Sin embargo, a pesar de todo esto, el juez Tunnell no se pronunció a favor de la puesta en libertad de Kerry por el motivo de la doble incriminación. En lugar de eso, permitió que la oficina del fiscal celebrara otro juicio.

El juez Joe Tunnell se jubiló en junio de 1993. El tercer juicio de Kerry empezó el 31 de enero de 1994 bajo la presidencia del juez Robert D. Jones. Tras haber sido elegido juez del condado de Travis (del cual Austin es la capital) años antes, se convirtió en juez visitante designado por un administrador regional para ayudar a los tribunales con escasez de magistrados. La prensa bautizó ese programa como «Have Gavel, Will Travel» [Con una maza y dispuesto a viajar]. Jones adoptó íntegramente las resoluciones probatorias del juez Tunnell y eligió la misma sala de Georgetown para el tercer juicio. Con pequeñas variaciones, todos los testigos declararon lo mismo que en el segundo juicio. Lo que diferenció al tercero fue la participación de dos testigos periciales de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI en Quantico, Virginia, un departamento dedicado a la investigación y el estudio de delincuentes violentos, especialmente asesinos en serie y sexuales.

El testigo pericial estrella de la acusación fue el agente David Gomez del FBI. Acababa de completar dos años de formación como analista de delitos violentos para la Unidad de Ciencias del Comportamiento de la agencia. Una de sus responsabilidades era asesorar a las policías locales de Texas. Por parte de la defensa estaba Robert Ressler, un especialista de renombre mundial en homicidios de índole sexual. Ressler fue uno de los padres

fundadores de la Unidad de Ciencias del Comportamiento y había sido su agente especial supervisor y principal criminólogo durante dieciséis años, hasta que se jubiló en 1990. Fue coautor de las dos biblias del homicidio violento, *Sexual Homicide: Patterns and Motives* (1988) y *Crime Classification Manual* (1992). Gomez reconoció en el juicio que esos dos libros fueron materiales de consulta importantes durante su recién terminada formación.

Gomez clasificó el crimen de Linda Jo Edwards como un «asesinato por lujuria», que definió como un homicidio centrado en los órganos sexuales de la víctima que podía incluir la extirpación de partes del cuerpo. Llegó a la conclusión de que el autor del crimen era un desconocido que no mantenía una relación íntima con la víctima y de que el crimen estaba motivado por un sentimiento personal de ambivalencia, incompetencia e inmadurez sexuales. El asesino destrozó los órganos sexuales de Linda para castrarla. Sorprendentemente, Gomez no apreciaba «ensañamiento» en el ataque, tan solo la cantidad de fuerza necesaria para controlarla y matarla. Por eso no lo clasificó como «homicidio doméstico», que es un asesinato entre personas que tienen intimidad personal y que a menudo implica un ensañamiento motivado por la rabia. Gomez creía que el ataque a la zona vaginal era el aspecto lujurioso del crimen, no un ensañamiento. En su conclusión coincidía con la teoría de Dobbs de que las actividades voyeristas podían establecer una fase fantasiosa de un crimen y reflejar las frustraciones sexuales del agresor.

Ressler veía el asesinato de otra manera. Lo clasificó como un homicidio doméstico, probablemente perpetrado por un examante de la víctima. Vio claros indicios de un «ensañamiento

considerable», frecuente en los homicidios domésticos. Las heridas denotaban una furia extrema hacia Linda. Los graves daños vaginales indicaban una relación previa que llevó al asesino a destruir la zona que le interesaba de ella y que había causado su propia destrucción. Ressler rechazó la idea de que se tratara de un asesinato por lujuria motivado por incompetencia o ambivalencia sexuales, ninguna de las cuales había encontrado nunca como motivación para un asesinato con mutilación. También declaró que las personas que practicaban el voyerismo, o que supuestamente eran mirones, no eran conflictivas y no cometían homicidios sexuales violentos.

Pero el jurado nunca llegó a escuchar el crucial testimonio de Ressler. Durante su *voir dire*, el examen preliminar que realiza un juez para determinar la idoneidad de un testigo para declarar, Ressler dijo que, como parte de su preparación, había leído el testimonio de Gomez durante el viaje en avión desde Virginia. Por esto, el juez Jones vetó su testimonio, afirmando erróneamente que Ressler había infringido la norma que prohíbe a los testigos conocer el testimonio de la parte contraria antes de prestar declaración. Paul señaló acertadamente que el derecho probatorio de Texas impedía que los testigos de los hechos, y no los peritos, conocieran de antemano el testimonio de la parte contraria. Era totalmente aceptable, por práctica y jurisprudencia, que los peritos revisaran el testimonio de su contrario antes de testificar. Sin embargo, el juez Jones se negó a admitirlo. Retiró a Robert Ressler del estrado y causó al jurado la impresión de que la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI tenía una sola opinión sobre el asesinato de Linda: la del agente Gomez. Skeen se aprovechó de ello. En su

recapitulación mencionó el nombre de Gomez en numerosas ocasiones y concluyó con las palabras: «Lo que les ha dicho Dave Gomez es la clave de este caso».

La escandalosa resolución del juez Jones tuvo consecuencias desastrosas para Kerry.

Tras una deliberación sin resultados que se prolongó varios días, el jurado pidió al tribunal que volviera a leer el testimonio del agente Gomez. El 23 de febrero, media hora después de esa lectura, el jurado declaró a Kerry Max Cook culpable de asesinato.

La fase de imposición de la condena duró cinco días. Paul luchó sobremanera para salvarle la vida a Kerry, pero el resultado era previsible, teniendo en cuenta la horrible naturaleza del crimen. La hora de la verdad llegó el 3 de marzo de 1994. Antes de dictar sentencia, el juez preguntó a Kerry si tenía algo que decir. El acusado respondió: «Sí, señor. Con el debido respeto al jurado y al tribunal, soy inocente y espero que el Señor los perdone, porque no saben lo que hacen». Con eso, el juez Jones lo condenó a muerte por inyección letal, igual que había sucedido dieciséis años antes.

Tras pasar los dos últimos años en cárceles del condado durante la repetición de los juicios, Kerry volvió con desolación al corredor de la muerte. Le faltaba un mes para cumplir treinta y ocho años, pero se le había puesto el pelo prematuramente gris. Mientras tanto, Paul se negaba a rendirse. A pesar de las enormes dificultades, decidió apelar la condena ante el CCA de Texas. En ese momento, llevaba casi cuatro años representando a Kerry gratuitamente. En reconocimiento a la inquebrantable dedicación de Paul, Centurion pudo reunir dinero suficiente para compensarle por su trabajo en la preparación de la apelación.

Un año después, en julio de 1995, Paul Nugent presentó un gigantesco informe de doscientas trece páginas en el que detallaba sesenta casos de mala praxis sistemática de la fiscalía y atroces exclusiones de pruebas exculpatorias a lo largo de los tres juicios. Kerry no pudo evitar quedar impresionado por los esfuerzos de su abogado, pero se había llevado una decepción tras otra. En aquella época se consideraba que el CCA era un tribunal predominantemente conservador. Todo jugaba en su contra.

Sin embargo, el CCA sorprendió a todo el mundo. El 6 de noviembre de 1996 revocó la condena de Kerry y censuró a la fiscalía por su comportamiento y a los tribunales de primera instancia por su exclusión de pruebas favorables al acusado. El juez Charles Baird coincidía con tales apreciaciones y argumentó que debía prohibirse un nuevo juicio al señor Cook: «La mala praxis de la fiscalía ha contaminado tanto el proceso para averiguar la verdad que imposibilita un juicio justo», afirmó. Asimismo, escribió que el estado se había «permitido obtener una condena basada en el fraude e ignoró su propio deber, esto es, buscar la verdad». «La mala praxis del estado en este caso —añadió— no consiste en un incidente aislado o en la actuación de un agente de policía, sino en la mala praxis deliberada de los miembros de la abogacía que representan al estado». Consideraba que «la manipulación ilícita de las pruebas por parte del estado impregnó toda la investigación del crimen».

El dictamen mayoritario redactado por el juez Stephen Mansfield anuló la condena, pero no llegó a impedir un nuevo juicio. En su dictamen, «la mala praxis del fiscal y la policía» habían «contaminado todo este asunto desde el principio». Reprochó al

tribunal que impidiera a la defensa presentar el testimonio «sumamente exculpatorio» ofrecido ante el gran jurado por testigos que brindaban una explicación inocente de cómo llegaron las huellas de Kerry a la puerta del patio. Quizá lo más significativo es que la mayoría dictaminó que, si la fiscalía decidía juzgar a Cook por cuarta vez, el tribunal debía excluir de las pruebas todas las declaraciones realizadas por el ahora fallecido Robert Hoehn. En consecuencia, su chabacano aunque en gran medida ficticio relato de sexo tórrido y voyerismo gráfico la noche del asesinato ahora quedaba estrictamente prohibido.

Así que, esta vez a la espera de su cuarto juicio, los ayudantes del sheriff sacaron a Kerry del corredor de la muerte y lo trasladaron nuevamente a la cárcel del condado de Smith. Era el 6 de agosto de 1997, veinte años y un día después de su detención el 5 de agosto de 1977.

En una vista celebrada el 11 de noviembre, el juez Jones, escarmentado pero cada vez más hostil, fijó una fianza de 100.000 dólares, creyendo, al igual que Skeen, que esa cantidad estaba muy por encima de las posibilidades del equipo de defensa de Kerry. Dos días después, Jay Regan, presidente del consejo de administración de Centurion e inversor de Wall Street, transfirió 100.000 dólares a la oficina del sheriff del condado de Smith, para sorpresa y consternación de Jones y Skeen. (Regan confiaba en Kerry y sabía que recuperaría el dinero siempre que cumpliera las condiciones de su puesta en libertad).

Aquel mismo día, 13 de noviembre de 1997, Kerry Max Cook salió de la cárcel del condado de Smith y abrazó a su madre, Evelyn. Su recién descubierta libertad era estimulante, pero también estaba

asustado, pues sabía que su batalla contra el condado de Smith estaba lejos de terminar. En plena celebración, con periodistas y cámaras por todas partes, Kerry, Paul y yo vimos a David Dobbs fulminándonos con la mirada desde el otro lado de la calle.

Desde la cárcel, Kerry había trabado amistad con Mikaela y Richard Raine, de Dallas, que creían en su inocencia. La pareja lo invitó generosamente a vivir con ellos y sus cuatro hijos mientras esperaba juicio, e incluso le regaló un *jack russell* terrier llamado Everton. Donya Witherspoon, abogada penalista de Dallas, contrató a Cook como asistente jurídico y no tardó en mudarse a un piso con Everton. Una condición para su libertad bajo fianza era someterse a análisis de orina para detectar drogas, cosa que debía realizar en Tyler, y se le revolvía el estómago cada vez que entraba en la ciudad, temiendo que la policía lo acusara falsamente. Pero la vida le hizo un regalo a Kerry. En una reunión de Amnistía Internacional celebrada en Dallas, conoció a una encantadora joven llamada Sandra Pressey y al poco tiempo se enamoraron. Desde entonces son compañeros de vida.

En vísperas del cuarto juicio, en febrero de 1999, y a pesar de la sentencia del CCA, el fiscal Skeen prometió no descansar hasta que Cook estuviera de nuevo en el corredor de la muerte. Dobbs añadió que «nunca permitirían que se declarara culpable, ni siquiera para obtener la cadena perpetua». Querían enterrar a Kerry Max Cook. Centurion estaba igualmente decidido a que el cuarto juicio de Kerry fuera el último. Sabíamos que necesitaba una defensa bien financiada, con expertos forenses de primera fila y un gran equipo de juristas que apoyaran a Paul Nugent. No era momento para reparar en gastos. Un rico benefactor, David Gelbaum, dio un paso al

frente y autorizó un presupuesto de 365.000 dólares. Los abogados Cheryl Wattley, de Dallas, y Rocket Rosen, de Houston, se unieron al equipo. Ocho expertos en identificación de testigos, entorno visual, confesiones falsas, patología forense y psiquiatría estaban dispuestos a aportar sus conocimientos. Entre ellos se encontraba Robert Ressler, padrino de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI. A medida que 1998 pasaba volando, el juez Jones eligió Bastrop, un condado mayoritariamente rural situado cincuenta kilómetros al sudeste de Austin, como sede del juicio. La selección del jurado daría comienzo a mediados de febrero de 1999.

La semana anterior al juicio se aportaron nuevas pruebas de ADN. Por primera vez en los veintidós años de historia del caso, la fiscalía había enviado la ropa interior de Linda al laboratorio estatal de criminalística. Sorprendentemente, en el análisis se encontraron manchas de semen lo bastante grandes como para obtener el perfil de la persona a la que pertenecían. Con el acuerdo de ambas partes, el juez Jones ordenó que se practicaran pruebas de ADN y que el juicio siguiera su curso. Esperábamos recibir los resultados de ADN en algún momento del proceso. Dobbs dijo a la prensa que el semen «solo podía haberlo dejado el asesino» y coincidíamos con su opinión, convencidos de que no era de Kerry, sino de Mayfield.

Pero hubo más: pocos días antes del juicio, la fiscalía rompió su promesa de no permitir que Kerry se declarara culpable. Dobbs puso sobre la mesa un acuerdo de no impugnación y ofreció a Kerry una condena de cuarenta años. Kerry lo rechazó de plano. Dobbs propuso entonces un acuerdo que daría al juez Jones libertad para imponer a Kerry una pena inferior a cuarenta años. Una vez más,

Kerry se negó. De ninguna manera iba a confiar su futuro al juez Jones. Finalmente, el 16 de febrero de 1999, minutos antes de que comenzara la selección del jurado, Dobbs ofreció un acuerdo de no impugnación que incluía un cargo menor (asesinato, pero no en primer grado), no admisión de culpabilidad y una condena de veinte años. Como Kerry ya había cumplido la pena, podía irse a casa ese mismo día como un hombre completamente libre y sin ningún tipo de supervisión. El único inconveniente era que sería un asesino convicto. El juez le dio una hora para decidir.

Nos reunimos todos en la casa que Centurion había alquilado para el equipo y le dijimos a Kerry que era su vida. Si quería ir a juicio, estábamos preparados. Si aceptaba la declaración de culpabilidad, también lo entenderíamos. Salió de la habitación y se tomó unos minutos a solas. Esperamos.

Entonces volvió para anunciar su decisión: iba a aceptar el trato.

Había sufrido tantos traumas en el corredor de la muerte que no podía arriesgarse a volver allí a esperar la ejecución. Eligió la libertad garantizada e inmediata y volver a casa con Sandra aquella noche en lugar de exponerse a otra condena en un condado extremadamente conservador con un juez hostil y vengativo. Por la noche, Kerry, Sandra y todo el equipo lo celebramos en un lujoso restaurante de Austin. Muchos llevábamos casi diez años trabajando para Kerry y todos propusimos brindis. Estábamos impacientes por conocer los resultados de ADN de las manchas de semen encontradas en las bragas de Linda.

Por fin, el 16 de abril de 1999, el laboratorio estatal de criminalística habló. El semen indudablemente pertenecía a James Mayfield, no a Kerry Max Cook. Mayfield había declarado en los

juicios de 1992 y 1994 que no había mantenido relaciones sexuales con su examante tras el intento de suicidio de esta tres semanas antes de su asesinato. La fiscalía se quedó atónita y David Dobbs intentó salvar su dignidad a la desesperada. Afirmó que los resultados de ADN no exculpaban necesariamente a Kerry. Quizá el semen fue depositado tres semanas antes, cuando Mayfield afirmaba que había mantenido relaciones sexuales con Linda por última vez, y había sobrevivido a tres semanas de desgaste y lavados, lo cual era una hipótesis absurda. Antes de someter las bragas al análisis de ADN, Dobbs había afirmado, razonablemente, que el semen tenía que pertenecer al asesino de Linda. Pero ahora que los cimientos del acuerdo con Kerry y la reputación de su oficina estaban en entredicho, siguió insistiendo en que Kerry era culpable, en que las autoridades de Tyler tenían al hombre acertado y en que las nuevas pruebas de ADN eran «irrelevantes».

Sin embargo, las pruebas de ADN revitalizaron a Kerry, le infundieron confianza y literalmente lo animaron a llevar su exoneración por todo el mundo. Habló con elocuencia sobre las condenas injustas, los males de la pena capital y las deficiencias del sistema de justicia penal de su país en Londres, París, Roma, Ginebra y todo Estados Unidos. Se convirtió en un orador motivacional muy solicitado que contaba su historia para inspirar a otros a no rendirse nunca, por terribles que fueran las circunstancias. Harvard, Princeton y otras universidades le dieron la bienvenida y testificó ante la Asamblea Legislativa de Texas a favor de una moratoria de la pena de muerte.

Su historia fue una de las seis incluidas en la producción teatral *The Exonerated*, que se estrenó en Nueva York en octubre de 2000 y

fue representada en salas de todo el país. Sus vivencias también fueron adaptadas en una película homónima de Hollywood protagonizada por Aidan Quinn. En 2007, William Morrow publicó sus memorias, tituladas *Chasing Justice*.

Sin embargo, para Kerry, su mayor logro durante esos años fue el nacimiento de su hijo, Kerry Justice Cook. «KJ», como lo llaman Kerry y Sandra, cumplirá veinticuatro años en 2024.

A pesar de la adulación y los elogios, Kerry tuvo problemas en su vida fuera de la cárcel. Sufría un caso grave de estrés postraumático y depresión. La condena por asesinato seguía atormentándolos a él y a su familia, lo que le dificultaba encontrar trabajo y mantenerlo, así como firmar contratos de alquiler y otros documentos legales. En ocasiones, los vecinos lo rechazaban cuando descubrían su pasado. Esos problemas y su profundo deseo de obtener la exoneración legal animaron finalmente a Kerry a actuar. La exoneración de gran parte de la opinión pública no era suficiente. Quería que el sistema de justicia penal de Texas reconociera oficialmente su inocencia.

En 2012, el Innocence Project se hizo cargo de su causa y formó un equipo dirigido por Gary Udashen en Texas y Nina Morrison en Nueva York. Tres años después, en septiembre de 2015, presentaron un recurso de *habeas corpus* en el condado de Smith para intentar anular la condena por asesinato y obtener una declaración de inocencia real basada en los resultados de ADN de 1999 y la mala praxis sistémica de la policía y los fiscales.

Su investigación descubrió una decisión sospechosa de las autoridades judiciales del condado de Smith en relación con un pelo ensangrentado encontrado en las nalgas de Linda que no era de Kerry ni de la propia víctima. En 1999, cuando las autoridades de

Tyler enviaron el pelo al laboratorio de criminalística junto con la ropa interior de Linda, les informaron de que también era apto para las pruebas de ADN. Sin embargo, poco después de que el laboratorio descubriera que el semen coincidía con el de Mayfield, la oficina del fiscal del distrito ordenó a la policía que recuperara el folículo piloso y no lo sometiera a análisis.

Si se hubiera analizado el ADN de ese pelo ensangrentado y se hubiera demostrado que era de Mayfield, el caso habría cambiado por completo, porque ni Mayfield ni el fiscal del distrito habrían podido explicar fácilmente tales resultados. Las autoridades de Tyler destruyeron el folículo piloso en 2001, en un incumplimiento directo de una ley de Texas promulgada ocho meses antes que prohibía la eliminación de pruebas aptas para el análisis de ADN. Jack Skeen aún era fiscal del distrito en aquel momento. No dejó la oficina hasta 2003, cuando se convirtió en juez del condado de Smith.

Sorprendentemente, a principios de abril de 2016, Matt Bingham, el sucesor de Skeen como fiscal del distrito del condado de Smith, autorizó a instancias de Gary Udashen una entrevista grabada con Jim Mayfield en su casa de Houston. Bingham concedió inmunidad a Mayfield por cualquier cosa que pudiera decir, lo sometió a juramento y permitió que asistiera Buck Files, su abogado de toda la vida. También estuvo presente la eternamente leal Elfreide.

Habían pasado cuarenta años desde el asesinato de Linda. Mayfield era ahora un jubilado de ochenta y tres años que irónicamente había trabajado mucho tiempo como subdirector de mantenimiento en la cárcel del condado de Harris. La entrevista sin restricciones duró dos horas. Udashen dirigió las preguntas y Bingham se encargó de complementarlas. La sesión dio lugar a

varias confesiones significativas de Mayfield. Reconoció por primera vez que, el 8 de junio, Linda y él habían mantenido relaciones sexuales durante el almuerzo en casa de Paula para celebrar su cuarenta y cuatro cumpleaños y que Linda le había hecho varios regalos, entre ellos ropa para jugar al tenis.

Manifestó su sorpresa por el hecho de que encontraran semen suyo en la ropa interior que Linda llevaba la noche del homicidio, ya que la última vez que habían mantenido relaciones sexuales había sido el día anterior. No entendía por qué llevaba ropa interior sucia dos días seguidos.

Reconoció también que era sexualmente adicto a Linda. Cuando estaba cerca de ella, no podía resistir la tentación de tener relaciones sexuales. De hecho, las tenían prácticamente cada vez que estaban juntos. «No soy la persona más fuerte cuando se trata de Linda», dijo. Sabía que «tenía que alejarme lo más posible de ella».

En el momento de su muerte, lo más importante para él era salvar su matrimonio y Linda «pasó a un segundo plano». Intentó rehacer su vida y «dejar el sexo con Linda». Si seguía viéndola, todo volvería a empezar. Su carrera de bibliotecario había terminado. No solo había perdido su trabajo, sino también su casa en el lago, y había estado a punto de perder a su mujer por su culpa. «No iba a destruir mi matrimonio por Linda», dijo. Le había prometido a Elfreide que todo había acabado entre ellos. Si Elfreide hubiera descubierto lo sucedido el día de su cumpleaños en casa de Paula, su matrimonio se habría terminado.

Pero Linda seguía insistiendo en continuar con la relación. El día de su cumpleaños, ella aún quería que estuviesen juntos. No le

gustó su decisión de volver con Elfreide. Cuando Linda se presentó en su casa la noche del asesinato, era evidente que todavía quería verlo. Ese día lo había visitado cuatro veces. Aquello tenía que parar. Sabía que, de alguna manera, tenía que poner fin a su relación.

Reconoció que, estando en su coche en el aparcamiento de Embarcadero antes de que sacaran el cadáver, le había dicho airadamente a Ann White que Linda había «arruinado» su carrera profesional, pero en los juicios de Kerry lo había negado. Reconoció también que pudo haberle dicho a Olene Harned que temía que Linda lo siguiera hasta Houston, que Linda lo tenía en mente. También lo había negado en los juicios de Kerry.

Tal vez sin saberlo, al hacer esas confesiones, Mayfield expuso su motivación para matar a Linda. Para conservar lo que tanto ansiaba, su matrimonio con Elfreide, tenía que poner fin a su relación con Linda. Esta ya había destruido su preciado estilo de vida y una carrera perfectamente adaptada a sus ambiciones. Sabía que no tenía la fuerza de voluntad necesaria para superar su adicción sexual y que Linda volvería a ser su ruina si lo seguía hasta Houston. Como le dijo a Olene Harned días antes del asesinato: «Si lo hace [mudarse a Houston], nunca me libraré de ella». Había que hacer algo para poner fin a la relación. Quienes lo conocían bien creían que lo había dominado su temperamento explosivo y que, en un ataque de ira, había estallado y destruido sin control las partes de Linda que lo habían destruido a él.

En la entrevista, Mayfield también reconoció por primera vez que el profesor Mears le había preguntado por *The Sexual Criminal*, el libro ilustrado de mutilaciones. En sus declaraciones previas a los juicios de Kerry, Mayfield había negado tener conocimiento alguno

de la existencia del libro. Debido a su negativa, el juez Tunnell y, más tarde, el juez Jones prohibieron a Paul mostrar el libro al jurado e interrogar a Mayfield al respecto.

Mayfield dijo que nunca vio a Paula ni habló con ella después del asesinato de Linda, y que nunca intentó ponerse en contacto con ella para ver cómo estaba. Cuando Udashen le preguntó si estaba al tanto de que Paula le había dicho a la gente que él era el hombre al que vio aquella noche, dijo que sí. Curiosamente, durante esa entrevista nunca mencionó que Paula se equivocara al identificarlo en la escena del crimen. Como siempre había hecho, afirmó que aquella noche estaba en casa con Elfreide y Louella. No salió en ningún momento. Sentada junto al que había sido su marido durante sesenta y dos años, Elfreide dijo: «Hasta que me muera, sé que estuvo en casa conmigo aquella noche».

Como Jack Skeen ahora era juez del condado de Smith, se designó a Jack Carter, de Texarkana, un juez de fuera del condado, para que atendiese las demandas de *habeas corpus* de Kerry. La vista estaba fijada para el lunes 6 de junio. Mientras tanto, Udashen y Bingham negociaron un acuerdo entre bastidores. David Dobbs, que había dejado el cargo hacía tiempo, ayudó a Bingham en esas conversaciones. Él y el juez Skeen querían evitar a toda costa una vista pública que los sometiera a un contrainterrogatorio humillante. Por su parte, Kerry quería una vista en toda regla, la anulación de su condena por asesinato y la declaración de su inocencia real.

El día de la vista, las partes llegaron a un acuerdo. Puesto que de su reciente entrevista se desprendía claramente que Jim Mayfield había cometido perjurio en múltiples ocasiones durante el segundo y tercer juicios, el fiscal del distrito aceptó recomendar al juez Carter

que anulara la condena por asesinato de Kerry. Pero también recomendaría que se denegaran sus alegaciones de inocencia real. Para resolver esta cuestión final, en lugar de una vista con la intervención de testigos, las partes harían presentaciones orales ante el juez Carter al estilo de los alegatos finales del juicio. La defensa defendería la inocencia real y la fiscalía se opondría e insistiría en la culpabilidad de Kerry. El juez Carter aceptó proceder sobre esa base.

La única persona que se opuso a la propuesta de acuerdo fue Kerry. A pesar de que incluía la anulación de su condena, tan buscada y pionera, Kerry la rechazó con vehemencia. Quería tener su día en los tribunales no solo para demostrar su inocencia, sino también para responsabilizar a Dobbs y Skeen de los daños físicos y psicológicos que le habían ocasionado desde que entraron en el caso décadas atrás. Creía que la mejor forma de hacerlo era a través de una vista probatoria pública.

Sin embargo, tras una larga y emotiva conversación la noche anterior a la vista, Kerry cedió con gran reticencia y aceptó el acuerdo. Pero uno o dos días después de que todo estuviera apalabrado, Kerry, aún molesto por que el acuerdo no incluyera una vista pública, sorprendió a todo el mundo cuando, de repente y sin previo aviso, despidió a su equipo legal. Afortunadamente, Mark Bennett, un prestigioso abogado de Houston que hasta entonces no había participado en el caso, aceptó intervenir con una sola condición. Le sería imposible dedicar tiempo a intentar rescindir el acuerdo. Ahora solo disponía de tres semanas para preparar el alegato de inocencia real.

El 1 de julio, los abogados presentaron sus argumentos a favor y en contra de la inocencia real. El fiscal regurgitó las pruebas

aportadas por el estado durante los tres juicios anteriores. Bennett se centró en la mala praxis generalizada de la fiscalía que desembocó en las falsas condenas anteriores de Kerry y argumentó la culpabilidad de Mayfield. El 25 de julio, el juez Carter emitió su dictamen en forma de recomendaciones al CCA. Recomendó que se revocara la condena por asesinato de Kerry, tal como se había acordado, pero que se denegara la petición de inocencia real. Señaló que, para que un condenado pudiera demostrar su inocencia real, el CCA exigía que las nuevas pruebas fuesen «absolutamente irrefutables».

Aunque consideraba que la prueba de ADN era útil para la defensa de Cook, «requería que un jurado dedujese» que Mayfield había depositado los restos en las bragas de Linda la noche del asesinato. Por tanto, concluyó que el ADN no determinaba «incuestionablemente» la inocencia de Cook ni la culpabilidad de Mayfield. En cambio, la defensa de Kerry opinaba que era una deducción sencilla.

Para creer que Mayfield no tuvo relaciones con Linda la noche que fue asesinada, sino treinta y seis horas antes, como Mayfield aseguraba, el jurado habría tenido que aceptar que Linda llevó la misma ropa interior treinta y seis horas seguidas, desde la hora de comer del miércoles 8 de junio, cuando Mayfield reconoció que habían mantenido relaciones sexuales en casa de Paula, hasta el 10 de junio poco antes de medianoche, cuando fue asesinada. Ese miércoles por la tarde, Linda había asistido a clases de arte durante varias horas; luego volvió a casa y durmió en su habitación; se vistió a la mañana siguiente para ir al despacho de Mayfield; a las 13.30 acudió a una entrevista de trabajo en un banco de la zona; y

después jugó al tenis con Mayfield. Horas después, fue a la casa de Mayfield en el lago Palestine para hablar de su relación. Teniendo en cuenta estos hechos, ¿no sería razonable para cualquier jurado que Linda debió de ponerse ropa interior limpia en algún momento de ese día y medio, ya fuera al vestirse después de mantener relaciones sexuales con Mayfield el miércoles, a la mañana siguiente para su entrevista, al ducharse después de jugar al tenis en una calurosa tarde de verano o para ir a primera hora de la noche a ver a Mayfield en el lago Palestine? Sin embargo, por la razón que fuera, el juez Carter no lo vio así.

En agosto de 2016, el juez Carter envió sus recomendaciones al CCA de Texas, que debía aceptarlas o rechazarlas. Ocho años después, y tras cuarenta y siete años de lucha por la justicia, Kerry Max Cook seguía esperando la decisión del tribunal. Kerry no pudo evitar recordar que el CCA tardó ocho años en rechazar su apelación original en los años ochenta. Nadie sabe por qué ese tribunal se mostró tan extraordinariamente laxo en la tramitación de su caso. Sin embargo, aferrándose a la vida, se negó a perder la esperanza de que algún día el tribunal hiciera lo correcto. Y entonces, sin previo aviso, cayó como un rayo del cielo.

Las Escrituras nos dicen: «Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte "Quítate y échate al mar", lo que diga le será hecho». El largo arco de la justicia finalmente acertó el blanco el 19 de junio de 2024, cuando el juez Bert Richardson del CCA, en un dictamen contundente y exhaustivo de ciento seis páginas, arrojó al mar la montaña de injusticia que había sufrido Kerry. Escribió: «Este caso está plagado de alegaciones de mala praxis por parte del estado que justifican la anulación de la

condena del demandante. Y en lo que respecta al sólido apoyo de la inocencia real, este caso lo contiene todo: violaciones incontrovertidas de *Brady*, pruebas de falso testimonio, admisiones de perjurio y nuevas pruebas científicas».

Con eso, el CCA le dio a Kerry lo que su corazón anhelaba durante esos interminables años perdidos: la exoneración pura y dura. Su sueño de ser declarado inocente por el más alto tribunal de Texas se había hecho realidad. El mundo sabe ahora lo que él siempre ha sabido: la verdad de que fue incriminado falsamente por las fuerzas del orden y el poder judicial del condado de Smith. ¡El desquite es muy dulce!

Nota: La cita del título es de Marmion: Historia del campo de Flodden*, un poema de sir Walter Scott publicado en 1808. Flodden es una colina del nordeste de Inglaterra que en 1513 fue escenario de una famosa batalla entre escoceses e ingleses en la que estos últimos se alzaron vencedores.*

El fuego no miente

JOHN GRISHAM

En 1976, el Tribunal Supremo de Estados Unidos levantó una prohibición de cuatro años a las ejecuciones, y los treinta y cinco estados de la muerte se pusieron manos a la obra. Desde entonces, mil quinientos setenta y dos hombres y quince mujeres han sido ejecutados por gas, inyección letal y silla eléctrica, además de uno en la horca y otro por pelotón de fusilamiento. Texas encabeza orgullosamente la lista con quinientas ochenta y seis ejecuciones. Oklahoma ocupa el segundo lugar con ciento veintitrés, superando por poco las ciento trece de Virginia, una cifra que probablemente no varíe, ya que esa mancomunidad ha ilegalizado la pena capital.

El Centro de Información sobre la Pena de Muerte (DPIC, por sus siglas en inglés) enumera actualmente veinte ejecuciones, la mitad en Texas, de hombres «probablemente» inocentes. Ese número no se puede confirmar porque no existen pruebas biológicas claras (ADN) de la inocencia y, por razones obvias, los tribunales tienden a perder interés en un caso cuando el acusado está muerto.

Los periodistas y los defensores de personas inocentes no. En el ámbito de la justicia penal, hay pocos temas más tentadores que la posibilidad de que un inocente haya sido ejecutado. Se ha escrito mucho sobre esas veinte ejecuciones, que según el DPIC conllevan «pruebas contundentes» de inocencia.

Sin embargo, hay un caso que ha suscitado mucho más interés que el resto. No es sorprendente que ocurriera en Texas. Pero, curiosamente, es el único caso en el que el arma homicida fue un incendio provocado.

En 2004, Cameron Todd Willingham fue ejecutado por un crimen que nunca se produjo.

Todd, como era conocido, nació en Ardmore, Oklahoma, en 1968. Murió treinta y seis años después en Huntsville, Texas, atado a una camilla en la sala de ejecuciones más concurrida del mundo. Pasó los últimos doce años de su vida en el corredor de la muerte y nunca dejó de proclamar su inocencia.

Tuvo una infancia difícil. Sus padres se separaron cuando él era un bebé y su padre volvió a casarse con una mujer a la que siempre consideró su madre. Abandonó la escuela en décimo curso y cometió algunos delitos menores: drogas, alcohol, peleas y pequeños robos. Le gustaban la música heavy metal, las chicas fáciles, la cerveza, el whisky, las discotecas y los antros. También le gustaban los coches rápidos y aprendió a ser un mecánico aceptable, aunque su situación laboral era precaria. A los veinte años conoció a Stacy Kuykendall en un bar de Corsicana, Texas, una ciudad de 24.000 habitantes. La infancia de Stacy había sido más agitada que la suya.

Stacy y Todd se mudaron juntos a una pequeña casa de alquiler en una zona obrera de Corsicana, a una hora de Dallas en dirección sudeste. Su relación era inestable y a menudo violenta. Él bebía en exceso, pasaba demasiado tiempo en los bares y perseguía a otras mujeres. Se peleaban y él la golpeó en más de una ocasión. Ella se

fue de casa, pero volvió. Él también se fue, pero arreglaron las cosas. Todo se calmó con el nacimiento de Amber. Todd y Stacy se tomaban en serio la paternidad y adoraban a la niña. Al poco tiempo, Kameron y Karmen llegaron a la vez. Con tres niñas pequeñas, todas en pañales y bajo su responsabilidad, Todd sabía que era hora de madurar y él y Stacy se casaron en Ardmore en 1991.

Ambos tenían problemas para encontrar empleo a jornada completa. Todd trabajaba esporádicamente en la construcción y como mecánico, mientras que Stacy hacía horas en un bar propiedad de su hermano. La familia era pobre y apenas tenía lo esencial para salir adelante. En diciembre de 1991 llevaban dos meses de retraso en el pago del alquiler y debían otras facturas. Todd había sido despedido una vez más. Se acercaban las Navidades y casi no tenían dinero.

El domingo 22 de diciembre, Eugenia, la madrastra de Todd, habló por teléfono con él. En un par de días, ella y el padre de Todd planeaban ir desde Oklahoma para ver a las niñas por Navidad. Todd estaba de muy buen humor, preparado para las fiestas y disfrutando de sus hijas pequeñas. Estaba contento porque él y Stacy habían llevado a las niñas a Kmart para hacerse unas fotos de familia y no veía el momento de enseñárselas a los abuelos.

A la mañana siguiente, Stacy salió temprano para comprar regalos de Navidad en el Ejército de Salvación y Todd se quedó al cuidado de las niñas. Les dio a las gemelas el biberón y se durmieron en su sitio habitual, que era el suelo de su habitación. Amber también estaba durmiendo. Todd se tumbó en la cama y le venció el sueño. Hacia las diez de la mañana, Amber lo despertó gritando: «¡Papi!

¡Papi!». Él se levantó como un resorte e inmediatamente se encontró con un humo espeso. La casa estaba en llamas. Salió de la cama y, mientras cogía unos pantalones, gritó: «¡Dios mío, Amber, sal de casa! ¡Sal de casa!». No podía verla y ella no respondió. Todd se agachó para evitar el humo y fue a la habitación de las niñas, pero solo veía una humareda negra. Oyó cómo estallaban los enchufes y los interruptores de la luz. El calor y el humo eran demasiado intensos y tuvo que retroceder. En la puerta de la habitación de las niñas intentó ponerse de pie, pero se le incendió el pelo. Consiguió apagarlo, se puso a cuatro patas y avanzó a tientas en medio de la oscuridad. Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse, corrió por el pasillo y salió por la puerta principal jadeando. Al volverse hacia la casa, quedó horrorizado. Salía humo por todas partes.

Su vecina Diane Barbee vio el humo y fue corriendo. Todd le gritó que llamara a los bomberos, buscó un palo y rompió la ventana de la habitación de las niñas. El fuego atravesó el cristal roto. Rompió otro cristal y escaparon más llamas. Un vecino dijo más tarde a la policía que Todd gritaba: «¡Mis hijas! ¡Mis bebés!». Cuando el calor se intensificó, todas las ventanas de la habitación de las niñas estallaron y «escupieron llamas», según la descripción de Diane Barbee. En ese momento llegó la primera brigada de bomberos, que corría de un lado para otro extendiendo mangueras y rociando agua. Acudieron más vecinos al ver el revuelo y se quedaron horrorizados cuando se dieron cuenta de que las niñas seguían dentro.

Todd se puso aún más histérico. Un capellán de la policía, George Monaghan, lo agarró y lo llevó a la parte trasera de un camión de bomberos para intentar que se calmara. Estaba llorando y dijo: «¡Mi

niña ha intentado despertarme para avisarme de que había un incendio! ¡No he podido coger a las bebés!».

Cuando un bombero salió de la casa acunando el cuerpo inerte de Amber, Todd echó a correr hacia ellos y luego fue a la habitación de las niñas, cuyas ventanas seguían despidiendo llamas y humo. Otro bombero lo agarró y, con la ayuda de Monaghan, consiguió inmovilizarlo. Todd medía un metro ochenta, era fuerte y no se amilanaba ante el contacto físico, así que fueron necesarios unos cuantos bomberos para retenerlo. Después de la refriega, Monaghan tenía un ojo morado. Un bombero dijo más tarde: «Por cómo estaba ardiendo la casa, habría sido una locura que alguien intentara entrar».

Todd fue llevado al hospital y tratado por cortes y quemaduras leves. Allí le dijeron que Amber había muerto por inhalación de humo. Los cuerpos quemados de Kameron y Karmen fueron encontrados en el suelo de su habitación.

La noticia de la tragedia conmocionó a Corsicana y hubo muestras de solidaridad y apoyo. Rápidamente se creó un fondo para sufragar los entierros y una gran multitud se dio cita en el desgarrador funeral. Todd y Stacy se aferraron el uno al otro y lograron cruzar la pesadilla como sonámbulos.

Cuatro días después del incendio llegaron los investigadores para examinar los daños y determinar la causa. Todd les dio permiso para que hicieran su trabajo y dijo: «Sé que quizá nunca conozcamos todas las respuestas, pero me gustaría saber por qué me arrebataron a mis hijas». La pequeña casa de madera había

quedado reducida a cenizas, pero seguía en pie. La mitad de la fachada estaba carbonizada y ennegrecida.

Douglas Fogg era ayudante del jefe de bomberos de Corsicana y pronto se le unió Manuel Vasquez, de la oficina del Jefe de Bomberos del Estado. Vasquez era una especie de leyenda entre los investigadores de incendios provocados y afirmaba haber investigado entre mil doscientos y mil quinientos con un historial perfecto. Una vez le preguntaron bajo juramento si alguna vez había llegado a una conclusión errónea sobre la causa de un incendio, a lo que respondió: «Si lo he hecho, señor, no tengo constancia de ello. Nunca me lo han dicho». Vasquez era pintoresco y engreído y disfrutaba soltando máximas como: «El fuego no destruye pruebas, las crea», o: «El fuego cuenta la historia. Yo solo soy el intérprete», o: «Yo solo recabo información. No he tomado ninguna decisión. No tengo ninguna idea preconcebida».

Sin embargo, a lo largo de su dilatada carrera había descubierto incendios provocados en el 80 por ciento de sus investigaciones, una cifra asombrosa. La media nacional se situaba en torno al 50 por ciento.

Ni Fogg ni Vasquez tenían estudios universitarios. Tampoco tenían formación científica. En Texas, como en la mayoría de los estados, cualquiera puede convertirse en experto en investigación de incendios provocados haciendo un curso de cuarenta horas, aprobando un examen y obteniendo un certificado.

Ambos habían aprendido por medio de la práctica, simplemente absorbiendo las técnicas de investigación aceptadas y transmitidas de unos profesionales a otros.

Comenzaron su investigación inspeccionando el exterior de la casa y tomando notas y fotografías. Después entraron en la cocina, que solo presentaba daños por humo y calor, signo de que el incendio no se había originado allí. En el dormitorio principal, donde se halló el cuerpo de Amber, también encontraron solo daños por humo y calor. En el estrecho pasillo observaron carbonización en la parte baja de las paredes. Las llamas ascienden a medida que aumenta el calor, y en este caso parecían haber descendido hasta acercarse al suelo.

Ese fue el primer indicio sospechoso.

El segundo estaba en la habitación de las niñas, donde observaron quemaduras en el suelo. Un acelerante —gasolina, líquido para encendedores, disolvente de pintura, etcétera— derramado en el suelo y encendido hará que el fuego se concentre en lo que los investigadores llaman «patrones de vertido» o «configuraciones de charco». Para Fogg y Vasquez, esa fue la primera pista clara de que tal vez se había utilizado un acelerante. Entonces se dieron cuenta de que los muelles metálicos situados bajo los colchones quemados habían quedado blancos, lo cual indicaba que había subido un calor intenso desde el suelo.

En la mayoría de los incendios domésticos se rompen cristales de puertas y ventanas o platos. Durante décadas, los investigadores se basaron en una reacción comúnmente conocida como «vidrio agrietado», un patrón en forma de araña que presentan algunos cristales rotos. Se creía que el vidrio agrietado era un indicador clave de que un fuego había ardido a una temperatura muy elevada. También se creía que las brasas causadas por acelerantes ardían más que las causadas por cables eléctricos o madera quemada. Un fuego a mayor temperatura provocaba la fractura del vidrio.

Fogg y Vasquez siguieron un rastro quemado que salía de la habitación de las niñas, cruzaba el pasillo y llegaba a la puerta principal. En la puerta se sorprendieron al descubrir madera quemada bajo el umbral de aluminio. El porche delantero tenía suelo de hormigón y en él observaron manchas marrones, que creían que habían sido causadas por acelerantes. Al examinar los patrones del fuego, resultó evidente, al menos para Fogg y Vasquez, que el incendio se había originado en tres lugares distintos: la habitación de las niñas, el pasillo y la puerta principal.

Para los investigadores, la multiplicidad de orígenes solo podía significar una cosa: el fuego había sido intencionado. Una vez más, Vasquez, el legendario investigador de incendios provocados, había encontrado lo que buscaba. Alguien había vertido acelerantes en la habitación de las niñas, en el pasillo y hasta la puerta principal para crear una barrera y que no pudieran escapar.

Fogg y Vasquez enviaron muestras de objetos y materiales quemados a un laboratorio para que las analizaran y detectaran la presencia de un acelerante. En la muestra tomada en el umbral de la puerta principal, un químico encontró sustancias utilizadas habitualmente en los encendedores.

Crimen resuelto. Un triple homicidio. Y Todd era el único sospechoso. Las autoridades no dudaron en acusarlo del crimen más atroz imaginable: quemar vivas a sus hijas.

La policía recorrió el barrio en busca de testigos y no le cabía duda de que Todd era sospechoso de haber provocado el incendio. El crimen era tan horrible e impactante que la gente se lo creyó

inmediatamente. La solidaridad que había mostrado la ciudad solo unos días antes se convirtió rápidamente en repugnancia.

Quienes habían presenciado el suceso y habían dado versiones detalladas, e incluso dramáticas, de los esfuerzos de Todd por salvar a las niñas empezaban a tener dudas. Tal vez no se esforzó lo suficiente. Tal vez solo estaba fingiendo. Incluso el padre Monaghan, el capellán que se llevó un moratón en el ojo al intentar detener a Todd, dijo: «Las cosas no eran lo que parecían. Me dio la sensación de que Willingham lo tenía todo controlado».

Dos semanas después, los investigadores pidieron a Todd que respondiera a unas preguntas estrictamente rutinarias. No tenía ni idea de que era sospechoso y no lo informaron de sus derechos Miranda. Aceptó de buen grado y acudió sin abogado. Allí contó la historia del incendio y les explicó sus movimientos exactos. Cuando le preguntaron si tenía idea de cómo se había originado el incendio, dijo que no, pero que probablemente había sido en la habitación de las niñas, porque fue allí donde vio las llamas. Él y Stacy utilizaban tres calefactores para calentar la casa y uno de ellos estaba en la habitación de las niñas. Aquella mañana hacía frío y estaba seguro de que los calefactores estaban encendidos.

Vasquez preguntó a Todd si se había puesto zapatos antes de salir de casa y respondió que no.

Era un dato decisivo y Vasquez supo en ese preciso instante que Todd había matado a sus hijas. Si el suelo estaba empapado de acelerante, como ellos creían, Todd no podría haber escapado sin

quemarse los pies. El examen médico al que se sometió aquel día no reveló lesiones en sus pies descalzos.

Todd insistió en que el fuego se concentró en los techos y no en el suelo, pero Vasquez no le creyó. Más tarde declararía que, en su opinión, Todd provocó el incendio cuando se dirigía hacia la puerta principal.

Un crimen sensacionalista exigía una detención a la altura. Un hombre sospechoso de asesinar a sus hijas pequeñas no podía ser apresado simplemente enviando a un par de agentes con una orden de arresto. Una noche, tres semanas después del incendio, Todd y Stacy iban en coche cuando aparecieron de la nada varios equipos del SWAT y los obligaron a salir de la carretera. Policías fuertemente armados rodearon el vehículo con las pistolas cargadas y el dedo en el gatillo. Todd, desarmado, se rindió sin que le dispararan. Stacy, igualmente desarmada, estaba aterrada.

También estaba atónita. Más tarde dijo a los investigadores que sí, que ella y Todd habían tenido sus batallas y que él le había pegado, pero que nunca había maltratado a sus hijas. Las niñas los habían unido más. «Nuestras hijas estaban muy mimadas», aseguró.

Todd fue encarcelado y acusado de tres asesinatos. En cuanto al móvil, al principio la policía tenía poco que decir. Las niñas estaban cubiertas por seguros de vida que sumaban un total de 15.000 dólares, pero fue el abuelo de Stacy quien los contrató y era el beneficiario. Sin embargo, al poco tiempo las autoridades empezaron a intentar controlar el relato y destruir cualquier atisbo de presunción de inocencia. John Jackson, ayudante del fiscal del

distrito, habló con un periódico de Dallas y describió a Todd como «un individuo absolutamente sociópata».

Como indigente, a Todd le asignaron dos abogados, ambos convencidos de que era culpable. Todo el mundo estaba seguro de que era el autor del crimen y el juicio debería haberse trasladado a un lugar neutral lejos de Corsicana. No fue así, y ocho meses después se programó en el juzgado local.

Stacy seguía siendo leal a Todd y sabía que él nunca habría hecho daño a sus hijas.

Aunque la familia de Stacy discrepaba, quería evitar el espectáculo de un juicio. Hablaron con los fiscales, que aceptaron ofrecer un trato inesperado a Todd: una declaración de culpabilidad a cambio de cadena perpetua.

Los abogados de Todd estaban encantados con la oferta. Sabían que era culpable y que doce miembros del jurado seleccionados en las calles de Corsicana opinarían igual y recomendarían la pena de muerte. David Martin, uno de sus abogados, dijo: «Todas las pruebas demostraban que era culpable al cien por cien. Vertió acelerante por toda la casa y líquido de mechero debajo de la cama de las niñas».

Ese era el sentimiento ciudadano hacia el acusado.

Sus abogados le aconsejaron que aceptara el trato, pero Todd se negó. «No voy a declararme culpable de algo que no he hecho, y menos de matar a mis propias hijas», afirmó.

Quería que el caso se juzgara en otro lugar que no fuera el condado de Navarro, y solicitó al tribunal un cambio de sede. En una vista sobre la solicitud, sus abogados presentaron declaraciones incendiarias que los fiscales habían hecho a los periodistas. También

mostraron un vídeo de un fiscal hablando con la prensa y afirmando, como posible móvil de los asesinatos, que «las niñas impedían que Todd pudiera tomar cerveza y jugar a los dardos».

El juez se negó a cambiar la sede.

Para tratarse de un asesinato en primer grado en Texas, fue un juicio rápido.

El primer testigo al que citó el estado fue una sorpresa, un hombre llamado Johnny Webb. Pocos juicios están completos sin el falso testimonio de al menos un soplón de la cárcel, y el de Todd no fue una excepción. Webb había sido condenado por robo de coches, tráfico de drogas, falsificación y robo. Estaba preso por robar a una mujer a punta de cuchillo. Admitió ser un drogadicto que empezó a consumir a los nueve años y afirmó estar traumatizado por haber sido violado en la cárcel en 1988. Como delincuente profesional, conocía bien las rutinas del chivatazo y temía otra larga estancia en prisión.

Webb estaba en la cárcel cuando Todd fue detenido y un día habló con él. Su encuentro fue visto por el sheriff, que se acercó a Webb y le preguntó de qué estaban hablando. El sheriff le dijo a Webb que volviera a hablar con Todd sobre el incendio; a lo mejor le contaba algo incriminatorio. El sheriff informó de ello a John Jackson, el fiscal encargado del caso, que concertó una cita con Webb en su despacho del juzgado. Allí hablaron sobre el incendio y Jackson insistió en que Todd había matado a sus hijas. Jackson le mostró fotos de las niñas muertas, imágenes que Webb nunca pudo olvidar. La visita al despacho de Jackson se repitió varias veces. Finalmente, Webb preguntó qué tipo de «trato» ofrecía Jackson. Este prometió

hacer desaparecer la acusación de robo, en ese momento o más adelante.

Webb contó su historia al jurado: pasó por delante de la celda de Todd poco después de que este fuera encarcelado y, por extraño que parezca, quiso hablar de su crimen. A través de una estrecha ranura en la puerta de la celda, Todd se derrumbó y confesó a Webb, un completo desconocido, que había provocado deliberadamente el incendio rociando las paredes y el suelo con líquido para encendedores. La supuesta confesión tuvo lugar junto a un sistema de altavoces que permitía a los guardias escuchar a los presos.

Webb incluso aderezó la historia con una ficción adicional. Declaró que Todd había reconocido tener un móvil. Al parecer, Stacy había estado maltratando a las niñas e incluso había lastimado a una de ellas, así que Todd provocó el incendio para matarlas y encubrir el maltrato.

Se practicó la autopsia a los cuerpos de las niñas. La causa de las tres muertes fue inhalación de humo y no se apreciaban contusiones ni traumatismos.

Antes del testimonio de Webb, ni una sola persona había mencionado o insinuado maltrato infantil por parte de Stacy o Todd.

Por si fuera poco, Webb aseguró a los miembros del jurado que la acusación no le había prometido clemencia.

Más tarde trascendió que Jackson había dicho que no creía que Webb fuera un testigo fiable. ¿En serio? Entonces ¿por qué el fiscal citó a Webb como primer testigo del estado en un juicio tan sensacionalista? ¿Por qué usar un testigo poco fiable para intentar condenar a un hombre por el crimen más horrible que quepa imaginar?

A continuación, el estado llamó a declarar a varios vecinos. En el momento del incendio, habían descrito a Todd como un padre frenético que gritaba pidiendo ayuda mientras rompía ventanas e intentaba entrar de nuevo en la casa en llamas para salvar a sus hijas. Eso fue antes de que los investigadores empezaran a utilizar las palabras «incendio provocado». Ocho meses después, al testificar para la acusación, describieron a Todd como una persona tranquila e indiferente, o que tal vez estaba actuando, o que lo tenía todo bajo control.

El principal testigo del estado fue Manuel Vasquez, un veterano de los tribunales. Explicó con gran detalle los veinte indicios de incendio provocado y relató al jurado su exhaustiva investigación y análisis. En su opinión, el incendio fue provocado deliberadamente por Todd Willingham con la intención de matar a sus hijas.

Como abogados de oficio, los defensores contaban con un presupuesto limitado y el único experto que podían permitirse estaba de acuerdo con la acusación. Todd insistió en declarar, pero sus abogados temían que fuera un mal testigo. Ni él ni Stacy testificaron. La defensa, ya rendida desde el inicio, solo llamó a un testigo, una niñera que dijo que no creía que Todd pudiera haber matado a sus hijas.

El juicio duró solo dos días y el jurado deliberó una hora antes de declarar a Todd culpable de asesinato. Al día siguiente, durante la fase de sentencia, Stacy y varios miembros de la familia testificaron, tratando de salvarle la vida a Todd. Cuando Stacy subió al estrado, el fiscal le preguntó por el significado de un gran tatuaje que Todd llevaba en el bíceps izquierdo, el cual incluía una calavera y una serpiente.

—Es simplemente un tatuaje —respondió ella.

—¿Está diciendo que simplemente le gustan las calaveras y las serpientes?

—No, digo que simplemente se hizo un tatuaje.

Aquello formaba parte de la estrategia del estado para retratar a Todd como un sociópata. Para acabar de demostrarlo, la fiscalía llamó a dos peritos médicos. El primero, Tim Gregory, era psicólogo, tenía un máster y se dedicaba al asesoramiento familiar. La fiscalía contaba con varias fotografías que habían sobrevivido al incendio. Dos de ellas eran carteles de los grupos de heavy metal Iron Maiden y Led Zeppelin, y se pidió a Gregory que interpretara las imágenes para el jurado. En su erudita opinión, revelaban una perspectiva sobre la muerte y el hecho de morir. «En numerosas ocasiones —afirmó—, a los individuos que tienen muchas muestras de arte como estas les interesan las actividades de tipo satánico».

El segundo experto era un psiquiatra forense llamado James Grigson, el tristemente célebre Doctor Muerte. Su papel consistió en convencer al jurado de que el acusado era indudablemente un asesino sin remedio que volvería a asesinar si tenía la oportunidad; por tanto, era deber del jurado impedírselo con la pena de muerte. El doctor Grigson describió a Todd como un «sociópata extremadamente grave» para el cual no había tratamiento. Tres años después del juicio de Todd, el doctor Grigson fue expulsado de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría, como ya se mencionó en el caso de Kerry Cook, por llegar en repetidas ocasiones a un «diagnóstico psiquiátrico» sin haber examinado previamente al individuo en cuestión y por indicar, cuando declaraba ante el tribunal

como perito, que podía predecir con un cien por cien de certeza que el individuo cometería actos violentos en el futuro.

El jurado recomendó por unanimidad que Todd fuera ejecutado.

Todd fue llevado a prisión y comenzó la larga espera para que el sistema procesara sus apelaciones. Suplicó a sus abogados que lo rescataran. «No os podéis imaginar lo que es estar aquí rodeado de gente con la que no tengo nada que ver», escribió. No era un delincuente y no pintaba nada entre una panda de asesinos. Se peleó con sus compañeros de celda y pasó un tiempo en «la mazmorra», un agujero negro donde se desterraba a los problemáticos. En la cárcel se desprecia a los que maltratan a los niños y Todd se defendía cuando le llamaban «asesino de bebés».

A Todd le caían bien algunos de sus compañeros. A otros los detestaba. A mediados de los años noventa, en Texas se mataba a los presos tan deprisa que sabía que no debía hacer amistades. Aun así, le resultaba difícil ver a tantos hombres a los que conocía contar sus horas finales y desaparecer. Cada ejecución recordaba al resto de los presos que su día estaba por llegar.

Un preso que le caía especialmente bien a Todd era Ernest Ray Willis, uno de los pocos que insistían en su inocencia. Contrariamente a la creencia popular, la mayoría de los condenados a muerte no se declaran inocentes. Muchos están orgullosos de sus crímenes y disfrutan alardeando de ellos, sobre todo en la cárcel.

El caso de Willis era increíblemente similar al de Todd. Fue condenado por prender fuego a una casa en la que estaba durmiendo. Dos mujeres murieron en otra habitación y él escapó por

poco cuando la casa fue devorada por las llamas. Iba descalzo, pero no tenía heridas en los pies, y los vecinos pensaban que había actuado de forma sospechosa. Los inspectores de incendios encontraron patrones de vertido y otros signos claros de incendio provocado. No había móvil y Willis no tenía antecedentes por crímenes violentos. Los fiscales concluyeron que era un sociópata y lo acusaron de doble homicidio. El jurado no tardó en declararlo culpable y condenarlo a muerte.

Todd se quedó atónito ante las similitudes. Por suerte, Willis había llamado la atención de un poderoso bufete neoyorquino que aceptó su caso sin coste alguno. Los abogados estaban convencidos de que era inocente y estaban gastando una fortuna en peritos e investigadores.

Todd tuvo que quedarse con su antiguo equipo. A menudo se quejaba a sus padres de la carga que suponía estar representado por unos abogados que lo consideraban culpable.

El Tribunal de Apelaciones Penales de Texas casi nunca revocaba una condena, independientemente de la escasez de pruebas reales o de lo que ocurriera en el juicio. En marzo de 1995, ratificó por unanimidad la condena de Todd. Al hacerlo, no detectó problemas en el juicio y dijo que el tribunal había denegado correctamente la petición de cambio de sede presentada por Todd. Ese dictamen lo acercaba un poco más a la ejecución. Finalmente consiguió otro abogado, Walter Reaves, de Waco, y se emocionó al darse cuenta de que tenía serias dudas sobre su condena. Reaves presentó varias peticiones de *habeas corpus* en tribunales estatales, pero fueron

denegadas. En 2001 y 2002 las dirigió a los tribunales federales con el mismo resultado. Apeló ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos, pero en diciembre de 2003, doce años después del incendio, el tribunal rechazó el caso y se fijó la fecha de la ejecución para el 17 de febrero de 2004.

El 3 de febrero de ese año, Walter Reaves solicitó un indulto temporal a la junta de libertad condicional y a la oficina del gobernador. Diez días más tarde, volvió a presentar en ambas instancias una declaración jurada que incluía un informe en el que se ponía en tela de juicio la ciencia en la que se basaba la investigación sobre el incendio. El informe fue elaborado por el doctor Gerald Hurst, un conocido experto en incendios que residía en Austin, Texas.

La solicitud de suspensión fue denegada tanto por la junta de libertad condicional como por la oficina del gobernador.

El doctor Gerald Hurst era un químico brillante que se había criado en una familia pobre de Oklahoma durante la Gran Depresión. De niño se dedicaba a fabricar radios con chatarra, cables y trozos de metal que encontraba en los desguaces. Un profesor reconoció su talento y le aconsejó que fuese a la universidad. Llegó a doctorarse en química por la Universidad de Cambridge y trabajó para contratistas de defensa construyendo armas secretas. Diseñó bombas y otros explosivos y obtuvo algunas patentes lucrativas. Con el tiempo se cansó de crear armas que mataban a la gente y se dedicó a investigar incendios para compañías de seguros. Sus

conocimientos sobre incendios y explosivos eran muy amplios, y se convirtió en uno de los máximos expertos en la materia.

Le llamó la atención el derecho penal y, cuando empezó a estudiar incendios provocados, le sorprendieron los métodos utilizados por los investigadores estatales y locales. La mayoría solo habían cursado estudios de secundaria y habían adquirido sus conocimientos en el puesto de trabajo. Aprendían de sus predecesores, que a su vez habían aprendido de los suyos. No existían normas nacionales de obligado cumplimiento para la investigación de incendios provocados. En 1992, la Asociación Nacional de Protección contra Incendios publicó sus primeras directrices, pero eran ignoradas sistemáticamente. La mayoría de los investigadores estatales y locales creían que su experiencia e intuición eran más eficaces que las nuevas normas científicas.

A finales de la década de 1990, el doctor Hurst empezó a investigar casos de incendios provocados en los que se había condenado y enviado a prisión a varias personas. Sus sustanciosos ingresos por derechos de patente le permitían dedicar tiempo a su trabajo sin necesidad de cobrar y era generoso con ello. Cuando conoció el caso de Todd, su labor había sido crucial en diez exoneraciones de inocentes.

Dos semanas antes de la ejecución y con el reloj avanzando a toda velocidad, Walter Reaves le envió el expediente de Todd. Hurst lo abrió en el desordenado sótano de su casa de Austin y se puso manos a la obra. Mientras rebuscaba entre el voluminoso material, le llamaron la atención varios aspectos. El primero era una declaración de Manuel Vasquez en la que aseguraba que había investigado entre mil doscientos y mil quinientos incendios y que había descubierto

que un 80 por ciento de ellos eran provocados. Era una cifra increíblemente elevada y el doctor Hurst no se la creía. En todo el país, las empresas llevaban décadas notificando una tasa de incendios provocados del 50 por ciento.

El siguiente era otra declaración de Vasquez en la que afirmaba que el incendio había sido «rápido y había alcanzado altas temperaturas» gracias a un líquido acelerante. Era una creencia arraigada entre los investigadores de incendios provocados que los fuegos causados por líquidos inflamables alcanzaban mayores temperaturas que los ocasionados por cables, calefactores, madera, tela u otros materiales. Constituía una suposición condenatoria, ya que normalmente despertaba sospechas de que alguien —el autor del incendio— había vertido gasolina o líquido para encendedores en el suelo antes de prender una cerilla. Pero esa teoría era completamente errónea. Numerosos experimentos habían demostrado que los incendios causados por madera y gasolina arden a la misma temperatura.

Hurst no tardó en mostrarse escéptico ante todo lo que Fogg y Vasquez decían en su informe. Por ejemplo, afirmaban que las manchas marrones encontradas en el porche delantero eran pruebas de un acelerante líquido que no había tenido tiempo de impregnar el hormigón. La teoría era que Todd vertió el líquido en el umbral de la puerta delantera para evitar que sus hijas escaparan. El doctor Hurst sabía que no era así. Las manchas marrones en el suelo eran comunes en los incendios y rara vez tenían algo que ver con acelerantes.

Otro ejemplo era la teoría del «vidrio agrietado», según la cual el incendio era tan rápido y su temperatura tan alta que agrietaba el

vidrio. Hurst sabía que no era cierto porque había probado varios tipos de vidrio calentándolos con un soplete y enfriándolos de repente con agua. Los patrones en forma de telaraña que formaba el cristal eran los mismos con independencia de qué hubiera ocasionado el incendio.

La combustión súbita generalizada es un fenómeno que se da cuando una habitación se calienta tanto que literalmente explota en una bola de fuego. Fogg y Vasquez daban por supuesto, como la mayoría de los investigadores de incendios veteranos, que la combustión era mucho más rápida cuando se utilizaba un acelerante. Eso también era erróneo. Una vez que se produce la combustión súbita generalizada, la trayectoria del fuego depende de nuevas fuentes de oxígeno. Cuando Todd escapó por la puerta principal, el fuego se precipitó hacia ella. Cuando rompió las ventanas, las llamas salieron disparadas a través de ellas. Fogg y Vasquez concluyeron que era imposible que Todd corriera por el pasillo y saliera por la puerta sin quemarse los pies. Pero con un efecto de combustión súbita generalizada, el pasillo aún no estaba en llamas. El humo era impenetrable, pero el incendio estaba contenido momentáneamente en la habitación de las niñas. Después de la combustión súbita generalizada es imposible determinar los patrones del acelerante.

El doctor Hurst realizó un experimento por cada prueba analizada en el informe de Fogg y Vasquez. Este último había hecho un vídeo de la casa y Hurst lo estudió. Sus experimentos demostraron que todas las conclusiones originales eran erróneas. Repasó metódicamente la lista de Fogg y Vasquez con los veinte indicadores de incendio provocado y desacreditó cada uno de ellos. No había

pruebas de que el incendio se hubiera iniciado en varios lugares. Como no había visitado el lugar, no pudo determinar la causa, pero no tenía ninguna duda de que no era un incendio provocado, sino accidental, probablemente causado por un calefactor o un cableado eléctrico defectuoso. Eso explicaba por qué nunca se había determinado el motivo del incendio. Hurst se apresuró a mecanografiar su informe, que comenzaba así: «Un analista actual sobre orígenes y causas de incendios podría preguntarse cómo alguien fue capaz de cometer tantos errores cruciales en la interpretación de las pruebas». Después se lo envió a Walter Reaves, que inmediatamente lo presentó ante la junta de libertad condicional con la esperanza de un indulto de última hora. La junta lo rechazó.

Walter Reaves trabajó frenéticamente para hacer llegar el informe de Hurst a los jueces estatales y federales. También lo envió a la oficina del gobernador Rick Perry, donde fue recibido cuatro días antes de la ejecución. El abogado tenía esperanzas de que el gobernador Perry concediera el aplazamiento para revisar el informe de Hurst.

Perry era un partidario incondicional, e incluso ruidoso, de la pena de muerte, e intervino solo en una de las 234 ejecuciones llevadas a cabo durante sus catorce años como gobernador. En 2001, vetó un proyecto de ley que habría prohibido la ejecución de reclusos con un coeficiente intelectual muy bajo.

Sus ayudantes confirmaron que Perry tenía el informe de Hurst el 17 de febrero, día de la ejecución.

Reaves llamó a Todd y le dijo que la junta de libertad condicional había votado unánimemente en su contra.

Durante sus últimos días, Todd preguntó a Stacy si podía ser enterrado junto a sus hijas, pero ella se negó. Se había divorciado de él cuando estaba en el corredor de la muerte y se había vuelto a casar.

Su historia, que cambiaba a menudo, era que le había creído durante mucho tiempo, pero que habían surgido dudas. Dijo que había consultado los expedientes originales del juicio y los informes sobre el incendio provocado (pero no el del doctor Hurst) y había llegado a la conclusión de que era culpable. «Me arrebató a mis hijas», declaró a un periodista. Semanas antes, había reunido a su familia para anunciar que Todd le había confesado que había provocado el incendio deliberadamente con la intención de matar a sus hijas. Después de la ejecución, negó tal confesión.

El 17 de febrero, Todd se reunió con sus padres y algunos familiares en la sala de visitas. Incluso en ese momento le prohibieron tocarlos. No podía abrazar a sus padres porque estaban separados por una lámina de plexiglás. Ese era el procedimiento en todas las ejecuciones de Texas.

A las cuatro de la tarde llegó su última comida: costillas de cerdo a la barbacoa, quingombó frito, enchiladas de judías con queso, aros de cebolla y dos trozos de tarta de crema de limón. Le informaron de que el gobernador Perry se había negado a concederle el indulto y dijo a sus padres: «En cincuenta y cinco minutos seré un hombre libre. Me voy a casa a ver a mis hijas».

Cuando llegó el momento, los guardias lo llevaron a la sala de ejecuciones y lo inmovilizaron con correas de cuero. Un equipo médico le introdujo tubos en ambos brazos. Aunque había muchos voluntarios para realizar ese trabajo, los miembros del equipo

querían compartir parte de la responsabilidad. Cada uno tenía un papel diferente, de modo que no se podía responsabilizar únicamente a uno.

El director de la prisión preguntó a Todd si tenía unas últimas palabras y dijo: «La única declaración que quiero hacer es que soy un hombre inocente condenado por un crimen que no cometí. He sido perseguido durante doce años por algo que no hice. Del polvo de Dios vine y al polvo volveré, así que la tierra se convertirá en mi trono». Miró a la sala de testigos y vio a Stacy, que supuestamente no iba estar allí, y empezó a maldecirla. El director apartó el micrófono y pulsó un mando a distancia. El tiopental sódico, un barbiturato, empezó a bombear en el brazo de Todd. Luego bromuro de pancuronio, que paraliza el diafragma y detiene la respiración. Un tercer fármaco, cloruro potásico, le paró el corazón. Todd murió a las 18.20.

A petición suya, fue incinerado y sus padres esparcieron en secreto sus cenizas sobre las tumbas de sus hijas.

La ejecución fue controvertida desde el primer momento. Abogados especializados en la pena de muerte y defensores de personas condenadas injustamente se quejaron enérgicamente de que Texas, y especialmente el gobernador Perry, decidieran ignorar los últimos datos científicos del doctor Hurst y aceleraran la ejecución. ¿Por qué tanta prisa? Todd llevaba solo diez años en el corredor de la muerte, lo cual no es mucho tiempo en el enrevesado mundo de los litigios posteriores a la condena.

Los defensores de la pena de muerte, especialmente los políticos, se quejan constantemente de las interminables apelaciones y prometen tomar medidas para matar a la gente con más rapidez. La verdad es que a menudo se tardan años, o incluso décadas, en encontrar las pruebas que han ocultado la policía y los fiscales. Trágicamente, esas pruebas a menudo no salen a la luz a tiempo.

¿Qué pasó con el informe de Hurst que obraba en poder del gobernador Perry? La versión oficial es que el informe fue leído y tomado en consideración. Un subsecretario de prensa dijo: «Como en cualquier ejecución, el gobernador fue informado previamente de todos los hechos del caso. Tenía conocimiento de la existencia de ese informe [de Hurst] una vez que nuestra oficina lo recibió a última hora de la tarde. Después de que se solicitara, se obtuviera y se revisara el documento, que constaba de cuatro páginas, el gobernador compartió la opinión de la judicatura estatal y federal de que no bastaba para justificar la suspensión de la ejecución».

Las dudas sobre la investigación y la ciencia que la sustentaba no tardaron en aparecer en primera plana. Dos reporteros del *Chicago Tribune*, Steve Mills y Maurice Possley, se desplazaron a Corsicana para investigar el caso. También consultaron a destacados expertos e investigadores de incendios provocados, los cuales coincidieron en que el trabajo de Fogg y Vasquez era profundamente erróneo. El doctor Hurst, uno de esos expertos, dijo: «No hay nada que indique a cualquier investigador razonable que esto fue un incendio provocado. Fue solo un incendio».

Incluso Texas le dio la razón. Edward Cheever, ayudante del jefe de bomberos del estado de Texas que ayudó a Vasquez en la investigación original de 1992, reconoció: «En la época de la investigación de Corsicana seguíamos testificando cosas que hoy no son ciertas. Lo eran entonces, pero ahora no. Hurst tenía bastante razón. Ahora sabemos que no debemos hacer esas mismas suposiciones».

Kendall Ryland, que era jefe de bomberos y exinstructor de incendios e incendios provocados en la Universidad Estatal de Luisiana, intentó simular en su taller las condiciones descritas por Fogg y Vasquez. Cuando sus experimentos no llegaron a ninguna parte, declaró a un periodista: «Me asquea pensar que ese hombre fue ejecutado basándose en esta investigación. Ejecutaron a ese hombre y no tienen ni idea, al menos científicamente, de si provocó el incendio o incluso de si fue intencionado».

Un año después de la ejecución de Todd, y en respuesta a las crecientes quejas sobre los deplorables métodos forenses utilizados en los tribunales de Texas, el estado creó la Comisión de Ciencias Forenses de Texas. Los primeros casos que revisaron fueron el de Todd y el de Ernest Ray Willis, el otro caso de incendio provocado que era prácticamente idéntico.

Tras diecisiete años en el corredor de la muerte, Willis era un hombre libre gracias a un equipo legal con talento, y gracias también al doctor Hurst, que había revisado su caso y llegado a la conclusión de que el incendio no había sido provocado. El fiscal creyó el informe y retiró los cargos.

En ambos casos, el doctor Hurst estableció de que el incendio no había sido provocado. Todd estaba muerto. Willis era libre.

Diferentes fiscales, diferentes distritos judiciales, el mismo estado.

La comisión contrató a Craig Beyler, un reputado científico y experto en incendios, para que llevara a cabo la revisión. Su análisis se basó en el del doctor Hurst, aunque su lenguaje era algo más fuerte. Llegó a la conclusión de que Fogg y Vasquez carecían de base científica para determinar que el incendio había sido provocado. Ignoraron pruebas, se basaron en unas creencias populares desacreditadas, no fueron capaces de descartar posibles causas alternativas, no comprendían la dinámica básica de los incendios y no solo incumplieron «las normas actuales, sino incluso las de la época». Tachó los hallazgos de Fogg y Vasquez de «nada más que una colección de convicciones personales que no tienen nada que ver con la investigación de incendios con fundamento científico».

Cuando la comisión se disponía a examinar el informe de Beyler, el gobernador Perry destituyó repentinamente a tres miembros, incluido el presidente. Perry, que seguía convencido de que Todd era culpable e incluso menospreciaba a los expertos que decían lo contrario, sustituyó al presidente por un fiscal de Texas. La reorganización de la comisión demoró el testimonio de Beyler y otras conclusiones periciales de su investigación hasta las siguientes elecciones a gobernador.

El gobernador Perry se presentaba a la reelección en 2010 y planeaba optar a la Casa Blanca en 2012.

En 2006, el Innocence Project reunió a cinco de los máximos expertos independientes en incendios provocados del país para que

examinaran las pruebas del caso. El Comité de Revisión de Incendios Provocados investigó todos los aspectos del incendio y analizó el trabajo de Fogg y Vasquez. Su informe de cuarenta y ocho páginas concluía que el incendio que mató a las tres hijas de los Willingham fue accidental. Según dicho informe, «los fenómenos examinados y en los que se basaron los investigadores del caso son el tipo de fenómenos creados habitualmente por incendios accidentales que progresan más allá de los límites de la combustión súbita generalizada».

Y añadía: «Los testigos periciales del estado […] se basaron en la interpretación de "indicadores" que, según su aprendizaje, constituían una prueba de incendio provocado. Aunque no dudamos que esos testigos creían lo que decían, desde entonces se ha demostrado científicamente que todos y cada uno de los indicadores en los que se basaron no son válidos».

«Desgraciadamente para el señor Willingham —proseguía el informe—, aunque el fuego quizá no "mienta", el señor Vasquez malinterpretó lo que le estaba diciendo. Esa disposición a ofrecer testimonio "experto", a la vez que carece de conocimientos para aportar información precisa al jurado, puede excusar muchos errores graves del señor Vasquez. Sin embargo, el sistema judicial que permite que ese testimonio sea presentado plantea serias necesidades de reforma».

La condena se apoyó en dos fuentes distintas de pruebas: la investigación del incendio provocado y el testimonio de Johnny

Webb. El móvil no es un requisito para el asesinato. El estado sabía que no podía probar el móvil porque no lo había.

Ahora que el informe y el testimonio de Fogg y Vasquez estaban recibiendo críticas por todas partes, la acusación trabajó horas extras para mantener a raya a Johnny Webb, su soplón, que demostró ser inestable y manipulador. Sus amenazas de retractarse y contar la verdad pusieron en jaque a la acusación.

Todos los soplones quieren llegar a un acuerdo. Están en la cárcel y deben pasar más tiempo allí, y saben jugar con la policía y la fiscalía. En el juicio, todos los soplones mienten cuando dicen al jurado que no hubo trato con la fiscalía. Siempre lo hay. Su artífice es el fiscal, que sabe que el soplón miente. La instigación de perjurio por soborno es el acto de animar a un testigo a mentir, pero los fiscales nunca son castigados cuando sus soplones mienten en el juicio.

Mientras periodistas, abogados y defensores de inocentes atacaban a los malos forenses, también asolaron a John Jackson. Si había habido un trato con Johnny Webb, estaban decididos a descubrirlo. Curiosamente, contaron con la ayuda del propio Jackson. Muchos de sus esfuerzos por proteger a Webb fueron documentados en sus cartas.

Por ejemplo, dos meses antes del juicio de Willingham, Jackson escribió a un funcionario de prisiones pidiendo que Webb fuera trasladado a una unidad médica, un lugar mucho mejor que la unidad de protección en la que estaba. Explicó que Webb era un testigo crucial en un proceso por asesinato y que, como soplón, corría peligro entre la población general. Asimismo, dijo que podría

necesitar a Webb de nuevo en el tribunal y lo quería en un entorno que garantizara «el menor riesgo posible».

Un mes después volvió a escribir solicitando que Webb fuera devuelto a la cárcel del condado de Navarro, en Corsicana, para que estuviese en un entorno aún más seguro. Afirmaba que Webb había recibido amenazas de muerte y necesitaba protección. Tener a Webb más cerca de casa, en la misma calle, facilitaría las cosas a Jackson. «En caso de revocación —escribió—, también me gustaría poder contar con la cooperación de Webb». Su petición fue denegada.

Las cartas continuaron durante tres años, mientras Jackson trabajaba diligentemente para tener contento a su soplón. Jackson recurrió a un amigo suyo, un acaudalado ranchero llamado Charles Pearce, para que ingresara dinero en la cuenta del economato de la prisión a nombre de Webb. En 1995, Webb escribió a Pearce contándole la historia de un guardia de la prisión que lo instaba a retractarse de su testimonio para apaciguar a otros presos que odiaban a los soplones. Pearce transmitió esa inquietante noticia a Jackson, que escribió al director de la prisión y le dijo: «Lamento seguir molestándole con los problemas de Johnny Webb. No es precisamente un ciudadano modélico, pero me preocuparía mucho que el personal de la prisión esté intentando que cambie su historia».

En 1996, Webb escribió a Jackson y exigió su traslado a una prisión federal o a la cárcel del condado de Navarro. En la carta, Webb, inadvertidamente o no, reconocía por fin la verdad: «El estado me ofreció ciertos beneficios a cambio de mi testimonio, que acabó enviando a un hombre al corredor de la muerte. Como yo

cumplí mi parte de la promesa, el estado está obligado a cumplir la suya hasta que yo salga de la cárcel».

Jackson trabajó entre bastidores para conseguir la libertad anticipada de Webb. Presionó al juez Kenneth «Buck» Douglas, el mismo que había presidido el juicio de Todd y que había condenado a Webb a quince años de prisión, para que redujera la condena de este a un cargo menor. Escribió a la junta de libertad condicional en nombre de Webb y borró bien sus huellas asegurando que al preso no se le había prometido clemencia por su testimonio y que no había habido «expectativa de indulgencia».

Jackson escribió a Webb para tranquilizarlo. Pearce escribió a Webb para tranquilizarlo. Le prometieron que harían todo lo posible para que saliera en libertad. A pesar de tan inusual servilismo hacia un delincuente profesional, Webb siguió amenazando con hacer pública la verdad. Cuando se denegó su solicitud de libertad anticipada, el propio Jackson pidió clemencia al gobernador, que se la denegó. Jackson estaba empeñado en tener contento a Webb mientras los abogados de Todd Willingham seguían presentando recursos.

En 1996, Jackson fue elegido sucesor del juez Douglas. Como juez de un tribunal de circuito tenía mucho más poder que como ayudante del fiscal del distrito. Una de sus primeras medidas fue emitir una orden para que los funcionarios de prisiones trasladaran a Webb al condado de Navarro para una vista. No hay constancia de que dicha vista tuviera lugar.

Dos años después, Webb obtuvo finalmente la libertad condicional y fue directamente a ver a Pearce, que le dio dinero para comprar una camioneta. Pearce también accedió a pagarle un curso de

conducción comercial. Webb se matriculó, pero lo detuvieron por un asunto de drogas y lo metieron en la cárcel. Declaró que sus únicos ingresos eran un estipendio de 1.000 dólares al mes que recibía de Pearce. Se declaró culpable y le cayeron dos años, pero la violación de la libertad condicional lo encerró hasta 2007. Cuando volvió a prisión, Pearce empezó a enviarle dinero de nuevo.

En marzo de 2000, Webb preparó en su celda una buena muestra de abogacía carcelaria, concretamente un documento escrito a mano que tituló: «Moción para retractarme de mi testimonio». En él reconocía haber mentido sobre Todd Willingham, que era «inocente de todos los cargos», y se lo envió al fiscal del distrito, que a su vez se lo envió al juez John Jackson. Los abogados de Todd no lo recibieron nunca, ni tampoco se incluyó en el expediente de Webb, el cual acabó dejándolo correr.

En agosto de 2000, el juez Jackson escribió a Webb y le aseguró que él y Pearce estaban trabajando mucho para que volviera a salir en libertad.

En 2004, cuando se acercaba la ejecución de Todd, su abogado, Walter Reaves, solicitó un aplazamiento de noventa días. Reaves había oído rumores de que Webb había recibido una camioneta a cambio de su testimonio y quería investigar.

El juez Jackson se opuso a la petición y fue denegada.

Webb obtuvo la libertad condicional en 2007 y volvió a retractarse. En una serie de entrevistas grabadas con Marshall Project, una agencia de noticias no gubernamental especializada en el sistema de justicia penal, Webb dijo que John Jackson lo amenazó con una

larga condena de prisión por robo si no mentía en su testimonio contra Todd Willingham. Jackson también prometió reducir su pena de cárcel si testificaba.

David Grann es un periodista galardonado que ha escrito para *The New Republic* y *The New Yorker*, entre otras publicaciones. Sus libros han sido grandes éxitos de ventas. En agosto de 2009, *The New Yorker* publicó un extenso artículo de investigación suyo titulado «Trial by Fire: Did Texas Execute an Innocent Man?» [Prueba de fuego: ¿ejecutó Texas a un inocente?]. El reportaje era una impactante denuncia del caso Willingham y lo situó en el primer plano del debate sobre la pena capital. Impecablemente investigado, magníficamente escrito y notablemente equilibrado, profundizaba en la ciencia de la investigación de incendios provocados y concluía que el informe de Fogg y Vasquez era extremadamente erróneo. Grann entrevistó a todos los que quisieron hablar con él: familiares, vecinos, bomberos, abogados, policías, fiscales, testigos, Johnny Webb, científicos e incluso algunos miembros del jurado. Los pasajes más importantes tratan sobre la historia de la investigación de incendios provocados y sobre la necesidad de mayores conocimientos y mejor formación.

En 2014, el Innocence Project, que llevaba una década investigando el caso de Willingham, presentó una queja contra el juez Jackson ante el Colegio de Abogados del Estado de Texas, argumentando que debía ser investigado, sancionado o incluso procesado

penalmente por falsificar registros oficiales, ocultar pruebas a la defensa, encubrir perjurio y obstruir la justicia. La queja afirmaba que la conducta de Jackson «violaba sus obligaciones profesionales, éticas y constitucionales».

El Colegio de Abogados del Estado se tomaba en serio esas quejas. En 2013 obligó a un juez a dimitir de su cargo, renunciar a su licencia para ejercer y cumplir diez días de cárcel por la célebre condena injusta de Michael Morton. El juez había ejercido de fiscal y había ocultado pruebas. Morton fue acusado de matar a su esposa y pasó veinticinco años en prisión antes de que se demostrara su inocencia mediante pruebas de ADN. El juez pasó cinco días en la cárcel y fue puesto en libertad por buena conducta. Es el único caso documentado en Estados Unidos en el que el fiscal responsable de enviar injustamente a alguien a la cárcel se ha visto obligado a cumplir condena.

En 2014, el Colegio de Abogados de Texas solicitó con éxito la inhabilitación del fiscal del distrito Charles Sebesta por mala praxis en el procesamiento de Anthony Graves.

Después de una investigación, el Colegio de Abogados del Estado acusó a John Jackson de no informar a los abogados de Todd de que a Webb se le había prometido un trato de favor a cambio de su testimonio. Jackson lo negó todo y exigió un juicio con jurado. ¡En el condado de Navarro! Se envió a un juez especial y se eligió a los doce integrantes del jurado. La acusación les mostró una declaración en vídeo de Webb en la que reconocía que había mentido en el juicio de Todd después de que Jackson le prometiera un trato de favor. Sin embargo, cuando Webb subió al estrado, guardó silencio y se negó a responder a las preguntas. Se acogió a la quinta enmienda más de

cincuenta veces y rechazó incriminarse. Tenía problemas de memoria y no podía recordar gran cosa. En casi cien ocasiones alegó que no recordaba nada.

El jurado votó once a uno a favor de John Jackson. Fue una derrota contundente para el Colegio de Abogados de Texas y el Innocence Project y una victoria satisfactoria para Jackson.

El 3 de abril de 2014, la Junta de Indultos y Libertad Condicional de Texas votó en contra de recomendar póstumamente un indulto completo para Todd Willingham. El Innocence Project, junto con los familiares de Todd y Michael Morton, había pedido al gobernador Perry que ordenara a la junta de libertad condicional que investigase si el estado debía indultar a Todd. La junta de libertad condicional investigó, pero denegó el indulto.

Unas palabras finales de Johnny Webb. En una entrevista de 2015 con Maurice Possley en nombre de Marshall Project, Webb lamentó haberse involucrado en el juicio. «Ahora arrastraré este asunto de Willingham el resto de mi vida», dijo.

Agradecimientos

JOHN GRISHAM

Después de escribir hasta la última palabra de mis primeros cincuenta libros, estoy seguro de que me preguntarán por qué finalmente decidí trabajar con un coautor. La respuesta sarcástica es que me siento cansado y perezoso. ¿Por qué no dejar que alguien haga la mitad del trabajo?

La verdadera respuesta es que Jim McCloskey es un auténtico héroe estadounidense. Empezó su solitaria búsqueda de justicia cuando era un joven estudiante de Teología en Princeton. Consagró su vida y su carrera profesional a liberar a gente inocente y convirtió Centurion Ministries en un poderoso grupo para defender a esas personas. Pero lo más importante es que Jim cuenta grandes historias. Es un honor para mí compartir con él la cubierta y la portada de este libro. No todos los días tienes la oportunidad de trabajar con uno de tus héroes.

A pesar de que he escrito demasiados libros, Doubleday siempre ha querido publicarlos y ese entusiasmo se mantiene a día de hoy. Hace muchos años me di cuenta de lo afortunado que soy de no hacer nada más que escribir y no preocuparme de cómo mis obras llegan a las tiendas. Esto obedece a que en Doubleday cuento con un equipo espléndido y hacía tiempo que no les daba las gracias.

Suzanne Herz es mi editora desde hace treinta años. Ha tenido varios cargos a lo largo de su carrera —todas las editoriales están inundadas de cargos— y el siglo pasado dejé de intentar llevar la cuenta. Eso significa que Suzanne recibe mi manuscrito y unos tres meses después me envía, recién salido de imprenta, un hermoso libro en tapa dura que yo coloco con orgullo en una estantería especial con todos los demás. No sé todo lo que ocurre durante esos tres meses, pero sí que ella está al mando. Comentamos y a veces debatimos el diseño de la cubierta. Hemos tenido desacuerdos sobre los títulos. Con frecuencia me anima a ir aquí o allá para hablar y promocionar los libros. Desde el punto de vista creativo, rápidamente me dice cuando le encanta una historia e, igual de rápido, cuando no. Es libre de cuestionar cualquier cosa, incluso aunque sea una sola palabra del manuscrito, y yo siempre la escucho. No siempre coincido con ella y las discusiones a veces son divertidas. Conoce el negocio y, con su estilo pausado y constante, sabe detectar un buen libro, llevarlo a las tiendas y lograr que se venda. Sus escritores le son extremadamente leales.

La confianza es implícita y se basa en nuestra larga amistad. Gracias, Suzanne.

Todd Doughty es un buen amigo y compañero de Suzanne. Los tres hemos salido juntos de minigira y todavía nos reímos de nuestras aventuras. Todd se encarga de la publicidad —una vez más, no recuerdo cuál es su cargo oficial— y sabe más que nadie sobre la edición y la venta de libros. Conoce a todos los reporteros, periodistas, productores, editores y jefes de prensa del sector en Estados Unidos. Mantiene relaciones estrechas con los libreros y ha visitado cientos de tiendas en todo el país. Lo lee todo y sigue a

docenas de escritores, no solo suyos, sino de todo el mundo editorial. Ve todos los programas de televisión y todas las películas, y es capaz de resolver un tablero completo de *Double Jeopardy!* en cuestión de segundos. Gracias, Todd.

Además de Suzanne y Todd, están los demás miembros del equipo: Judy Jacoby en publicidad, Lauren Weber en marketing y Eddie Allen en producción editorial. Vimi Santokhi es la directora editorial y Jaci Updike se ocupa de las ventas para todo Penguin Random House.

Kris Puopolo es nuestra maravillosa editora y ha sabido hacer malabarismos con diez relatos de dos escritores muy distintos que le llegaban en momentos diferentes.

Gracias también a Neil Rosini, mi abogado literario de toda la vida. Neil está especializado en derechos de autor y difamación y, como siempre, leyó el manuscrito con ojo avizor para buscar posibles problemas. Espero que los escritores hayan resuelto los que encontró.

Gracias a Eric Brown por su constante asesoramiento jurídico a lo largo de los años. Como exabogado, aún intento recordar cómo ser un buen cliente. Siempre es una ventaja trabajar con Eric.

Gracias también a Claire Leonard, Ana Espinoza y David Litman.

Y, como siempre, gracias a David Gernert, mi agente y amigo íntimo. En 1990, cuando era editor en Doubleday, David tuvo el acierto y la suerte de comprar mi segunda novela, *La tapadera*. Fue una buena decisión para ambos. Publicó mis cinco novelas posteriores, todas ellas en un mercado que estaba experimentando un auge. En 1995, David dejó Doubleday y se convirtió en un agente megaestrella. Yo fui su primer autor. Desde entonces nos lo hemos

pasado en grande y, aunque nos acercamos al crepúsculo de la vida, no pensamos bajar el ritmo. Hablamos prácticamente todos los días, y casi nunca de libros. Nos ponemos al día sobre las noticias de la familia, comentamos el partido de baloncesto del día anterior, compartimos nuestro temor a la próxima prótesis articular y normalmente consigo lanzarle un par de golpes bajos sobre sus amados Mets cuando pierden, que es casi siempre.

JIM McCLOSKEY

El concepto, el título y la estructura de *Inocentes*, que contiene diez increíbles casos de *true crime* y condenas injustas, son obra de John Grisham. La idea de John para este libro nace de su compasión y gran empatía por aquellos que sufren este tipo de injusticias y de su indignación por que estas cosas ocurran tan a menudo.

Me sentí honrado y abrumado cuando me invitó a ser su coautor a principios de 2021. Todavía no me lo acabo de creer. Aunque fue un proceso complejo, siempre ha sido un placer trabajar con John. Es afable, generoso y muy cooperador. Cuando terminamos este proyecto, no tardé en desarrollar síndrome de abstinencia. Mi colaboración con John en *Inocentes* ha sido el punto culminante de mi carrera profesional.

Estoy enormemente en deuda con el equipo editorial de Doubleday, que con gran tacto y habilidad ha conseguido que estas historias sean así de legibles. La editora con la que trabajé principalmente fue Kristine Puopolo, vicepresidenta de Doubleday y directora editorial de no ficción. Hizo que el proceso de edición fuera

casi placentero, ya que mejoró hábil y notablemente lo que yo le entregaba. Te echaré de menos, Kris. Su asistente, Ana Espinoza, fue de gran ayuda en la gestión de la recopilación de fotografías para mis cinco capítulos.

Estoy especialmente en deuda con mi agente literaria, Deborah Grosvenor, que me ha apoyado en muchos aspectos. Se ha convertido en una buena amiga desde que empezamos a colaborar en 2014. Debbie vendió y negoció con Doubleday los derechos de publicación de mis memorias, *When Truth Is All You Have* [Cuando la verdad es lo único que tienes]. También editó todos mis capítulos de *Inocentes* antes de enviárselos a Kristine Puopolo, con quien Debbie mantuvo contacto frecuente sobre diversos temas. Me asesoró acerca de los distintos contratos necesarios para formalizar mi autoría conjunta con John y Doubleday/Penguin Random House. Me habría sentido perdido sin ella. Gracias, Debbie, por hacer lo que haces por mí con tanta eficacia, paciencia y buen humor.

Sin duda, John y yo seríamos negligentes si no reconociéramos a Corban Addison Klug, extraordinario verificador de información y consumado escritor de no ficción por derecho propio. Revisó minuciosamente los diez capítulos para corroborar datos y añadió unas notas finales que relacionan declaraciones importantes con sus fuentes documentales. Además, a petición mía, aportó comentarios y sugerencias editoriales para mis historias.

En numerosas ocasiones, Tyler Spikes, archivista de Centurion, hizo grandes esfuerzos para organizar y seleccionar fotografías relacionadas con la temática de mis cinco capítulos. Dichos esfuerzos incluyeron buscar imágenes, identificar a sus propietarios y obtener

los derechos de reproducción, todo un reto dada la antigüedad y dispersión geográfica de las fotografías.

Ahora me dirijo a los hombres y mujeres cuyos casos he tratado, sin los cuales no existiría un libro titulado *Inocentes*. Gracias por permitirnos contar vuestra historia. Espero que esto os brinde cierto consuelo y os ayude a aliviar el sufrimiento inimaginable por el que pasasteis hace muchos años, un sufrimiento que marca vuestra vida incluso a día de hoy. Sois Clarence Brandley, fallecido en 2018; los coacusados Mark Jones, Kenneth Gardiner y Dominic Lucci; Ellen Reasonover; los coacusados David Alexander y Harry Granger; y Kerry Max Cook.

Al escribir vuestra historia, he revisado en profundidad lo que os ocurrió, cosa que me hizo apreciar y respetar aún más el valor y la serenidad que os permitieron soportar milagrosamente lo insoportable. Recuerdo lo que dijo san Pablo en su carta a los Romanos (5, 3-5): «La tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza». Nadie lo ejemplifica mejor que vosotros.

Como son tantos, no puedo mencionar aquí por su nombre a todos los abogados, investigadores, jueces y testigos que fueron decisivos en el esfuerzo por exonerar a los reclusos inocentes que aparecen en mis capítulos. Todos ellos son citados y nombrados en sus respectivos capítulos. Sin embargo, me gustaría hacer una mención honorífica a algunas de esas almas valientes:

Paul Henderson se incorporó a Centurion en 1988 como investigador tras una carrera como periodista de investigación en

The Seattle Times que le valió el Premio Pulitzer. Paul trabajó abnegadamente conmigo en tres de esos casos: Reasonover en San Luis; Alexander y Granger en Luisiana; y Jones, Gardiner y Lucci en Savannah. Falleció hace unos años a la edad de setenta y ocho. Los integrantes de Centurion nunca olvidaremos su inagotable energía y empeño para ayudar a esas personas, así como a muchos otros «clientes» nuestros.

Peggy Woodward y Steve Woodring merecen un reconocimiento especial por defender a Alexander y Granger en el condado de Iberia. Woodward se enfrentó heroicamente a una fiscalía hostil e implacable y a todo el poder judicial de Luisiana en sus diez años de lucha para liberar a esos hombres. En contra de los deseos de sus excompañeros de las fuerzas del orden, Woodring se convirtió en un defensor a ultranza de la inocencia de esos hombres ante todo aquel que estuviese dispuesto a escucharlo, incluido el programa *60 Minutes* de la CBS.

Bill Srack propició la anulación del primer juicio de Clarence Brandley al ser el único miembro del jurado que votó «inocente». Sus compañeros del jurado se burlaron de él por ser «un amante de los negros». En los meses siguientes, él y su esposa recibieron día y noche llamadas anónimas de carácter amenazante, y todo porque votó lo que le dictaba su conciencia. Mary Johnson pagó un precio muy alto cuando testificó contra su jefe, el juez Martin, en la vista ante el juez Perry Pickett. La destituyó como taquígrafa y se convirtió en *persona non grata* en el juzgado de Conroe. A consecuencia de ello, perdió su carrera profesional.

Por último, quiero dar las gracias a mi hermano Richard y a mi hermana Lois por darme su aliento y apoyo moral durante los dos

últimos años de escritura. Mi cálida gratitud se extiende también a mi familia de Centurion, encabezada por el director ejecutivo Corey Waldron, que hizo lo mismo.

Nota sobre las fuentes

JOHN GRISHAM

A diferencia de mi coautor, yo no viví esas historias. Jim hizo que sucedieran. Él estuvo en las trincheras —las calles, los callejones, los bares, las cárceles y los tribunales— buscando la verdad. Él fue el protagonista, el centro de la trama, tratando con el amplio y revoltoso elenco de testigos, informantes, abogados, fiscales, jueces, familias y, por supuesto, los propios hombres y mujeres inocentes. Y presionó mucho hasta descubrir la verdad.

Yo simplemente leí sus historias. Me llegaron en forma de artículos de prensa y revistas, libros, informes jurídicos, dictámenes de los tribunales e incluso documentales. Me basé en el trabajo de otros y me gustaría otorgarles aquí un reconocimiento.

LOS CUATRO DE NORFOLK

En agosto de 2007, *The New York Times Magazine* publicó un artículo titulado «¿Qué sucedió en Norfolk?». Aunque vivo en Virginia, Norfolk me queda lejos y nunca había oído hablar del caso. El artículo, de Alan Berlow, es un relato fascinante sobre la investigación increíblemente chapucera del asesinato que llevó a cabo la policía de Norfolk. Para entonces, los cuatro marineros llevaban varios años en la cárcel y muchos abogados estaban trabajando para sacarlos. Yo conocía a un par de abogados y me

puse en contacto con ellos. Me facilitaron sus expedientes e incluso me enviaron una copia de una petición de clemencia que estaba sobre la mesa del gobernador.

Richard Leo es profesor de Derecho en la Universidad de San Francisco y experto en tácticas de interrogatorio policial y confesiones falsas. Tom Wells ha escrito extensamente sobre condenas erróneas. En 2009, ambos publicaron un libro extraordinario, *The Wrong Guys: Murder, False Confessions, and the Norfolk Four* [Los hombres equivocados: asesinato, confesiones falsas y los Cuatro de Norfolk]. El libro denuncia la conducta abusiva de la policía de Norfolk y no deja dudas de que las confesiones fueron fraudulentas y resultado de la coacción. Tengo un ejemplar del libro en una estantería situada detrás de mi escritorio y en la portada aparecen los rostros de los cuatro jóvenes marineros uniformados en unas fotografías tomadas hace casi treinta años. Lo miro todos los días.

Un pequeño ejército de abogados trabajó durante más de una década para liberarlos. Nombraré a algunos de los que me ayudaron y, al hacerlo, inevitablemente olvidaré a alguien. Mis disculpas por adelantado. George Kendall, entonces de Holland & Knight; Des Hogan, de Hogan & Hartson, y Don Salzman, de Skadden Arps, me abrieron sus archivos. Don me ayudó especialmente leyendo el manuscrito y corrigiendo errores.

JUEGOS DE AUTOPSIA

En 2007 tuve un pequeño papel en la fundación del Innocence Project en la facultad de Derecho de Ole Miss. Tucker Carrington fue contratado como director ejecutivo y somos amigos desde entonces.

Mi hijo Ty también estudió Derecho en Ole Miss y trabajó en el seminario de Tucker sobre la defensa de personas inocentes.

En 2014, Tucker y Radley Balko, un intrépido periodista de investigación, publicaron un libro titulado *The Cadaver King and the Country Dentist* [El rey de los cadáveres y el dentista rural]. Se trata de una denuncia a la campaña de terror de los doctores Steven Hayne y Michael West y tuve el honor de escribir el prólogo. Hace años, Tucker y yo hablamos de escribir un libro sobre las condenas injustas de Kennedy Brewer y Levon Brooks, pero no encontramos el momento. Su libro y el de Radley son una excelente crónica de una historia que aún me asombra.

EL VARÓN DESCONOCIDO N.º 1

Paul Casteleiro es director de litigios de Centurion Ministries y lleva décadas enfrentándose a fiscales y procuradores generales. En uno de sus informes a la junta directiva resumió el extraño caso de Chester, Pennsylvania. Él y Centurion representan a Sam Grasty y me animó a investigar el caso.

Vanessa Potkin es la mejor litigante del Innocence Project en Nueva York y probablemente tiene en su haber más exoneraciones que nadie excepto Jim McCloskey. Representa a Morton Johnson y fue de gran ayuda.

En Chester, el abogado Guy Smith me contó suficientes historias de la zona como para escribir varios libros. Representó a Morton en el juicio de 2001 y lleva más de cincuenta años luchando por sus clientes en el condado de Delaware y en Filadelfia.

LA AUSENCIA DE MÓVIL

Pamela Colloff es una galardonada periodista de ProPublica y redactora en plantilla de *The New York Times Magazine*. En 2018 publicó un exhaustivo reportaje en dos partes titulado «Blood Will Tell» [La sangre dirá] sobre la mala praxis forense que condenó a Joe Bryan y lo envió a prisión durante treinta y cuatro años.

Jessica Freud, una de sus abogadas, respondió a todas las preguntas que se me ocurrieron y se reunió conmigo en la cárcel cuando visité a Joe.

Walter Reaves, de Waco, representó a Joe Bryan y Cameron Todd Willingham (cuya historia se narra en «El fuego no miente») y siempre estuvo dispuesto a responder a mis preguntas.

EL FUEGO NO MIENTE

En 2009, David Grann, periodista de *The New Yorker*, publicó la asombrosa historia de la ejecución de Willingham y el papel que tuvo en ella la mala praxis forense. Conocí el caso gracias a ese artículo.

No he encontrado otro caso con tanta cobertura mediática como el de Willingham. Hay literalmente cientos de artículos en periódicos y revistas. El informe final de la Comisión de Ciencias Forenses de Texas consta de novecientas páginas. Me basé en reportajes exhaustivos de David Grann, Marshall Project, *The Texas Tribune*, el *Chicago Tribune* y el *Houston Chronicle*, así como en artículos digitales de la ACLU, el Innocence Project y Time.com.

La historia ha inspirado al menos dos largometrajes y un documental, y *Frontline* ha producido una serie de vídeos sobre el caso. Esa historia sigue y sigue.

Como indicaba en el prólogo, los cinco casos de los que hablo en *Inocentes* fueron los que gestioné e investigué personalmente desde el principio hasta el final de la participación de Centurion, donde tenemos por costumbre recopilar y estudiar los expedientes de los casos antes de empezar a trabajar en ellos, e inevitablemente añadimos muchos más a medida que avanza la investigación. También mantenemos una amplia correspondencia con posibles clientes. Para escribir esos relatos, me basé en el abundante material de archivo de Centurion, el cual incluye, entre otros, transcripciones de juicios, vistas probatorias previas y posteriores al juicio (federales y estatales), escritos jurídicos, informes policiales, dictámenes judiciales, registros de antecedentes judiciales y penales y notas de investigación y entrevistas contemporáneas de Centurion. En todos los casos, esos documentos suman miles, y en algunos casos decenas de miles, de páginas. Esas fuentes y mis permanentes consultas a los protagonistas de las historias me han permitido presentarlas al lector con la mayor exactitud posible.

CULPABLE HASTA QUE SE DEMUESTRE LO CONTRARIO

Al contar la historia de Clarence Brandley, estoy muy en deuda con el libro *White Lies* [Mentiras blancas] de Nick Davies, publicado por Pantheon Books en 1991. Como señala en el prólogo, a partir del otoño de 1987, Davies, un avezado periodista de investigación británico, pasó dos años y medio en Estados Unidos documentándose y escribiendo el libro, que incluye entrevistas con los principales protagonistas de ambos bandos. Davies relata cómo

se desarrolló el caso contra Clarence y cómo se revirtió su condena, lo cual propició su exoneración a principios de 1990. También ofrece una vívida descripción de la cultura y la historia racial de Conroe.

En septiembre de 1987, la prestigiosa revista *Texas Monthly* publicó un amplio reportaje de Tom Curtis (ya fallecido) sobre el caso de Clarence que llevaba por título «Culpable hasta que se demuestre lo contrario». Adopté ese título para el capítulo sobre Brandley porque evoca a la perfección la forma de pensar de las fuerzas del orden, que los llevó a condenarlo a muerte.

Me incorporé al equipo de la defensa a principios de 1987 y pasé casi todo ese año buscando nuevas pruebas y preparándome para la vista probatoria celebrada en otoño. Mi implicación personal en el caso de Clarence y mi revisión de todo su expediente escrito fueron de gran valor para permitirme escribir esta historia.

El programa *60 Minutes*, con el corresponsal Harry Reasoner, emitió la historia de Clarence en 1987. La información recabada por el equipo de productores también sirvió de material para este capítulo.

LA ÚLTIMA SALIDA NOCTURNA

Un voluntario de Centurion llamado Jock McFarlane pasó casi seis años, desde 2003 hasta 2009, recopilando, a través de los familiares y antiguos abogados de los tres soldados, Mark Jones, Dominic Lucci y Kenneth Gardiner, el expediente de este crimen y la condena que se produjo en Savannah en 1992. Le ayudó en su trabajo Deborah McGill, madre de Mark Jones, que reunió un enorme volumen de expedientes del caso y se los envió a Jock.

Los representantes legales de los soldados, todos ellos residentes en Savannah, estaban convencidos de la inocencia de sus clientes y ayudaron enormemente a la investigación de Centurion compartiendo sus conocimientos sobre los implicados y todo lo que había ocurrido antes y durante el juicio de 1992.

Pude escribir esta historia basándome en mis años de experiencia personal y en los archivos de Centurion, que incluyen las transcripciones del juicio de 1992 y la vista probatoria de 2013, seiscientas páginas de informes policiales, notas de investigación y entrevistas de Centurion, dictámenes judiciales, una amplia cobertura periodística en Savannah y escritos jurídicos presentados por ambas partes desde el inicio del caso.

LA HISTORIA DE LAS CINTAS

Kate Germond, una empleada de Centurion, tardó varios años en obtener y estudiar cuidadosamente las transcripciones del juicio, la historia legal y muchos otros documentos relacionados con el caso de Ellen Reasonover, en los que me basé para este capítulo. Su trabajo de desarrollo del caso incluyó una dilatada correspondencia con Ellen en la que expuso su versión de la historia, así como una autobiografía detallada. También resultó muy informativo un reportaje publicado en 1984 por el *Washington Post* a raíz de su investigación sobre el caso de Ellen.

Además de numerosos memorandos de investigación e informes internos de Centurion, me basé en las transcripciones del juicio original y la vista federal ante la jueza Hamilton, en escritos jurídicos preparados por el estado y la defensa, en decisiones judiciales (en particular, el dictamen de setenta y cinco páginas de la jueza

Hamilton por el que se anulaba la condena de Ellen) y en muchos informes de investigación policial, entre ellos transcripciones de interrogatorios a diversos testigos.

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Veinte años después de las condenas de David Alexander y Harry Granger, todas las apelaciones habían sido denegadas sumariamente en los tribunales estatales y federales sin que se celebrara una sola vista. Cuando Centurion se puso manos a la obra y empezó a trabajar para David y Harry en 1996, ningún abogado penalista de Luisiana quería saber nada del caso por considerarlo una causa perdida, ya que se habían agotado dos veces todas las vías judiciales. Ninguno excepto Margaret «Peggy» Woodward, de Nueva Orleans.

Para resumir en un breve capítulo esta complicada saga de treinta años me ayudaron enormemente los meticulosos y extensos escritos de Peggy. En 1999 presentó un informe jurídico de ciento setenta y ocho páginas para respaldar una solicitud de amparo posterior a la condena en la que detallaba lo absurdo de los argumentos del estado y enumeraba las pruebas de la inocencia real de los seis acusados. Se adjuntaban ciento cuarenta y seis pruebas, consistentes en abundantes documentos judiciales e innumerables informes de investigación y declaraciones de testigos recopilados por Peggy y, cuando aunamos fuerzas, también por Centurion. Lamentablemente, la petición también fue desestimada de plano por los tribunales estatales y federales.

… And Counting [… Y suma y sigue], un libro inédito de cuatrocientas treinta y seis páginas que Peggy escribió sobre el caso

y que me permitió utilizar a mi antojo, fue de gran ayuda para este capítulo. El libro cuenta la historia completa de esas condenas erróneas con una prosa sencilla y magníficamente elaborada.

El programa *60 Minutes*, con el corresponsal Ed Bradley, emitió un convincente reportaje sobre el caso de Alexander y Granger titulado «¿Quién mató a Louis Gladu?», que también aportaba información que me fue útil para escribir la historia.

¡OH, QUÉ INTRINCADA RED TEJEMOS CUANDO POR PRIMERA VEZ PRACTICAMOS EL ENGAÑO!

El capítulo sobre Kerry Cook es el doble de extenso que los otros nueve. Pido disculpas por ello, pero era inevitable. Su historia es una montaña rusa de cuarenta y siete años que finalmente terminó en el verano de 2024, cuando el tribunal superior de Texas anuló su condena basándose en su inocencia real. Estoy eternamente agradecido a John Grisham y Kristine Puopolo, vicepresidenta y directora editorial de no ficción de Doubleday, por concederme espacio para contarla. Hay mucho que decir.

Centurion se involucró en el caso de Kerry en 1991 y, junto con Paul Nugent, un abogado de Houston, lo acompañó en dos nuevos juicios celebrados en 1992 y 1994 y en su cuarto juicio en 1999. En la redacción de este capítulo, las fuentes de información fueron infinitas: transcripciones de tres juicios, importantes transcripciones del gran jurado, detallados informes de investigación e interrogatorios policiales, informes forenses, cuarenta años de escritos jurídicos y dictámenes judiciales, amplios reportajes en periódicos y revistas, y los propios memorandos, informes y notas de

entrevistas contemporáneas elaborados por Centurion a lo largo de la década de 1990.

Los dictámenes del Tribunal de Apelaciones Penales de 1996, que anulaban la condena de Kerry de 1994, fueron muy útiles para preparar este capítulo. Otro recurso de gran utilidad fueron las memorias de Kerry, *Chasing Justice* [Persiguiendo la justicia], publicadas en 2007 por William Morrow. Si quieres saber qué se siente al ser un hombre inocente condenado a muerte durante veinte años, te recomiendo encarecidamente esta historia real tan bien escrita. Varios artículos del *Texas Monthly* escritos por el periodista de investigación Michael Hall, en particular su extenso reportaje de abril de 2017 titulado «The Trouble with Innocence» [El problema de la inocencia], también fueron esclarecedores. Y, además de sus numerosos e inestimables artículos escritos a lo largo de la tortuosa historia del caso de Kerry para *The Dallas Morning News*, David Hanners elaboró un importante especial para el *Texas Monthly* en marzo de 2015.

Tras su puesta en libertad, Kerry interpuso un recurso de *habeas corpus* en 2015 solicitando que se anulara su condena por asesinato y que se le declarara inocente con arreglo a los resultados de ADN. Tras una vista celebrada en 2016, el juez recomendó al Tribunal de Apelaciones Penales que se anulara la condena de Kerry sobre la base de nuevas pruebas, pero que se denegaran sus alegaciones de inocencia real. Tras ocho largos y tortuosos años, el CCA sorprendió al sistema de justicia penal de Texas cuando emitió un dictamen de ciento seis páginas en el que censuraba a las autoridades del condado de Smith por condenar injustamente a Kerry Max Cook, un hombre inocente. El extenso registro de esos procedimientos legales

de 2015 y 2016 y el minucioso dictamen del CCA que lo exoneraba me permitieron ofrecer una crónica actualizada de la situación legal de Kerry para este capítulo.

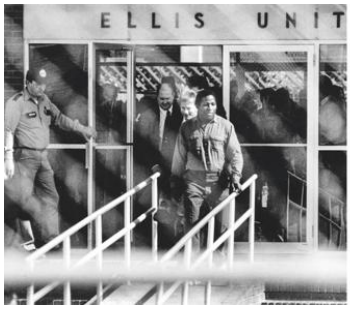
Es de vital importancia que el lector tenga plena confianza en la exactitud de la narración de todos los casos. He hecho todo lo posible por escribir sin traicionar esa confianza.



Los Cuatro de Norfolk (de izquierda a derecha): Eric Wilson, Derek Tice, Joe Dick y Dan Williams. (Cortesía de las familias).

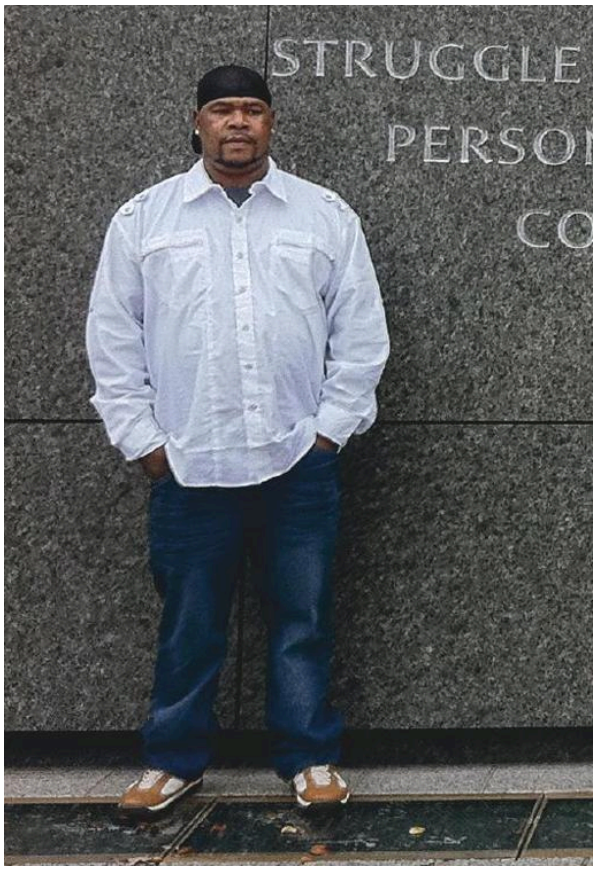


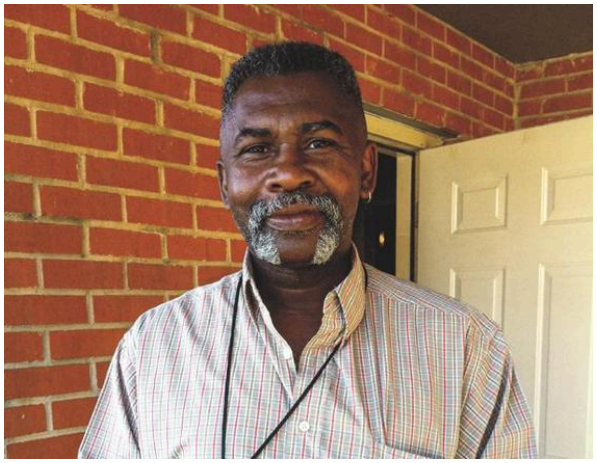
Clarence Brandley en la cabina de visitas del corredor de la muerte hacia 1987. (Cortesía de Centurion).





Izquierda: Clarence Brandley da su primer paso hacia la libertad el 23 de enero de 1990 tras una década en el corredor de la muerte.(Cortesía de Centurion). *Derecha:* Una foto de Clarence tomada poco después de su exoneración en 1990. (Fotógrafo desconocido).





Izquierda: Kennedy Brewer en el monumento a Martin Luther King, Jr. de Washington, D.C. después de ser exonerado. (Cortesía de Joe York). *Derecha:* Levon Brooks, todavía con pendiente, después de ser exonerado.(Cortesía de Joe York).



Arriba: Fotos policiales del 31 de enero de 1992. Abajo: Poco después de que se desestimaran todos los cargos el 18 de julio de 2018. (Cortesía de Centurion).



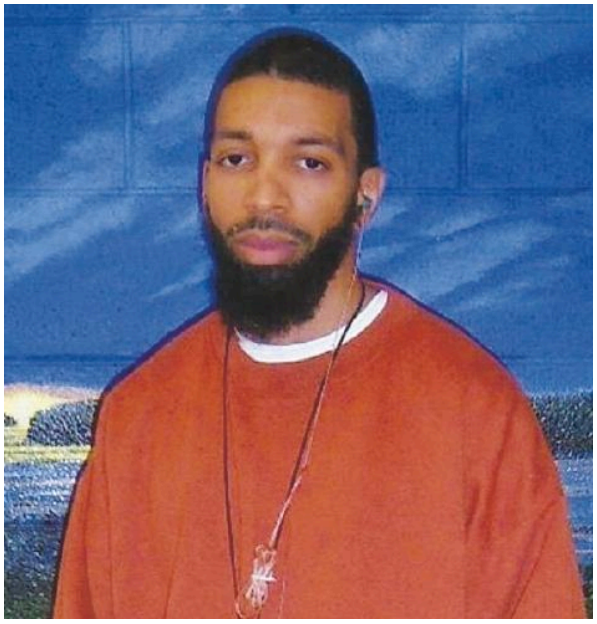
La madre de Mark, Deborah McGill, abraza a su hijo por primera vez en veintiséis años tras su puesta en libertad el 20 de diciembre de 2017 a las 15:32. (Cortesía de Centurion).



El 20 de diciembre de 2017, Kenneth Gardiner, Dominic Lucci y Mark Jones(de izquierda a derecha) celebran su libertad inmediatamente después de salir de la cárcel. (Cortesía de Centurion).



Mark Jones, Dominic Lucci, Jim McCloskey y Kenneth Gardiner (de izquierda a derecha) disfrutando de un reencuentro en Princeton, New Jersey, en 2021. (Cortesía de Centurion).



Derrick Chappell en prisión. (Cortesía del Innocence Project de Pennsylvania).



Morton Johnson con Vanessa Potkin, su abogada del Innocence Project. (Cortesía del Innocence Project).



Samuel Grasty. (Cortesía del Innocence Project).



En julio de 1983, Glen Baldwin, el marido de Ellen Reasonover, visitando a su esposa en prisión. (Fotografía realizada por una reclusa).



Ellen Reasonover, condenada por asesinato, el 11 de enero de 1984, varios días antes de que le impusieran cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional durante cincuenta años. (Cortesía de la Biblioteca Mercantil de San Luis en la Universidad de Missouri-San Luis).



En 1986, durante su estancia en prisión, Ellen Reasonover obtiene un diploma en Investigación y Escritura Jurídicas. (Fotografía realizada por una reclusa).



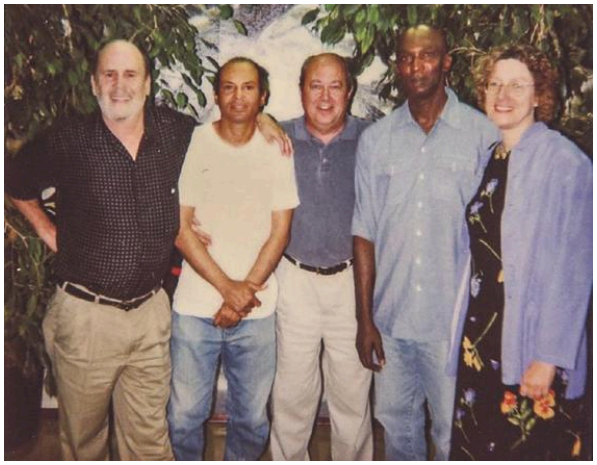
Ellen Reasonover celebra su libertad en la oficina de Centurion en Princeton en otoño de 1999. (Cortesía de Centurion).



Joe y Mickey Bryan de Clifton, Texas. (Cortesía de Joe Bryan).



El 1 de mayo de 2024, Joe Bryan visita la tumba de Mickey por primera vez en treinta y cinco años. (Cortesía de Joe Bryan).



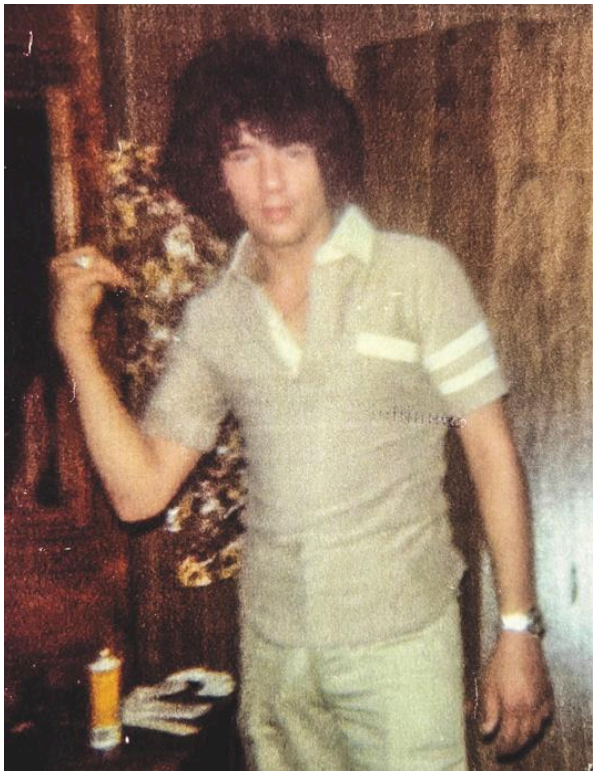
David Alexander y Harry Granger en compañía de sus abogados defensores en la prisión estatal de Angola, en Luisiana, hacia 1998. (Fotografía realizada por un preso).



Harry y David en Princeton celebrando la jubilación de Jim en 2015. (Cortesía de Centurion).



David con su madre, Iris Alexander, en su casa de Nueva Iberia en 2018. (Cortesía de Centurion).



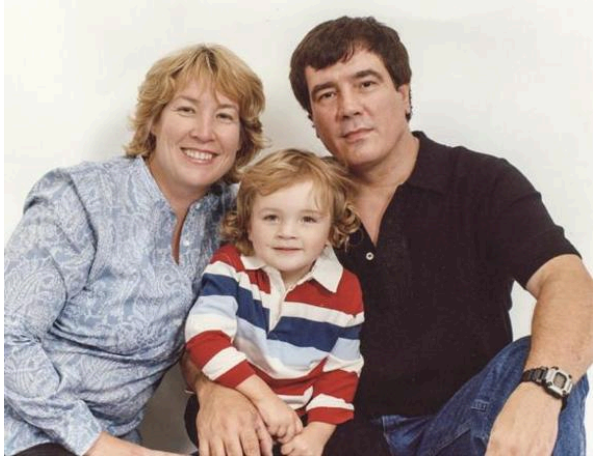
Kerry, a los veintiún años, el 4 de julio de 1977, semanas después del asesinato de Linda Jo Edwards. La compañera de piso de Linda vio al asesino y lo describió como alguien con «el pelo gris, de longitud media» que «le caía más o menos hasta la altura de las orejas». (Cortesía de Rhonda Orms).



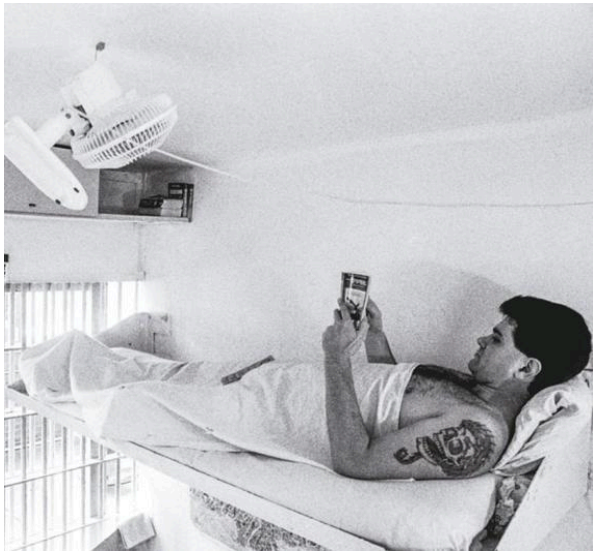
Kerry, a la edad de cuarenta y un años, con Jim McCloskey y Paul Nugent el 13 de noviembre de 1997, cuando salió de la cárcel tras veinte años en el corredor de la muerte de Texas. (Cortesía de Centurion).



Kerry y Sandra el día de su boda, celebrada el 25 de marzo de 2000. (Cortesía de la jueza Maryellen Hicks).



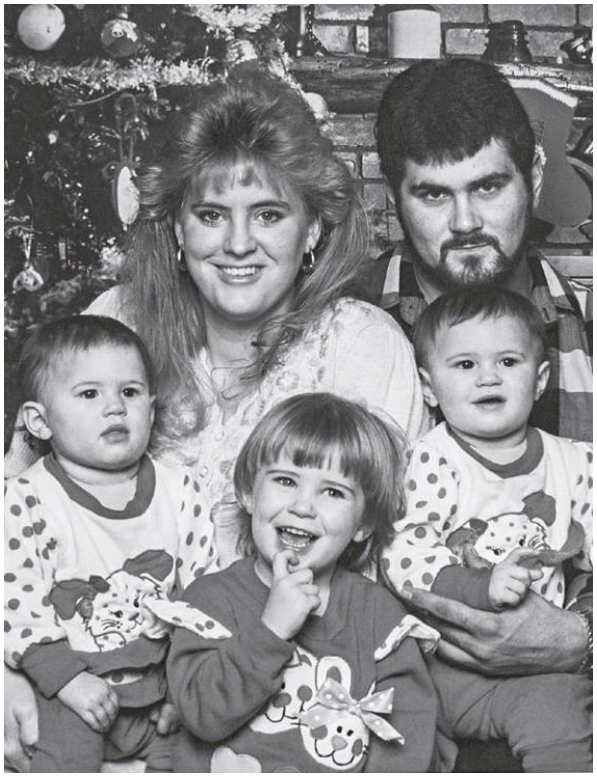
En 2003, varios años después de abandonar el corredor de la muerte, Kerry y Sandra disfrutan de la vida familiar con su hijo KJ, de tres años y motivo de gran orgullo y alegría. (Cortesía de la familia).



Todd Willingham en el corredor de la muerte. (Copyright © Ken Light/Contact Press Images).

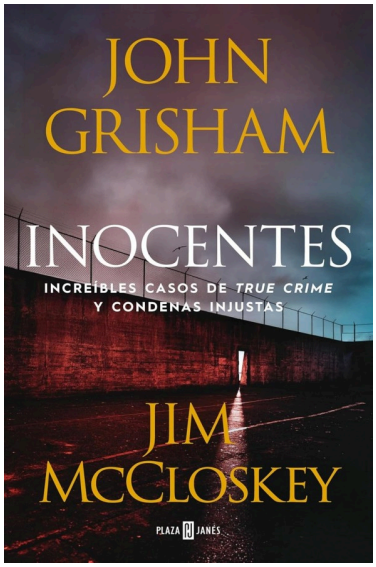


Las secuelas del incendio en Corsicana, Texas, en diciembre de 1991. (Cortesía de la Oficina Estatal del Jefe de Bomberos de Texas).



Stacy y Todd Willingham con sus tres hijas. (Cortesía de la familia de Todd Willingham).

Apoyado en un impecable trabajo de documentación y contado con apasionamiento y el adictivo suspense que solo Grisham puede lograr, Inocentes es una historia de cómo superar la adversidad cuando la causa parece perdida y todo está en tu contra.



Muchas personas pasan años en la cárcel sin haber cometido ningún crimen. Esta injusticia, que sirve de premisa a tantas novelas, se hace real en este libro en el que John Grisham ha decidido contar diez desgarradores casos de inocentes que fueron obligados a sacrificar amigos, familias, parejas y décadas de sus vidas en prisión mientras los culpables seguían libres.

En cada una de estas dramáticas historias, Grisham y Jim McCloskey, fundador de la organización Centurion Ministries, dedicada a luchar contra estos errores del sistema judicial, relatan con destreza y rigor las investigaciones policiales que condujeron a las condenas y las duras batallas legales que lograron la exoneración. Son historias trágicas, a veces casi inexplicables, que dejan una sensación de profunda incredulidad. Dramas humanos que revelan crueldad, racismo y corrupción, pero también coraje y esperanza.

John Grisham es autor de numerosos libros que han ocupado el primer puesto en las listas de best sellers y se han traducido a casi cincuenta idiomas. Sus obras más recientes incluyen *Los chicos de Biloxi*, *El intercambio* e *Isla maldita*. Cuando no está escribiendo, Grisham trabaja en la junta directiva de Innocence Project y Centurion Ministries, dos organizaciones dedicadas a lograr la exoneración de personas condenadas injustamente. Muchas de sus novelas exploran problemas profundamente arraigados en el sistema de justicia estadounidense. Vive en una granja en Virginia.

Jim McCloskey es el fundador de Centurion Ministries, la primera organización del mundo dedicada a conseguir la liberación de condenados injustamente. Desde su creación hace cuarenta años, Centurion ha liberado a setenta personas. Todas ellas pasaron décadas en prisión esperando sentencias de muerte o cumpliendo cadena perpetua por los crímenes de otros. McCloskey tiene un máster por el Princeton The Theological Seminary y es autor del libro de memorias *When Truth Is All You Have*, publicado en 2020.



Título original: *Framed*

Primera edición: mayo de 2025

© 2024, John Grisham y Jim McCloskey
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Efrén del Valle, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de David Litman / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © C. Lyttle / The Image Bank / Getty

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03648-4

Compuesto en Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Grupo de policías ineptos que protagonizaron diversas películas mudas de carácter cómico a principios del siglo XX. *(N. del T.)*.

[2] Cómico estadounidense de los años treinta que popularizó la frase: «Nunca he conocido a nadie que no me gustara». *(N. del T.)*.

Índice

Inocentes
Prólogo
Los cuatro de Norfolk
Culpable hasta que se demuestre lo contrario
Juegos de autopsia
La última salida nocturna
El varón desconocido n.º 1
La historia de las cintas
La ausencia de móvil
A través del espejo
¡Oh, qué intrincada red tejemos cuando por primera vez practicamos el engaño!
El fuego no miente
Agradecimientos
Nota sobre las fuentes
Fotografías
Sobre este libro
Sobre John Grisham y Jim McCloskey
Créditos
Notas